VIDA Y VIRTUDES
DE LA VENERABLE MADRE
SOR MARÍA
DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD,
DE LA TERCERA ÓRDEN DE SANTO DOMINGO,

ESCRITA AÑO 1671,

POR EL P. Fr. ANTONIO DE LOREA,

Colegial en el de Regina Angelorum de la Ciudad de Sevilla, Orden de Predicadores,

Y REIMPRESA EN SEVILLA Á PETICION Y ESPENSAS DE VARIOS DEVOTOS DE LA VENERABLE MADRE CON LAS LICENCIAS NECESARIAS.

Angeles Rufino Delgado
C/ Ancha Nº 2.
Aracena Huelva



SEVILLA.—1854.

—

Imprenta de Don José María Geofrin, calle de Olavide, núms. 4 y 5.

SOLICITUD.—Emmo. é Ilmo. Sr. Arzobispo de esta Diócesis.—La Priora y Comunidad del Convento de Religiosas Descalzas de Jesus María y José de la villa de Aracena, á V. Em.ª con el mas profundo respeto esponen: que interesadas varias personas piadosas de la misma villa en honrar la memoria de su ilustre fundadora la Venerable Madre Sor María de la Santísima Trinidad, dando á conocer al mundo las eminentes virtudes de que dió ejemplo, se han obligado á costear la reimpresion de su vida que escribió en lengua vulgar y dió á la prensa por los años de 1671 el padre Fr. Antonio de Lorea, Colegial en el de Regina Angelorum de la ciudad de Sevilla, y siendo interés la ejecucion de este pensamiento, no solo de la Comunidad que espone, sino de la Nacion española que fué su patria, y sobre todo, de la Religion divina de Jesus que aumentó con ella el catálogo de sus esclarecidos héroes, á V. Em.ª acuden hoy humildemente y le suplican se sirva acceder á sus deseos concediendo licencia para que pueda reimprimirse la obra que se refiere, juntamente con la noticia histórica manuscrita que tambien acompaña á esta solicitud.

Dios guarde á V. Em.ª muchos años. Aracena 7 de Junio de 1853.—Por comision de la Madre Priora, *F. de P. O.*

LICENCIA.—Sevilla 29 de Agosto de 1853.—Por cuanto de Nuestra órden ha sido revisada la obra titulada *vida de la Madre Sor María de la Santísima Trinidad* y el manuscrito que la acompaña, y nada se encuentra en ellos opuesto á Nuestros Sagrados Dogmas y sana moral, concedemos nuestra licencia para que se reimprima dicha obra con la agregacion del espresado manuscrito, el cual será rubricado por Nuestro Secretario de Cámara y Gobierno.

Así lo decretó y firmó S. Em.ª el Cardenal Arzobispo, mi Señor, de que certifico.

El Cardenal
Arzobispo de Sevilla.

Dr. D. Nicasio Sargues,
Secretario.

CAPITULO PRIMERO.

Patria, Padres y Nacimiento de la Niña.

Es Dios admirable en sus Santos, como tambien es Esposo amantísimo de su Iglesia. En todos tiempos y en todas edades tiene cuidado asi de enriquecerla, como de hermosearla; porque como nuestros pecados tiran tanto á borrar su hermosura, provéela Dios de hijos de su providencia y de su gracia para aliviar con estos, los disgustos que nuestras culpas le ocasionan. Desde los primeros pasos que empezó á dar la naturaleza, empezó sus enojos contra Dios, y á ese paso solicitaba la gracia gustos á su Magestad. Apenas nació un Cain, que le habia de ofender, cuando un santo Abel ya le robaba á Dios las atenciones, siéndole tan agradables sus víctimas por humildes, cuanto odibles las de su hermano.

En estos calamitosos tiempos fué nuestro Señor servido de darnos á la venerable Madre soror Maria de la Santísima Trinidad para lustre de su Pátria, honra de su linage, gloria de la Orden de Sto. Domingo, consuelo de los afligidos, y Esposa tan regalada de Cristo, cuanto son grandes los pecados con que en esta edad es su Magestad ofendido.

Fué dichosa Pátria suya la villa de Aracena, hermosa y del estado del Excmo. Sr. Príncipe de Astillano, cuyo sitio está 14 leguas de la ciudad de Sevilla, entre Poniente y Norte en la Sierra Morena, cuyos límites, los antiguos españoles juzgaron por Bética Turdetana, entre Andalucía y Estremadura, segun Rodrigo Caro en su Anticuario: está en 6 grados y 30 minutos en longitud, y 88 grados y 40 minutos en latitud. Antes de la pérdida de España fué pueblo de los de mas consecuencia en este reino, y despues lo fué tan grande, cuanto mudamente lo

publican las ruinas, padeciendo en sí el contagio de que adolecen las mas poblaciones en este reino, tirando el tiempo á destruirlas, sin que veamos el tiempo de reedificarlas. Su terreno es áspero por ser todo de sierra; sus aguas delgadas y tan dulces como cristalinas: sus aires templados, no demasiadamente frios, y su habitacion tan cómoda al regalo cuanto hay pocas en España que la excedan. La calamidad de estos tiempos la ha traido á la estrechura que á todos: aunque sus fertilidades hacen que con presteza se olvide el infortunio pasado. Y aunque corta de vecindad, está notablemente ilustrada de familias muy nobles, que la ennoblecen, y sugetos que en virtud y letras la han honrado.

En esta ilustre Villa quiso nuestro Señor que naciese la Santa Niña, para que fuese asi honra de su patria, como consuelo universal de sus paisanos. Fueron sus padres Juan Payan Daza y Ortiz, y su madre Doña Ana Valera de Cárdenas, hidalgos muy calificados, aunque no muy prósperos en los bienes de fortuna. Tuvieron muchos hijos, y Maria fué la segunda que nuestro Señor les dió. El tiempo que la Santa Niña habitó en las entrañas de su Madre, le fué tan poco molesta, que solo conocia el preñado en el embarazo, no en los accidentes que suelen molestar á las demás madres. Y como dice Santa Teresa de Jesus, que un carbon encendido enciende al que tiene junto á sí, aunque la Madre era muy virtuosa y penitente, el fuego que tenia en su vientre la esforzaba y alentaba, de forma, que parecia respirar de sí misma las llamas del que en su vientre ocultaba. No se vió que en los nueve meses de su preñado gustase manjar alguno de carne. Solo unas yervas cocidas era su regalo. En ellas hallaba su sustento y consuelo, tanto cuanto era grande el hastío á que le provocaba ver algun guisado de carne, que en su casa se previniese.

En este tiempo vivia en Aracena una Santa Religiosa, llamada Maria de la Concepcion, hermana de la abuela materna de la Niña, Religiosa Tercera del Hábito de Santo Domingo, y la primera que en dicha villa le vistió. El crédito de sus virtudes era tal, y la opinion que volaba de ellas tan grande, que pudo traer á su pobre casa al mayor Monarca del mundo Don Felipe Segundo. Que como aquel juicio tuvo tanta comprehension de los sugetos de su Reino, viniendo desde Badajoz á

Aracena á ver al Salomon de España el Doctor Don Benito Arias Montano (como despues diremos) oyendo que entre aquellas montañas tenia Dios mina tan preciosa, mas que las de fina plata, y oro de mas quilates que crian la Vieja y Nueva España: primera vez la visitó para honrar Dios la virtud de su sierva: y segunda vez volvió admirado á consultarla y pedirle sus oraciones. Siendo, pues, la primera persona que en aquella villa vistió el hábito de Santo Domingo, con su ejemplo trajo á otras á que tambien le vistiesen, y entre ellas á Sor Maria de Jesus, hermana de su Madre de la Santa Niña. El ejemplo de vida con que estas vivian echaron tan copiosa mies en esta villa, que asi en número de Religiosas, como en virtudes ha crecido tanto, que por no divertir la historia recojo la pluma, aunque me están pidiendo de justicia haga relacion, así de las que han muerto en opinion de santidad, como de los prodigios que nuestro Señor ha sido servido de obrar en esta tierra por su intercesion y méritos.

Las virtudes y penitencias en que estas Religiosas se ejercitaban eran notables. Esperaban al tiempo mas oportuno para ellas. Y cuando la Iglesia nuestra madre llama á sus hijos á estos egercicios, para mostrar, que de mas de ser Cristianas eran Religiosas: todos los años el Viernes Santo por la mañana salian disimuladas en la procesion de los Nazarenos con sus Cruces al hombro. Penitencia que en muchas mugeres la repara nuestra vista, y quebranta nuestro corazon, al paso que las pasa en silencio nuestra lengua, pues calla para confusion suya el ver mugeres delicadas pasar aquellos rigores, imitando á Cristo, al paso que hombres con fuerzas se hacen delicados en la regalada cama de sus vicios.

La cuaresma que Doña Ana Valera de Cárdenas tuvo en el vientre á su hija, y en lo demas del tiempo trataron las Religiosas de hacer túnicas propias para no verse obligadas á pedirlas prestadas, y no ser descubiertas por este medio, y para esto dispusieron de hilar un lienzo basto, que en aquella tierra llaman tascos. Era la casa de Doña Ana la plaza de armas, donde se juntaban las Esposas de Cristo, por tener dentro de ella á su tia y hermana. Quiso ella ser el oficial que las labrase: tanto mas bien aceradas, cuanto su devocion era mayor, y los deseos de acompañar en hábito á los que acompañaba en parentesco y semejanza de virtudes. Tomó á su cuenta el

hilar la estopa áspera. Ejercicio, en que por la mayor parte se ocupan las mugeres de aquella tierra, y tal cual le deseaban los romanos en la suya: pues las Porcias, Lucrecias y Camilas, tanto les parecian autorizadas en las carrozas paseando, cuanto mas oficiosas las veian en sus casas, cuidando de labrar con sus manos el provecho que se llevan los estrangeros en los lienzos y telas que les compramos. Pues ellos tienen ya su ganancia y riqueza en la ociosidad de nuestra España.

Los cuidados de la familia solian buscarle á Doña Ana algunos sinsabores, y creciendo estos á fatigas, era como hechizo suyo, el ver que solo hallaba sosiego, descanso y gusto, cuando tomaba el huso, y se ponia á hilar aquella tela. Por entonces, aunque hacia reparo en ello, no lo notó como cosa de misterio, hasta que ya nacida la Niña, viéndola inclinada á Cruces, cilicios y mortificaciones, y reparando en que los sucesos antecedentes hacian alusion á estos ejercicios, la decia por juego: Yo bien conocia en tí estas cosas; pues desde que estuvistes en mi vientre, te conocí inclinacion á estas tosquedades; pues á mí mesma me obligabas á ser amiga de estas jergas, y las que yo hilaba, me anunciaban estas que tú apeteces, y me obligabas estando preñada á ejecutar en mí estas invenciones, que tú ejercitas ahora.

Llegóse el dia del parto, que fué en el de San Sebastian Mártir, año de 1604, siendo Pontífice Romano Clemente octavo, y Rey de las Españas Felipe Tercero el Bueno: bautizáronla á 27 de Enero, dia de San Juan Crisóstomo. Fué este año gozoso para España, así en darle Dios esta hija, como en reducir á sus Católicas Armas la obstinada plaza de Ostende en Flandes, habiendo durado su sitio tres años, tres meses, tres semanas y tres dias, habiendo muerto dentro de la ciudad setenta y tres mil hombres, que negando á Dios la Fé, á la Iglesia Romana la obediencia y al Rey de España la sujecion, quisieron mas morir herejes obstinados en las escuelas de Lutero y Calvino, que vivir sujetos á su Dios, á su Iglesia y á su Rey.

Al tiempo del nacimiento, quiso Nuestro Señor confirmar con un prodigio habia sido cierta toda la inclinacion de la Madre á todo género de rigores y asperezas; como dando á entender que la niña nacia para vivir entre espinas y trabajos, y que ellos habian de ser su gozo y deleite.

Son en aquel tiempo en todas partes los frios grandes, y en aquella tierra, por ser lo alto de Sierra Morena, mucho mayores. Cogió á la Madre lo recio del parto junto á la lumbre. Las hermanas y amigas tuvieron por inconveniente llevarla á la sala que estaba algo fria; y por no agravarla la detuvieron junto á la lumbre, para que allí pariese; y en el ínterin calentar la cama. El parto fué tan sin molestia, y con tan pocos dolores de aquellos terribles que á las demas mugeres son tan comunes, que le causó admiracion á la Madre, y la aumentó á la que habia tenido en el tiempo de su preñez. Ya nacida la niña la cogieron en un lienzo, y medio envuelta la pusieron en cobro, y en el ínterin que cuidaban de la Madre y la llevaban á la cama. El asistir á la Madre, y llevarla con abrigo á su cuarto, causó el que se olvidasen de la hija, que habiéndola dejado medio envuelta junto á la lumbre, cuando volvieron no la hallaron. Aumentó la turbacion, el cuidado de que podria ser la causa. Preguntáronse unas á otras por la niña, buscáronla en todas partes, y no sabiendo dar razon de ella, creció en todas el desconsuelo. Recelábanse no hubiese sucedido con ella alguna desdicha. En esta afliccion estuvieron mucho rato, revolviendo mil cosas en su pensamiento; y su tristeza les parecia en todo acertaban, pues por ningun lado hallaban á su dolor remedio. Despues de mucho tiempo reparando con atencion en un rincon de la cocina, oyeron, que entre un monton de aulagas, y otras ramas espinosas, se oian unos gorjeos como de algun niño. Apresuradas llegaron, y admiradas, vieron que entre aquellas espinas estaba desnuda la niña, tan risueña, y tan gozosa, como si estuviera descansando en cama de flores. Gozosas la volvieron á recobrar, y acompañando las lágrimas á su alegria, no sabian á que acudir primero, ó al contento que tenian de verla en sus brazos, ó á la admiracion del prodigio que habian visto.

CAPITULO II.

Educacion de la Santa Niña, y maravillas que en ella suceden.

El tiempo que su madre la crió á sus pechos, le fué tan poco molesta, que solo su apacibilidad era bastante hechizo para que su Madre la quisiese y amase: cuando para esto le estaba como de sobra el haberla parido. Desde el

punto en que nació, empezó su dulzura de condicion: y cuando en este tiempo suelen los niños causar ruidos á sus padres, y en muchos son anuncios de los que despues han de ocasionar. Ahora se veia la naturaleza tan desmentida, que lo que en la crianza de los niños sobra de afanes ahora se duplicaba en admiraciones.

Criábase en casa de la Santa Niña Don Juan Payan, su hermano, dos años mayor que ella, D. Laureano Infante Bejarano, que pocos dias há murió, Secretario de la Inquisicion de Sevilla, y D. Tomás Infante, sus deudos, todos de edad de cuatro á cinco años. Crecia en ellos, con la edad el amor á la Niña, aumentábanse con la continua asistencia en su casa. Muchas veces acariciándola como á Niña (sin saber que se hablaban) la llamaban Santa. Los juegos que hacian para festejarla, eran tan continuos, como peligrosos, y por eso su madre y tia, andaban tan en centinela, que apenas osaban apartar la vista de ella un instante. La vez que podian hallarla sin el embarazo de la Madre, ponian sobre una arca grande un bufete, y sobre este otra arquita, y en ella la colocaban, y haciendo Estandartes y banderas, paseaban en forma de procesion todas las piezas de la casa, cantando á voz en grito: *Santa Mariquita ora pronobis*, que parece que en aquella tierna edad queria Dios poner voces en las lenguas de los niños, como dijo David, para alabanzas de sus escogidos. El sosiego con que ella estaba en lo alto, mudamente publicaba, que aun viéndose en mayores alturas, se habia de portar con la misma quietud sin que alturas de mundo le desvaneciesen la cabeza. Una vez fué su Madre á Misa, y viendo los niños que tenian la ocasion como la podian desear, dispusieron su andamio, hicieron sus fiestas, y cuando menos se pensaron, llamó su Madre á la puerta. La turbacion fué tanta, que corriendo apresurados á bajarla, la derribaron de lo alto y con la caida se hirió la frente. Cualquiera cosa de estas fuera bastante para que otro alborotára la casa á gritos, asi por la caida como por la herida. Fué su paciencia notable; pues no se le oyó ni un suspiro: conque escarmentado en cabeza agena, por no ocasionarla otra caida, cesaron los niños en su simpleza y devocion.

Llegó el tiempo en que doña Ana Valera le quitó el pecho á su hija, y queriendo criarla como muger verdaderamente

cristiana, la entregó al cuidado de su tia Sor Maria de la Concepcion. Recibióla de edad de dos años, y en aquella tierna edad procuró imprimirla algunos rasgos de sus grandes virtudes, para que Maria fuese imitando. Cuidado propio de padres temerosos de Dios; pues en tanto les parece tienen hijos, en cuanto se inclinan á ser virtuosos: que si en los niños todo se celebra por gracia, todo se rie por donaire, y poco ó nada se les llega el castigo, y menos se les instruye en el amor y temor de Dios, pasan los resabios á costumbre, los reveses á incorporarse en el natural, el regalo y vicio á convertirse en naturaleza, y se hallan hombres y mugeres hechos, causando escándalo al mundo y confusion á sus padres, quedando en sus corazones el dolor de no haberlos criado, segun tenian su obligacion.

Los Duques de Béjar D. Alonso Diego de Zúñiga y Sotomayor y Doña Juana de Mendoza, su muger, asistian por este tiempo en la villa de Gibraleon, que es de su estado, y por ser demasiados los calores de aquella tierra, se venian los veranos á pasarlos á Aracena. Con facilidad tuvieron estos Señores noticia de la virtud de Sor Maria de la Concepcion, y la Santa Duquesa la estimaba como su modo de vivir lo merecia. Este privilegio trae la virtud consigo, y asi empieza el Señor á premiar en esta vida á quien le sirve, haciendo que los grandes del mundo los estimen, veneren y deseen ver y comunicar: al paso que si no tuvieran esa virtud no se dejáran ver de los que ellos buscan. Muchas veces habia intentado la Duquesa llevarse consigo á esta Santa Religiosa, y no habia podido vencerla á que condescendiese con su gusto, que como la vida de palacio pocas veces hace buena concordancia con la profesion del Religioso, ni aquel bullicio se hermana bien con el retiro, silencio y quietud. El que de veras trata de serlo, cada instante de esta vida tiene por un siglo, y en cada ocupacion halla mil estorbos á sus santos intentos: por gozar la quietud de su casa, y comunicar con Dios despacio y sin aquellas zozobras, se habia escusado la Santa Madre, y tirábale el corazon el privarse de poder asistir á su Convento de Santo Domingo, al culto y adorno de la Iglesia, al aseo de la Sacristía y ornamentos, al regalo de la Comunidad y cuidado de los Religiosos enfermos, y sobre todo el no perder de vista á nuestra Señora del Rosario y demás Santos de la Iglesia, con quienes tenia

especial devocion. Y porque lo que con gusto miramos presente, si se pierde de vista, se reduce á la memoria con doblado sentimiento: por no sentir duplicados estos dolores de ausencia, se habia escusado con la Duquesa muchas veces. Y por el mucho trato, y muy familiar, que entre las dos habia habido, ya sabia su Excelencia el modo de navegar aquel golfo, y cómo le habia de ganar el viento para hacer su viage. Sabia que la obediencia á sus Prelados era la joya de mas estimacion que tenia la Santa Religiosa. Escribióle al Provincial le mandase ir en su compañia. Hízolo así, y viendo que la Duquesa la notificaba aquel mandamiento de ejecucion, se halló en un instante puesta en una Cruz que la atormentaba: pues por una parte su devocion y amor al Convento y servicio á sus Santos y enfermos la embargaban para detenerse, y la obediencia la obligaba á irse. No obstante volvió á replicar á la Duquesa se sirviese de escusarla; porque tenia á su cuidado á su sobrina Maria, que la estaba criando, á quien amaba como abuela, y á cuyo regalo asistia tambien su sobrina Sor Maria de Jesus, y que esto la impedia. Y como el amor no repara en gastos, ni jamás halla inconvenientes, dijo la Duquesa que la tragese consigo á su sobrina y á la niña, que antes la servia de conveniencia, y se criaria en compañia del Conde Don Francisco su hijo, que era niño de tres á cuatro años. Vióse cogida por todas partes. Llegóse el mes de Setiembre, en que los Duques se volvieron á Gibraleon, y llevaron consigo á la Santa Sor Maria de la Concepcion, á Sor Maria de Jesus su sobrina, y á Maria, sobrina de ambas, que ya habia cumplido dos años.

Poco tiempo pudo gozar la Santa Duquesa de la compañia de su Santa huéspeda Sor Maria de la Concepcion. Queríala mucho, y la estimaba notablemente; que como virtuosa sabia hacer verdadera estimacion de quien lo era. Pues la virtud no es de menos calidad que los vicios para amarse: pues vemos la simpatía que causa en unos el ver semejantes costumbres en otros: y como dice el axioma, que cada cosa ama á su semejante, el torpe solo tiene su gozo en hablar y tratar con el que lo és, el que es alegre huye de los tristes, el liviano aborrece al que tiene modestia. Y la virtud, como es trage que le visten los que caminan al cielo, en viéndose y conociéndose que sirven á Dios, y que aquella es la librea de la gloria, se aman y se quieren, se buscan y no saben estar un instante unos

sin otros. Tres meses solos pudo gozar la Duquesa la compañia de su amiga, que este viage y este conocimiento le costó la vida; sus virtudes, penitencias y prodigios eran tantos, que merecian libro particular; pero por ser tan propio de este, y como dice el frase latino: *Ab ungue cognoscitur Leo*, que por las uñas podemos rastrear la valentia del leon, solo con dos casos que referiremos, se podrán conocer sus virtudes.

A los tres meses que estuvo en Palacio, cayó el Duque enfermo, y en breves dias le puso la enfermedad en tanto aprieto, que perdiendo los médicos las esperanzas de su salud, le desauciaron de la vida. Creció esta triste nueva en la familia, aumentóse en el lugar, y en todos el desconsuelo que tal caso merecia. Vino la Duquesa al cuarto de su buena amiga, y dióla parte de su desgracia, pues moria el Duque tan mozo, ella quedaba niña y viuda, y en ocasion que mas era necesaria la vida del Duque, asi para el gobierno y desempeño de su estado, como para la crianza del Conde su hijo, que quedaba muy niño, y acompañando las lágrimas á su congoja, de ella le daba parte, y aun le hacia cargo á la Venerable Madre; porque como sabia lo mucho que podia con Dios, esperaba que sus oraciones alcanzarian el remedio á su necesidad, desahogo á su fatiga, serenidad á sus ojos, y la vida al Duque. Consoló á su Excelencia cuanto pudo. Y habiéndose despedido, como el amor, si es perfecto, hace tan monstruosas operaciones, transformándose en la cosa amada: el que habia cobrado á los duques era tanto, y la necesidad presente era tan grande, que pidió á nuestro Señor, que si su Magestad era servido, diese al Duque la vida. Entendió de su Magestad, que aquella era la última enfermedad, y con ella acabaria el Duque sus dias: y entonces ponderándosele mas vivas las necesidades que la Duquesa le habia representado, y proponiéndosele mas graves sus dolores dijo á Ntro. Señor. Ya sabeis, mi Dios, y mi Esposo, la mucha sobra que yo hago en el mundo, y la mucha falta que hará el Duque en muriendo. Si sois servido, conmutad en mí la sentencia de su muerte. Yo moriré, y viva el Duque en mis dias. Revelóle el Señor que á ella le faltaban diez años de vida, y que si asi gustaba de ello, que los viviria el Duque y ella moriria. Gozosa aceptó el partido, como ansiosa lo habia suplicado, porque para los justos, como tienen la vida por pesadumbre, y solo en la muerte tienen su descan-

so; aquella hora apetecen para que sea asi premio de sus trabajos, como principio de ver á Dios, á quien con tanto deseo buscaron, y con tanto cuidado sirvieron. En breve tiempo mejoró el Duque y convaleció de su enfermedad, teniendo todos por milagro su salud, y al punto cayó en la cama la sierva de Dios. Entrándola á ver su sobrina Sor Maria de Jesus, la dijo que se esforzase para una nueva triste que queria darla: y era, que dentro de muy pocos dias se quedaria huérfana, porque sus dias estaban ya cumplidos. Con el conocimiento grande que la sobrina tenia de su tia, le instó á que le digese cómo lo habia sabido. Encargóle en esto el secreto, y declaróle la causa de su muerte. Notó bien el dia en que su tia murió, y siendo ya su sobrina mayor le refirió este caso. Diez años despues, volviéndose á Aracena tuvieron observacion con la vida del Duque, el cual vino á morir puntualmente cumplido el término de los diez años, segun su Santa tia habia dicho le quedaban de vida.

Los prodigios que en la muerte de la sierva de Dios sucedieron, fueron tantos como notables. Solo este referiremos: Ya difunta trataron del cómo y dónde la habian de enterrar; y para que fuese con mas decencia y segun la opinion de santidad en que todos la tenian, pareció enterrarla en una caja. No se halló entonces en mercader alguno tela para forrarla, porque forrarla en bayeta, era tratarla en muerte, no correspondiendo al concepto en que la tuvieron en vida. Quisieran hallar una rica pieza de brocado ó terciopelo: muy pocos dias antes habia muerto un caballero muy deudo de los señores, y la caja en que lo enterraron estaba forrada en terciopelo carmesí, y tan bueno que todavia no habia tomado la humedad de la bóveda. Pareció que ya que no habia otra cosa, podrian sacar aquella caja, y enterrarla en ella. Apenas lo acordaron cuando lo ejecutaron. Al tiempo de traerla á Palacio, estaba á la puerta un mozuelo, mudo, que ordinariamente asistia con los criados; el cual, viendo que la traian para poner en ella el cuerpo, de repente le desató Dios la lengua y á gritos empezó á decir: Quita, quita, sal fuera, no lleves arriba esa caja; porque caja donde se ha enterrado un pecador, no se ha de enterrar una santa. El que la llevaba no reparó en las voces del que habia sido mudo, y moviéndole Dios las manos, como lo habia hecho con la lengua, se cargó de

piedras, y fueron tantas y con tan buen aire las que disparó, que desbarató la caja, de suerte, que ni se pudo remediar, ni en ella enterraron el cuerpo, hasta que se compuso otra. La turbacion que causó esta novedad, fué grande, y tanto, que llevaron al mozo delante de los Duques, y examinándole, no supo dar mas razon de sí, que la que dió el ciego á quien Cristo Señor nuestro dió vista: todos saben que yo nací ciego: aquel hombre que se llama Jesus puso sus manos sobre mis ojos, y me dió vista. Esto sé, no me meto en averiguar el cómo me la dió. Señor, respondió: todos saben que he sido mudo desde que nací: el cómo he cobrado el habla, no lo sé: solo sé, que me atormentó el corazon el que á una Santa la pusiesen en la caja del que no lo era: ahora hablo, no sé el cómo, ni por medio de quien me ha hecho Dios esta merced. Con esta merced, con estas maravillas y otras honró el Señor la muerte de su Esposa, haciendo hablar á los mudos y desatando sus lenguas, para que publicasen sus virtudes. Colocaron el cuerpo en el entierro de aquellos Señores, que se gozan mas con aquellas reliquias, que con todos los trofeos de su Excelentísima casa.

En esta escuela y con tal Maestra se habia enseñado la niña al sustento de la virtud, desde que su madre la quitó el pecho. Y de tan buena educacion, cómo no habia de salir tal prodigio? Quedó ya ahora mas inmediata al trato de su tia Sor Maria de Jesus, hermana de su madre, que cuidándola como á hija, procuraba encaminarla á ser Santa, y á ella se le imprimian tan vivas estas lecciones, que en aquella tierna edad ya se admiraba por prodigio, lo que en otros niños se celebraba por juguete.

CAPITULO III.

Cobra la Duquesa grande amor á la Niña, y en su tierna edad se ven maravillosas muestras de virtud.

El afecto que los Excelentísimos Duques tuvieron á la Niña, y el cuidado con que la atendian fué tanto, que muchos llegaron á presumir era hija del Duque, pues tal querer, no podian persuadirse, que dejase de tener su fundamento en la sangre. Los favores que la hacian, eran iguales

en todo y por todo al trato de su hijo el Conde. Hija la llamaban como á él, de un mismo color y tela les hacian de vestir, un mismo asiento tenian en la mesa, no habia cariño de padre ó su madre para el Conde, que no fuese tambien para la Niña. Esto fué fundamento para que el vulgo no presumiese ser su hija. Inclínase el mundo á presumir siempre lo peor, y entre ciento que miran una cosa, se hallará, que los menos son los que la atribuyen al lado del bien. Veian el amor, regalo y estimacion: no ponderaban su hermosura, apacibilidad é inclinaciones á ser Santa, que cuando este esmalte de virtud cae sobre una buena cara, es doblado motivo para alabar á Dios, y llevarse tras sí los corazones: y el ver á los Santos, que son afables, amistosos y alegres, es un cebo dulcísimo, con que los demás distraidos se aficionan á la virtud, y que con los de mas áspera condicion se domestican en quererlos bien. Admiraba á todos la quietud, el sosiego, y silencio en la edad de dos, tres y cuatro años; ya en esta edad empezaba á rayar la luz de la gracia en ella, y con cada rayo suyo exalaba de sí tales resplandores, que á todos los traia asombrados. Decir que en esta edad como algunos Santos han empezado á aborrecer las galas, las aborreció la Santa Niña, seria faltar á la verdad. Y como no es uno el camino por donde los lleva Dios al Cielo, sino que son tantos y tan diversos, como sus juicios son infinitos, asi son diversos los genios en ellos mismos. Vemos á un Elias todo celo, á un Jeremias todo lágrimas, á un José todo persecuciones, á un Ecequiel todo visiones, á un Daniel todo deseos, y siendo uno el Cielo á donde caminan, y uno el Dios que los gobierna y los trae á sí, son diversos los caminos por donde los llama. En el tiempo de su niñez no despreció las galas, no aborreció las cintas y lazos, que como niña hermosa, criada en las faldas de una Duquesa de Béjar y alimentada con sus favores y voluntad las tenia muchas, y con ellas la adornaban; pero aunque se las ponian, quedaban tan postizas, que cualquiera ocasion se las quitaba, y como tenian tan pocas raices en su corazon, con facilidad las arrancaba de su pelo ó vestidos.

Como el Duque era mozo y su mocedad se acompañaba de su nobleza y poder, muchas veces no se coartaba á los límites de su palacio. Su corazon fogoso salia á respirar, ó á suspirar por las esquinas, puertas y ventanas de las casas agenas; sen-

tía amarguísimamente la Duquesa que con sus pasiones despertase las voluntades dormidas, y diese que censurar á sus vasallos. Que aunque tienen sufrimiento para tolerarlos como á señores, tambien son hombres y tienen lengua para murmurarlos, cuando no cumplen con las obligaciones de cristianos y caballeros. Y aunque les toleren los señores de sus haciendas, no se quieren ver dueños de sus casas: si se están en su autoridad y palacios, allí los aman, los temen y los sirven: pero si todas las casas las quieren hacer suyas, en ellas los desprecian, los desobedecen é injurian. Ponderaba estos inconvenientes con su gran juicio la Duquesa; y al paso que los temia como prudente, los sentia como santa. Apenas veia que en llegando la noche salia el Duque á rondar, cuando se le cubria el corazon de tristeza. Veíala la Niña así afligida, y llegaba á consolarla, echándola los brazos al cuello. Apenas le parecia estaría ya algo menos apasionada, cuando se retiraba á un cuarto, y quitándose los lazos y cintas, y descalzándose, se azotaba, y pedia á Ntro. Señor librase al Duque de peligros y ofensas suyas, y le volviese presto á casa: y como San Gerónimo dice de sí: que duraba en sus penitencias y disciplinas todo el tiempo que la tentacion le molestaba, y tanto duraban sus golpes, cuanto duraba la sugestion del enemigo, y hasta que el Señor volviese en calma aquella tormenta: así fatigándose de este modo no cesaba de su ejercicio hasta que oia decir que ya el Duque habia vuelto; y entonces dando gracias á su Magestad, se levantaba y cesaba de la penitencia que por él hacia.

Pocas personas ha habido que escapen de dolor de cabeza, como tambien hay pocas á quien no les duela la cabeza con la vanidad de su apellido ó linage. Ocasiónase este dolor, ó por la sequedad del celebro, ó los flatos calientes, que suben del estómago; y como la Santa Niña comia y gustaba tan poco de las vanidades del mundo, pocos flatos de desvanecimiento subian al celebro: no solo aborrecia el que la llamasen con el apellido de sus padres, sino que lloraba cuando lo oia. Ya mayorcita, habia oido y reparado en el apellido de su tia Sor Maria de Jesus. Este amaba, y este queria. Si tal vez jugando con el Conde hacia alguna travesura, al ver que la Duquesa, ó el aya le castigaban, para ella no habia castigo, como oir á la Duquesa que la decia: vos no sois Maria de Jesus; vos sois

Payana. Si vos fuérais de Jesus, no fuérais traviesa: movia compasion verla correr sus ojos dos rios de lágrimas, y recogida á un rincon del estrado llorar amargamente: los sollozos y suspiros eran tan tiernos, que no habia remedio para acallarla. Volvia la Duquesa á llamarla y acariciarla, diciéndola: ea, ea, no mas Payan: venid acá, Maria de Jesus; venid acá, hija mia. Ahora sí os quiero mucho porque os llamais Maria de Jesus. Enjugábanse sus lágrimas, serenábanse sus ojos, desahogaba el corazon, y venía gozosa y risueña á abrazar á la Duquesa, y recobraba en gozos por su dulce nombre de Jesus todo cuanto habia sentido en tristezas por su apellido de Payan; y con esto si veia que el Conde hacia alguna travesura se apartaba de él, temiendo mas el apellido que otro cualquier castigo.

Aun no tenia entendimiento para discurrir, y ya tenia la voluntad tan ardiente para amar que toda quisiera hacerse un fuego que respirase llamas encendidas de Dios. Cuando veia que la Duquesa ó sus criadas confesaban y comulgaban se inflamaba de fuerte, y tanto en amor de su Dios, que como (siendo ya muger solia decir á algunas personas muy espirituales) veia que no podia hacer lo que las demás hacian, la causaba grandísima tristeza el ansia y fatiga que sentia en su alma. Acababan de colmugar la Duquesa y las damas, y considerando habian recibido á su Dios, llegaba á ellas ansiosa y fervorizada, y las abrazaba y hacia mil cariños, por haber merecido recibir en sí al Dios que con su sangre nos redimió. Ya que no la daban licencia para comulgar, se consolaba llegando á confesarse. Su devocion, sus lágrimas, su juicio, el acusarse de grandísima pecadora, y considerar su tierna edad, causaba admiracion á los confesores, y daban gracias á nuestro Señor, que tan temprano le amanecia á aquel angelito la luz de la razon: y en ella se veian tales efectos de la gracia: y con acusarse de grande pecadora y llegarse al sacramento de la penitencia, quedaba consolada, ya que por entonces no alcanzaba á recibir el de la Eucaristía.

Llegóse el tiempo en que los Confesores la dieron licencia para que comulgase; pues este pan de los ángeles no requiere fuerzas del cuerpo para comulgarle, sino luz del entendimiento para conocerle, y que sepa el católico, que recibe á su Dios debajo de aquellos accidentes, y que así dispuesto dignamente lo ame y estime. Vieron en aquella corta edad tal humildad,

tal saber y tales deseos y tan vivas ponderaciones, que con facilidad la dieron licencia para comulgar. No es decible el consuelo que con ella recibió en su alma, ponderando que nuestra naturaleza por sí no es digna de recibir á Dios, si Dios no la hace digna con su gracia. Procuró merecerla, para con ella estar dispuesta como Vírgen prudente, para hospedar al Esposo. El olio de buenas obras con que se previno fué notable. Aquellos dias todo era ayunos, mortificaciones, penitencias, oraciones y lágrimas, para preparar el tálamo de su alma al Esposo que esperaba. Llegó, pues, á recibir á aquel Santísimo Sacramento; y lo mismo fué gustarle y recogerle dentro de sus lábios, que henchirse toda la boca de sangre, con tal dulzura, y con tal suavidad, que no parecia estar en esta carne mortal, sino comiendo en el Cielo este pan de ángeles, que contiene en sí todos los sabores y dulzuras. Comunicóla el Señor en esta ocasion grandísimos sabores á su alma; y si antes habian sido grandes los deseos de recibir á su Dios, desde aquel dia fueron mucho mayores; pues como el águila que hace presa en el pájaro, y llegando á gustar la sangre se le escapa, vuelve con nuevos alientos á buscarle hasta que le come; habiendo ahora gustado de aquel preciosísimo Cuerpo y Sangre del Señor mas ansiosa le deseaba, cuanto mas amante le habia gustado.

De aquí le nacian nuevos fervores de servir á Dios. Iba creciendo en dias, y se iba aumentando en virtudes. Era la oracion su desayuno, comida y cena. El Palacio de la Duquesa era para ella un Cielo; porque desde allí á un Monasterio de Monjas Recoletas no habia mas distancia, que el vestir hábito de seglar. Era la señora excelentísima en todo género de virtud y ejercicios, y á este compás andaban todo género de criadas suyas. De noche tenia con ellas una hora de oracion mental. Apenas veia Maria se llegaba el tiempo, cuando á todas las animaba, á todas las llamaba, sin ser á ninguno molesta ni enfadosa. De diez años era ya tan gran maestra de oracion, que ella proponia lo que cada noche se habia de meditar. Los favores que el Señor la hacia en la oracion, y las ilustraciones con que alumbraba su entendimiento, é inflamaba su voluntad, así los proponia, y con ellos aclaraba las dudas que se ofrecian, que no sabia la Duquesa ni las Damas á qué recurrir, ó á admirar aquel prodigio en tan tiernos años, ó á la mucha asistencia del Señor para hacerla suya desde tan po-

cos dias. La paz y sosiego que gozaba en su alma, de tal suerte se daba á conocer, que no habia cosa que la turbase; y si acaso alguna nube de discordia se levantaba, ella era el Sol que la consumía. Es la vida de Palacio tan dificultosa de vivir, cuanto suele ser grande la ambicion de los que la viven. De aquí nace muchas veces la poca conformidad, los disgustos y envidias; porque si ven que el señor favorece mas á un criado que á otro, le parece al que tiene enfermedad de envidia que le quitan á él lo que á otro se dá, ó que disminuye su autoridad el favor que el señor hace á otro; como si el padre de familia no fuera dueño de su hacienda, para distribuirla como quisiere, cuando á cada uno le paga conforme á sus méritos y salarios. Solian por estos ú otros motivos, levantarse algunas pasioncillas entre las damas, criadas ó criados; y al punto que llegaban á su noticia, iba presurosa á aquietarlos. Era la niña hermosísima, y con su hermosura y gracia tenia el medio camino andado para conseguir lo que intentaba; pues como dice Pablo Jobio, *lib. 4, hist. Magnam habet ad Conciliandam aspicientium benevolentiam, formæ venustas.* Tiene la hermosura y buen talle tan oculta fuerza, y tan grande eficacia para aquietar los ánimos y conciliarlos, que ella sola consigue muchas veces lo que otros medios no alcanzan. Y si esta se acompaña con gracia en el decir y santidad de vida, que la haga escolta, no hay negocio por dificultoso que no consiga, no hay pleito que no acabe, no hay corazon endurecido que tenga resistencia: como además de la hermosura de su rostro era tan airosa en el talle, tan suave en la conversacion, tan cariñosa en su plática, y la miraban con la veneracion de Santa, llegaba á los que habian reñido, y les decia: Doña fulana, acábese ya esto. No hemos de sufrir algo por Dios, que tanto sufrió por nosotros, y nos sufre? Nos está Cristo amando y le vemos rogar á su Padre Eterno, por los que tanto le ofendieron, y por tan poca ocasion ha de haber tantos sentimientos? Ea, hasta aquí puede el Demonio haber triunfado. Váyase para maldito. Olvidad este enogillo, y vuelva Cristo á su casa. Ea, por amor de Dios se haga esto. Por amor de Dios os lo pido. No habia acabado de persuadirla, y ya tenia vencido cuanto pudiera ser de embarazo al efectuarlo, y conseguir en un instante, y en dos palabras, lo que el tiempo ni padrinos no podia en muchas ocasiones efectuar.

El Reverendísimo P. M. Fray Alonso de Sto. Tomás, hoy Obispo de Málaga, siendo Provincial de Andalucia, conociendo el espíritu de esta sierva de Dios la mandó por obediencia escribir su vida, como despues mas largamente diremos, y ahora solo hacemos relacion de lo que la Venerable Madre escribe tocante á esta edad, y en este libro irá anotado con esta señal « » todo cuanto de su vida escribió, colocando cada cosa en su edad, y en ello so algo guardando la cara á la obediencia, para cumplirla, sin perder de vista á la humildad, y dice: «Siendo de nueve á diez años deseé por voto de cas»tidad entregar á Dios mi cuerpo y alma, y vivir en pureza. »Tratélo con mi Confesor: impidióme el voto por ser de poca »edad, dándome á entender algunas dificultades que podria te»ner en tomar estado. Yo no hallando ninguno á mi deseo, »importuné, despues de un año que me dió de término, que le »encomendase á Dios de todas veras. Y viendo mi perseve»rancia, me otorgó mi peticion: y en sus manos dia de la »Ascension de Ntro. Señor, despues de haber comulgado, hice »mi voto, siendo seglar, y segun el gozo que sintió mi alma »aquel dia, y en una particular gloria en que me hallé, tuve »bien entendido, que aceptó Dios aquellos primeros deseos, que »hasta hoy por su misericordia me duran, y señaladamente aquel »dia de la gloriosa Ascension he recibido de mi Señor algunos »favores: con esto me alenté á despreciar el mundo y sus co»sas, y á renunciar todas las galas, y casamientos que se ofre»cieron: procuré irme egercitando en algunas obras de caridad »y humildad, y andar siempre en la presencia de Dios, de tal »suerte, que apenas me parecia que le buscaba dentro de mí, »cuando le hallaba.»

Quien viera en tan tierna edad como nueve años aquel desengaño de mundo, aquel amor de Dios, aquel consagrarse Vírgen en cuerpo y alma á su Esposo, ¿qué admiraciones no hiciera? Dice, que habiendo hecho el voto, tuvo su alma grandísimo gozo, y se halló en una particular gloria: no habla mas claro ni se esplica, y en esas cortas palabras nos deja el campo abierto para presumir recibiría algun especialísimo favor de su Esposo, el cual por su humildad calló la Venerable Madre, como en muchas ocasiones lo hizo: ya dice que desde entonces aborreció las galas. De diez años le dá de mano al mundo, como si en los nueve antecedentes hubiera sabido qué cosa eran galas,

mundo, riesgos y peligros de mundanos.

Con estas cosas que todos veian y notaban en la Niña, haciendo sus oficios el amor y la admiracion, todos la querian y todos la deseaban ver, y cada uno la queria para sí. Estaban en este tiempo en el convento de Religiosas Domínicas de Gibraleon (que es uno de los mas observantes y autorizados que tiene España) dos señoras hermanas del Duque, la una Sor María de la Corona, que era Religiosa profesa, y la otra la Excelentísima Señora Doña Leonor de Zúñiga, que murió Marquesa de Ayamonte: como hermanas del Duque, y ser en todos una la sangre, era en todos igual el amor á la Niña. Desearon grandísimamente fuese Religiosa en su compañía. Muchas veces lo digeron á sus hermanos y se la pidieron, é infinitas veces á la Niña; y para mas aficionarla la vestian, adornaban y regalaban, haciéndola mil favores. Sentian los Duques el desposeerse de tal prenda, y siempre se escusaron con responder, querian gozar de su compañía, y que en siendo mayor, acordarian lo que habia de hacer; hasta que las señoras no pudiendo conseguir su intento, hubieron de dar treguas á sus deseos.

El corazon de Sor Maria de Jesus no descansaba un instante, porque como tenia tan gran concepto de la virtud de su Santa tia, y la habia dicho lo de los diez años de la vida del Duque, veia que ya se cumplian, que su sobrina crecia en edad, que si el Duque moria, se habia de mudar el gobierno de la casa, y como las cosas del mundo tienen tan poca consistencia, recelaba, que muerto el Duqne, se trocaría todo del modo que cada dia esperimentamos en lo que se juzgaba mas habia de permanecer; y vacilando en estos cuidados, cada uno era bastante para traerla bien fatigada y melancólica.

CAPITULO IV.

Vuélvense á Aracena tia y sobrina, sentimiento grande de los Duques, y cosas que en esto suceden.

Son los cuidados de los hijos los que mas vivamente atormentan al corazon de los padres, y aunque otros tiren á acabarles la vida, ningunos mas qne estos tienen eficacia para dar con ellos en la sepultura, porque como son prendas del alma, y en ella tienen las fincas de su amor, allí tiran mas

penetrantes, donde mas sienten su centro. Los que Sor Maria de Jesus tenia de su Sobrina, no la daban un instante de quietud, y aunque como buena Cristiana los remitia á Dios, no por eso se descuidaba en sus diligencias. Habíase criado siempre con la educacion de su Santa tia Sor María de la Concepcion, en asistir y cuidar la Iglesia del Convento de Santo Domingo de Aracena: la Imágen y Capilla de Nuestra Señora del Rosario, habia sido siempre su gozo y ocupacion. Veíase por una parte, que la tiraba á Aracena, así el cuidar de la asistencia y aseo de Nuestra Señora, el no hacer falta á la Sacristia y adorno de la Iglesia, cuidar de los Religiosos enfermos del Convento. El ver que si faltaba el Duque, quedaria su Sobrina sin amparo, y en tierra agena. Por otra parte, la detenia la consideracion de que los hermanos y padres de su sobrina, no estaban muy sobrados para poderla entrar en Convento, y que aunque el Duque faltase, siempre la Duquesa y sus hermanas acomodarian á la Niña. Su hermana Doña Ana Valera, la escribia desde Aracena repetidamente se volviese. Con cada carta le duplicaba los cuidados; y la Duquesa, considerando que estas cartas eran quien mas la estimulaban, andaba con notable cuidado en impedírselas, para que no llegasen á sus manos. Muchas veces lo habia tratado en silencio con su sobrina, deciála: hija no sé qué me haga, no sé á qué resolverme. Si perdemos la casa de estos señores, pierdes tu comodidad, y muy honrada. Si te llevo á Aracena, no tendrás allá el regalo que aquí pierdes. Aquí estás en grandeza y estimacion. Allá irás á padecer, y padecer mucho: pues aunque sea lo que podamos desear en tu casa, no lo pasarás como en la de un señor tan grande. A todo hallaba conformidad en su sobrina. Señora, la decia: Vd. no se desconsuele, que yo estoy dispuesta á lo que Ntro. Señor dispusiere de mí. Si Vd. se vá, me iré: y á su lado no me faltará nada: pues Dios que nos tiene á su cargo, tendrá el cuidado de nuestro remedio. Si á Vd. le pareciere que nos quedemos, sea muy en buen hora: si le pareciere que nos vamos, sea muy en buen hora: que yo estoy dispuesta á lo que el Señor nos ordenare, y en todo, y por todo, estoy conforme á su divina voluntad.

Trató Sor Maria de Jesus de encomendar á Dios este negocio, y pedirle luz y acierto en él: que como virtuosa, y discreta, consideraba, que de arriba nos vienen los buenos suce-

sos. Habia en aquella villa una persona de conocida virtud, y muy favorecida de nuestro Señor: pidióle le encomendase á su Magestad, que ella haria lo mismo. Pidiólo con instancia á Ntro. Señor, y supo en la oracion que era su voluntad se volviesen á su tierra, y que prosiguiesen la devocion de su Madre Santísima del Rosario, y en el adorno y culto de los demás Santos. Y que en cuanto á su sobrina, no tuviese cuidado, pues que su Magestad cuidaba del sustento para las hormigas, tambien le tendria en cuidarla.

Con esto trató la tia con eficacia la vuelta á su Patria. Y como su propósito estaba afianzado con entender era voluntad de Ntro. Señor, ya no reparaba en inconvenientes algunos. Cuando la Duquesa lo supo, quedóse turbada, sin saber á qué parte atribuir la resolucion: O á enojo, porque le parecia ser ingratitud á tantos favores, como á tía y sobrina habia hecho: ó á sentimiento, viendo que se ausentaban de sus ojos prendas que tanto queria: tuvo la mayor parte el enojo. Y ponderaba, que á ningun criado de su casa habia hecho ni aun la mitad de tantos favores: ni con persona alguna se habia estrechado tanto: pues no como Duquesa habia tratado á la tía, sino como muy amiga. Y á la Niña la habia querido, no como señora, sí como madre: y ahora volvian las espaldas á su casa, y á sus favores y agasajos. Y en quien mas ponia la admiracion era en la Niña: pues no habia conocido mas madre que á sí, y así con este despejo olvidase tantos cariños.

Y segun decia la Venerable Madre (ya siendo muger) á su hermana Sor Ana de Santo Domingo, Religiosa del mismo hábito y profesion: juzgaba habia sido voluntad de Ntro. Señor la vuelta. Pues siendo así, que era agradecida sumamente á cualquiera persona que la hacia algun beneficio, con haber recibido tantos de aquellos señores, no se le propusieron por entonces con tanta viveza, que fuesen bastantes á moverla de su propósito. Salieron de Palacio, y salieron de madre los rios de lágrimas en los Duques, criadas y criados. Porque como el que quiere bien vé ausentarse á quien ama, siente que el corazon se le parte en piezas, que las potencias se le dividen: pues él se queda solo con la memoria, y el que se vá se lleva el entendimiento y voluntad. Y siendo la ausencia una muerte civil, casi, casi es milagro el que no acabe la vida el ver que así su corazon se divide en partes entre el que se queda, y se vá.

Quince dias se habian pasado cuando impaciente el Duque por la ausencia de su querida hija (si asi permite el Señor la llamemos, pues ella al Duque le llamaba padre, y él la favorecia con el nombre, y amor de hija) tomó caballos, y vino á Aracena á visitarla. Hallábase solo sin ella: las lágrimas de la Duquesa eran tantas, y tan continuas, que si el Conde su hijo hubiera muerto, no pudieran ser mas ardientes ni mas tiernas. Y si lo sentian como amantes, lo miraban como prudentes, pues no hay lágrimas mas justificadas que las que se lloran por la falta de un justo: en él, nos falta nuestro amparo: por su compañia, mira Dios con amor aun á los pecadores que á ellos se acojen, y de ellos se valen: por su respeto, templa Dios su ira y enojos: ellos son las columnas que detienen la justicia de Dios, y sustentan para que no caiga á la tierra y abrace á los pecadores que en ella vivimos, y si ellos nos faltan, nos falta nuestro gozo, nuestro alivio y consuelo. Mucho honró Dios la virtud de su Esposa con traer á un Duque de Béjar tan apresurado á visitarla; pero no es nuevo en el Señor hacer estos prodigios, pues sabe traer á Naaman, príncipe de Siria, á visitar á Eliseo, y le hace el Profeta esperar á la puerta de su casa, y desea el Príncipe llevar á su córte la tierra que el Profeta pisaba.

El amor que el Duque habia cobrado á la Niña, y el respeto con que la veneraba, la estimulaban á que consultase el mejor medio para su estado y comodidad. Siempre sentaba en un principio, que María habia de ser Religiosa, que no habia de quedar en el siglo; que eligiese el Convento que mas le agradase, y en quien tuviese mas devocion, y que en él la daría el dote, y costearía todo lo necesario para sus gastos.

Hay en la villa de Aracena un Convento de Religiosas Carmelitas Calzadas, sujetas al ordinario, tan Religioso y observante, que se conocen hoy pocos de su instituto como él, y en quien ha florecido y florece mucha santidad y virtud. Vió el Duque, que dentro de su pátria podia vivir María de Jesus en el estado de Religiosa, y dispuso el que allí lo fuese. Visitó al Convento, habló á la Priora, y Comunidad, y dejó dispuesto, que el verano, que se habian de venir á tenerle á Aracena, la darian el hábito. Con esto se despidió de su hija querida Maria de Jesus. Volvióse á Gibraleon, siendo esta la última vez que se vieron en esta vida.

Son los juicios de los hombres muy limitados para los de Dios. Llamó el Espíritu Santo á la vida del hombre, ejercicio de milicia sobre la tierra, pues todos nuestros intentos se desvanecen como los de el Soldado, cuando el órden del General, ó Capitan dispone lo que conviene al servicio del Rey. Dispone Dios, y dá órden, y nuestros intentos no se egecutan, porque conviene al servicio de su Magestad se haga lo contrario. Ya se le iban cumpliendo al Duque los diez años de vida que su misericordia le prolongó. Ofreciósele un viaje á Madrid. Cogióle en el camino un achaque, y de camino le llevó la muerte á que descansase al Cielo, segun piadosamente creemos en Dios. Iba á la ligera, por negociar con brevedad, y volverse el verano á Aracena á cumplir sus deseos de ver Religiosa á su hija Maria de Jesus. Apenas se sintió con el mal, y conoció ser el de la muerte, cuando vino un correo á la Duquesa, que salió presurosa de su casa y llegando le halló difunto. Aquí se conoció en esta señora uno de los egemplos grandes de virtud, que han visto nuestros siglos. Llegó á Sevilla con el cuerpo, y depositándole en el Religiosísimo convento de Carmelitas Descalzas, fundacion de la Santa Madre Teresa de Jesus, sin volver á su estado, como casta tórtola, se recogió en aquel penitente nido, y dejando el título de Duquesa, el oro y plata de poderosa, las sedas y telas de Señora, y trocando el fausto de grande, por seguir humilde á Cristo, en un punto se halló Religiosa, con el nombre y apellido de Sor María de la Santísima Trinidad, dando ejemplo al mundo, desengaño á los Señores, avisos á los mortales, y ejecutando ahora con obras el ser Religiosa, todo cuanto habia dilatado en deseos, con que fenecieron en María de Jesus el ser Monja, y se halló verificado los diez años de la prolongacion de la vida, y cuanto prudentemente habia prevenido Sor Maria de Jesus, que habia de suceder.

CAPITULO V.

Estando en Aracena pide María de Jesus el Hábito de Religiosa Tercera de Santo Domingo, y se egercita en muchos rigores y penitencias.

Lo poco asida que María de Jesus estaba á las galas, hizo que con facilidad se olvidase y se deshiciese de ellas; y viniendo de el lado de una Señora tan grande, trajo muchas y muy buenas. Como en los lugares de la Sierra, por retirados de el comercio de las ciudades populosas, se vive con alguna mas comodidad, se visten sus moradores con alguna mas llaneza. Llegóse el dia de salir á Misa al Convento de Santo Domingo, y viéndose con manto de seda y vestido de gala, reparó en que, todos y todas, la miraban con curiosidad. Estuvo en la Iglesia, como avergonzada, de ver que ella sola se señalaba entre todas. Al punto que volvió á su casa, avisó á su madre, que dispusiese del manto de seda, y le compró uno de anascote. De todos sus vestidos, hizo un repartimiento, así á la Imágen de Nuestra Señora del Rosario, como á los demás Santos, quedándose solo con un vestido honesto.

Corrió luego la voz en el lugar, que Doña María Payan tenia el valimiento y cariño de los Duques de Bejar. Acordábanse lo afianzado que estaba con el amor que habian tenido á sus tias Sor María de la Concepcion, y Sor María de Jesus, y viéndola, tan agraciada y virtuosa, la pidieron á sus padres mucha gente principal del lugar, teniéndose por bien afortunados si la alcanzaban por esposa; y aunque el dote que el padre pudiera darla, era muy corto, no reparaban en eso; pues con solo saber la estimacion en que los Duques la tenian, en ello aseguraban al fiado, todo cuanto no recibian de contado. No habia muerte para ella, como el oir cosas de casamientos. Daban sus padres largas á los pretendientes con decirles los pocos años de su hija, que aun no tenia cumplidos doce, y con esto entretenian el tiempo, á los que tan sin él madrugaban estos propósitos.

Habia seis años que habia muerto su padre Juan Payan Daza, y Doña Ana Valera de Cárdenas, casó de segundo matrimonio con Alonso Martin de Moya, tan padre de su alnada,

como si la hubiera engendrado. Era tan buen cristiano, que los deseos de otros padrastros en echar de casa á los hijos de sus mujeres, los convirtió en duplicado amor, viendo la resistencia que tenia á los casamientos, y la inclinacion á ser virtuosa. Con todo esto, estaba su afecto algo remiso, pareciéndole, que segun el número de los pretendientes, y las buenas cualidades de cualquiera, tarde ó temprano, la vencerian á casarse: pero cuando vió, que vistiendo el hábito de Religiosa, cerraba las puertas á las instancias que estos la hacian, acabó de desplegar las velas de su voluntad. Los ejercicios de penitencia, los ayunos, cilicios, disciplinas y rigores con que mortificaba su delicado cuerpo, eran tan contínuos como espantosos. Afligíase el padre, desconsolábase la madre, y aunque no les parecia mal que su hija tuviese aquel modo de vivir, no les parecia bien que usase rigores tan fuera de modo.

Vivía ansiosa por vestir el hábito de Santo Domingo, que como le tenia afecto, y heredado de sus tias, y este se aumentaba con la asistencia contínua al Convento, y el cuidado que en su casa tenian de Nuestra Señora del Rosario, cada hora le era un año, y cada semana un siglo. Pidióle al Prior; el cual la entretuvo algunos dias, viendo que los pocos años pocas veces hacen buen seguro á negocios tan árduos; y aunque muchos siendo niños piden el hábito en las Religiones, muchas veces el pedirlo es niñería; pues solo les mueve, el ver, que el otro niño se entró á ser Fraile, ó la otra á ser Monja. Detenía-se el Prior, como prudente, y esperaba á que el tiempo ó apagase aquella llamarada de afecto, si lo era, ó la madurase si era devocion. Tal fué su instancia, tal el ejercicio de su vida, tal su pureza de conciencia, que el Prior atropelló con todo, y la vistió el hábito de Religiosa Tercera, dia de la Santísima Trinidad, y por eso tomó el apellido de Maria de la Trinidad, siendo de trece años.

Por la corta edad que tenia, tuvo el hábito por devocion cuatro años. Cumplidos los necesarios para la profesion, profesó en manos del Padre Fray Luis Sotillo de Mesa, Predicador General, hijo del Real y Relijiosísimo Convento de San Pablo de Córdoba, Varon docto y gran Predicador, como sus escritos lo publican, siendo Prior del Convento de Aracena, año de 1624. General de la Orden, Frai Serafino Sicco de Pavia, y Provincial de la Andalucía, el Maestro Frai Juan de Arriola,

hijo del Real Convento de Santa Cruz, de Granada.

Tuvo en su padrastro un buen amigo y compañero para sus Santos intentos, y le hallaba para sus ejercicios, tal, cual podia desearle. Con todo eso la decia muchas veces: «Hija mia, que te quitas la salud, y con estos rigores te acabas la vida: para ellos, me hallarás padrastro, porque te lo he de estorbar cuanto pueda: pero para tu oracion, obras de caridad, y para todo aquello que no sean estas penitencias, me hallarás siempre padre que te socorra y amigo que te acompañe.»

Deseaba la nueva Religiosa retirarse á un desierto. Tenia grande envidia á los Arsenios, Ilariones, Antonios, Macarios, y demás Anacoretas, que retirados de la conversacion de los hombres, hicieron en la soledad vida de Angeles. Quisiera ella, si pudiera hacer lo mismo, y cuanto sus deseos no llegaban á ejecucion, la servia de tormento la imposibilidad. Desabrochó su pecho un dia á su padre: ponderóle sus deseos, y le pidió le diese licencia para ejecutarlos; y que pues salia muchas veces al campo, le buscase una buena cueva para su retiro. Como Aracena está casi en el centro de la Sierra Morena, y todas las comarcas las tenia bien vistas, le daba noticia que en tal parte habia una cueva, y en tal parte otra. «Dime, le decia: muchas cuevas hay donde podia llevarte; pero si como yo he llegado, y llego cada dia, llegara otro á ellas, ¿no te parece que será inconveniente el ver á una muger moza, y sola, en un retiro sin defensa alguna? Ea, no hables mas en eso, ni se te ponga jamás en la cabeza.»

Suelen muchas personas de aquella tierra, en los tiempos que no hay que hacer en las cosechas ó labranza de los campos, irse á cazar, en tantos y tan buenos montes como rodean á aquella villa. Rogaba á su padre, que pues cada dia gozaba de la quietud de el campo, la llevase allá para tener un rato de consuelo. Fueron tan contínuas sus instancias, en esto, que su padre y madre, por darla gusto, fingieron querer ir á ver sus colmenas muchas veces, y la llevaban: pero como su inclinacion era tan notable al desierto, se recelaban que si la perdian de vista, se les habia de esconder entre aquellas malezas y espesuras. Por esto, vivian con tanto cuidado, que no la perdian un instante de vista. En llegando allá, la veian gozosa, la oian placentera, suspiraba por la compañía de las breñas, riscos y jarales; y cada accion de estas, y cada afecto, era un

despertador á sus cuidados, para que los duplicasen á no dejarla sola. En una de estas ocasiones, pudo esconderse entre unos riscos algo apartados del colmenar, y echándola menos su madre, empezó á desconsolarse, segun el fundamento de sus cuidados. Vino su marido, dióle parte de su desconsuelo, y salieron á buscarla. Despues de haber subido montes, y descendido á los valles, la hallaron puesta en oracion, de rodillas, y en éxtasis, tan robada de sus sentidos como si estuviera difunta. Llegaron á ella para llamarla, y haciendo su oficio el gozo de haberla hallado, y la admiracion de verla extática, prorumpió en lágrimas un afecto y otro, sin saberse decir uno á otro cosa alguna, mas que mirarla y admirarla. Vuelta en sí, despues de mucho tiempo, la redujeron á la casa, y de allí á Aracena, creciendo tanto en los padres el cuidado de que no se les quedase ó volviese á aquellos desiertos, como en la hija crecia el deseo de habitar aquellas soledades.

Vivia por este tiempo en aquella villa, una muger, que se llamaba Lucía de la Ossa, cuyas virtudes y méritos delante de Dios eran tantos, como la poca estimacion en que el mundo la tuvo. Sus penitencias, con que se mortificaba, y los favores con que el Cielo la honraba, merecian un libro entero, como otras personas notables en virtud con que Dios ha enriquecido á aquella villa. Esta sierva de Dios, tenia especial amistad con la Venerable Madre, y hízole el Señor revelacion de un enfadillo que traia consigo muy interior, para que le curase de él, y la consolase: y fué, que su madre doña Ana Valera se hizo preñada, y dia de San José parió á su hija Sor Ana de Santo Domingo. El empacho que del parto recibió la Venerable Madre, fué notable, y se aumentaba su tristeza, viendo el poco remedio que habia en casa, y que multiplicándose los hijos, habian de crecer los alcances. En esta congoja, le habló Lucía de la Ossa de parte de Nuestro Señor, y la dijo: «Hermana, consuélate, no te entristezcas, porque el Esposo me manda que te diga, que esta que ha nacido te la dá por compañera, para que te ayude en el servicio y adorno de la Iglesia: dale al Señor muchas gracias, porque así cuida de tu alivio.» Con esto, de allí adelante, desechó de su corazon la tristeza, y la quiso á su hermana, y la amó como á especial prenda de la Providencia Divina, para su alivio.

Sus ayunos eran tan fuera de el orden natural, como su

modo de vivir era fuera del órden comun. Llegábase el Miércoles de Ceniza, y desde él hasta el Domingo de Pascua, se le pasaban ordinariamente las Cuaresmas, sin otro sustento mas que á Jesucristo en el Santísimo Sacramento del Altar. Con él se sustentaba el alma: y el mismo Señor daba fuerzas á su cuerpo. Como su madre y hermana, siendo ya grande, la vian tan mortificada con las penitencias, y tan postrada á los ayunos, la persuadian á que comiese. Rogábanla, instábanla, y la reñian, y cada porfia era un cuchillo, que la atravesaba el corazon tan crudamente, como era terrible el tormento que padecia en forzarse á comer. Hacia cuanto podia de su parte, y no podía obligar á la naturaleza, pues Dios la dispensaba con los auxilios de su gracia. Víala su padre, y advertia las angustias que padecía, y poniéndo de su parte, mandaba á su muger y á su hija Aña, que no la molestasen; que la dejasen, y comiese cuando sintiese necesidad, y no hablasen mas palabra en ello, pues la daban pesadumbre que tan claramente se conocia.

La buena ayuda de costa que tenia en su padrastro, para sus Santos intentos, le animaban mucho; pero como sentia su repugnacia á todo lo que era maltratarse con penitencias, la traia algunas veces bien cuidadosa. Observaba las horas en que toda la casa estaba rendida al sueño, y se retiraba á lo mas escondido, y como si su cuerpo tuviera la culpa de que así la estorbasen sus rigores, así lo pagaba hallándose sola. Las disciplinas eran espantosas, y los azotes tan crueles, que asombraban, y ponian admiracion ver que estando tan descaecida de fuerzas, así las recobraba, para atormentarse. Tal vez la hallaban con el hurto en las manos, y su hermana, y su madre vacilando entre enojo y compasion la quitaban las disciplinas y cilicios. Víanla hecha pedazos, y corriendo sangre todo su cuerpo, tan pálida, que parecia una sombra de la muerte; y no teniendo ya palabras para reñirla, ó persuadirla no se mortificase, entonces mas se empeñaba en afligirse. Como sus padres la habian pedido y mandado esto tantas veces, andaban á caza de sus cruces, cadenas, disciplinas y rayos, como de armas prohibidas, y instrumentos vedados: y si tal vez se hallaba alcanzada de cuenta, conmutaba en otros rigores lo que en estos le faltaba.

Traia á su cuerpo debilitado, por la falta de la sangre, y contínuas heridas y desgarros; y sería bien que lo reparase con el

sustento, y cobrase por aquí cuanto por allá gastaba. Su comida era tan corta como se sabe. Forzábanla á que comiese, y poniendo los ojos en su Esposo Jesus, que la comida y bebida que tuvo entre los clavos, espinas, y tormentos de la Cruz habia sido hiel y vinagre; ya que no podia hacer lo mismo, estando sentada á la mesa, unas veces guardaba la comida fingiendo comerla, y la daba á los pobres. Descubrian estas trazas, y estorbábanselas, cuando ya no podian hacer otra cosa, con todo disimulo la polvoreaba con acíbar, y quedaba con mas tormento comiéndola, que le tuviera si se quedase en ayunas: y como desde las penitencias pudiera librar el reparo en el sustento, y el descaecimiento de uno y otro, debiera recobrarle en la blanda cama, para que allí tomase algun descanso, era este un nuevo martirio que la esperaba. De las aulagas y espinas que traian á su casa, para quemar en el fuego, componia su cama, y como si fuera cama de flores, así se acostaba en ella.

Ya su hermana Ana habia crecido en edad, y vestido el mismo hábito de Religiosa Tercera de Santo Domingo: y conociendo que era hija de su padre, y de su madre en estorbarla estas mortificaciones, era cosa de ver, ver sus lágrimas y sollozos con la hermana, para que le fuese compañera y no la estorbase. «Hermana mia, la decia: ¿qué te espantas de estas cosas? ¿Para qué me mortificas tú mas con tus impertinencias, que lo que juzgas me mortifico yo? Tu padre es mi padrastro, y en mi madre y la tuya tengo tambien madrastra. Si no tengo en tí una amiga y compañera, como tengo hermana, no puedo dar un paso sin ser sentida. ¿Es posible de hallar tantas contradicciones en vosotros, para procurar ser buenos, como las hallára si intentára ser mala? Mira que aunque eres mi hermana no me conoces; y si supieras mis vicios y resabios, tú fueras el verdugo que egecutára en mí, mayores castigos. Déjame, déjame: no me tengas lástima. No soy virtuosa como presumes, soy un Demonio. Necesito de mucha penitencia, para satisfacer á Dios por mis culpas, para que Su Magestad tenga misericordia de esta alma, que tanto le ha ofendido.» En una conversacion, que pudiera mover á lágrimas á las piedras, ver á la Religiosa doncella, hambrienta y sedienta de azotes, tormentos y cilicios. Ver á su padre, madre, y hermana impedírselos, rasgados sus corazones, por los desgarros que su hija y hermana hacía en sus carnes. Y creciendo en todos la porfia,

venia aquel tormento y tormenta á quebrar en agua, llorando todos tan amargamente, que no habia quien los entrara en acuerdo, y sacando su hermana por partido que no echase espinas en la cama, sacaba la sierva de Dios otra condicion, que ya que no fuesen espinas en la cama, ni tampoco se habia de acostar en los colchones solos, hasta que el concierto venia á ser acostarse en unas tablas sobre la misma cama, y una piedra ó madero por cabecera; como si para ser duras las piedras y tablas hubieran de mudar su naturaleza y dureza, por estar sobre los colchones.

Por este tiempo le sucedió un caso maravilloso, y fué: que bajando de un cuarto alto de la casa, oyó una voz que la llamaba diciendo: «Hija, hija.» Al punto conoció que era la voz de Cristo su Esposo: que como oveja suya, no solo estaba muchas veces enseñada á oirla, sino tambien á conocerla: pues, como dijo el Soberano Pastor: *Et vocem meam audient*, & *cognoscunt me reæ*. Ahora le oyó, y al punto le conoció. Aplicó el oido hácia la parte donde sonó la voz, y entre unas hojas secas y basura, estaba una cabeza de una hechura de un Santo Cristo. Prosiguió la voz y díjola: Sácame hija de aquí, y no permitas que yo esté aquí con esta indecencia: Y entonces puesta de rodillas y vertiendo lágrimas, cogió la Santa Cabeza con toda veneracion, diciéndole mil ternuras, bajó á la sala. Estaba en esta ocasion su tia Sor María de Jesus muy enferma, y muy apretada de un dolor de costado. Llegóse á la cama, y mostrándosela la Sagrada Cabeza, le refirió lo que habia sucedido, y la dijo: Tia, supuesto que su Magestad ha permitido esto, y se nos ha manifestado, sin duda es para hacernos muchas mercedes: Y pues ha sucedido estando Vd. con ese dolor de costado, supliquémosle se le quite, y la dé salud, pues ahora no estamos para padecer mas males, que los trabajos que tenemos. Pusiéronse tia y sobrina en oracion, y suplicaron á Ntro. Señor la socorriese, y como su Magestad es el Médico que sanó nuestras dolencias, quiso ahora hacer esta visita para sanarla. Apenas habian acabado su oracion, cuando se sintió buena y sana. Diéronle gracias á su Magestad, y pusieron la Sagrada Cabeza en un Relicario, con mucha decencia: el cual he tenido en mis manos y adoré á su Magestad, que no coartando sus favores, así á la Venerable Madre, como á su hermana Sor Ana de Santo Domingo, y á las demás personas

de su casa, ha socorrido en muchos ahogos, y invocado el Señor por aquella Santa Reliquia ha obrado y obra muchas maravillas.

CAPITULO VI.

Devocion grande que la Venerable Madre tiene á Ntra. Señora de el Rosario, y diligencias que hace para su adorno, y aseo de la Iglesia.

Una de las pintas por donde en esta vida rastreamos estar escritos los nombres de los mortales en el Libro de la vida, y estar predestinados para el Cielo, es en la devocion perseverante que tenemos á la Vírgen Santísima Ntra. Señora. Pues quien á Dios ama, no puede dejar de amar á la que le trajo en sus entrañas: que siendo puerta por donde se nos comunicó tanto bien, y siendo la medianera entre Dios y los hombres, dulcemente arrebata nuestros corazones, á que la amemos y busquemos, pues el camino mas seguro para hallar á Dios y traérnosle dulce y afable á que nos mire con misericordia, pues pudo traerle desde el seno de su Eterno Padre á su vientre Purísimo, para que padeciese por nosotros. El amor que la Venerable tenia á su Esposo Jesus, se infiamaba á que le tuviese á su Santísima Madre; y como era heredado de sus tias, conservaba esta herencia, porque habia sido mejorada en el tercio y quinto de su Rosario. Es la Imágen de Ntra. Señora del Rosario de Aracena una de las hechuras mas hermosas, y mas devotas que tiene, no solo la Provincia de Andalucia, sino aun la de Castilla, sin que por esto se entienda es perjudicar á la hermosura y devocion con que los fieles atienden y veneran á cada una. Las montañas de Sierra-Morena que la cercan, y el estar tan oculta entre ellas, es causa de que su noticia no haya crecido mas, y que sus milagros no se hayan publicado como los de la del Colegio de Regina de Sevilla, la de Córdoba, Granada, Jaen, Baeza, Málaga, Antequera y otras muchas de Andalucía, por quien Dios ha obrado y obra infinitos milagros; pero la Santísima Imágen de este Convento es tan notable, cuanto es de admirar la mocion interior que siente el que la mira, aunque tenga el corazon mas duro que un bronce. La asistencia, y devocion que la Venerable Madre Ma-

ria de la Concepcion la tuvo fué notable. El dolor que llevó atravesado en su corazon, y en el de sus sobrinas, cuando los Duques la llevaron á Gibraleon, fué el no poder asistir al culto de esta Señora. El venirse á Aracena, fué el cuidar de el aseo y adorno de la Santa Imágen, y de los demás Santos y Altares de la Iglesia, y llegando á Aracena, fué tanto su cuidado, como habia sido grande su devocion y deseo.

Cuando la Venerable Madre volvió de casa del Duque, halló á la Santa Imágen tan pobre de vestidos, tan cortos, tan corta en el adorno, y tan falta de medios para él, que no sabia qué hacerse. Quisiera ser dueño de cuanto oro y plata hay en las Indias, para gastar en su servicio. Miraba sus vestidos, y los hallaba tan pocos, y tan mal parados, que le daba lástima tomarlos en las manos. Si se ofrecia algun dia de fiestas principales, como el Rosario, Asuncion, Encarnacion, Purificacion, &c., solia pedir prestado algun vestido á las mugeres principales del lugar: con ellos la adornaba, y ponia con la mayor decencia que podia, para celebrar sus fiestas. Sentian muchas veces sus dueños el darlos: y hallándose cercada de las necesidades y sentimiento que la mostraban, daba sus quejas amorosas á Ntra. Señora, y la decia: Señora, Señora, qué haceis? Qué, es posible que tan pobre querais vivir? Yo no tengo caudal para haceros vestidos. En Aracena ya se cansan de dármelos. Estended vuestra noticia por esa Sevilla. Moved los corazones de sus Sevillanos para que os adornen: que á mí me quiebra el corazon veros tan necesitada. Era cosa notable ver cómo Ntra. Señora se daba por agradada de su hija: pues moviendo los corazones de mucha gente rica de Sevilla, de tal suerte han socorrido y socorren con vestidos y adornos á la Santa Imágen, que es una de las mas bien adornadas que hoy hay en la Andalucía, creciendo el culto á súplicas y diligencias de la sierva de Dios, como despues diremos.

No la atormentaba poco el ver el poco adorno que tenia la Iglesia, y lo que Ntra. Señora padecia en su pobre Altar. La Iglesia es pequeña, pero de tres naves: Y la del lado izquierdo, ó del Evangelio es en cuyo testero está Ntra. Señora. La fábrica de ella es humilde, y sin cosa alguna de primor. Era Ermita de San Sebastian Mártir, cuyo título y advocacion retiene, y como Iglesia pobre, y de pobres, por haber sido hospital, no tenia en el techo cosa de adorno; pero ni aun lo ne-

cesario para la decencia. Estaba todo á teja vana, y tan claro, que todas las inclemencias del tiempo caian en la Iglesia, poco menos que en el campo. Las nieblas y humedad del sitio, es tan grande, que con humedecerse el tiempo un poquito, están destilando agua, no solo las paredes, sino los retablos, pintura, y tafetanes de la Iglesia. Los vestidos pocos y pobres, que tenia Ntra. Señora, con esto estaban perdidos. Consideraba la sierva de Dios tanta desnudez, tanta necesidad, y tan poco reparo, y quisiera remediar por lo menos el techo de la nave donde está Ntra. Señora: y como su corto caudal no alcanzaba, ni al socorro de necesidades cortas, esta la traia tanto mas desconsolada, cuanto era mayor que su posible. Levantó un dia los ojos al techo de la portada y sala de su casa, y considerando la buena tablazon y enmaderamiento que tiene, y que mejor empleado estaria en servicio de Ntra. Señora, luego que esto se le ofreció, empezó á ponerlo en práctica, para quitar de allí las tablas y maderos, y llevarlos á la Iglesia: y si se sintiera con fuerzas y instrumentos para arrancarlos, luego empezara á deshacer el techo. Como su Madre y hermana conocian su resolucion para las cosas de caridad y del servicio de Dios, la reprimieron cuanto podian. Ea, déjenme, las decia. No es lástima, que esté mi Señora de el Rosario con la indecencia que está, y que nosotras estemos con esta comodidad y regalo? Cuanto mas empeñada estaba, tanto mas la temieron en casa: y por disuadirla el intento, la aconsejaron seria mejor pedir algunas limosnas para hacerlo. Persuadió al Prior y Frayles le ayudasen: y en breve tiempo juntó tal número de tablas y vigas, que no solo hubo para lograr su deseo, sino para techar de nuevo toda la Iglesia: la cual levantaron vara y media mas alto. Asistia á la obra gozosa: solicitaba limosnas; alentaba á los religiosos: y al que veia con mas solicitud, le procuraba un regalo á su costa, como si fuera interes suyo el que todos asistiesen á lo que su devocion la movia.

Cuanto en su casa hallaba curioso, tanto llevaba para el adorno de la Iglesia. La falta de estas cosas originaba en su Madre y hermana sentimientos. Hija, hermana, la decian: Ves las necesidades que padecemos, y quieres á nuestra afliccion añadir esta fatiga, de que hayamos de andar guardando las cosas, y quitándolas de delante, para que no las lleves? Deja al cuidado de Ntro. Señor y de su Madre, el socorro de eso

que sientes. Es posible que no te duelas de lo que padecemos? Consolaba á su Madre y persuadia á su Madre este cuidado, sin que por eso cesase en su intento, antes con nuevos brios le emprendia.

Oia Ntra. Señora las súplicas de su sierva, y dándoles nuevos alientos en su corazon, con ellos emprendia cualesquier cosas, por árduas que fuesen. Vivia en Sevilla un hombre principal, que se llamaba Gabriel Guerra, casado con Doña Maria de Salvatierra, el cual era natural de Aracena, y devotísimo de Ntra. Señora del Rosario: tuvo noticias de él la sierva de Dios, y deseando el adorno de la Santa Imágen le escribió hiciese alguna limosna para ayuda á un vestido. Jamás le habia visto: solo por las noticias que tuvo de él, se animó á escribirle. Fué la carta tan eficaz, que su viveza de razones suplió cuanto faltaba al conocimiento y amistad. Envióle un vestido de tela blanca, muy rico, que fué el primero que Ntra. Señora tuvo, y el principio de la grande devocion en que prosiguió toda su casa, y familia, reconociéndose á su devocion, y de sus hijos, ser efectos suyos los mas costosos adornos, con que Ntra. Señora es servida.

Es indecible el contento con que andaba estos dias, cuando tuvo noticia de que ya se disponia el vestido para Ntra. Señora. Pasó este afecto á tristeza, viendo que se llegó un Domingo, primero del mes, y que le faltaba vestido que poner á Ntra. Señora cuando ya estaba casi en la mano. Vistióla como pudo, y con sus lágrimas, oracion y afectos, adornaba á la Santa Imágen, cuanto le faltaban de galas. Pasó aquel Domingo como otros; y al Lunes siguiente estando en casa, se acordó de que Ntra. Señora habia quedado en las andas, y era necesario bajarla, y colocarla en su Altar. Vino á la Iglesia impelida de un afecto grandísimo: y halló un hombre, que se llamaba Juan Muñoz Gago, que estaba en pié delante de la Imágen, mirando su hermosura, y admirando su pobreza. Este tal estaba recien llegado de el Perú, y con créditos de muy rico. Llegóse á él y díjole: Señor, qué le parece á Vd. de Ntra. Serrana? Mírela bien, que es hermosísima. Solo me quiebra el corazon verla tan pobre. Es verdad, la respondió, que está muy pobre, pero yo le daré un vestido: Veáme Vd. Madre, y como lo dispusiere, yo lo costearé. Dióle un vestido pagizo muy rico: y con este y el blanco, tuvo Ntra. Señora que re-

mudar, y su sierva nuevas alegrias de verla ya adornada, previniendo Dios en su corazon el gozo de ver á su Madre así adornada, y trayéndola presurosa á la Iglesia, para que lo procurase.

Como es Dios tan buen correspondiente, y el retorno á los hombres le tiene afianzado en su Santísima palabra, de no solo darles la gloria á quien todo lo deja por su Magestad, sino darles ciento por uno en esta vida; no podia dejar de tener á su sierva muy á su cuidado: pues así se desposeia de cuanto tenia, no solo para acudir á el adorno de la Iglesia, y festejos de Ntra. Señora, y los Santos, sino á los pobres á quien tenia en su corazon, pues en cada uno veneraba á Cristo. Supo su Magestad duplicar el sustento de medio pan, con que todos los dias socorria en el desierto á San Pablo, primer Ermitaño, siendo un cuervo el paje que le servia. Y teniendo por huésped á S. Antonio, que le habia ido á visitar, fué la racion doblada. Y acudió su providencia á sus siervos con lo que necesitaban, pues por tan buen Señor se desposeian de todo, y así socorrió á sus siervas.

En una ocasion hubieron de hacer ausencia de su casa, Alonso Martin de Moya y doña Ana Valera, padrastro y madre de la sierva de Dios, y fueron á un lugar, que se llama la Higuera, dos leguas de Aracena. Quedaron en casa tia y sobrina Sor Maria de Jesus y Maria de la Trinidad. La provision que tenian para comer, era á medida de la pobreza con que en aquella casa se pasaba. El tiempo era lluvioso, y tanto, que aun sobrándoles dineros, fuera casi imposible, ó temeridad salir á emplearlos en bastimentos. Y juntándose á su necesidad el rigor del tiempo, la consecuencia que de esto se inferia, era ofrecer á Dios la hambre que pasaban, y conformarse con su voluntad. Vivia muy apartado de su casa la sierva de Dios Lucia de la Ossa, de quien ya hemos hecho relacion, y haremos muchas veces en este libro, tenia por costumbre esta Esposa de Cristo antes que comiese, sentada á la mesa, coger el pan entre las manos, y puestos los ojos en el Cielo dar gracias á Ntro. Señor por sus beneficios. En esta ocasion se sentó á comer y hizo su devocion, y apareciósele Cristo S. N., y le dijo: Mira como tú tienes tres panes y mis siervas no tienen ni un bocado. Ay Señor, le respondió, y quién son esas vuestras siervas, para que yo las socorra? Son las dos Marías, la dijo

el Señor (este era el modo con que las llamaban á la tia y sobrina) y conociendo asi la necesidad de las dos, como el aviso del Señor, para que las socorriese, al punto se puso el manto, y con los dos panes vino á casa de las dos Marias. Llamó á la puerta, y saliendo á ella admiradas, la reprehendieron, que cómo una muger de juicio salia de su casa con aquel tiempo, pues venia corriendo agua todo el vestido. Ea, no lo tengais á mal, les dijo, porque vengo á traeros estos dos panes para comer, porque sé que en casa no teneis bocado: esta fué segunda admiracion, porque nadie sabia su necesidad. Pues hermana, la digeron: quién te ha dado noticia de esto? No os canseis mas, les dijo, que el Esposo es quien me mandó os trajese estos dos panes: y dejándoselos, se volvió á su casa. Quedaron la tia y sobrina inflamadas en nuevo amor de su querido Esposo Jesucristo, y con nuevos deseos de emplearse mas en servirle, pues á su necesidad asi socorria, venciendo tantas dificultades como entonces se ofrecian.

CAPITULO VII.

Aparécesele Ntra. Señora á su sierva, y la revela es voluntad de su hijo y suya, le edifique en Aracena un Convento de Religiosas de Santo Domingo.

Veinte y cuatro años tenia de edad la Venerable Madre, cuando ya la Magestad divina empezó á tomarla por instrumento para la fundacion de un Convento de Religiosas Domínicas en su Villa de Aracena: el cual le fué, como la tierra de promision á Moises, que despues de los trabajos que padeció en sacar de Egipto á su pueblo, y los que se ofrecieron en tantas dificultades como venció en el desierto, con todo eso fué Dios servido de que no la gozase, queriendo llevarle á la tierra de los vivientes, antes que llegase á la prometida, que aunque tierra que corria leche y miel, al fin, al fin, es Valle de lágrimas. El modo con que le fué revelado, lo escribió como hemos dicho, por mandado del RR. P. Provincial, y como mas largamente diremos en su lugar. Ahora solo traigo de la historia, lo que pertenece á esta edad, por ir colocando los casos, segun el tiempo en que sucedieron, y dice así:

«En el nombre de la Santísima Trinidad, Padre, Hijo y »Espíritu Santo, y de la Vírgen Santísima del Rosario Ntra. »Señora y Madre, y deseosa de acertar en todas mis obras, »que sean en servicio de Ntro. Señor, y cumpliendo con la »Santa obediencia de mi Prelado, que me manda que escriba »lo que en este papel se contiene cerca del motivo que tuve »para solicitar la nueva fundacion de un Convento de quince »Religiosas del hábito de N. P. Sto. Domingo, á honra y re»verencia de los quince misterios del Santísimo Rosario. Fué »así, que siendo de edad de veinte y cuatro años, ya caminan»do á los veinte y cinco, y hoy en la edad presente tengo cin»cuenta y seis, siendo en aquella edad mi mas continuo ejerci»cio y oracion rezar el Rosario, contemplando los misterios de »la vida y muerte de mi Señor y Redentor, en ellos halla»ba mi alma todo su bien, así en lo dulce y amable de su vi»da, como en lo amoroso de su pasion: deseando yo suma»mente, que todas las almas se ejercitáran en estas considera»ciones. En este deseo iba y venia á mi gran Señora del Rosa»rio á suplicarla intercediese con su precioso hijo nos diese á »conocer aquel amor, con que se hizo hombre por nosotros, »y lo que padeció de trabajos, para que llevárámos los nues»tros con conformidad y agradecimiento á Dios. No es posi»ble decir yo lo que mi alma sentia de mejoras; pues muchas »veces me obligaba á quedar fuera de los sentidos corporales, »sin poder atender á nada de esta vida. Dejo esto así, por »poder tratar de la resulta de esta oracion. Y fué, que un dia »estando ofreciendo el Rosario en la Capilla de Ntra. Señora »delante de su Santa Imágen, que es muy devota y linda, »aunque pobremente adornada, mas en aquella ocasion se »mudó toda aquella pobreza en riqueza, y aquel desadorno »en adorno. Todo me pareció un cielo, y mi gran Señora, co»mo el Sol de medio dia. Yo me quedé toda elevada al ver »tal mudanza, y me pareció que vivamente movió la Vír»gen Santísima sus labios, y me dijo: hija, tendré mucho gusto »que se haga en honra de los quince misterios de mi Santí»simo Rosario una casa, y en ella os junteis quince Religiosas »de tu hábito, y vivais en clausura, guardando la primera re»gla de vuestro Padre Santo Domingo llamarse en todas Ma»rias, y por sobrenombre cada una, uno de los misterios de mi »santo Rosario. Rezaréisle á coros, contemplándolos devota-

»mente. Este será vuestro principal ejercicio, el cual le agra-»dará á mi hijo y á mí. Tu lo has de solicitar. Y advierte, que »si así lo hicieres, y los que te ayudaren á ponerlo por obra, »alcanzareis de mi hijo y de mí, muy grandes favores: y os se-»ré intercesora, y os enseñaré como Maestra, y os ampararé »como Madre. Viéndome en tanto empeño con tan gran Seño-»ra, dije confusa: Señora mia, yo me hallo indigna de tan gran »favor. Tambien sabe vuestra Divina Magestad mi poca ca-»pacidad y virtud para obra tan grande. Yo no he visto, ni he »oido en mi vida rezar el Rosario á coros, ni en los Religio-»sos, ni Religiosas: pues cómo les podré enseñar yo eso, ni »ajustar sus voluntades á que hagan lo que yo les enseñare, »y mas no habiendo mas de una Religiosa que me acompañe. »A esto me respondió: Hija, no te turbes, que yo te enseñaré »cómo ha de ser, y á su tiempo te daré compañeras, que te »acompañen. Pasarse asi algunos años hasta que sea voluntad de »mi hijo: y en este tiempo dispondrá los corazones de los sier-»vos suyos que tiene preparados para que te ayuden á plan-»tar el jardin de mis deleites, que lo será. Atiende, y mira co-»mo le habeis de rezar en comunidad. Y en este instante ví »delante de mí dos coros de Religiosas en número de quince, la »Señora en medio, vuelto su divino rostro á nosotras, senta-»da á mi parecer en una silla muy rica, y empezó el Padre »nuestro, y luego aquellos dos coros de Religiosas fueron pro-»siguiendo por su órden, como se hace ahora en las Iglesias »y Comunidades. Sea bendito el nombre de nuestro buen Dios »y Señor, que ya he visto por mis ojos, y he oido por mis oi-»dos lo que algun tiempo ignoraba. Dénle los cielos, y la tier-»ra alabanzas, porque ha revelado á sus siervos este modo de »rezar el santísimo Rosario, de tanto gusto para Dios y para »su Santísima Madre.

»Acabada que fué esta enseñanza se desaparecieron aque-»llas Religiosas, y volviendo en mí, y mirando á mi gran Se-»ñora del Rosario la hallé con su vestido pobre, como antes, »aunque muy hermosa, su Capilla sin aquellos rayos de luz »que la adornaban. No podré decir cuál quedó mi alma con »esta visita, viéndome obligada á tan gran Señora con nuevos »deseos de servirla, pobre de bienes espirituales y corporales, »para postrarlos todos á sus pies. Comuniquélo con mi confe-»sor, que era en aquella ocasion tambien mi Prelado (y segun

»el tiempo en que esto sucedió, era el presentado Frai Sebas-»tian de la Plata, que era Prior del Convento de Santo Do-»mingo de aquella Villa.) Era hombre muy docto, y me hallé »turbada de no entender cosa de tanta importancia, si seria »inspiracion de Dios, ó engaño del enemigo. Consolóme, di-»ciéndo, que no temiese, que no le parecia habia sido ilusion: »que tuviese mucho cuidado de ser humilde y agradecida á la »Vírgen Santísima, pidiéndola siempre su favor: y que su-»puesto habia dicho habian de pasarse años de por medio, »que no me congojase, sino que en todo tiempo estuviese dis-»puesta á hacer lo que fuese voluntad de Dios. Y que no co-»municase á nadie este secreto hasta su tiempo. Con estos avi-»sos, y otros que me dió siempre, Dios se lo haya pagado, me »volví á mis ejercicios de oracion, que como era mas moza »tenia algunas fuerzas mas que ahora, y gustaba de gastarlas »en servicio de mi amantísimo Esposo, á quien deseo agradar »desde mi niñez. Deseaba en grande estremo el morirme, por-»que tenia esperanza de verme con su Magestad, y gozarle en »la otra vida bienaventurada; que aunque me habia pasado »lo que tengo escrito, nunca me embarazó para mi deseo, juz-»gando, que cuando Dios me llevase, que otra alma mas pu-»ra y mas capaz tendria Dios, que le sirviese en esto.»

Ya declarada la voluntad de nuestra Señora, y de su hijo Santísimo en la fábrica del Convento, quiso la Reina de los Ángeles darla á entender el sitio donde gustaba se fundase. Y para esto tomó motivo de las contínuas fatigas que la sierva de Dios traia, por ver adornada y enriquecida á su gran Señora del Rosario. Encendiéronse sus deseos con mas viveza, viendo que Gabriel Guerra y su muger doña Maria de Salvatierra vinieron á Aracena á ver su hacienda. Y para poner á nuestra Señora el vestido de tela blanca que la habian hecho, trajeron de Sevilla consigo un amigo suyo, hombre primoroso en vestir y adornar las Imágenes, llamado Don Mateo Gabriel Monte. Quisiera la sierva de Dios, que la Santa Imágen estrenase con aquel vestido unas andas con varas de plata, que mas habia de veinte años estaban dadas á hacer en Sevilla, y un Cielo de terciopelo, con todos los demás adornos que para esto se requerian. Parecieron las varas á diligencias de Gabriel Guerra: y como la última perfeccion de una cosa que se desea, suele mortificar el ánimo con mas viveza, que lo que

antes la ha obrado. Mientras no conseguia estos requisitos, vivia con notable dolor, pareciéndola que con aquel adorno estaria Ntra. Señora con toda decencia.

Era aquel año mayordomo de Ntra. Señora Don Alonso Valera, Regidor de aquella Villa, y primo de la Venerable Madre. Un dia estando hablando en esta materia con él, le dió á entender la falta que hacia á Ntra. Señora el no tener estas andas: que bien conocia habian de costar mas de cien ducados, y que si los tuviera los empleara en esto. Quedóse suspenso su Primo, y entonces la sierva de Dios le alentó diciéndole: Ea, primo, haga Vd. esta diligencia, que Dios le ha de ayudar. Despidióse de con su prima, bien ageno de poner en ejecucion la compra, porque se hallaba sin dineros para el empleo. Dentro de dos ó tres dias, movido de superior impulso, le dió deseo de ir á Sevilla á otros negocios, no llevando consigo mas de cincuenta reales de vellon que habria menester para llegar allá. Estando en Sevilla llegó á él un Contador de la Aduana, que se llamaba Alonso de Quintanilla, y le preguntó si era forastero: Si señor, le dijo: he venido á Sevilla á sacar unos recados para unas andas á Nuestra Señora del Rosario de Aracena, y estoy confuso, porque me hallo sin dineros para ello. Díjole se viniese con él, y en la Alcaiceria compró el terciopelo, oro y seda, que era necesario, que costó mil y quinientos reales, y dióselo: y para que negociase cuanto hubiese menester, le prestó seiscientos reales de plata. Quedó Don Alonso tan agradecido al beneficio, como obligado á la paga. Dentro de pocos dias murió el Contador, y dejó en cláusula especial de su testamento que las cantidades que habia prestado á Don Alonso Valera no se le pidiesen, porque su ánimo no habia sido el volverlos á cobrar, sino por donacion gratuita: con que quedó ya cumplida la profecia de la Venerable Madre.

Antes que llegase á Aracena, estando la sierva de Dios en oracion, se quedó en éxtasis. Parecióla estar en la Iglesia del Convento de Santo Domingo, donde vió á Ntra. Señora en las andas, con varas de plata, y su Cielo ricamente adornado, y tal, cual ella lo deseaba hacer: Y entonces llegaron mucho número de Angeles, y sacaron en procesion á su Magestad por el campo. Viendo la Magestad, adorno y grandeza que llevaba Ntra. Señora, la preguntó: Señora mia, cuándo os han de

ver así mis ojos en unas andas como esas? Esas son las que yó deseo, y en esas os quisiera ver. Entonces su Magestad la dijo: Pues consuélate, que ya tengo andas como estas, que mi Mayordomo me las ha traido, y presto las verás. Con esto anduvo la procesion, y fué guiando hácia la casa de la Venerable Madre, y dando la vuelta al rededor, en cada fachada de la casa fué echando la bendicion su Magestad. Admirada y confusa su sierva, la preguntó entonces: Señora, pues de dónde os ha merecido mi casa tanto favor? Pues cuando tan poco os merece, cómo así la honrais? A que nuestra señora con el rostro risueño la respondió: Téngole yo mucho cariño á esta casa. Acabóse la procesion: y vuelta en fin, nuevamente empezó á dar gracias á la Vírgen Santísima por tantos favores.

A otro dia fué á dar el bien venido al Regidor Valera su primo, que habia llegado de Sevilla, y estando hablando con doña Maria Mateos su muger, entró su primo, y púsola en el enfaldo de el hábito el terciopelo y recados que habia traido, y la dijo: prima, qué le parece á Vd. esto que he traido para Nuestra Señora? Vió que los colores, y cosas todas conformaban con lo que habia visto en la revelacion. Conoció la verdad de ella, y juntamente el gusto que Ntra. Señora tenia en mostrarla el sitio para la fundacion de su Convento: la cual revelacion quedó despues mas roborada: pues habiendo ido á visitar el Convento de Religiosos el Reverendísimo Padre Maestro Fray Alonso de Santo Tomás, hoy Obispo de Málaga, y entonces Provincial de Andalucia, estando arbitrando el sitio mas cómodo para el Convento, siempre fué de dictámen se fundase, cogiendo en sí la casa de la sierva de Dios: y sin tener noticia de esta revelacion, aunque le proponian algunos inconvenientes en aquel sitio, como conveniencias en otro, nunca pudieron removerle de este sentir: el cual siguió, y se empezaron á dar disposiciones para el edificio del Convento.

Quedó consolado el espíritu de la Venerable Madre, viendo en sus manos los recados que eran necesarios para las andas; y alentado su espíritu, le dijo á su primo: Primo, nuestra Señora le pague este servicio que la ha hecho; y sepa, que antes de muchos dias ha de empezar nuestra Señora á pagar el trabajo. Desde aquel dia empezaron á trabajar en hacer las andas. Y el dia que nuestra Señora las estrenó, al tiempo que andaba la procesion por junto al Convento, llegó un correo de

á pie á preguntar por el Capitan D. Alonso Valera. Estrañaron todos el título de Capitan, y llegó á él dándole un pliego de cartas que traia de Sevilla, y con él la conducta de Capitan de Infanteria. Quedóse admirado, porque él jamás habia pretendido tal cosa. El modo de dársela fué: que habia en Sevilla muchos pretendientes, asi de Aracena, como de otras partes, y estando D. Francisco de Leon, Sargento Mayor del partido de Aracena, en consulta con el Asistente de Sevilla para la provision de esta plaza, y ponderando los dos la multitud de empeños que habian traido los pretendientes, dijo el Sargento Mayor: esta compañía soy de parecer se le dé á D. Alonso Valera, Regidor de Aracena: á que replicó el Asistente: pues si ese Regidor no pretende, ni ha hablado palabra? Y aun por eso mismo, señor, porque no pretende soy de parecer se le dé: con que al punto salió el despacho: llegando á premiarle nuestra Señora al mismo instante que su Magestad lucia con las andas, hallándose con brevedad cumplida la profecia de la sierva de Dios.

Lo mismo sucedió haciéndole Capitan de Caballos, y gobernando la plaza de la villa de el Cerro. Las profecias de la Venerable Madre, y prodigios que por su intercesion obró Dios con él, fueron muchos y notables como despues veremos.

Con estos favores que el Cielo la comunicaba, estaba su espíritu tan fervoroso, y con tan nuevos deseos de emplearse en el servicio de su Esposo Jesus y de su Madre Santísima, que de dia y de noche, ni meditaba en otra cosa, ni en otra cosa entendia: y precediendo estos avisos del Cielo para la fundacion de un Convento, claro está que mudamente era decirla, cuál habia de ser el Convento, cuál su observancia, rigor, silencio, coro, ayunos, mortificaciones; pues para añadir Convento, donde solo se trate de tomar estado, y entrar en las Religiones por acomodar los hijos, y para que asi tengan la casa pagada y la comida segura, y queden los padres descuidados de que ya tienen á sus hijos libres de los sucesos del mundo, sin que el que entra, ni quien le ayuda, levante los ojos á considerar el último fin de las Religiones, y que los Conventos solo se fundaron para la salvacion de las almas, y no para las comodidades del cuerpo: para solo fin de estos respetos temporales, y para añadir conventos sin multiplicar virtudes, ni atender mas que á estender las Religiones, para esto pocas nece-

sidades habia de que el Cielo avisase con tantos prodigios, ni que la Reina del Cielo tantas veces hablase y dijese era voluntad de su hijo y suya á su sierva: de donde ella inferia, que cuanto mas del Cielo habian sido estas revelaciones, tanto mas celestial habia de ser el modo con que en el tal Convento se habia de vivir; y tanto mas obligadas estarian sus Religiosas á hacer vida de Ángeles, cuanto la Reina de ellos mas hubiese declarado su Santísima voluntad en ello. Y bajando la consideracion á que el rigor con que los Santos Patriarcas fundaron sus Religiones, se habia entibiado, y que los hábitos que vestimos los Religiosos, no son gala para el adorno, sino mortaja para cubrir las carnes, quiso nuestro Señor lo entendiese así, y nos lo escribiese la Venerable Madre por su mano; para que no alegando ignorancia, haya un despertador aun en estas cosas, pues ninguna ha dejado su providencia por avisarnos, sino es que nuestro descuido no las advierte, ó nuestra relajacion las olvida, y prosiguiendo en su vida, dice:

»Mas volviendo á decir lo que me mueve á que este Con»vento se ajuste con la primera regla de N. P. S. Domingo, es »la causa: que una víspera de N. P. S. Domingo, por haber »estado muy ocupada en aderezar el Santo, y las demás cosas »de la Iglesia, no tuve lugar de componer un hábito roto, que »yo tenia para mí: y enfadéme conmigo misma, por no haberlo »hecho, pareciéndome que consistia toda la Fiesta del Santo »que yo llevase buen hábito. Mire qué juicio tan loco! En»traron en Maitines los Religiosos temprano, que pudimos »oirlos en la Iglesia. Púseme á rezarlos, y considerar la vida »tan santa de Ntro. Padre, y desear el haberlo visto en esta »vida mortal, para imitar algo de sus virtudes. Estando en »esta consideracion, ví que venia de hácia la capilla de San »Jacinto un Religioso, no conocido mio, con rostro grave, y »algo anciano. Llamóme, y díjome queria hablarme en la Ca»pilla mayor. Sentóse en un banco, donde los Religiosos se »sientan á rezar las horas. Traia el hábito y la Capilla muy »estrecho. Todo era de paño. Estaba muy mortificado. Yo me »puse á mirarlo, pareciéndome se diferenciaba de los demás: »díjome: de este modo andaba Ntro. P. Sto. Domingo, y sus »primeros hijos. Yo soy San Jacinto el uno de ellos. Véngote »á enseñar lo que deseas saber, y á reprenderte el apetito que »tuviste de salir con buen hábito, no amando la pobreza, y

»desnudez de Cristo: yo caí á sus pies muy confusa, y llorando le pedí me alcanzase perdon de Dios y de Ntro. gran Padre: díjome me levantase, y sentase junto á sí, que siempre tendria en él intercesor, que aquellos avisos eran de amigo: que amase mucho la pobreza, obediencia, castidad, humildad y otras muchas virtudes, que con brevedad me aconsejó que tuviese: cuando trató de los hábitos, me dijo, que estaba muy relajada la Religion, y cuidaban poco de reformarla. Que en lo que yo pudiese, anduviese muy ajustada. Que hacía bien en traer túnica de lana: porque cuando por obediencia con enfermedad me la quitase, no desagradaba á Dios. Habia en aquella ocasion unas cuatro Religiosas: Yo le dije, si queria que las llamase, para que todas gozasen de tan Santa doctrina: díjome, que no era tiempo, que yo poco á poco las fuese enseñando. Que cuando todas estuviesen juntas en comunidad, volveria á echarnos la bendicion á todas. Que á mí me la daba entonces por lo que habia de trabajar. Parecióme que me la echó. Y se me fué de entre los ojos, quedando yo con nuevos deseos, de que todas juntas tratásemos de reformarnos, y merecer á alcanzar tal bendicion.»

Alabó San Jacinto á la sierva de Dios de que vestia túnica de lana: y ella era tal, que no me admiro que su rigor hiciese ecos en el Cielo. Ya dejamos referido, que en aquella tierra el oficio de las mugeres, es ser oficiosas, y el ejercicio de el telar no desdice de la buena sangre de muchos hidalgos muy calificados que hay allí: y como quiso Ntro. Señor en su Esposa idear un vivo retrato de Santa Catalina de Sena, parece que á los Padres de la Venerable Madre los quiso llevar por los pasos en que caminaron en esta parte los de la Seráfica Vírgen. Con los alcances de su tiempo, y viudez de Doña Ana de Valera, se estrecharon tanto, que los limpió Ntro. Señor de la hacienda, para enriquecerlos de la prenda que Jesucristo amó tanto, que fué la pobreza. Y llevando con toda conformidad esta Cruz, hubieron de valerse de sus manos para su sustento. Echaron un telar para tejer jerga, la cual vendian á los aldeanos de aquellas comarcas: y ellos la compraban para el gasto de mantas, y otros menesteres, á los caballos y mulas. Bien quisiera la Venerable Madre hacer sus hábitos de esta tela tan tosca: pero por escusar la singularidad, se privó de este devoto consuelo. Y ya que en lo exterior carecia de él,

como si los cilicios, cruces y cadenas que continuamente traia ceñidos no la despedazasen las carnes, interiormente se vistió de esta jerga, haciendo de ella las túnicas, y bien estrechas, para que las llagas y heridas que causaban tantas puntas, tuviesen aquellas rigurosas hilas, que llegándose á las carnes lastimadas, la causasen nuevos dolores y sentimientos. Y en lo exterior vistió por muchos años un hábito que un Monge Cartujo deudo suyo la envió. Roto este, usaba los hábitos de estameña basta, para arrimarse cuanto le era posible á imitar á su gran Padre Santo Domingo, ya que el no ser singular la embargaba sus buenos deseos de seguirlo en todo, procurando en todas ocasiones que los ojos mas atentos no tuviesen cosa en que reparar, para que ni advirtiesen en su hábito ni porte, cosa particular, y por esta seña la sacasen de rastro en sus virtudes, que siempre procuraba ocultar de los ojos de todos cuantos la atendian.

CAPITULO VIII.

Penitencias grandes, y mortificaciones, en que se ejercita la sierva de Dios.

Siempre los que caminan á Dios, uno de sus grandes estudios, es mortificar con rigores su cuerpo: porque saben, que el esclavo que soberbio se cria, tarde ó temprano viene á despreciar á su dueño. Si el cuerpo toma dominio á los preceptos del espíritu, como aborrece tanto todo género de aspereza, y por su flojedad resiste todo ajuste á concierto, y como por sus vicios le repugna tanto, cuanto el espíritu apetece para caminar á Cristo, de aqui nace el que hechos centinelas, y estando siempre en arma, siempre están en contínua guerra. Y como la guerra ha inventado tanto género de armas, espadas, alabardas, picas, chuzos, alfanges, pistolas y mosquetes, arcos, saetas, ondas y otros infinitos, para rendir á su contrario; esta guerra espiritual ha inventado sus armas y trazas. Pues no siendo menor enemigo este que aquel, ni se siguen menos muertes, ni menos ruinas de una guerra que de otra: procuran con todas armas y con todos ardides de guerra sujetarlo. Porque como dijo el otro político, tomando por empresa, que la paz era hija de la guerra, y por mote *ex bello pax*:

así andan con su cuerpo en contínua guerra, para que de esta haya una contínua paz. Para esto reparten la noche en centinelas, dejando la regalada cama. Y la pasan como buenos siervos, esperando á su Señor la primera, segunda, tercera y cuarta vigilia: y hallarse prevenidos con la luz de las buenas obras, y el ceñidor de la castidad, para que el sueño no los halle menos dispuestos. De aqui nace el uso de cadenas, cilicios, rayos, cruces, disciplinas, abrojos, puntas, y azotes, para con estas armas conquistarle, y con estas batallas rendirle: y si acaso se fortifica en sus trincheras, ponerle el sitio con ayunos, para rendirle con hambre: y que alcance á hacer oracion la falta del sustento, adonde no llegan las balas que disparan sus disciplinas.

Muy temprano empezó la sierva de Dios esta milicia, y en ella tuvo tanta esperiencia, que aun estando gastada con los años, y consumida con los trabajos de esta guerra, nunca se le cayeron las armas de la mano. Ya dejamos escrito en los capítulos antecedentes algunos rigores que solia usar, asi en las espinas, y abrojos en la cama, en no dormir en ella, la túnica gruesa de lana, sus ayunos y abstinencias, los cuales de tal forma se convirtieron en hábito y naturaleza, que el comer le estrañaba, como pudiera estrañar el no comer. Antecedentemente se les pasaban las cuaresmas enteras, sin recibir mas sustento, que al Cordero de Dios en el Santísimo Sacramento del Altar. Y como aquella es comida que contiene en sí todos los deleites, y regalos de Dios, y es pan de robustos, y fuertes: en comiéndole, no solo perdia el gusto á todo lo que podia en esta vida dársele; sino que recobrándose en fuerzas, mas que otro Elias, se pasaban las temporadas, sin tener mas necesidad de otro alimento. Con este se olvidaba tanto de el cuerpo, que llegó ocasion, que en dos años y medio no gustó otra cosa que este pan de los Angeles. Los ruidos que esta abstinencia causaba, los pleitos que se le seguian, las murmuraciones que pasaban eran tantas, que si por huir de estos decires, queria venirse á comer alguna cosa, eran tales las bascas, tales las angustias, y dolores que le causaba en el estómago la comida, que no sabia cual Cruz era mayor: ó la que así la atormentaba, ó aquella con que todas la afligian. Dícelo en su vida la sierva de Dios, con unas palabras tan humildes, cuanto dignas de que se construyan con toda consideracion.

»Pasáronse muchos tiempos, que con sola la Sagrada Co»munion me sustentaba: Y si el dia que Comulgaba comia otra »cosa, me hacia mucho daño. Esto dió mucho en que enten»der á mis Padres corporales, y espirituales. Y por obedien»cia me obligaron á lo que yo no podia: Mas yo con ruegos, »y súplicas á Dios, no dejé de pedirle me quitase aquello de »no poder comer: aunque yo careciese del consuelo que tenia »en mi alma en estar desocupada de todo sustento humano, »por no dar que decir, que siempre lo rehusé. Hice mil diligen»cias humanas, y fuíme haciendo á mi mala ventura: que yá »en este tiempo me hallo con necesidad de sustento humano, »aunque haya el divino. Harto cuidado me dá, cuando consi»dero, que en aquellas primeras y mas peligrosas edades, »cuando el natural está mas vivo y fogoso, le tenia tan morti»ficado, y las pasiones tan sugetas, que me parece en todo »obedecian á razon sin mucha contradicion. Y ahora que ha»bia de estar con muy grandes medras, me hallo sin ellas, sin»tiendo mucho, cualquier trabajo, y dejándome llevar de mis »malas inclinaciones en mil cosas. Miren qué lástima, y qué »perdicion tan grande!»

Dolíase mucho de este bien que habia perdido: y como los justos andan siempre deseosos de mejorarse en virtud, y esta es una de las reglas de donde se conocen sus medras espirituales: mientras mas crecia, le parecia estar mas corta en la estatura: Que como la humildad no es nada activa, el que de veras es humilde, cuanto mas crece mas se abate, y lo mismo es subir, que confundirse mas profundamente. De aquí le vino el querer compensar en otros ejercicios lo que advertia le faltaba en este. Su oracion era tan contínua, que casi todo el dia y la noche lo era. Por la mañana se iba á la Iglesia de Santo Domingo, donde oia todas las Misas que se decian. En siendo hora llamaba á su Confesor, y se confesaba. La humildad, lágrimas, y sollozos con que se llegaba á aquel Santo Sacramento, y los afectos con que pedia perdon á Ntro. Señor de sus ligeras culpas, que imaginaba gravísimas, eran tan grandes que solia provocar á lágrimas á sus Confesores. Y solian llegar á administrarla aquel Sacramento, y de él sacaban aviso, luz y reformacion en sus conciencias. Habiendo recibido á Ntro. Señor, se quedaba en oracion dos y tres horas: y otras veces tántas, que para cerrar la puerta de la Iglesia era necesario

estarla esperando á que volviese de sus raptos, y éxtasis. Las tardes las gastaba todas en alguna labor: y con sus palabras hacian tan buena labor sus obras, que todo cuanto labraba lo iba bordando con meditaciones, y consideraciones de Dios. Cerrada la noche se ponia en oracion en el rincon de su sala, y quedábase en ella hasta que todas se hubiesen acostado. Despues, y sobre los cilicios y cadenas que traia ceñidos, tomaba una disciplina tan cruel, y tan larga, que ponia espanto. El descanso que la esperaba en la cama, si no eran aulagas y espinas, eran unas tablas, y un madero por cabecera. Levantábase entre tres y cuatro de la mañana: y á esta hora la esperaba su amiga doña Isabel Ramirez, que la acompañaba muchas veces. Esta era una gran sierva de Dios, de cuyas penitencias y santa vida, son testigos todo Aracena, á quien el Señor quiso regalar en dársela por hija, como á otras muchas con quien su Magestad ha enriquecido aquella Villa. Iban á visitar las Iglesias haciendo en ellas sus estaciones. Subian á la del Castillo que está en un monte bien alto, y bien áspero: de allí bajaban á la Iglesia Mayor, al Hospital de la Misericordia, al Convento de Ntra. Señora del Cármen, al Convento de Sta. Catalina; y de allí al de Santo Domingo: y otras veces alargaban mas la estacion, visitando las Ermitas de San Pedro, Sta. Lucía y San Gerónimo, que estan bien retiradas del lugar. Muchas veces andaba estas Estaciones con una Cruz á cuestas: y otras veces de rodillas. Y como el sitio de Aracena es sierra, y el lugar está asentado en la falda de este monte del Castillo, que le tiene á su mediodia, hace el suelo por algunas partes con cuestas fragosas, y el empedrado asperísimo. Todo se juntaba para lastimarla las rodillas que venia con ellas tan rasgadas, y despedazadas, que daba horror mirarlas. Ni la impedian los aires tan recios, y destemplados como corren en aquella tierra, que por ser en lo alto de la Sierra, son mayores que en otras partes: ni la estorbaban los rigorosos frios ni heladas, no la embargaban las lluvias recísimas, antes tomándolo todo por consuelo, salia gozosa de su casa, y volvia á ella antes que amaneciese, mojada, helada, fatigada con el gran peso de la Cruz, despedazada, y corriendo rios de sangre de lo que se habia lastimado las rodillas. Y en medio de este descaecimiento como de sí decia el Apostol: *Dum infirmor tunc potens sum*. Entonces se mostraba mas alegre, y esforzada, cuando

solo de mirarla descaeciera el mas robusto. Concedióla Ntro. Señor un privilegio, sin el cual, segun era humilde, y recatada, no pudiera proseguir en sus ejercicios: y fué que aunque todas las mañanas hacia estas estaciones, jamás hubo persona que dijese haberla visto: ó si la vieron, jamás la conocieron. Díjomelo Don Sebastian de Rioja, que como la queria mucho, y por la amistad entre sus casas habia tanta comunicacion de unos con otros, no se le pudieron ocultar estos ejercicios: y mas me dijo, que por ser en los calores del Estío muy apacible las noches de aquella Villa, y la gente principal de ella se van á coger el fresco á la plaza alta, donde está la Iglesia Mayor, por ser sitio donde corre mas, y mas apacible el viento, suele amanecerles allí, hasta que la luz del dia hace que cada uno se vaya á recoger: en estas ocasiones muchas personas sabiendo que la sierva de Dios venia á hacer su estacion al Santísimo Sacramento, y con aquellos rigores, la esperaban de propósito, y nunca la vieron. Hacian diligencias por saber si aquella madrugada habia salido: y hallaban haber hecho su viage penitente por medio de todos, sin que ninguno la viese, y hallaban á un mismo tiempo que habia andado sus estaciones, quedando burlada su curiosidad, hasta que viendo no era posible el registrarla, y que por entre ellos salia, y entraba, cesaron en su devocion y deseo.

Su linda capacidad habia hermanado tan airosamente sus virtudes con su disimulo: que era necesario conocerla, para conocerla. Ocultaba sus ejercicios grandísimamente, y procuraba, que á la luz de sus buenas obras no la apagase el viento de la vanidad: porque como dice San Gregorio Papa, el que placea el tesoro de sus obras, desea que el Ladron haga presa en él. No con esto, dice el Santo, digo que las buenas obras se recaten de la vista de nuestros prógimos, á quienes es necesario edificar con el buen ejemplo, sino que si la obra que sale á vistas, la intencion de ella quede oculta, y el objeto á quien se encamine, sea á agradar á Dios, y no complacer al mundo. Obraba con tal recato la Venerable Madre, que ninguno que la veia juzgara en ella tales prodigios de virtud, y tales obras no las pensara en tal disimulo. Solia decir á su hermana Sor Ana de Santo Domingo, y á Sor Juana de la Asuncion: hermanas, la lumbre se conserva con la ceniza: obrad, y callad, que si la buena obra no está cubierta con la

ceniza del silencio y cautela, luego se apaga. Era notable la gracia que tenia en su rostro, y la dulzura de su corazon, tal que encantaba, y traia á sí los naturales mas ásperos. Fué amistosa en su conversacion: pues como no repugna á la virtud el cariño, y cortesia, era mas afable, al paso que era mas virtuosa. Muchas personas virtuosas dan en ser tan retirados, tan melancólicos, y tan ásperos, que les parece que la virtud tiene publicadas guerras, con la apacibilidad, como si la razon de ser siervo de Dios consistiera en ser áspero y escabroso, cuando por el contrario vemos al Santo de los Santos, se pone por ejemplo, de ser suave de condicion, y humilde en su trato. Y siendo aquella Santísima vida la idea que todos debemos seguir, y la forma á que nuestras acciones se han de ajustar, nos dá la letra mudamente gritos, que el que le sigue sus pasos, le siga en el trato, le imite en la apacibilidad y se ajuste á aquellas reglas, siendo afable, y no áspero, alegre, y no ceñudo, amistoso, y no rígido, conversable, y no retirado. Viánla todos tan halagüeña, que á todos robaba los corazones. Jamás habló con persona que no le quedase aficionada. Y conversando con Príncipes, y Señores les admiraba, y atraia con la dulzura de sus palabras una muger criada en unas Montañas, como si toda su vida hubiera habitado en sus Palacios. Algunos relámpagos de sus virtudes se manifestaban á la vista de todos, y por esto poco que se veia, sacaban todos por consecuencia el fuego que alentaba su corazon, y adornaba á su alma: y como es Dios el Autor de las buenas obras, y estima tanto á sus amigos, quiere que el mundo los conozca, y venere, pues él los conoce, y los ama: y aunque ellos mas se oculten, sabe su Magestad encender luces para que los hallen como sabe encender una columna de fuego, para dar á conocer donde estaba San Gregorio, cuando por apartar su cabeza de la Tiara, escondia su cuerpo entre las espesuras de un bosque. Volaba la opinion de la Venerable Madre en todos los vecinos de aquella Villa, y muchas mugeres principales de ella, quisieron en algunas ocasiones ver si era esquiva, y áspera. Cogíanla en sus conversaciones, y la decian: Es posible Madre Trinidad, que pueda andar vestida con ese saco? No se cansa de traerle continuamente? Pues muy hermosa ha sido: y no es tan fea, ni tiene tantos años, que no le parecieran muy bien las galas. Ahora hemos de ver qué tal le están. Llegábanse

á ella, y una la quitaba el manto, otra la toca, otra el hábito. Y como la Venerable Madre traia siempre cortado el cabello, como todas las que son verdaderamente Esposas de Jesucristo le traen, pues á él solo procuran agradar, decíalas con mucha gracia: Ea, ya se, que quereis hacer fiesta conmigo. Qué os parece de esto? Por qué no os reís? Poníanla el armador, y la pollera, y usando de su discrecion decia: Por cierto que deben de entender, que por ser Beata, no soy muger como ellas. Ea, vedme aquí con sus galas. Están contentas? Por cierto que dejaré de ser tierra, y gusanos por esta seda, y este oro, y plata. Dábalas gusto en lo que la pedian, y volviendo la hoja con toda discrecion, poco á poco introducia su espíritu, y les tocaba en lo vivo de los corazones, con el desengaño de el mundo. Y sin predicarles, ni hacer espantos, dejándolas gustosas con su intento, de camino, y con dulcísimas palabras las dejaba advertidas de la vanidad de sus galas y vestidos.

Otras veces solia pasar por donde habia alguna gente. Sus pasos eran graves, y modestos, y la vista siempre en el suelo, y sus visitas, ó á los enfermos, ó á remediar alguna necesidad. Como todos la querian tanto, y tanto se alegraban de verla, y conocian su humildad, gustaban de oirla. Llamábanla, y decian: Madre Trinidad, dónde vá ahora? Por qué no se está en su casa? Es posible que las Beatas han de andar todo el dia por la calle? A que respondia. Tienen razon, tienen razon. Yo soy una andariega, que no sé estarme en mi casa. Ea pues, díganos adonde vá, la replicaban. Voy á una diligencia, les decia, ea, quédense con Dios. Instábanla, y la obligaban á que se detuviese, diciéndola: Madre, ahora estábamos hablando de las guerras de Portugal, rebelado á su Rey natural. Referíanla los sucesos de aquella guerra, que tanto dió que decir, y se dirá de ella para siempre: Y así hablando en esto, como en las Políticas de los Reyes en la materia de Estado, en los Principes, y en cuantas cosas le ofrecia la ocasion, era admiracion el oirla: Y los que la detenian, quedaban admirados, ver una muger sin noticias, ni esperiencias de gobiernos enseñada á conversar, solo con la gente de su casa, y con su confesor, en lo que precisamente tocaba á la direccion de su conciencia, hablar con tal profundidad de razones, tales fundamentos en su plática, tal persuasiva en sus palabras, que mudando el motivo de la conferen-

cia, dejando ya lo que trataban, solo admiraban lo que habian oido.

Los efectos de su oracion, y el deseo de que el mundo la tuviese en poca estimacion; y igualasen las honras que la hacian, vueltas en desestima con el bajo concepto en que se reputaba, la dice en su vida por estas palabras: «Doce años ha, »poco mas, ó menos, segun mi cuenta, se me pasaron en un »embelesamiento en Dios, que me parece no se me daba nada »por cosa de esta vida, ni sentia los trabajos, antes los de»seaba, y me deleitaba en el padecer, deseando que todos me »aborrecieran, y menospreciaran. Sentia que tuviesen buen »concepto de mí, viendo que se engañaban, y hoy tengo la »misma pena.»

Rogaba la Venerable Madre continuamente á Ntro. Señor quitase de el concepto de las gentes su estimacion: Consideraba las persecuciones, y dehonra que su hijo Santísimo padeció en este mundo, y las afrentas que sufrió por nosotros. Quisiera en ellas asemejarse á su Magestad, y padecerlas por su amor, como él las pedeció por el nuestro. Oyóla el Señor, y concedióla sus peticiones, y en ellas alborozada, y alegre, cuanto mas sensible fué el lance, tanto tuvo de mas sabroso á su gusto: y fué, que una vez viniendo de la Iglesia de Santo Domingo, oyó su Madre un ruido grandísimo de muchachos, y tal algazara, y voces, como si corrieran á un toro. Asomóse á la reja de la sala, y vió á su hija, que unos á empellones, otros con silvos, pedradas, y gritos la venian siguiendo, y persiguiendo. Quedóse pasmada de ver tal novedad. Salió de su casa á defenderla, y como pudo la defendió de los muchachos, y entró en ella. Quiso ir á las de algunos para que sus Padres castigasen tal atrevimiento, á que ella con toda humildad la pidió no hiciese tal cosa. Volvió la Madre contra la hija el enojo que tenia con los muchachos, y empezó á decirla, qué es esto hija? Qué Madre vé á sus ojos una afrenta como esta? Es posible que ha de tener mi corazon que sentir por tí todos los dias siendo Beata, mas que tuviera que afrentarme, si fueras una muger perdida! Cada dia hemos de padecer esta confusion por tí? Entonces la pidió á su Madre perdon con toda humildad, diciéndola: Señora, yo le he pedido á mi Dios, y mi Esposo me conceda, el verme afrentada, y tratada como una loca, y como quien yo soy. La gente de razon, como no me

conoce, me estima, y juzga soy virtuosa: y ha movido Dios á estos muchachos, para que me traten como yo merezco. Quiétese Vd., que esta accion no está en su mano. Con que quebrando su cólera en lágrimas, con ellas acompañaba la humildad de su hija.

Ya su opinion corria de suerte, que todos la veneraban, como su virtud merecia. Un pintor deseó hacer un retrato de la sierva de Dios, y para esto teniendo el lienzo emprimado, y formada la cabeza, y medio cuerpo habia dejado solo el rostro, para cogerle los perfiles cuando hallase ocasion de verla: y no siendo posible en otra parte, se determinó de ir á su casa. Tuvo revelacion del intento: y estando en la sala la Venerable Madre y su hermana Sor Ana de Santo Domingo, llegó á la puerta un pobre á pedir limosna. Este es un pobre portugués que ha muchos años vive en aquella Villa algo dementado, y con quien solia mostrar muchas veces su caridad. Ahora le conoció en la voz, y le dijo á su hermana: ahí ha llegado el portugués, ahora verás lo que pasa; cogió una alcarraza de agua, y de alto á bajo se la arrojó, diciéndole: andad enhoramala. Sois un loco bellaco. Limosna me pedís? Volved, volved acá, y vereis como os vá. Volvióse el pobre muy bien mojado. El pintor reparó en la accion: y aunque no habia tenido ocasion de mirarla el rostro despacio, ahora se le quitó el deseo, y fuése sin hacer cosa alguna. Como su hermana Ana de Santo Domingo sabia la caridad que tenia con los pobres, y especialmente con este, quedó admirada, y la dijo: dime hermana, cómo has hecho una cosa como esta? Pues de cuándo acá echas tú agua á los pobres? y mas á este, á quien sueles hacer limosna? A que respondió: Hermana, ya sé el amor que debo tener á los pobres; y esta accion la hice con mucho dolor de mi corazon. Has de saber, que este pintor que se fué de aquí, vino con intento de hacer un retrato: porque él me tiene en opinion de virtuosa: y para que sepa que no lo soy, eché el agua al pobre; y el vá con diferente concepto de mí del que ha tenido hasta ahora: y oyendo su hermana tales razones, aunque toda su vida la habia esperimentado, entonces fué cuando la causó nueva admiracion, así por ver le habia sido manifiesto el pensamiento oculto del pintor: pues por medios humanos no podia haberlo sabido, como por el escape que su humildad halló, para no dejarse retratar.

Continuamente era necesario andar en pleitos con ella, para que dejase algo en casa, que no diese á los pobres. Veia las necesidades, y como las espirituales la empeñaban tanto en pedir á Dios el socorro para ellas, las corporales la lastimaban el corazon, de suerte, que olvidada de las suyas, solo atendia á las agenas. Apenas habia en su casa el dinero, cuando le sacaba para socorrer al que necesitaba. Veia al que no tenia calzado, vestido, ó basquiña, y entrando en casa, todo era dar trazas de que se le podria socorrer al uno, y con que se remediaría la necesidad del otro: y cuando menos pensaba su Madre, y hermana, hallaban el ahogo ageno socorrido, y con la necesidad en casa. Solian los Prelados por sus achaques mandarla vestir lienzo. Cada dia venia sin camisa, toca, ni basquiña: porque en viendo la necesidad en el necesitado, se entraba en la primera casa, y desnudándose de ella la daba, y volvia tanto mas alegre, cuanto mas aligerada de ropa, y llena de caridad: por la estrechura de los tiempos no le sobraba nada, duplicábanse los ahogos con estas limosnas. Solia decirla su hermana: es posible, que ya que tienes tanta caridad con los estraños, no la tendrás con nosotros? Si sacas de casa la ropa, y el poco dinero que hay, porque tienes lástima de los pobres, ten lástima de nosotras, pues nos quitais en casa lo que á ellos les das, y quedamos padeciendo la misma necesidad: y pues la conoces tan de cerca socórrenosla con no quitarnos eso poquito que tenemos. Volvíase á ella, y con el rostro risueño la decia: Hermana, no tienes tú con que cubrirte un vestido? Pues eso basta, que los pobres no han de perecer mientras lo tuviéremos nosotras: y no somos de mejor barro que ellos, para que estemos abrigadas con una ropa, y otra, y ellos estén con las carnes de fuera, y padeciendo los rigores del frio. Con esto las obligaba á estar hechas centinelas, para que no las despojase de lo poco que en ella habia.

En una ocasion se habia levantado de una enfermedad. El tiempo era rigoroso de frios, y nieves: y como sus limosnas eran tan grandes, y por ellas se quedaba desnuda, no tenia mas abrigo para resistir el yelo, que el calor de su caridad. Hallóse afligida su hermana, viéndola así, y como el Canónigo de Sevilla D. Juan de Salvatierra la queria tanto, y veneraba como á Madre, y con ese título la llamaba, escribióle, que su Madre estaba en aquella necesidad, que le hiciese limosna de

dos varas de bayeta, para un guardapies para abrigarla. Remitió el Canónigo lo que le pedian. Púsosele, y fué con él á oir Misa á Santo Domingo. Volvió á casa, diciendo á su hermana: Jesus, y lo que me pesa esta bayeta! No puedo sufrirla. Juzgó su hermana, que la flaqueza de la enfermedad podria ocasionarlo. Pasó un rato de conversacion, y hablando de los frios grandes que hacia, dijo: Ay, si vieras á fulana, y qué pobrecita que está! Y cómo me quebró el corazon el verla con tan poco abrigo en estos yelos! Ya entiendo, ya entiendo á donde vá á parar esa conversacion, dijo su hermana. Eso es la pesadumbre que te daba el guardapiés. Recelóse que algun dia habia de venir sin él, y por atajarle los pasos, la dijo: Hermana, quieres hacer una limosna, por amor de Dios? Pues yo tengo necesidad de ese guardapiés, dámelo, que si tarde, ó temprano le has de dar, dámele á mí, que estoy muy pobre, y tengo necesidad: y con esto se quedará en casa. Rióse entonces, y la respondió: Hermana, tu no tienes frio, que estás muy gruesa: Esperó que á la noche se desnudase, y al dia siguiente antes que se levantase de la cama, madrugó la hermana y vistióse el guardapié, y la dijo: Hermana, este guardapié es mio, yo le pedí y por mí se trajo. Dióle otra ropa suya para que se vistiera, y cuando el frio apretaba, se le quitaba para que la sierva de Dios se le pusiese, y se abrigase con él, y la decía: Hermana, este guardapié es mio: mira que te lo presto: no te le doy. Advierte que no gusto que sin mi licencia le dés á nadie. Hizo esto algunas veces, hasta que por último le advirtió que se lo prestaba, y con condicion que no lo diese á nadie: con que entrando en escrúpulo de no dar lo que no era suyo, ni tenia licencia de su dueño para ello, de este modo hubo su hermana de reservarle aquella ropa. Pues segun el dolor que la traspasaba, ver las necesidades agenas, quedaba mortificada cuando no podia socorrerlas, y padecia en sí duplicado el tormento al que via en el pobre, á quien no podia remediar.

CAPITULO IX.

Cristo Señor Ntro. se aparece á su sierva, y la instruye en cosas de su Santo servicio.

Los contínuos ejercicios de la sierva de Cristo en asistir al remedio de los prójimos, aunque sabia eran obras de misericordia, y que con ella se ejercita la caridad Cristiana, y tienen tan aventajados premios en Dios; con todo, andaba dudosa, si seria mas provecho para su alma entender solo en la meditacion, y oracion: atenta á que por las obras de Marta no dejase de vista la ocupacion de María. Quiso el Señor animarla á lo uno, y confirmarla en lo otro: y apareciósele un dia, segun en su vida refiere por estas palabras.

«Siendo de edad de veinte años, poco mas, y andando ejer»citada en algunas obras de caridad, de muchas maneras, me »era fuerza tratar con las criaturas para este ministerio. Yo du»daba si me sería provechoso aquel modo de servir á Dios en »aquel ministerio, ó si sería mejor recojerme dentro de mí á »pensar en Dios, y no mas en estos cuidados. Estando un dia »en oracion por la mañana, me hallé en un campo florido de »diversas flores y yerbas, de estas que se crian por los campos »á la providencia de Dios sin cultivarse: y entre aquellas flores »estaba Ntro. Señor Jesucristo hecho pastor, con su túnica »morada, su Cruz en la mano, como cayado, corona de espinas »por sombrero, y atada una soga á la cintura, recogiendo la »túnica: los pies tenia descalzos, y todo él sudando, y algunas »ovejas por el campo, apacentándose entre aquellas flores. Su »Majestad iba tras de algunas que se iban, y con la Cruz las »atraia para sí. Yo le miraba, y espantada me estaba queda. »Volvió su rostro á mí, y me dijo: yo soy el Pastor bueno, á »quien tú deseas regalar, y dar algun alivio, cuando me con»sideras cansado, recogiendo mis ovejas. Sudando estoy, ayú»dame á traerlas al rebaño. Tambien has oido decir que soy »flor del campo, y lirio de los valles. En esta ocasion, se le cu»brió el vestido de flores, y las mismas ovejas llegaban á su »Pastor, y se pastaban en él, y él estaba muy contento mi»rándolas. ¡Oh! ¡válgame su amor, y qué lindo estaba! Díjome: »asi quiero que seas tú: á imitacion mia, no niegues á nadie tu

»caridad. Compadécete de las necesidades corporales, y espi-»rituales de tus prójimos: ruégame por ellos, que yo atenderé á »tus peticiones, y te concederé muchas. Serás campo florecido »donde hallen muchas almas su sustento, y remedio de sus ma-»les. Otras muchas cosas á este modo me dió á entender, que »yo no las sé esplicar. Solo entendí, que no queria que me re-»tirase del trato de las criaturas, sino que atendiese á su con-»suelo y consejo. Entiendo por la misericordia de Dios, que »se ha hecho algun fruto en muchas personas, que se han me-»jorado en vida, y costumbres, quiera Dios no haya yo perdi-»do lo que otros han ganado.»

Advertida con esta revelacion, esforzó la sierva de Dios sus deseos en servir mas á su Dios, y atender al remedio de los prójimos. Y como sabia las necesidades corporales lo que afli-jen á quien no tiene espíritu para ofrecerlas á Dios, procuraba además de socorrerlas en cuanto podia animarlos á la paciencia y sufrimiento en ellas. Y como las espirituales en tanto son ma-yores, en cuanto tiran á atormentar al alma, á estas acudia an-siosa, porque son mas terribles, cuanto es mas noble que el cuerpo el espíritu. Aconsejaba, exhortaba, corregia, con solici-tud, amor, con discrecion, y como el Apostol decia de sí, que la caridad le habia trasformado en ser todo para todos, y cada uno le hallaba tal cual le necesitaba: así la Venerable Madre se convertía toda en todos, y acudiendo á los vivos, y á los di-funtos, como adelante se dirá.

Para la salud de los prójimos se dejaba llevar, así de su natural compasivo, como de la instruccion que el Soberano Pastor le dió. No se olvidaba de sí; ántes con nuevos fervores procuraba seguirle y imitarle. Llegóse la edad en que cumplió treinta y tres años, que fueron los que Cristo Señor nuestro vivió en esta vida mortal, segun la opinion mas autorizada: y haciendo eco en su corazon esta edad de su Santísimo Esposo, fervorizóse su espíritu, y quisiera ya gozarle en la gloria, por-que sentia como carga pesada esta vida. Favorecióla el Señor con una vision notable, que escribe así:

«Llegué á los treinta y tres años que yo deseaba, por ser el »número de los que mi Señor Jesucristo vivió. Aquí se me au-»mentaron mis deseos, y mis súplicas, pidiendo á Dios me »concediese el verle. Y aquel año en la primera Misa del Agui-»naldo, que es para mí de gran devocion y ternura aquel miste-

»rio, y el de Navidad, procuré hacer en forma de canastilla de »envolturas para el Niño Jesus, algunos ejercicios de peniten- »cia. Solicité, que algunas amigas, y compañeras los hiciesen, »con lo cual andábamos muy fervorosas, y al mejor tiempo »caí enferma. Víspera de la Navidad á la una de la noche me »olearon. Dióme un dolor de costado, tan grande, que me pu- »so en estado de muerte. Y segun lo que mi alma sentia, me »parece que me morí: porque me ví en otra region, aunque »no mala para mi salvacion: pero lo que pasó por mí en nue- »ve horas que estuve en el parasismo, sin esperanza de vida, »ni movimiento (segun me decia la gente de mi casa, y otras »que me asistieron, que ya me querian amortajar) es imposi- »ble que yo acierte á decirlo: y así lo dejo en silencio. Solo »diré, que fuí bañada en el mar inmenso de las misericordias »de Dios, donde se lavaron mis pecados: Que despues de esto »ví parte de la gloria, en ver á mi Dios-Niño en las pajas, co- »mo estuvo en Belen, á mi Señora la Vírgen su Madre, y á »mi Señor San José. Y luego la Fiesta que los Bienaventura- »dos hacen á esta gran Pascua, celebrando este misterio tan »alto. Antes de esto salieron en procesion por mí, unas Santas »Beatas, y me pusieron un hábito albísimo y una corona de »flores, á quien yo examiné con el *Credo, y el Verbum caro* »*factum est*: por si eran espíritus buenos, ó malos: Dijéronme, »que Dios queria darme el premio de mis trabajos con aquel »gozo de su vista. Mas por mandado de la Señora, por haberlo »así pedido á su Santísimo Hijo, que así convenia, volveria al »mundo á vivir una vida ejemplar, con la cual atraeria mu- »chas almas que sirviesen á Dios, y á su Madre: y que si así »lo hiciese, y perseverase en la virtud, que en la hora de la »muerte me acompañaría, y intercederia por mí, que no me »desconsolase, por no quedar entonces en su compañía. Con »estas, y otras palabras de consuelo, se despidieron: y entró »en su lugar un Santo anciano muy Venerable, que me dijo »era San Pablo Apóstol, de quien yo soy muy devota, y agra- »decióme la amistad: y cogióme por la mano, y me dijo, que »venia á guiarme por unas sendas muy angostas que yo habia »de pasar. En esta ocasion me olvidé yo de mi alma, y como »me llamaba: y preguntéselo, y dijóme, que yo era la nada, y »me llamaba nada: y que siempre me tuviese por nada: y que »me advertia habia de volver al siglo, donde habia de vivir

»entre muchos peligros, y habia de ir por sendas estrechas de »persecuciones, y juntamente de agasajos humanos: y que me »advertia, que en lo uno, y en lo otro siempre trajera delante »de mis ojos la nada de que era fundada. Y que hasta enton- »ces habia obrado con propia voluntad, y aunque no le habian »sido á Dios desagradables mis deseos, y ejercicios, que habia »obrado como Niña: que hasta entonces habia caminado por »la via purgativa, mas que si de allí adelante me diese á la »contemplacion muy de veras, llegaria á la unitiva, que era la »union perfecta con Dios, que yo tanto habia deseado, mas »que no lo habia todavia alcanzado. Que de nuevo trabajase, »pues Dios me habia hecho tantas mercedes, que me habia la- »vado en el mar de sus misericordias donde habia quedado »limpia de mis pecados.

»Llegóse á mi, y desatóme de las gargantas de los pies »unos lazos, ó grillos, que no me dejaban bien andar. Díjo- »me me habia quitado unos impedimentos naturales, que me »impedian para no caminar apriesa á Dios, y entendí que eran »algunas tentaciones que á veces me afligian: y por la miseri- »cordia de Dios no me dán ya guerra. Sea bendito, por tantas »misericordias, como me hace y me ha hecho.

»Caminamos por esta estrecha senda, hasta un monte muy »alto, aunque muy hermoso, lleno de varias flores, y aunque »entre medias habia algunas asperezas, ví, que andaban entre »ellas algunas Religiosas, cogiendo flores y frutos, muy alegres; »me convidaban á su compañía, y otras almas muy bellas, aun- »que no tenian hábito, todas se comunicaban y subian muy li- »jeras hasta la cumbre del monte. Pregunté á mi Santo com- »pañero, qué monte era aquel? Y me dijo, que era el de la Re- »ligion, y juntamente el del Rosario Santísimo de Ntro. Señor »y sus misterios Santísimos. Que aquellas flores, y frutos que »los Religiosos y otras almas juntas cogian, eran las de su con- »templacion, con la cual se apacentaban y conseguian la vida »eterna: Que las imitase yo, y que por mis consejos, y ejem- »plo habia de haber muchas en aquel monte, y jardin deleitoso.

»Volví en mí de este parasismo, dando gracias á Dios por las »mercedes recibidas, aun llena de temor de volver á vivir en- »tre las criaturas donde hay tantos tropiezos. Hice muchos »propósitos de enmendarme, y de vivir como si no viviera. Mas »como ruin he vuelto á ser quien soy.

Dos cosas dice de sí la Venerable Madre al principio de esta revelacion. La una, que hacia la canastilla de envolturas para el Niño, y que solicitó que algunas personas amigas y compañeras la hiciesen. La otra, que era devotísima de aquellos misterios de la espectacion del parto de la Vírgen Santísima, y del Nacimiento de su Sagrado Hijo. Y para saber lo uno, y lo otro como era, y lo agradable de estos ejercicios á la Madre de misericordia, se ha de saber, que:

Para recibir al niño Dios y prevenirle con sus devociones un hospedaje espiritual, juntaba la sierva de Dios un número de veinte personas, las cuales eran ocho Religiosas de su hábito, cuatro Padres del Convento, y ocho mugeres seglares. Entre estos sorteaban á ver de celebrar las partes de el Cuerpo del Niño Jesus, previniendo cada una con sus ejercicios hacer la ropa que á cada parte tocaba. En la cabeza el capillo, sabanillas, lienzos, faja, camisita, mantillas, etc. Moralizaban estos vestidos, entendiendo en ellos diversas virtudes, como silencio, recogimiento, caridad, limosnas, y ejercicios de humildad: y junto con esto una penitencia en que se habia de egercitar aquel á quien cada uno tocase. El modo de sortearlas, era escribir veinte cédulas, en cada una, una parte del cuerpo. La ropa que á aquella parte tocaba, lo que habia de meditar en este tiempo, y los ejercicios que habia de hacer. Juntábanse todos, y echándolas en la vasija, iba sacando una Niña, y dándolas á cada uno, segun su dignidad. Así repartidas á cada uno, se egercitaban por todo aquel Adviento, segun le habia cabido. Y era cosa de admiracion ver el aliento y espíritu con que la sierva de Dios fervorizaba á todos para proseguir, y meditar lo que le habia tocado en su suerte. Llegada la víspera de Navidad, se juntaba entre todos la limosna para una Misa cantada, la cual se decia con toda solemnidad despues de los oficios de la Kalenda. Decíase al Arcangel San Gabriel, para que él fuese el portador, y presentase á nuestra Señora aquella canastilla, y ejercicios con que sus devotos habian prevenido á su Hijo Santísimo, que nacia. Y confiesan los que entraban en esto, que en estas suertes reformaban en muchas cosas sus conciencias: porque disponia el Señor las suertes, de tal forma, que segun el vicio sentian en si, asi les salia el egercicio para resistirle, y sanarle, y daba su Magestad la medicina segun conocia la llaga.

En una ocasion quiso la Venerable Madre saber si estos ejercicios habian sido agradables á ambas Magestades de Hijo, y Madre, y su Magestad la consoló y mostró el gusto que tenia en ellos. Fué el motivo, que en este número de las suertes entró un Religioso, que se llamaba Fr. Alonso de Sotomayor, y sacó su cédula para ejercitarla. Era el tal Religioso muy risueño y algunas veces estando hablando se divertía. Algunas personas de las que entraron en las suertes, se recelaron que Fr. Alonso se habia de olvidar de su propósito, y aquel año no se habia de cumplir la cédula. Habíale cabido el prevenir pastillas, y olores para la ropa del Niño. Algunos conferian, si seria bien quitarle la cédula. Resistiólo la sierva de Dios, porque seria enojarle: otros se resolvian á cumplirla, porque no faltase aquella devocion, si acaso el Religioso se divirtiese. Uno, y otro estorbó la Venerable Madre, y dejólo al cuidado de quien le tocaba. Llegado el dia de la Kalenda, se dijo la Misa al Arcangel San Gabriel, y la sierva de Dios pidió á Ntra. Señora le diese á entender si aquellos ejercicios le habian sido agradables. Púsose en su oracion delante de Ntra. Señora del Rosario. Sentóse su Magestad, y vió que llegó el Arcangel á presentarles todos aquellos ejercicios de la canastilla, en ayunos, oraciones, penitencias, y demás obras piadosas. Entonces su Magestad la dijo: Ea, hija, ven, y verás tú lo que has solicitado. Fué mirando las cédulas, conoció la que á cada uno habia cabido, y lo bien que habian labrado su ropa con sus ejercicios. Despues de esto sacó Ntra. Señora una salvilla, mas resplandeciente que el Sol, y la dijo: mira, hija, estabas con cuidado de si Fr. Alonso habia de hacer las pastillas. Veslas aquí, y sábete, que son muy del agrado de mi hijo. Dióle gracias á su Magestad por el amor con que se habia dado por servida: y vuelta en sí, no habia quien la entrara en acuerdo, llorando, el que así hubiese presumido, que el ser risueño, ó divertido el Religioso, habia de embarazar su obra de virtud. Ay, si supiérais, decia, como sabe Dios tener mucho bueno en la exterioridad, que juzgais poco reformada! Lloraba como prudente: y sentíalo como Santa: pues no está la virtud vinculada á un buen exterior, ni tampoco están vinculados los vicios en los alientos del natural: y como es falta de prudencia el juzgar á carga cerrada, que el buen esterior es siempre bueno, y canonizar de repente una

vista reformada: es tambien temeridad juzgar que el que no es así, no tiene virtud ninguna. Muchos avisos nos dió Cristo S. N. en su Evangelio, y en el que nos puso advertencia, para que abriéramos los ojos, fué en el, guardaos de la masa de los Fariseos, pues se introducen corderos con las entrañas de lobos y tiran á destruir las almas, abroquelandose con el exterior hipócrita: ni todo se ha de alabar, ni todo se ha de despreciar: ni al buen exterior se ha de canonizar por Santo, ni al que no lo és se ha de reprobar por pecador: pues suele Dios tener mucho bueno, donde el mundo no lo juzga, y permitir mucho malo, donde los que todos lo creen, lo aplauden. Ni con esto queremos decir, que el exterior bueno sea malo, ni el malo sea bueno: pues cuando la Política Cristiana, y entre Santos, y no Santos, entre Cristianos, y Etnicos es alabado, no nos hemos de poner contra el dictámen universal, y que naturalmente parece bien á los ojos de todos: solo decimos, que el alabar á uno por ejemplar, no sea reprobar al otro, que no lo parece. Y como no sabemos, que todo aliento sea aborrecible á los ojos de Dios, no sabemos que toda buena exterioridad le sea agradable. Y el juicio discretivo en los hombres, si se hermana con la prudencia, primero examina una cosa antes de canonizarla: Primero la confiere, y despues de muchas conferencias la aprueba. Porque esto es efecto de la prudencia, y aquello es hijo de ánimos leves. Aunque la Venerable Madre no junzgó esto de Fray Alonso, sentia, y lloraba que se hubiese presumido, pues así se halló el desengaño, y ser las oraciones tan agradables á Dios, y á su Madre, como el olor de las pastillas lo son á nuestro olfato. Y con esta advertencia aconsejaba, y prevenia el estimarlos á todos, y no juzgar á ninguno por imperfecto.

Lo segundo que dice en la revelacion, es, que era devotísima de estos misterios del Nacimiento de Cristo Señor Ntro. En estos dias andaba tan fuera de sí por el gozo que traia en su alma, que estaba como suspensa, ó abobada, sin entrar en acuerdo en cosa de esta vida. En llegando el dia en que la Iglesia nuestra Madre celebra el perderse el Niño, y hallarle sus Padres en el Templo despues de tres dias, considerando el sentimiento de la Vírgen Santísima y su Esposo en no hallarle; y el que el Niño tendria por su tristeza, perdia el uso de los sentidos traspasada de compasion. Un dia de estos se quedó tras-

portada: y aparecióselе Ntra. Señora; dándola á entender así su tristeza en perder al Niño, como el gozo que tuvo en hallarle. Y declarándola, que en los tres dias ni su Magestad, ni su Esposo San José comieron cosa alguna, por la tristeza, y dolor que sentian: y el Niño asimismo no comió. Y que habiéndole hallado, y entrando en su casa, una vecina tuvo lástima de ver á Ntra. Señora tan traspasada de dolor, y necesitada de sustento, les llevó un ave ya guisada para que comiesen: y con esto se repararon de aquella necesidad. En memoria de esta accion de piedad, todos los dias que se hacia la fiesta buscaba alguna cosa de regalo, y la llevaba á la Comunidad de Santo Domingo. Y á las mugeres pobres, y con hijos, en quien meditaba á Ntra. Señora, hacia cuantas limosnas podia, deseando le fuesen agradables, como (segun le reveló) le habia sido el regalo que su vecina le habia hecho á su Magestad, á su Hijo, y á su Esposo. Y porque concluyamos este capítulo con las cosas que pertenecen á este tiempo: en él eran todos sus gozos, y alegrias, considerando á Ntra. Señora en su preñado, en su parto felicísimo, la alegria de Angeles, y hombres, las misericordias de Dios, en comunicársenos con tanto trabajo, y el beneficio que consiguió nuestra naturaleza humana, viendo vestido de ella á su Dios, y Criador, y el gozo de la Vírgen Santísima, en aquellos dias, aderezaba á su Imágen del Rosario, y vestida en trage de camino, segun la piedad Cristiana la contempla caminando á Belen, y trage con que en España en muchas partes se celebra, y viste á Ntra. Señora en aquellos dias. La Imágen de Aracena, aunque es verdad, que por su notable hermosura le están bien todos los vestidos, y adornos, con aquel en especial está hermosísima, y devotísima: y por duro que sea un corazon, le hace respire en lágrimas de ternura, y afecto. Por ser el dia de Santa Lucia festivo en aquel Convento, no mudan el vestido á Ntra. Señora hasta la tarde: para que desde el dia siguiente empiecen las Misas, que llaman del Aguinaldo. Devocion que introdujo en nuestra España San Ildefonso Arzobispo de Toledo, y prosiguen sus Españoles, como nacion tan devota á la Reina del Cielo. Un dia de estos que la habian de vestir, no fué posible acabar á la noche, y la Venerable Madre, y su hermana Sor Ana de Santo Domingo, lo dejaron para por la mañana, con intento de madrugar mucho, y tener ya vestida á Ntra. Seño-

ra y á San José, para cuando fuese hora de decir la Misa. Tomaron la mañana, y habiendo ya colocado las Imágenes de Ntra. Señora, y San José, en sus sitios, dijo la sierva de Dios á su hermana: Hermana, el frio es demasiado. Ya á Ntra. Señora la tenemos en su lugar. Ahora hemos de celebrar nosotras la Fiesta con un poquito de chocolate. Llegaron al brasero de la lumbre á un rincon de la Iglesia, y lo hicieron. Despues la dijo su hermana Santo Domingo: Hermana, está muy bien que siempre madruguemos á esta hora á vestir á Ntra. Señora. Pero si los dias que venimos á esto tuviéramos chocolate, fuera gran cosa. Suspendióse un poco, y la respondió: Mira, así estamos nosotras á servir á su Magestad, que tal dia como este no te faltará. Y desde entonces todos los años consecutivamente hasta hoy, sin tener noticia de su necesidad, les envió chocolate puntualmente para aquella ocasion su gran amigo, y devoto D. Juan de Salvatierra, Canónigo de Sevilla.

Una vez dia de Santa Lucia cerró la noche: y habiendo de madrugar, la dijo á su hermana: Has visto hermana, cómo nuestro hermano Don Juan se ha descuidado este año? Me parece que mañana no hay chocolate. Ea, no desconfies, la respondió luego al punto la sierva de Dios, que todavia no ha amanecido. Serian las diez de la noche: Y á aquella hora llamaron á la puerta. Saliendo á ver quien llamaba, era un hombre, que dándoles una esportilla, las dijo. Ahora vengo de Sevilla, y me dió el Canónigo esa esportilla en que viene un poco de chocolate. Y aunque vengo tan mojado, y está tan tenebrosa la noche, no quise llegar á mi casa sin traerlo. Veslo, dijo entonces á su hermana ¿Ves como Ntro. Señor, á quien fia en su Magestad, no solo le acude con lo necesario, sino con lo que es tambien de regalo? Quedóse entonces admirada: y cada dia confirma la profecia de su hermana. Pues con haber muchos años que la dijo, hasta hoy nunca la ha faltado este regalo. Y anocheciendo sin él en casa, y disponiéndose las cosas, de forma, que parecia imposible el haberle, por donde menos se piensa, siempre le ha tenido para sí, y para dos personas que le asisten en esto, enseñándola la experiencia á que no desconfie, por imposibilidades que se ofrecian, y que esté con tanta confianza de que no le ha de faltar para esta ocasion de vestir á Ntra. Señora, como si le tuviera seguro en su gaveta.

CAPITULO X.

Devocion ardiente que la Venerable Madre tiene á la Pasion de Cristo Señor Ntro. Desea padecer en sí aquellos dolores, y la comunica su Magestad especiales mercedes en esto.

Como por la pasion, y tormento que Ntro. Salvador Jesucristo padeció por nosotros, nos comunicó tal tesoro, y tan inesplicable aun á las lenguas de los Angeles: El considerar que su amor le trajo, no solo á padecer los tormentos, cuales nunca otra criatura en el mundo ha padecido, ni padecerá, y que sin hallar méritos que le pudiesen obligar de mi parte, sino sola su bondad, y gusto, como fué inmenso el amor con que lo obró, pide inmenso agradecimiento de nuestra parte. La causa de no rasgarse de dolor nuestros corazones, es la ociosidad de nuestra memoria, y lo poco que trabaja en esta consideracion. Y las almas que llegan á gustar de esta dulzura, como con ella se lavan los ojos, y quedan limpios del polvo que el mundo les pone en ellos, y con la vista clara, miran quien fué el que padeció, cuanto sufrió, y por quien, casi pierden el juicio en considerar las obligaciones en que le estamos. Y queriendo padecer en sí los mismos tormentos, ya que no pueden en todo pagarle á su Magestad, se contentan con imitarle en algo. Estas fueron las llagas del Serafin humano San Francisco, esa la corona de espinas de Santa Catalina de Sena, esa la bebida de hiel de Santa Rosa, eso el corazon traspasado de San Agustin, esa la Cruz de San Diego, ese el silencio de San Bruno, eso el hacecito de mirra de San Bernardo, y eso el libro en que todos los Santos han estudiado, han imitado, han deseado se les imprima: porque esa es su gloria, esa su honra, y su consuelo. Porque como es comida, con que se sustenta el alma, mientras mas se come, dice San Bernardo, mas hambre se padece. Y el no morirse los hombres de hambre tan sagrada, es no haber llegado á gustar de aquella dulzura. Traia la esposa de Cristo continuamente ocupadas sus potencias y sentidos en esta consideracion, y se iban dando la mano, la memoria dulce con la voluntad inflamda, la voluntad á el agradecimiento, este llamaba á las puertas del retorno, y deseando ser agradecida á su Dios, y su Esposo,

todo lo quisiera padecer, todo lo quisiera sufrir. No quisiera salud, cuando consideraba á su Magestad con tantos dolores. No quisiera quietud, cuando le consideraba perseguido. Aborrecia la estimacion cuando le consideraba deshonrado: y ya que en todo no le podia imitar, le suplicaba que en algo la diese en que merecer. Escribiólo en su vida con estas notables palabras:

«Cerca de la pasion de Ntro. Señor Jesucristo diré, si acer»taré, los efectos que ha causado en mi alma. Dejo los comu»nes que en toda mi vida ha causado en mi corazon, y hablo de »algunos particulares. Un dia de Carnestolendas; estando des»cubierto el Santísimo Sacramento, me causó grandísimo »amor, y devocion el verle en aquellos dias tan misericordio»so con las almas, que las andaba obligando á que le busca»sen. Pedile se sirviese, que pues todo se habia quedado para »mí, quedase yo toda para él, y que en aquel tiempo de Cua»resma me diese á sentir mucho su pasion. Parecióme, segun »sentí, que mi corazon se apartó del cuerpo, y se unió, ó pegó »con aquella Ostia Consagrada, mucho mas que nunca. Quedé »como desmayada, gozando de aquella dulce pena. Y tan alen»tada volví en mí, que todo el padecer me parecia poco para »tal Señor. Entró la Cuaresma, y en memoria de Ntro. Señor, »y su pasion, deseé darme muchos azotes en memoria de los »suyos. Pero por no hacerlo sin consejo de mi Confesor se lo »comuniqué. Díjome que no fuesen mas de tales, y tales dias, »los que me ordenó: yo me quedé con mi deseo, mas con pro»pósito de obedecer. El Jueves primero de Cuaresma, estando »rezando me quedé, á mi parecer dormida, y llegó á mí una »persona de buen parecer, y me dijo: que Dios me queria »cumplir el deseo que habia tenido de sentir sus azotes. Que »aunque no serian tan grandes, ni tantos como los suyos, que »me apercibiese. Yo respondí, que la obediencia me lo habia »impedido: mas que se hiciese la voluntad de Dios. Fuí por »dos verdugos atada á un mármol, que aquí trajeron, y me »disciplinaron fuertemente. Y aquel varon que me trajo la nue»va no se quitó de aquí: antes me consolaba, y ponia la mano »en mis espaldas. Y despues de buen tiempo que estuve en es»te martirio se despareció todo aquello, y yo quedé sin po»derme mover de la cama, en media Cuaresma, con muchos »cardenales: y muy gustosa le dí cuenta á mi Confesor, dicién-

»dole, que Dios me habia dado lo que él me habia quitado.

»En otra ocasion se me representó Nuestro Señor caido con »la Cruz en la calle de la amargura, y mi gran Señora afligidí- »sima abrazada con él. Aquí perdí mi juicio, viendo tanto do- »lor junto, y tanta Magestad por mi humillada. Le pedí, que »no permitiese que yo viviese, y anduviese sana, y en pié, »cuando su Magestad estaba tan caido, y maltratado. Viendo, »pues, tal estremo de dolor, tambien en su Madre Santísima, »la supliqué, que no se pasase la Cuaresma, sin que yo sintie- »se algo de los dolores de su afligido corazon y fuese traspa- »sado el mio con sus cuchillos. Miércoles Santo, estando en »las tinieblas, fuí herida en el corazon, de suerte, que me pa- »reció, segun el dolor, que me habia muerto. Estaba en aque- »lla ocasion mi gran Señora del Rosario conmigo, y yo á sus »pies. Parecióme que me dijo la Santa Imágen, que ya me ha- »bia concedido lo que le habia pedido. Que cuánto queria que »me durase? Yo la dije: Señora mia, siete años, en memoria »de los siete cuchillos, y en todo me sujeto á vuestro gusto. »Así fué, que padecí por estos siete años grandes dolores en el »corazon, con una memoria tan viva en la Pasion, que siempre »andaba llorando. Fuera de todo esto, mi cuerpo era un dolor, »y en las rodillas no podia tenerme, sino arrastrando y dando »caidas. Los viernes no estaba para hacer nada. Si me cogía »en la Iglesia, era necesario traerme á cuestas: sea por amor »de mi Señor lo que padecí, y lo que dí á padecer á mi madre »y hermana. Y yo aunque lo sentia, era tanto mi gozo interior »en aquellas penas, que solo sentia la vergüenza de quien me »via, y habia de socorrer; y muchos reparaban ya en el acha- »que, aunque procuraba atribuirlo á otras cosas diferentes. »Pasados los siete años, antes mas, que menos, ofreciéronse »enfermedades, y trabajos en casa, y por acudir á ellos, y no »ser tan molesta, le pedí á Ntro. Señor, se apiadase de mí, y »me esforcé. Hé mejorado de estos males, y se han divertido, »y todá yo, aunque me repite en muchas ocasiones.»

Ignoraban su madre y hermana la raiz de este achaque, y andaban desconsoladas. Querian reducir su curacion á reme- dios ordinarios, y considerando que el achaque no guardaba las reglas de los demás que la medicina conoce, levantaban la consideracion á si era cosa que venia de arriba aquel género de enfermedad. Con esta suspension, y con verla sufrir tan fuertes

dolores, y dar tan grandes caidas, que no sabian qué medio tomar, mas que andar á la mitad para ayudarla á levantar en ellas. Iba á la Iglesia alentada y vigorosa, y al volver á su casa, se sentia tan desmayada, tan sin fuerzas y sin aliento, que el dar un paso le era imposible: y era necesario, que su hermana y su madre, viniesen de casa, y cogiéndola por los brazos, la llevasen muy poco á poco. Estos dolores, como eran efectos de la compasion á la Pasion de Cristo Señor Nuestro, hacian eco á los viernes en especial, por haber sido en tal dia lo mas que su Magestad sufrió por nosotros. Y si en los demás se sentia sin fuerzas, eran tales los dolores que sentia en estos, que de ningun modo podia sostenerse. Solia quedarse en la Iglesia toda la mañana, y ser ya hora de cerrar la puerta, y venía un hermano Lego, Sacristan, que por Cristiano y Religioso, debiera estimar tanta virtud: y viendo que se tardaba en salir, la atormentaba con voces y gritos. Y siéndola imposible tenerse en pié, pareciéndole al Lego, que era no querer salir, la asía por un brazo, arrastando, y echándola de la Iglesia, la cerraba las puertas: y lo que no hicieran los hereges con un Católico, y lo que se hiciera con un perro, eso hacía un Religioso con una Cristiana, y Religiosa de su hábito, y á quien tantos beneficios debian. No son mias las palabras: palabras son del Venerable P. M. Fr. Fernando del Castillo, escribiendo la vida de Sta. Catalina de Sena. Que como esta Esposa de Cristo, tanto se pareció á su Seráfica Madre en la vida, así tambien se le asemejó en el padecer, y no por manos de estraños. Los muchachos que servian al Convento, aunque niños, se dolian de aquella inhumanidad: y lastimados venian á la casa de la sierva de Dios, para que su madre y hermana vinieran por ella. Y aunque estaban afianzadas en los estribos de la paciencia, tal vez los perdian, viendo que así trataban á su hermana, y á su hija, y que á sus dolores así añadian dolores: pues siendo aquellos de la compasion á los de Cristo, pudiera decir con el Profeta: Persiguieron Señor, á quien tú heriste, y sobre el dolor de mis heridas añadieron nuevos dolores. Afligíanse de ver á su hermana, demás de sus dolores, tan maltratada, y mas, por un Fraile Lego. Procuraban no saliese de casa, para que ni se pusiese en ocasion de estos ultrages, ni ellas tuviesen estos sentimientos. Y como de la caridad dice San Pablo, que es paciente, que es benigna, y que todo lo sufre, con la que la

sierva de Dios tenia en su alma, no solo sufria con paciencia estos malos tratamientos, sino disculpaba al Frayle Lego. Déjenle, decia, que ese Frayle Lego es un Santo. No ha sido eso como los muchachos han dicho. El hermano tiene mucha caridad conmigo: y así la hemos de tener en casa con él. Es viejo, y pobre, y padece muchas necesidades, y le hemos de procurar asistir en ellas. Buscaba por diversas partes para acudirle á su regalo. La venganza que tomaba, era cuidar de su limpieza, y aseo: que este es el pago que los hijos de Dios retornan á quien los persigue. Y viendo en su casa, que en esto la daban gusto, deponian su sentimiento, y dolor, y acudian al regalo del hermano Lego, y de los demás, que tambien la perseguian.

Desde la casa de la sierva de Dios, hasta el Convento de Santo Domingo hay doscientos pasos, que por curiosidad conté muchas veces. El suelo es mas llano, escabroso por algunos riscos, y desigual por ser Sierra. Por las caidas que daba tan terribles, solia usar de una muletilla: así para abordonar en ella en este tiempo, como para reparar el descaecimiento que padecia por sus continuos achaques: y cayendo muchas veces en el suelo tan peligroso, si no se lastimaba mas, no era menos el sobresalto de verla en aquellas puntas de los riscos, ó en aquellos barrancos. Y habiendo el Señor regalado con parte de lo que su corazon sintió en los dolores, parte con los azotes: quiso ahora tambien regalarla con que sintiera en su boca algunos de los que sintió en la suya Santísima, y sus enemigos le causaron en ella: cayó una vez tan descoyuntada, que dió con la barba sobre la muleta. Faltábanle los dientes de la encia alta: y con el golpe se clavó en ella los de la encia baja, tan horriblemente, que se juntaba una encia con otra. La sangre que derramaba, y los dolores que sentiría, son tan fáciles de entender, cuanto no es dificultoso de experimentar, y mas en partes tan delicadas: y aunque para la sierva de Dios fué grande el golpe, no fué menor el que sintieron en sus corazones su Madre, y hermana. Procuraron con las manos de subirle la boca: y viendo que con ellas solas, y con sus fuerzas no pudieron, fué necesario valerse de instrumentos. El sentimiento que la sierva de Dios tenia en esto, era reirse, á que su hermana la decia: Mal haya tanta simplicidad: Hermana, por qué no te quejas? Ves como estamos mi Madre, y yo, y tu estás con

este gozo? El que sentía en su alma era tal, que con él disimulaba su pena. Despues de haberla atormentado, para desunirle la quijada, sus suspiros, y gemidos eran alabanzas á su Esposo, y consolaba á su Madre, y hermana, con que los dolores que su Magestad padeció fueron mayores.

No tuvo la sierva de Dios corona de espinas: pero el Señor que en las demás cosas la habia favorecido, no la faltó en este regalo. Quiso su hermana mirarla en una ocasion la cabeza, para cortarla el pelo, y la halló toda llena de punzadas, como si se hubiera entrado en ellas muchas puntas, ó espinas, y por todos los agujeros le apuntaba la sangre tan viva, que con facilidad salia fuera. Al verla así, juzgó que se habia puesto en la cabeza algun cilicio ó corona: y enojada la dijo: que con aquellos cilicios, y penitencias, se quitaba la vida, y que así andaba siempre falta de salud, y sin poder ayudarlas en cosa ninguna: Díjola que callase, que era imaginacion suya el decir eso, pues ella nunca habia usado de tal cosa en la cabeza. Lavósela con vino, y curó las heridas. Y por evitar el que no prosiguiese en esto, segun ella juzgaba, la escondió todos los cilicios, y instrumentos que en esto usaba. Pasados cuatro meses, quiso volverla á mirar. A que la sierva de Dios no dió lugar, respondiendo que ya estaba sana. Hasta que despues de algunos dias se ofreció ocasion, que no pudo escusar, y la halló del mismo modo que antes, y con las heridas mas frescas. Pregúntola su hermana, que qué era aquello? Y como á hermana, y á amiga, con mucha humildad la respondió: Que no sabia qué fuese: mas que en muchas ocasiones le habia pedido á Ntro. Señor la diese á sentir los dolores de su Corona de espinas: Habíale hecho su Magestad este favor, de que ella los sintiese en su cabeza: y aunque los padecia grandísimos, no juzgaba que se le descubrian aquellas heridas, ni señales que ella decia: Duróle esto por muchos años: y aunque cosa tan rara, dice su hermana, no la admiraba: porque mayores penitencias, y los continuos prodigios que veia en la Venerable Madre, la quitaban la admiracion á estas, que ella no tenia por tales.

Dice David del justo, que es como el Arbol, plantado á las corrientes de las aguas, que á sus tiempos acude con sus frutos: Y como continuamente estaba anegada en aquel mar inmenso de la Pasion de Cristo Señor Ntro., en llegando las

Cuaresmas, era llegado el tiempo de sus frutos. Andaba tan absorta en esta dulce memoria, y tan enagenada de sus sentidos, que no los tenia para cosa de esta vida, y la dulzura que sentia en su alma, y la acerbidad de los dolores la postraban de suerte, que la consumian la salud, y se veia obligada á estar en la cama. En llegando la Semana Santa, salian los rios de madre, y entonces se postraba totalmente. Como por la poca comodidad que entonces habia en la Iglesia del Convento, para desnudar, y vestir las Imágenes, las traian á su casa: En llegando la Semana Santa, traian á Ntra. Señora del Rosario, para quitarla el vestido de Cuaresma, y ponerla el blanco para la Pascua. Entonces eran sus gozos con tener tal huéspeda: y como es obligacion de la cortesia, que el que tiene un huésped le asiste á sus negocios hasta que se despide: desde el punto que llevaban á su casa á la Santa Imágen, solo para ir á la Iglesia, se apartaba de su presencia. De dia la asistia, y de noche, cuando todas se iban á recoger, ella se quedaba en vela, hasta que amanecia, imitando á San Gerónimo, que juntaba las noches con los dias: y allí le hallaba el Sol puesto en oracion al amenecer, donde le habia dejado la tarde antes caminando al ocaso. Allí eran sus gozos, allí eran sus festejos, y las pláticas con Ntra. Señora, preguntándola su sierva, y respondiéndola la Reina de los Angeles con voz tan alta, y tan articulada, que la oian su hermana, y su madre: Como ya sabian, que aquello no era cosa nueva, ni las causaba admiracion, ni curiosidad el escucharlo: si tal vez la preguntaban alguna cosa, se trasportaba con la memoria, tan de repente, y se enagenaba de sus sentidos con tanta celeridad, que por no verla así, se privaban de saber los favores que la Reina del Cielo la habia hecho la noche antecedente. Que sin duda los que esta Venerable Madre recibió de muchísimos Cortesanos del Cielo fueron grandes, de los cuales solo tenemos los que la noticia ha hecho que llegue á nuestros oidos. Pues aun en los que escribe en su vida, tiró solo á cumplir con la obediencia, y muchísimos quedaron ocultos entre su profundísima humildad.

CAPITULO XI.

Devocion que la Venerable Madre tiene al Santísimo Sacramento del Altar. Favores que por él la comunica su Magestad. Y perfecciones gravísimas que por ello se le ofresen.

Hizo Dios en el Sacramento Santísimo del Altar un depósito de las riquezas de su amor con los hombres, como dice el Santo Concilio de Trento, y en él, en un bocado solo recibe este hombre mortal á su Dios inmenso, inefable, y poderoso: sin que le quede á Dios mas que dar, ni al hombre mas que recibir. Quien dignamente le Comulga, sabe los gozos que causa en su alma. No se halla sin él, cada instante le desea, enferma de su amor: y como cuando el calor natural no tiene en qué cebarse, consume, y se alimenta de las carnes del cuerpo, y es lo mismo Dios para el alma, que la comida para el cuerpo: las almas que llegan á tener hambre de esta Sagrada comida, cuantos son los gozos, regalos, esfuerzos, favores y beneficios con que se halla en recibiéndole, tantos son sus deseos, deliquios, y ansias, cuando no le Comulga. Recibia la Venerable Madre á su Dios, mas le deseaba. Pagábale su Magestad estas finezas: y como sabia le hacia buen hospedage, cuando la recibia: Si tal vez se le ofrecia algun estorbo para no poder Comulgar, el mismo Señor, ó la traia á la Iglesia á su Esposa para que le recibiese, ó en aquel Sacramento Santísimo iba á buscarla. Muchos de estos favores escribe, diciendo:

«En cuanto á la Sagrada Comunion no sé como poder ex»plicar la caridad de Dios conmigo, los regalos que me ha »hecho, y lo que se ha dado á conocer, no es para muger de »tan ruin vida, y malas correspondencias, mas para que se »manifiesten mas sus misericordias, digo, que tambien se me »mostró la Vírgen Santísima al pié de la Cruz, con su Hijo en »los brazos. Dióme á entender como habia sido el racimo ex»primido en el lagar de la Cruz: No sé yo como lo diga. Acom»pañéla en su soledad: Y el dia de Pascua de Resureccion, fué »N. S. servido, que aquella madrugada ví á la Señora muy »alegre, vestida de blanco, con gran resplandor, y á Ntro. Se»ñor resucitado con sus cinco llagas. Yo atrevida quise llegar

»á besar la del Costado, díjome: Detente, ponte á mis pies, »que mi querida Magdalena con ellos se contentó, y estaba en »mayores grados y méritos, aprende de ella: ama mucho, y te »daré mucho. Quedé en esta ocasion consolada, y reprendida. »Hasta la Pascua de Espíritu Santo todos fueron gozos, y ale»grias de mi Señor, al paso que habian sido las penas de Cua»resma, aunque mis dolores y desmayos no cesaban; antes se »aumentaban. La Pascua del Espíritu Santo se me fueron los »tres dias entre mi Señora, y aquellos Santos Apostóles, go»zando de aquel divino amor. Oh qué dichosos dias!

»Cerca de mi Señor Sacramentado tenia muchas cosas que »decir. Mas solo trataré de cuatro en particular. La primera »fué estando enferma dia de todos Santos, que aquel año cayó »en Sábado. Habiéndose tratado que por mi mal, y por ser dia »tan solemne me diesen á Ntro. Señor los Religiosos de nues»tro Convento, llovió tanto, que no fué posible traerle con de»cencia: y así me despidieron. La gente de mi casa fué como »pudo á la Iglesia á oir Misa, y Comulgar. Quedé sola, y sin»tiendo el bien que perdia, y ofreciendo á Dios mi deseo, le »supliqué le recibiese yo espiritualmente. Yo no sé como se fué, »mas sé que me hallé en la Iglesia. Estaban dando la Comunion »á algunas mugeres, y me llegaron á la baranda donde comul»gaban, y recibia á Ntro. Señor, y así que acabé de recibirlo »en la boca, me hallé en mi casa, y en la cama como antes, y »con la Forma en la lengua. Comulguéla, y asombrada y agra»decida á tanta merced, no sabia cómo darle gracias á Ntro. »Señor del consuelo que habia dado á mi alma, y le dije: Se»ñor mio, cómo habeis hecho esto conmigo? Y el mismo Señor »que en mi pecho estaba, me dijo: porque todos los Santos han »rogado hoy por tí, que te cayeron en suerte. Y era esto, que »aquel año habian sido mis compañeros. Díjome se lo dijese á »mi Confesor, que estaba muy atribulado por habérsele su Ma»gestad salido de entre los dedos: cuando se vino á mí, que él »no me vió, y que lo hizo por enseñanza de que no fuese cu»rioso en desear milagros. Que su Magestad los hacia cuando »convenia: y solo queria de las almas que le buscasen, y reci»biesen con hambre. Es verdad, que este Padre muchas veces »que yo llegaba me trataba con despego: y me decia le pidiese »á Dios me Comulgase de su mano, como á Santa Catalina de »Sena, mi madre. Y viéndome tan indigna de esta peticion me

»encogia llorando, y le decia á mi santa Madre: Madre mia, »bien sabeis del mal que muero. O moved á piedad los co»razones de estos Padres, ó pedidle á Dios aplaque mi ansia: »pues me ponia á mi parecer en estado de muerte. Quien no »creyere esto, pase por ello, y lo creerá. Al fin mi amantísimo »Dios quiso dar á mi Padre este aviso, que le fué de harto pro»vecho á su alma.

»Vinieron mi gente, y otras mugeres de oir Misa á contar»me la pena que habian tenido, como al Padre Fray Tomás de »Torres, (que así se llamaba) le habia sucedido un disgusto »muy grande. Que yendo á comulgar á unas mugeres, de en»tre las manos se le habia salido la Forma. Que la habian bus»cado y no la habian hallado en todo aquel lugar: de que quedaba »muy triste y afligido. Entonces me acabé yo de confirmar de »que no habia sido engaño en mí. Díjeles que no lo dijesen á »nadie, porque no hubiese alborotos: que no seria así como de»cian y juzgaban. Finalmente, vino mi buen Padre, sospecho»so de lo que fué y preguntándome, que si acaso habia que»rido Dios consolarme á mi, y desconsolarlo á él? Que no le »negase la verdad. Yo se lo dije como Dios me lo habia man»dado. Hallóse en el acto comprendido. Enmendóse en todo, y »por todo. Así me hubiera yo enmendado. Supe que al cabo de »unos cuatro años que se fué de aquel Convento á otro, vi»viendo muy ejemplarmente, murió como Santo.

Sucedió esto el año de 1640, siendo Prior del Convento el Padre Fray Antonio de Valbuena, siendo la Venerable Madre de treinta y seis años, el cual Prior trajo consigo á Aracena á dicho Fray Tomás de Torres, y le hizo su prior. En quien doblamos la hoja para proseguir consecutivamente la historia. Desdoblarémosla á su tiempo: que ahora nos llama otro prodigio bien semejante á este.

Enfermó la sierva de Dios, y el mal de que moria, mas era morir de hambre, que de achaque. Los que padecia la vencian á estarse en la cama: con que se hallaba tan postrada, que la juzgaban no poderse ya levantar sino para la sepultura. Toda su ansia era ir en amaneciendo á recibir á Ntro. Señor: No podia ya tan á la clara gozar de este bien, porque andaba la mar por los cielos. Dispuso el Prior, que Fray Pedro Mártir Moreno que ya era su Confesor, dijese Misa muy de mañana, y en el pecho la llevase el Santísimo Sacramento. Sucedíala lo

que á dos amigos que se aman, que si el amor, y la amistad les cuesta pesadumbres, y la persecucion pone ausencia entre los dos amantes, ó ocasiona á retiros: lo mismo es visitarse, que brotar en lagrimas por los ojos, cuanto han padecido ambos en ausencias, y por los ojos se comunica las almas, como lo hizo Jonatás á David su amigo del corazon, pues tanto se mostraba mas amante, y mas fino, cuanto mayores persecuciones le tuvo por ello la crueldad de su padre Saul. Al ver la Venerable Madre que sus achaques la impedian ir á ver á su Esposo á la Iglesia, que su Magestad venia á visitarla á su casa, y que las persecuciones obligaba á que le trajesen encubierto, se le rasgaba el corazon de ternura. Recibiale con tanta dulzura de su alma, cuanto habia sido la tristeza que la causaban el hacerla así morir de hambre: y como es pan que dá vida, y la sombra de él hace que en recibiéndole Elias se sienta con esfuerzos para caminar: los que la noche antes la habian dejado enferma, y tan postrada, que dudaban de su vida, en sabiendo que habia recibido á Ntro. Señor, la veian dejar la cama, vestirse y ponerse tan alentada, y convalecida, como si tal achaque jamás hubiera padecido: y se volvia al teson de sus rigores, y penitencias, como si no hubiera enfermado.

Sucedióle al Prior Fray Antonio de Valbuena otro caso como el de su Prior Fray Tomás de Torres. Miércoles Santo dijo Misa, y ese dia estaba la sierva de Dios con los mismos deseos de recibir á su Magestad, y dispuso el amantísimo Señor consolar á su Esposa, saliendo de entre las manos del Sacerdote, y viniéndose á ella. Refiere el caso su Confesor en sus manuscritos, que están en poder de Don Juan de Salvatierra, Canónigo de Sevilla, y dice: Miércoles Santo en la noche llamó el Prior á toda la Comunidad á su celda. Seriamos por todos doce Religiosos, y dió parte de su desconsuelo: porque diciendo Misa entre primera, y segunda señal de Prima en el Altar de Ntra. Señora del Rosario, al tiempo de partir la Hostia, la partícula que tenia en la mano derecha para echarla en el Cáliz se ausentó de los dedos. Las diligencias que hizo en buscarla fueron muchas, y no fué posible hallarla. Acabó la Misa con mucho desconsuelo, y retirado á la celda, lloró mucho tiempo su desgracia. Dióse una rigorosa disciplina; comió aquel dia pan, y agua, y hizo sus súplicas á Dios le perdonase, si habia sido por defecto suyo, y que se dignase de manifestar la

causa de aquel suceso. A hora de Vísperas, añadió, me fuí á casa de una Religiosa de nuestro hábito á consolarme en este aprieto. Entré en su casa, y recibióme con el rostro alegre, diciéndome: Padre Prior, muy afligido viene V. P. Alégrese, que para honra, y gloria de Dios, solamente le digo, que su Magestad ha sido servido por quien es, que yo haya recibido la partícula que á V. P. le faltó. Con esto consoló á su Comunidad, que parte de ella sabia el caso, y lo sentia, como se debe sentir semejante suceso. Por la mañana fué á visitarla su Confesor: Díjole cuanto el Prior habia referido á la Comunidad, y sin decir con quien le habia sucedido: Que debajo de secreto le dijese, qué sabia en esto. A que encargándosele la sierva de Dios, le dijo: Es verdad lo que ha dicho el Prior. El caso sucedió conmigo. Que hace Ntro. Señor cosas para confundir mi flojedad en servirle! Y para que yo conozca, que su liberalidad no atiende á mí ruindad y vileza, sino á su misericordia. El Prior juzga que su Magestad se me vino á casa. No fué así, sino que como yo habia oido tañer á Misa á hora que en casa no se habian levantado, dándome un deseo grandísimo de ver á mi Esposo, y recibirle, aunque estaba tan postrada de mis achaques, y tan sin fuerzas, al punto que determiné el ir á la Iglesia, me hallé tan otra, que ya ni tenia dolor, ni sentía flaqueza: y sin ser sentida en mi casa, salí, y en la Iglesia tomé un rincon muy escusado, que está frontero de Ntra. Señora del Rosario. Y viéndome cerca de la Comida, se encendieron mis deseos de comer de aquel pan de Angeles: y con toda cuanta fé, y devocion pude, quise recibirle espiritualmente, ya que no podia otra cosa. Entonces su Magestad quiso consolarme, y la Comulgué de su misma mano. Acabada la Misa, me volví á mi casa, donde solo mi hermana alcanzó á saber, que fuí á la Iglesia. Acabó su Confesor de confirmar su presuncion, que como tan de cerca la conocia, luego que oyó el caso, presumió que seria la sierva de Dios con quien habia sucedido, y halló haber el mismo Cristo venido á Comulgarla.

Uno de los favores grandes que Dios hace á sus escogidos en esta vida, es, que se vean perseguidos por su causa. Pues viniendo su Magestad á este mundo á redimirnos, habiendo sido la redencion igual para todos y quedando todos iguales en el llamamiento á la herencia de la gracia, y Sacramentos, en esta prenda de ser perseguidos, mejoró á sus amigos, hacién-

dosele por ella tanto mas agradables, cuanto al mundo mas aborrecibles. Dá su Magestad licencia al Demonio, y desatando sus furias infernales, lo que no puede por sí mismo, eso obra por medio de hombres que son peores que él. Es cosa para alabar á Dios verlos trabajar con el pensamiento, inficionar la voluntad, afilar la lengua, mover pies, y manos para la calumnia, para la murmuracion, y mortificacion, y para que ni luzca, ni parezca en el mundo aquel á quien persiguen, intentando confundirle, y acabarle, y que su memoria perezca de sobre la faz de la tierra, al paso que el perseguido, ni les ofende, ni les estorba: y cogiéndole por todas partes, para que no respire, solo le quedan libres las potencias para pedir á Dios misericordia. Si luce, tiran á deslucirle, si tiene créditos, á quitárselos, si el mundo los estima, á que los aborrezca: y con lenguas blasfemas se dejan ser Demonios en carne, y los lleva su pasion á donde Satanás quiere que vayan, y obran tan sin ley, y tan sin razon, como si no hubiera Dios, que calla, y sufre, ó como si su desahogo en el obrar, y la satisfaccion con que viven de sí mismos, justificára las obras, en que se ocupan. Es verdad, que para que el Mártir padezca, es necesario que haya tirano que lo mande, y verdugo que lo ejecute, y que para que estos tengan la corona, es necesario que haya quien se la labre: y que si su paciencia ha de tener mérito, ha de haber pesadumbres, y escándalos buscados contra su fama. Necesario es, que haya escándalos, dice Cristo Señor Ntro: pero desdichado de aquel que los ocasionare, pues quitándole estos el oficio á Judas, como supo su Magestad darse por sentido de su traicion, sabe darse por agraviado de que persigan á los suyos, pues como en otra parte dijo: *Qui tangit vos*, el que os toca á vosotros, me toca en las niñas de mis ojos: Juzgarán muchos, y juzgará el que os persigue, dice el Redentor, que hace un servicio á Dios el que os quita la fama, el que os tira al crédito, el que inquieta vuestro reposo, el que os destierra de vuestra pátria, el que os hace gemir, y llorar, y no sabe la estimacion en que estais con Dios. Publican que no teneis prudencia, que vuestro saber es ignorancia, que vuestros lucimientos son hijos de la ambicion, y á ese paso os vá viniendo Dios mas á sí, y quiere que la mano del enemigo, valiéndose del cuchillo de su lengua os quite los ramos frondosos de vuestro lucimiento temporal, para que así produzcais para Dios mas fruto de pacien-

cia, de mortificacion, y de conformidad. Al verlos caidos y desacreditados, crece en ellos la soberbia, y el congratularse de lo que han obrado: y como si hubieran hecho un agrado á Dios, así se complacen en él, y no saben los fines tan diversos, y los premios tan distintos que les esperan, así á ellos de las persecuciones que han obrado, como á los que sufren por la paciencia que han tenido. Estos son, dice el Espíritu Santo (mirando á los presuntuosos, persiguiendo, y á los afligidos, padeciendo) los que en algun tiempo tuvimos en poca reputacion, de quien hicimos burla, y los improperamos. Nosotros locos, juzgamos que toda su vida era una locura, y una mengua, y que su fin, y paradero habia de ser deshonra. Mirad como están en el número de los hijos de Dios, y su buena suerte los llevó á gozar la compañia, y premio de los Santos. Solas estas palabras en su letra, sin ponderarlas, son un espejo, en quien con todos sus perfiles se miran los que tratan de ejercitar la paciencia de los justos: y aunque quieran justificarse, diciendo, que ellos no persiguen, sino que remedian, lo primero que Satanás intenta es persuadirles á que su injusticia es celo, que su envidia es justicia: que sus tormentos reformacion, que sus palabras son sentencias, que sus solicitudes son en servicio de Dios. Y finalmente son permisiones de Dios, así para que los justos tengan quien los ejercite en este mundo para llevarlos al Cielo, como que ellos así triunfen en esta vida, para ir á penarlo en la otra eternamente.

Si esta mortificacion fuera por manos de tiranos, por manos de forasteros, ó personas que no me conocieran, ni me tuvieran amistad, fuera mas sufrible, pero muchas veces es por mano del que me tiene mas obligacion, y del que por su estado, por su edad, por sus obligaciones, y mi inocencia, y por esto, ó por algo de esto, que cualquiera cosa es bastante, debiera ampararme, y ya que no pusiera su hombro á honrarme, no tirara á perseguirme. Sucedióle esta mortificacion á la sierva de Dios, no por mano de tiranos, ni por odio de hereges, sino por mano de quien por ser Cristiano, y profesar estado, que enseña la frecuencia de los Sacramentos, ahora se olvidó y enagenó de todo, por seguir su intencion.

Estaba la sierva de Dios una noche en oracion, y en lo mas reposado de ella, se asomó á la ventana de la sala, y vió el convento arder con un fuego tan grande, y unas llamas tan

crecidas, que temió que en breve tiempo habia de consumir la Iglesia: y como en ella tenia su cuidado, empezóse á afligir, y pidió á Ntro. Señor apagase la llama, para que no peligrase todo, y que su misericordia mirase por la Iglesia. Entonces le reveló el Señor, que aquel fuego era distinto del que ella pensaba. Que no era fuego que quemaba el edificio, sino en que se abrasaban los que vivian en el Convento. Vió que el Demonio andaba con grande solicitud atizándole, y con afectos del corazon suplicó á Ntro. Señor pusiese remedio en él y no diese lugar á que Satanás triunfase en su casa. Postróse entonces á los piés de su Padre Santo Domingo, diciéndole: Padre mio: ¿Pués no son vuestros hijos? No son vuestras ovejas? Volved la cara, y mirad, que el lobo infernal hace presa en ellas. Recoged vuestro rebaño. Llamadlas, que en oyendo el silbo del Pastor, se recogerán á vuestro domicilio. Con estas instancias, y súplicas á Dios, y á Santo Domingo, fué Ntro. Señor servido se quietase el fuego: se apaciguó el Convento, reconciliándose unos con otros, y el Demonio perdió su dominio. Sintiólo mucho, y esta burla le fué muy pesada á Satanás, que como enemigo de la paz, y padre de la discordia, á esta quiere, y á la otra aborrece, por los intereses grandes que se le siguen de los rencores, enemistades, odios, y mala voluntad. Rabioso por este fuego, se le apareció un dia á la sierva de Dios, y la dijo: Tú me has quitado la ganancia con los Frailes? Pues tú me lo pagarás con ellos en lo que mas sientas. Con esta amenaza desapareció. Y aunque la Venerable Madre no hizo caso de él, no dejó de darle algun cuidado, pensando en que podria Satanás vengarse. Hasta que no mucho despues se empezó á encender por otra parte en el fuego, que en el Convento se habia ya apagado, quedándole sus llamas, y humo muy en rostro á la sierva de Dios le sacó bastantes lágrimas á los ojos.

Luego que llegó á aquel Convento Fray Tomás de Torres, en quien doblamos la hoja, empezó á contradecir las Comuniones de la Venerable Madre. Salió patrocinando esta opinion el Maestro Fray Pedro Martir, y halló en su aversion á la Venerable Madre buena disposicion á sus intentos el Demonio, para que se la pagase, segun se lo habia jurado. La pasion creció tanto, que no tenia la sierva de Dios accion que estuviese libre de calumnia. Ahora eran las murmuraciones, ahora las burlas, ahora el llamarla hipócrita y embustera, y revoltosa.

Que todas sus acciones, y palabras eran encaminadas al viso del aplauso, y interés. Que el cuidado de vestir á Ntra. Señora, y á los Santos, era por el provecho que se le quedaba en casa. Que el solicitar limosnas, era para regalarse, con pretesto de pobres, ó ánimas. No pasaban estas cosas y hostilidades en silencio, ó en parte que ella las ignorase, y pareciéndoles que eran ineficaces, mientras no le causaban pesadumbre, no descansaban sus corazones hasta decírselas en su cara. Lo mismo era verla, que conjurarse contra ella, y en sus oidos la decian mil afrentas. Solo en el Prior tenia consuelo, y en su Confesor, y como el que persigue, no solo encamina su malicia al que tira abatir, sino tambien á los que le acompañan, consuelan, ó hablan, tambien el Prior, y Confesor padecian su crugia, reduciendo á que el provecho que tenian, era la devocion que mostraban á la Beata: y que los regalos, y conveniencias que á ellos les solicitaba, era quien los tenia asidos á su defensa. No quisieran que nadie en el mundo la viera, que nadie la hablara, que todos la persiguieran, que todo el mundo la deshonrara, y si acaso movia Dios á alguna persona á que consolara á esta afligida alma, en sabiéndolo, decian: era otro tal como ella. Su paciencia en esta persecucion era grande, y mas cuando hallaba torcidas las amistades de aquellos en quien solia hallar mas consuelo. Sus oraciones á Dios eran mas contínuas, pidiendo le diese luz á los entendimientos de quien así la mortificaba. Si salia de su casa, todo se volvia en contra, en todo hallaba pesadumbre, y desgracia. Los Frayles la desterraban de su Iglesia, y aunque en el Prior, y su Confesor tenia consuelo, muchas veces evitaba el verlos, porque no se les recreciese á ellos nueva persecucion. Los seglares se habian entibiado, con oir á los Frayles en calles, plazas y conversaciones hablar con tan poco crédito de las Beatas: y como el vulgo solo dice lo que oye á gente que tiene concepto de que sabe lo que se dice, hablaban esto, y cosas peores. Lo que en esta parte padeció la Venerable Madre, ni es para escrito, ni para imaginado.

Tiró Saul con todos sus esfuerzos á perseguir á David, y viendo que su hijo Jonatás le favorecia con su amistad, volvió las armas contra él, y empezó é deshonrar á su hijo, porque consolaba aquel afligido corazon, con tanto esfuerzo, con tanta rabia, y con tanta pasion, como era la que contra David te-

nia. Habia en aquella villa una persona íntima de la Venerable Madre, y en cuya casa la recibian con mucho amor, y estimaban, como solo merecian sus virtudes. Aquí hallaba el consuelo: aquí se compadecian de sus trabajos: aquí la proponian los méritos de la paciencia, y donde hallaba lágrimas de compasion, y tan tiernas y verdaderas, como de una persona muy propia. Cuando sus enemigos supieron que aquí era el arca donde esta paloma se recogía, y aquí solo hallaba descanso, porque ya en todo el lugar no hallaba donde sentar el pié con quietud, porque el diluvio de aquella persecucion habia agotado las amistades de todos los que la querian bien, asestaron la artillería á esta casa, y Saulizando en la persecucion, tiraron á mortificar á esta persona, como lo hacian con la sierva de Dios. Los decires, risadas, murmuraciones, y poca estimacion en que la tenian, no llegaron á su noticia en muchos dias, hasta que á principios de Cuaresma lo alcanzó á saber. La pasion de su corazon fué tal, que si via algun Fraile del Convento, se inmutaba de suerte, que si le diera un grave accidente, no podia hacer mas operacion. Las campanas del Convento la daban pesadumbre, que el ir allá á Misa, le fuera mas fácil el quedarse sin ella. Alcanzó á saber la Venerable Madre, que ya habia llegado á su noticia, y entonces procuró consolarla, y persuadirla al sufrimiento: que Dios volviera por su causa, pues ella no padecia por culpas propias, sino por lo que le tocaba de consolarla, y defenderla. Lastimaba al corazon de la sierva de Dios ver á su amiga en tal obstinacion: y viendo que sus consejos, y persuasiones eran ineficaces á que perdonase y amase á sus enemigos; prrocuró negociar por el Cielo, todo lo que no podia conseguir por medios de la tierra. Pidióle á Cristo, Señor Ntro., y su Esposo, que de aquel amor con que á su Padre Eterno pidió el perdon á sus enemigos, le comunicase á esta su amiga una parte, para que desechando de sus ojos las nieblas de pasion con que tenia turbada la vista, ahora con ojos claros viese el mal estado en que estaba: y como su Magestad no quiere de nosotros en nuestros trabajos, y persecuciones, mas que conformidad con su voluntad, y le ofrezcámos con paciencia las adversidades, remitiéndole á él la venganza de nuestras injurias, perdonándolas por su amor, pues él nos sabe hacer vengados mas á nuestro salvo, que si por nuestras manos tomáramos la venganza, y que de su amor tomemos

ejemplo, y padezcamos con paciencia, unos con otros, pues con tanta paciencia, y amor padeció por nosotros, quiso ahora dar á entender á esta persona, como debia perdonar, y amar á sus enemigos.

Llegóse el Jueves Santo, y la Venerable Madre la persuadió que la acompañase aquella noche en la Iglesia, haciendo estacion al Santísimo Sacramento. Bien quisiera escusarse, por no entrar en la Iglesia del Convento, pero sus persuasiones, y el recuerdo del tiempo Santo en que estaban, y el haber de ir á asistir al Santísimo Sacramento, fueron razones que la convencieron. Acabadas tinieblas, tomaron sus puestos, una algo apartada de la otra. Y reparó esta persona en los afectos grandes con que la Venerable Madre estaba en su oracion, y los ojos abiertos, y tan sin pestañear, mirando á su Magestad, como el Aguila al Sol. Habia en el medio del Altar un cuadro, y en él pintado un rostro de Cristo Señor Ntro. coronado de espinas, que el vulgo llama Verónica, tomando el nombre de Veronice la Santa Muger, que á su Magestad limpió el rostro, caminando al Monte Gólgota, como mas largamente decimos en nuestros Anales Evangélicos. Dió la una de la noche, y estando mirando esta persona á Cristo Señor Ntro. en aquella pintura, vió que movió sus Santísimos ojos, y la miró. Quedóse sobresaltada de ver un prodigio como aquel, y oyó que le dijo: «Ya has oido la una, y tú perseveras en esa mala voluntad que tienes á tus enemigos. Acuérdate de lo que yo padecí á esta hora por tí.» Con esto, deshecha en lágrimas pidió á su Magestad perdon de su rencor, y perdonó á sus enemigos, y desde aquella hora empezó á comunicarlos.

Pasáronse los dias que quedaban de la Semana Santa, y en ellos duró el estar su ánimo sin inquietud alguna con quien la habia así desacreditado. Llegó la Pascua, y volvió á su antiguo rencor, y odio, que como la habian lastimado muy en el corazon, no podia olvidar el dolor que la causaba la memoria del agravio. Llegóse el Jueves de la semana de Pascua, y la sierva de Dios la rogó que aquella noche se quedase en su casa. Hízolo así: llegó la noche, y su amiga fuése á acostar, y la Venerable Madre á sus contínuos egercicios de oracion y penitencias. Dadas las doce se fué á recoger al mismo cuarto donde estaba la amiga. Dió la una, y ella medio en vigilia, medio en sueños, fué arrebatada en espíritu, y llevada á una calle, de

muchísimo concurso de gente, muy acompañada de edificios, casas, rejas y balcones, y en ellas muchas personas, fué puesta en una ventana de aquellas, y oyó una voz: espera, y atiende á lo que pasa. En esto, vió que venia por la calle grandísimo tropel de gente, con gritos y voces, gente de á caballo, y Soldados, Ministros de Justicia, como cuando llevan á un hombre á ajusticiar. Por entre ellos, vió que venian unos tirando una soga, la cual traia atada á su cuello Cristo Señor Nuestro, á quien llevaban con la Cruz acuestas: los palos, bofetadas, y empellones que le daban, y ver á su Magestad tan humilde, tan desangrado, y tan agravado con el peso de la Cruz, la lastimó grandísimamente. Paróse su Magestad frente á frente de la ventana donde ella estaba, y levantó entonces el rostro, y con sus divinos ojos ensangrentados con la que caia de las espinas de la cabeza, la miró, y la dijo: «¿Oyes la una? ¿No te acuerdas de lo que pasó hoy hace ocho dias por tí á esta hora? ¿Cómo te has olvidado? Voy yo por tí de este modo, y aun se te hace dificultoso á quien te ha ofendido el perdonarle?¿Tu agravio es mayor que el mio? Mira cómo me llevan mis enemigos, y voy á rogar por ellos, y á morir por ellos y por tí. Enmiéndate: enmiéndate, y mira lo que me cuestas.» Con esto volvió en sí, desapareciendo aquella vision. Las lágrimas con que volvió, le cegaban los ojos, y los suspiros le anudaban la lengua, y el corazon, con tanta pena que queria salirse del cuerpo. En esta ocasion la habló la Venerable Madre, y la dijo: Ea amiga, ea amiga, yo me alegro que Nuestro Señor te haya dado á entender el error en que estabas, para que ahora, muy de corazon, perdones á quien te ofende, y le ames y le quieras. Desde entonces, muy de corazon los perdonó, y todo el tiempo de su vida le gastó en acudir con las limosnas que podia al Convento, amando y queriendo á sus Religiosos, no olvidándose de las circunstancias que en esto sucedieron, así en obrar Nuestro Señor aquellas maravillas por la intercesion de su Esposa en orden á persuadirla amase á sus enemigos, la perseverancia de su oracion en estas ocasiones, y el tener revelacion de lo que la sucedia en lo secreto de su alma: y viéndola llorar, darse por entendida de lo que la estaba pasando, como si con sus ojos lo estuviera viendo.

Con estas cosas andaba la Sierva de Dios tan retirada y tan á sombra de tejados, como dicen, que era lástima el verla, y ver las congojas en su corazon, porque así le negaban el pasto que

Dios dejó en su Iglesia para consuelo de las almas: y que así le estancasen aquellos Padres, y quisiesen poner aranceles en lo que Dios habia dejado sin medida, era para quebrar el corazon. El Prior que era quien favorecia tan cristiana opinion, se vió obligado á suspenderla la Comunion, así á ella como á las demás Beatas, que tambien padecian lo mismo, y con las mismas circunstancias, para ver si á costa de este disgusto en aquellas siervas de Dios, cesaba la rabia mortal de sus émulos.

Como es Dios Padre de misericordia, y de consuelo, y que atiende á dárnosle en todas nuestras tribulaciones: en esta tan cruel, consoló á su Esposa, por medio de un prodigio, el cual refiere por estas palabras:

«Otra merced me hizo mi Señor Sacramentado, por me»dio de mi querido San Juan Evangelista, en una tribulacion »que se nos habian levantado á mí, y á otras Religiosas sier»vas de Dios, que acudíamos á Confesar y Comulgar en nues»tro Convento. Habia muchas siervas de Dios, que apetecian »la Comunion cada dia, y yo como mas de casa, la solicitaba »para mí y para ellas. Vino allí un Padre Maestro, que era de »contraria opinion, y á los demás Religiosos los tenia con ar»gumentos contrarios, amedrentados; y á mí me cabia la me»jor parte de la persecucion. Bien grande fué, pero no habia de »ser todo gozar. Dia primero de Navidad, despues de Comul»gar, me llamó el Padre Prior y me dijo, que en toda la Pas»cua, ni hasta la Octava no volviera á Comulgar, y que así se »lo dijese á las demás. Yo le respondí que de muy buena vo»luntad obedecería, y creia, que tambien las demás, aunque »fuese por un año. Ofrecí á Dios mi deseo y el de las demás, á »quien dije el órden que nos habian dado: proponiéndoles el »mérito de la obediencia. Pasóse aquel dia, y el de San Este»van. Llegó el de San Juan, á quien yo quiero mucho, y muy »de mañana me fuí á la Iglesia á pedirle al Santo me conso»lase, pues sabia lo bien que le queria. En esto salió un Sa»cerdote anciano, no conocido, á decir Misa al altar de Ntra. »Sra. del Rosario, donde se dá la Comunion. Parecióme per»sona muy grave: Juzgué que era huésped en el Convento. »Dijo Misa con gran devocion, y cuando se acabó volvióse á »mí que estaba en la Iglesia sola, y me llamó. Lleguéme, y di»jo que queria darme la Sagrada Comunion. Yo le dije: señor, »no tengo licencia del Padre Prior, que há mandado que no

»Comulgue. Díjome: pues yo la traigo de Dios para que la re-»cibas de mi mano, que soy tu devoto San Juan Evangelista: »No te turbes. Lo que has padecido por su amor te lo agrade-»ce: Pronto lo remediaré. Yo le dije: Pues Señor mio, sea pa-»ra todas el bien, pues todas desean á Dios. Alegróse el San-»to, y díjome: Caridad tienes, así será. Comulgóme, y quedé »muy contenta, aunque mal agradecida. Cogió los corporales, »y entróse en la Sacristía, el, y el que le ayudó, que tampoco »era conocido. Yo por satisfacerme de lo que habia pasado, »pregunté al Sacristan, si habia visto vestir á un Sacerdote »para decir Misa? Díjome que no: Yo me callé con mi Sobe-»rana prenda hasta ahora.

»No paró aquí el favor de mi Santo Evangelista. Que en »aquel mismo dia del Año Nuevo, como es uso echar Santos »entre los Religiosos, quiso Dios que le cupiese á este nues-»tro Religioso Contradictor el Santo Evangelista; el cual »aquella noche le apareció, segun él me dijo, con bastantes »lágrimas y temor. No sabia si habia sido en sueños, ó des-»pierto: solo supo, que ásperamente le reprehendió su pertina-»cia en contradecir las Comuniones, mandándole mudase de »intento, y no asombrase á las almas que buscaban á Dios. »Que su Magestad gustaba mucho de verse buscado con de-»seos, que para eso se habia quedado entre los hombres. Otras »cosas me dijo, ofreciéndome que siempre estaria muy de »nuestra parte. Yo le respondí, que hiciese en eso, y en todo »lo demás lo que Dios le inspirase, como Ministro suyo. Mas »no le quise decir la merced que yo habia recibido, porque »no pareciese alegaba yo de mi derecho. Bendita sea la mi-»sericordia de Dios, que de allí adelante fué este Padre muy »mi amigo, y devoto del Santísimo Sacramento.»

Ya habia nuestro Señor alumbrado el entendimiento á este Padre, con que de camino sacó los efectos de las oraciones de la sierva de Dios, que era la mejora de su alma, que las venganzas de los hijos de Dios estas son, y en esto es su empleo. Pues al paso que reciben injurias, y pesares, les están con sus oraciones, disponiendo á que su Magestad los alumbre, los traiga á sí, y los favorezca. Ahora veremos á Fr. Tomás de Torres, lo que tambien le sucede, segun lo escribe así la Venerable Madre.

»En estos tiempos recibí otro favor de Ntro. Señor, por

»medio de Santa Maria Magdalena de Pazzi, Monja Carmelita »Calzada. Y fué así, que yo la tenia mucha devocion, por ha- »ber leido la relacion de su admirable vida, y procuré en mi »tierra darla á conocer, para que se le aficionasen. Este pe- »queño servicio me quiso pagar un dia, que habiendo ido á la »Iglesia á recibir á Ntro. Señor, se habian ido todos los Pa- »dres á un entierro. Dijéronme no habia Misa, yo me descon- »solé, por no hallarme en disposicion de poder ir á otra Igle- »sia, á recibir á Ntro. Señor. Entré á hacer oracion, y estan- »do junto al Altar de Ntra. Señora, ví que de un lado del mis- »mo Altar salió una Monja Carmelita, muy grave, y de muy »buen parecer. Vínose hácia mí, y me dijo: Qué hay amiga? »Hay hambre de Dios? Llegó, y abrazóme. Y allí asombrada »de ver aquella Religiosa, conocí que no podia ser sino San- »ta, y presumí, que aquella seria Santa Teresa, y así la dije: »Madre, y Señora mia, sois mi Madre Santa Teresa? Díjome, »que no, sino Santa María Magdalena de Pazzi, mi nueva de- »vota, y amiga, y que me estimaba el haberla dado á conocer »en mi tierra. Que venia á ofrecérseme por intercesora, »porque el deseo que yo tenia de nuestro Señor Sacramen- »tado habia sido siempre en vida su mayor honra. Yo la »dije, que bien conoceria lo que yo padecia, sin ser en mi »mano, y sabia las dificultades que habia. Díjome, que »ella los allanaría. Y que siempre que Comulgase, hicie- »se memoria de ella, y se hallaria presente. Y aquel dia »recibiría á Nuestro Señor de mano de mi mayor Contradi- »tor. Yo la dije que se lo estimaba. Mas que aquel dia me pa- »recia imposible, por ser ya casi las doce, y no estar los Padres »en casa, y que cuando viniesen, tratarian de comer, y era »molestarlos. No te dé cuidado, me dijo, que yo cumpliré mi »palabra. Desapareciόse, y quedé confusa, sin saber qué seria »aquello que habia pasado: y dentro de media hora ví entrar »por la puerta de la Iglesia á aquel Padre que me mortificaba, »que venia de fuera. Y empezó á preguntar, que si yo estaba »en la Iglesia? Yo me levanté, y dijo con mucho cuidado. »Madre Trinidad ha Comulgado? Yo le dije. No Padre, que »hoy no ha habido Misa, ni quien dé á su Magestad. Y me dijo: »Pues has de saber, que yo estaba en la Iglesia Mayor con el »Amito, y el Alva puesta para decir Misa, me dió un vuelco »el corazon de que V. estaria en la Iglesia, y no tendria quien

»la Comulgase: y sin ser en mi mano, me desnudé, y he ve-»nido solo por hacerla esta caridad. Estiméselo, como era »justo, y dando gracias á su Magestad, y á mi Santa interce-»sora, recibí á mi Señor aquel dia, dándole las gracias por »tantos beneficios.»

Con esto calmó aquella tormenta, pues cuando mas á pique está nuestro bajel, y cuando quebradas las gumenas, despedazadas las velas, quebradas las áncoras, y rotas las jarcias, llega á temerse el naufragio tan cierto, que el escapar es milagro: entonces acude Dios, para que se vea, como dice el Profeta Rey, que está el Señor cerca de los que le llaman con verdadero corazon. Dáles gusto, y oye, y cumple la voluntad de los que le temen, y oye sus ruegos. Muchos ejercicios de paciencia tuvo, así en esta, como en muchas ocasiones la sierva de Dios, y permitia Ntro. Señor, que los mismos que habian sido en mortificarla, llegaban despues rendidos, conociendo su error á pedirla perdon de él. Y ahora que se vencieron las dificultades, quedó en paz aquel tormento, reconocidos los que le cansaron, y mejorados en sus conciencias.

Como la buena amiga Santa Maria Magdalena de Pazzi se lo habia ofrecido por intercesora, vino á recordarla un descuido. Y quizás le permitió el Señor, para que se vea cuán buenos correspondientes son sus amigos, y lo mucho que nos ayudan desde el Cielo. Refiérelo así en su vida.

«Pasáronse algunos dias en que yo tuve mucho cuidado de »lo que mi Santa amiga me habia ofrecido. Pedíale cuando »habia de Comulgar se hallase presente, fervorizando mi es-»píritu. Mas como yo soy quien soy, me dejé llevar del olvi-»do á tal beneficio. Y un mes, poco mas, ó menos, me olvidé »de mi Santa, aunque Comulgaba. Una noche (parecióme que »fué entre sueños) ví á la bendita Virgen muy enojada contra »mí. Venia abrazada con todos los instrumentos de la Pasion, »y en su compañía venia mi Madre Santa Catalina de Sena, »con sus llagas, y Corona de espinas, y corazon en las manos, »y Santa Maria Magdalena me dijo: Cómo has olvidado el fa-»vor que yo te ofrecí, importándote tanto? No supe qué res-»ponder, sino postrarme á sus pies, y pedirla perdon. Díjome »la Santa: Tu Madre Santa Catalina de Sena me pidió por tí. »Somos compañeras en el Cielo, y en muchas cosas la imité »viviendo. Tú tambien lo serás, si perseveras en lo comenza-

»do. Dios quiere que lo desees, y lo busques, aunque tengas »contradicciones. En eso nos imitas. Y para que creas que es- »to que ha pasado es verdad, yo te dejaré una señal, y fué, »que llegó ella misma, y en el muslo izquierdo me dió un pe- »llizco, tan sensible, que juzgué me habia sacado un pedazo »de carne. Díjome que aquel dolor me duraria todo el tiempo »que fuese la voluntad de Dios. Mi Madre me dijo otro tanto: »y que tuviese memoria, y no me olvidase de los beneficios de »Dios. Desaparecieron, y yo quedé con mi dolor en el muslo, »y un cardenal como un Real de á ocho, por mas de séis me- »ses que andaba con gran trabajo, aunque lo disimulaba. Y »despues de este tiempo, se me fué amortigüando aquel car- »denal, y del dolor quitóseme lo contínuo, aunque algunas »veces me duele aquella parte muy bien. Y así desde entonces »convido á mis dos madres, se vayan conmigo, como Madri- »nas, cuando he de recibir y Ntro. Señor.

Notables maravillas fueron las que Ntro. Señor obró en estos casos con su Esposa, y su humildad la hizo callar muchos mas. Pues en referir estos guardó la cara á la obediencia, no perdiendo de vista su humildad. Así concluye esta materia, pidiendo escusa en lo demás.

«La obediencia me ha quitado el empacho, y confusion pa- »ra pronunciar estas cosas por mi boca. Sea por amor de »Dios. Muchas cosas podia decir acerca de este Señor Sacra- »mentado de lo que ha pasado por mi temor, y amor. Mas su- »plico á mi Padre Reverendísimo me perdone el no decirlas, »que no incurra en inobediencia, pues en otras puede exami- »nar si esto habrá sido bueno, ó mal espíritu, que es lo que yo »deseo se averigüe: porque mi deseo no es de ser engañada »de Satanás, como en algunas ocasiones me ha amenazado, »que ha de hacer cuanto pueda por engañarme, y hacerme »mal por vengarse de mí. No permita Dios darle licencia.

El que hubiere leido las obras de nuestra gloria Española Santa Teresa de Jesus, y atendiere á aquel raro espíritu, su ilustracion, sus revelaciones, y favores, que Ntro. Señor la comunicó, y juntamente viere sus temores, de no ser engañada del Demonio, las consultas que en esta materia hacia á hombres doctos y espirituales, y pasare los ojos por este libro, verá haber querido Ntro. Señor renovar en esta su sierva aquellos prodigios: para que tanto mas eficaz sea nuestro ejemplo para

nuestra imitacion, cuanto mas cerca de nosotros estuvo esta sierva de Dios, y mas íntimamente la tratamos; y para que se vea como quiere Dios se sepa de sus amigos, aun las cosas que ellos intentan mas encubrir, y lo que ellos callan por su humildad quiere Ntro. Señor se sepa para gloria, y alabanza suya, y aunque este caso que referiremos procuró disimularle, dejó Ntro. Señor parte por donde llegase á noticia de los hombres: y fué, que:

Andaba siempre la Venerable Madre achacosa, y en una ocasion el achaque le apretó las cuerdas, y la obligó á hacer cama, y como el espíritu, dice San Pablo, cobra nuevas perfecciones, cuanto mas adversos casos le suceden como Fenix deseaba cada dia llegarse con mas fervorosos deseos á recibir en el Santísimo Sacramento aquel amoroso incendio que en él se nos dá, para renacer en él. En él rejuvenecia, hallándose tan otra, tan robusta, y tan alentada, como ya dejamos dicho. Por hallarse tan agravada, temian no se empeorase en sus dolencias, si se levantaba de la cama, y por estorbarle estos viages tan contra su salud, mandóla el Prior por obediencia, que mientras no estuviese buena, y convalecida de sus achaques, no fuese á la Iglesia, ni Comulgase. Admitió obediente la sentencia, sabiendo que para Dios la obediencia es el sacrificio mas agradable, pues en ella se ofrece la voluntad propia, y libertad, enagenándose la criatura de una prenda tan del alma, y sujetándose á una cosa tan estraña, tan forastera, y á veces tan repugnante al dictamen de la razon, como la voluntad agena. Con esto trató de no levantarse de la cama, y tener en ella preso el cuerpo, en el ínterin que iba con el espíritu á ver á su Dios, y asistir en la Iglesia á Ntra. Señora del Rosario. Una mañana de estas fué su hermana Sor Ana de Santo Domingo á llevarla, para que se desayunase, y halló que no estaba en la cama. Buscóla por toda la casa, y tampoco la halló en ella, y al punto sospechó que se habia ido á la Iglesia. Enfadóse, imaginando su porfia en esta parte, y que no bastando estar tan agravada del mal como estaba, el daño que hacia á su salud, y el habérselo mandado su Prelado por obediencia, y dijo entre sí. Supuesto que se ha ido, ella lo pagará, y la haré estar á la puerta todo el tiempo que yo gustare. Echó la aldaba al postigo, y fuése á su ocupacion, no dejando parte por donde pudiese entrar. Des-

pues de breve rato hizo operacion en su corazon el amor de hermana, y el considerarla tan descaecida, y quiso ir á la Iglesia á ayudarla á venir. Vistióse el hábito, púsose el manto, y oyó á la Venerable Madre, que estaba tociendo en su aposento. Llegó á él admirada, y hallóla en la cama. Preguntóla: pues hermana, donde has estado? Pues no estoy aquí? respondió. Ya veo que estás ahí, le dijo. Lo que yo pregunto és, dónde has estado? Cuando no estabas aquí, donde estuviste? Ea, válgame Dios, la replicó, si estoy aquí, qué me preguntas? No fué posible poder sacarle otra palabra.

A esta hora habia estado el Prior confesando á unas mugeres, y habiendo ya acabado, salió á decir Misa, y Comulgarlas. Al volver al Dominus boviscum de la última oracion, vió en la Iglesia á la Venerable Madre. Y interiormente se enfadó de que viniese á la Iglesia, habiéndola mandado no saliese de casa, ni se levantase de la cama. Comulgó despues de la Misa á las que habia confesado: y desocupando estas el sitio, llegó la sierva de Dios entre dos mugeres, las cuales se quedaron un paso atrás, y si no fuera por causar escándalo, segun el Prior decia, no la diera la Comunion. Comulgóla á ella, y queriendo hacer lo mismo á las que la acompañaban por ambos lados, estando tapadas, le hicieron señas de que no habian de Comulgar. Cerró el Sagrario, y desnudándose en la Sacristia, salió al punto á la Iglesia á dar gracias, y vió que ni junto al Altar del Rosario, ni en toda la Iglesia parecia yá. Salió á la puerta desde donde se vé la casa de la Venerable Madre, y vió, que ni en todo el campo parecia. Causóle admiracion, que en tan breve tiempo pudiese haber llegado á su casa, aunque fuese corriendo: y mucho menos siendo ya muger de edad, y estando tan descaecida con sus achaques. El cuidado que tenia le ponia espuelas á la curiosidad. Fué á la tarde á verla, y hallándola en la cama la dijo: Es posible Madre, que con V. ni ha de bastar el consejo como de amigo, ni el mandato como de Prelado? Pues si ayer le mandé por obediencia no fuese á la Iglesia hasta estar buena, cómo no solo no ha hecho lo que le mandé, sino se me fué á poner á la vista, y á que yo la Comulgase; para que por lado ninguno pudiese yo disimularlo? Vióse obligada á declarar el misterio; y rompiendo por medio de su humildad, le dijo: es verdad Padre Prior, que V. me lo mandó, y yo le obedecí: pero como me

via en esta cama, y privada de ver á mi Dios, aunque me conformaba con la obediencia, no podia reprimir los deseos de mi corazon: estando con esta ansia en mi alma, entraron por esta puerta mi Madre Sta. Catalina de Sena, y mi amiga Sta. Maria Magdalena de Pazzi, y me dijeron, si queria recibir al Esposo, declaréles mi deseo: pero les dije, como vuestra Paternidad por obediencia me habia mandado no saliese de casa. Entonces me dijeron: pues nosotras te llevaremos, y traeremos, con que tu no vas, y se compone tu deseo con la obediencia de tu Prelado, pues tú no la quebrantas. Entonces me llevaron, y recibí de mano de V. P. á mi Dios, y mi Esposo, y ellas se quedaron retiradas. Y despues me trajeron aquí. Escuchó su hermana el prodigio, y lo confirmó: porque la puerta estaba cerrada, y no habia por donde entrar, sino milagrosamente. Sosegóse el Prior en su enojo, y admirado, ponderaba así el deseo agradable á Ntro. Señor, de que su Esposo le recibiese, como el gusto de su Magestad en visitarla y favorecerla explicando ser aquella su voluntad con tan extraordinarias maravillas.

CAPITULO XII.

Hacen Prior del Convento de Aracena al Padre Fray Juan de las Cuevas. Por su medio y en su tiempo serena el Señor todas las tormentas, y obra con él su Magestad muchas maravillas por intercesion de su sierva.

Son tan incomprehensibles á nuestro juicio los sucesos de esta vida, que los mismos que los vemos los ignoramos. Intentamos investigar sus causas, y mirándolas con la vista gruesa, nos hace el estar muy pagados de nuestros dictámenes, y que nos parezca son ellos los hijos del mas legítimo discurso, y los que mas ciertos se encaminan al blanco. Y despues de haber atronado al mundo con nuestro parecer, se halla ser cosa disparada cuanto se ha discurrido. Ya hemos visto lo que la sierva de Dios habia padecido en estos tiempos antecedentes. Ahora con la entrada á ser Prior este Religioso tomaron ajustes todas las oposiciones y los negocios. Aun los de Dios parece que muchas veces se sujetan á los accidentes, y fortunas del tiempo, y parece que su providencia crió á al-

gunos hombres para buenos anuncios, y que por ellos se consigan buenos efectos para ajustes de materias árduas, y para consuelo de los corazones afligidos, y hombres, que con su discrecion todo lo disponen, con su agrado á todos consuelan, con su eficacia y gran corazon todo todo lo facilitan, y son tales, cuales los necesita un corazon desconsolado. La disposicion de los negocios de Dios no conseguirse hasta ser tal, ó tal persona quien lo ejecute, cada instante se experimenta, ya que no se repare en los libros, y se halle en ellos con mas ejemplares que letras, así en las divinas, como en las profanas: y será esto por criar Dios tales sugetos, y de tan linda gracia en todas las materias, que el remedio de la necesidad, ó consuelo de la afliccion, le tenga vinculado á la buena disposicion de este, y al gusto natural que siente el caido en verle mediar: ó porque el clima de su mala fortuna haga curso al llegar este, que con su astro superior vence la epidemia que otro contrario le ocasiona.

Muchas veces los corazones previenen el disgusto que ha de haber: pues se dice, que el corazon lo estaba adivinando. El cómo sea esto, mas bien se experimenta, que se esplica. Y hay ocasiones en que con la quietud, paz, y consuelo que siente, previene el buen suceso que ha de tener. Será lo uno, y lo otro, porque querrá Dios mudamente avisarnos, ó para que nos prevengamos para el azote que le amenaza y se recoja, ó para que empiece antes á gozar de la dicha que le espera, y por ella reconozca á Dios por su autor, y le dé gracias. De la Garza escriben los naturales, y refieren todos los que ejercitan la caza de altanería, que entre diversos pájaros que la vuelan, tiene tal instinto, que el corazon le dá cuál de ellos es el que la ha de matar. Entre todos juega, y toma tornos, y puntas en el aire, y en conociendo á su matador empieza sus graznidos, y desalentada coge punta para escaparse. No ha llegado el Nebli á hacerla presa, y ya gime su muerte. Remontábase al Cielo la Venerable Madre, y como hubo quen la hiciese dar gemidos, y verter lágrimas, ahora quiso Ntro. Señor se llegase el tiempo en que gozase de prosperidad con este Prior afable.

Al punto que le eligieron estaba la sierva de Dios en oracion, pidiéndole á Ntro. Señor diese Prelado en aquella casa, que la pacificase, y mirase por su aumento espiritual, y temporal, y tal, cual convenia á hijos de Santo Domingo. Quiso

Ntro. Señor empezar á darle á su Esposa principio de los gozos que habia de tener, y en una revelacion se le mostró al Prior recien electo. Viólo que estaba enfermo en la cama, y díjole Ntro. Señor: ves ahí al Prior? Ese es á quien han elegido. Con ese Prior tendrá paz ese convento, y tu tendrás consuelo. Dióle gracias á su Magestad por las mercedes que la hacia. Suplicóle por la salud de su nuevo Prelado. Mejoró algo de sus achaques, y fué á Aracena.

Con los frios tan destemplados que suele hacer en la sierra, y en aquella tierra, volvió el mal á tomar posesion de él. Muchas veces no se levantaba de la cama: y si se levantaba, era tan tarde, que no podia decir Misa. Y quiso Ntro. Señor avisarle, y de paso advertir á todos los Sacerdotes los bienes que consiguen, celebrando todos los dias, y llegándose á aquellas fuentes de la Eucaristía á lavar sus almas en aquella preciosa sangre, hermoseándolas con tanta gracia, como en aquel Sacramento se comunica, y juntamente cuanto se privan de este tesoro los que dejan de celebrar.

Venia una mañana la sierva de Dios desde su casa á la Iglesia, y aparecióselle Cristo Señor Ntro. con la Cruz acuestas. Postróse de rodillas á adorarle, y díjola su Magestad. Dile al Prior, que por qué no dice Misa todos los dias? Señor, le respondió, como está agravado con sus achaques, ellos no le darán lugar á eso. Anda, le repondió su Magestad, y dile que diga Misa, y se esfuerce, que yo le ayudaré. Que no sabe un alma de los bienes que se priva, por no recibirme en el Sacramento del Altar. Desapareció su Magestad. Fué la Venerable Madre, y con todo disimulo le animó al Prior á que celebrase todos los dias. Esforzábase cuanto podia, y aunque el achaque la noche antecedente le hubiese aquejado mucho, en llegando la hora de decir Misa se hallaba tan robusto, y tan bien dispuesto, como si antes no hubiera padecido mal alguno.

Volvióse el mal en cuartanas dobles: ya no hallaba remedio para ellos, porque cuantos habian hecho eran ineficaces. Un dia antes de Navidad, viendo á la Venerable Madre, quiso consolarse con ella. Díjole lo afligido que estaba, y que si el mal perseveraba, queria dejar el oficio, y volverse á su Convento de Osuna. Entonces con espíritu de Profecia, le consoló, diciendo. Ea, no se desconsuele V. P. que el dia de su que-

rido San Juan Evangelista se le han de quitar las cuartanas. Hasta aquella hora nunca el Prior la habia comunicado, que tenia especial devocion al Sagrado Evangelista. Llegóse el dia, y cuando esperaba la cuartana, ni entonces le dió, ni jamás le volvieron: con que quedó verificada la profecia de la sierva de Dios por dos partes: y él con el concepto que merecian sus virtudes.

Al punto que entró en aquel Convento, como Dios le traia para que pusiese paz, con facilidad descubrió la raiz de la discordia. Conoció quiénes eran los que movian aquellas tormentas, y antes de proceder con el rigor de Juez, se aprovechó de los consejos de Padre. Exhortóles al amor y concordia, y que á las almas que venian á favorecerse de ellos, como de Ministros que Dios puso en su Iglesia para ello, que no las desconsolasen: y que si sabia, ó entendia, que no habia enmienda, que sabia ponerla. Con esto, y conociendo era hombre de valor, y resolucion, trató cada uno de ajustarse á las obligaciones que tenia. Medio eficaz para conservar la paz las Repúblicas. Pues si el Juez, y Superior no cuidan como á jardin una Comunidad, arrancando la cizaña, y cultivando á las plantas, segun la naturaleza de cada una, y no llegan con la tijera á cortar la que quiere descollar mas que lo que su estado le permite, y las deja crecer, segun su vicio, se llena todo de cabezas, todos quieren descollar, el jardin se vuelve en monte aspero, llénase de malezas, crecen los mas desahogados, confunden á las mas humildes, y el huerto que habia de producir Rosas, Claveles, Jazmines, y Frutas regaladas, se hace cueva de Jabalíes, Osos, Tigres, y Leones. Con esto poniendo freno á los díscolos, supo dar consuelo á la Venerable Madre y á las demás Esposas de Cristo, que estaban desterradas de aquel Convento.

Supo hacer este Padre verdadera estimacion de la sierva de Dios, y en su tiempo como conocia su virtud, y asistencia al adorno de la Iglesia, la dió toda la mano, para que en las Fiestas hiciese Altares, solemnizase á los Santos, y como tenia tantos, y tan devotos suyos, y especialmente en las Fiestas de Ntra. Señora, del Santísimo Sacramento, y Santos de su Orden, era un Cielo ver la Iglesia, con los adornos, olores, y gastos que hacia. Gozó su espíritu en este tiempo la paz octaviana, sin que por lado ninguno hubiese quien la molesta-

se. Y aunque es verdad, que los que tienen á Dios en medio de la mayor persecucion, tienen sus gozos con su Magestad, que como sabe hacer, que en medio del horno de Babilonia se gocen frescas mareas, al paso que los que atizaban el fuego, se abrasasen en voraces llamas, y que estas tormentas toquen solo en lo esterior: con todo, suele acometer la tormenta tan recia que se ven obligados los Apóstoles á pedir á Dios la aplaque, y les socorra, y desean la calma, para que no les estorbe la zozobra. Ahora todo estaba en reposo, no se alegraba nada Satanás de esta quietud, que como Padre de discordias, á todas horas la quiere, y en todos sugetos la procura, y como en esta ocasion vió que no podia usar armas ningunas, porque el Prior las rebatia, trató de convertir toda la batalla, dándola cuerpo á cuerpo, y ser el instrumento, pues por ahora no los hallaba.

Año de 1645, víspera de Navidad, tocaron en el Convento á la Calenda, á las cuatro de la mañana, poco mas ó menos, y salió de su casa la sierva de Dios con su hermana, y otras mugeres, para venir al Convento. Habiendo estado la noche hasta aquella hora muy serena, de repente se oscureció el Cielo, y empezó á llover, de suerte que les fué forzoso volverse á casa: cesó el agua, y se animaron otra vez á salir, y por haberse espesado mas los nublados, era tal la oscuridad, que parecian dejarse tocar con las manos. Encendieron unos hachos para llevar luz, y como el que movia la tormenta fué siempre enemigo de ella, al instante la apagó. Ya hemos dicho, que la distancia que hay de la puerta de su casa á la de la Iglesia del convento, son doscientos pasos: y en esta corta distancia, estando en el medio, fué tal el golpe de la tormenta, que perdieron el camino, y asidas unas á otras, procuraron ir haciendo viage. El suelo es mal llano, por los riscos y hoyos que tiene. Arrojólas en uno, de donde no pensaron escapar con la vida, llamando á Dios á gritos, que las socorriese, y á Ntra. Señora del Rosario, las diese mano en aquel aprieto. El agua, y aire fué tal, cual nunca se acuerdan haber visto otro semejante en aquella tierra. Llegaron al Convento tan mojadas, que fué necesario vestirse los hábitos y calzado de los Religiosos, por venir todas, como si hubieran entrado en un rio. Al llegar á la Iglesia echaron menos á la Venerable Madre, diéronla voces, y viendo que no parecia, salieron los Religiosos,

y criados del Convento con luces por aquellos campos á buscarla: y conociendo el Prior que vendria tan mojada como las demás, hizo que la previniesen un hábito, y calzado para ponérsele en llegando. La turbacion fué grande en todos, recelándose algun suceso desastrado. Cuando mas en su punto estaba la turbacion, se apareció entre todos diciendo: Loado sea Ntro. Señor Jesucristo. Ya se presume cuál seria el gozo de verla: quisiéronla desnudar el manto, y el hábito para mudarle, y le hallaron tan enjuto como si no hubiera salido de casa. Muchos motivos se ofrecieron para admirarla, y cesaron todos con el contento de verla. Preguntóla su Confesor, aparte, qué la habia sucedido? Y le dijo: que saliendo de su casa, la apartaron los Demonios de su hermana, y de con las demás que venian, porque tuvieron licencia aquellos Espíritus infernales para mover aquella tormenta. Y habiéndola arrastrado por aquellos campos, la azotaron en todo su cuerpo, y dándola muchísimos golpes, y muy crueles, de suerte, que traia todo su cuerpo molido, y lleno de cardenales: la llevaron arrastrando á un arroyo que está á las espaldas, y entra en la huerta del Convento, al cual le llaman *la Pasada*, y en él quisieron ahogarla. En el ínterin que así la maltrataron calló, y sufrió: pero viendo que querian quitarle la vida, llamó en este aprieto á Ntra. Señora del Rosario la socorriese. Su Magestad, como consuelo de los afligidos, se le apareció entonces, y reprendió al Demonio, diciéndole. Traidor, no te has de ver en ese gozo, y al punto el Angel de su Guarda, por mandado de la Soberana Reina cogió á la Venerable Madre, y la trajo á la puerta del Convento. Solo repararon traia mojado el ruedo del hábito, y la alegria que tenia en el rostro, les dió á todos que presumir, y el verla enjuta la ropa, que alguna ayuda del Cielo la habia socorrido. Admirábase el Confesor de ver su contento, con que disimulaba los dolores: vuelta á casa, viendo su hermana todo el cuerpo hecho un cardenal, mas se admiraba de su sufrimiento.

Enfermó de unas cuartanas el Prior. Como el sitio del Convento es tan penoso, y queda tan abrasado del Sol el Verano, su habitacion es muerte para los enfermos, y para los que están con salud, es una enfermedad. Por la cercania á la casa de la Sierva de Dios se fué allá á convalecer. Un dia se detuvo en la Iglesia algo mas de lo ordinario, y acordóse que el

Prior no habia comido, y vino presurosa á darle la comida. Entró en casa, ya estaba puesta la mesa, y sin quitarse el manto, subió á un cuarto alto donde estaba la comida. Al bajar con la escudilla del caldo rodó por la escalera, que es bien agria, y cayó en el suelo, con tan gran golpe, que se temieron, que por lo menos quedára muy lastimada. Dióle grandísima pena al Prior, y él, y su hermana, y Sor Juana de la Asuncion acudieron lastimadas, diciendo: Jesus, Jesus, que se ha muerto. Llegaron á levantarla, y reprendiólos, diciendo: Válgame Dios, para qué es esa turbacion? Padre Prior, vamos á comer. Pues donde está la comida? le preguntaron. No ha peligrado, respondió: y hallaron, que no se habia quebrado plato, ni escudilla, ni se derramó el caldo, y solo en el ruedo del habito hallaron una gota pequeña que la habia hecho una mancha. Quiso el Demonio lograr aquel lance para matarla, segun despues declaró, y como su Esposo supo vencerle en el desierto, cuando él le persuadia se precipitase, pudo ahora librarla á su Esposa de este riesgo, con particularidades, que le hacian tan espantoso.

Por tiempo de las vendimias quiso ir el Prior á la viña del Convento. Instábale la priesa, y pidió un caballo prestado. Advirtióle el Capitan D. Alonso Valera, primo de la Venerable Madre, que no era caballo para ir en él un Religioso, por ser desbocado, y con algunos resabios, que solo queria le llevase. Parecióle al Prior, que no seria tan malo, como le decia su dueño, y la necesidad que tenia, le hizo reparar poco en el riesgo, y subió en él á la puerta del Convento, y apenas se halló puesto en la silla, cuando perdió los estribos, con las inquietudes del caballo: Turbóse, y no teniendo lugar de poder desmontar, dió una carrera hácia la casa de la Venerable Madre, y en la puerta le desechó de sí, arrojándole bien alto. Cayó en unas piedras ásperas, que están para subir á la puerta, y al golpe que dió salió la Venerable Madre, y su hermana, y la demas gente. Viéndole así caido, levantó la voz, diciendo: Hay Dios, y Señor mio, favorecer á mi Padre Prior. Entre todas lo entraron dentro de la casa, al tiempo que ya venian los Religiosos, y todos juntos le vieron perdida el habla, echando sangre por la boca, oidos, y narices, y cuatro heridas en la cabeza, y tan sin sentidos, que juzgaron estaba muerto. Causó en todos tanta lástima, como el suceso merecia, y en el

corazon de la Venerable Madre hizo la desgracia mas operacion, que en el cuerpo del Prior. Entróse en su aposento, y púsose en oracion, pidiendo á Ntro. Señor con los ojos hechos dos rios de lágrimas instantísimamente su vida y salud. Despues de mas de una hora se llegó al enfermo en presencia de todos, cogiéndole la cabeza con ambas manos, y fué Ntro. Señor servido de volverle en sí luego al punto. Curáronle, y volvió á ponerle las manos en la cabeza, y el que se juzgó estar enterrado á otro dia, á otro dia estaba ya casi bueno, y sano, aunque allí se quedó algunos dias para convalecer de la falta de la sangre.

Cuando el afecto de este buen Religioso no fuera tan de la sierva de Dios, para quererla mucho, y estimar su virtud, eran bastantes los beneficios que recibió de Ntro. Señor por su mano, para dársela, si no le tuviera. Y fundándose estos en la buena voluntad, la veneraba con notable reverencia. Las esperiencias del ejercicio de sus virtudes, que tuvo en sus tres años, eran correspondientes al crédito que habia adquirido de toda su vida. Desde que entró por Prior, dió órden, que el Convento la diese todos los dias la racion de un Religioso, justo retorno á tanto agasajo, como de su casa recibia, asi la Comunidad, como los particulares, el cuidado de Ntra. Señora del Rosario, el aseo en vestir á los Santos, el procurarles vestidos, solicitar limosnas para el adorno de la Iglesia, y ornamentos de la Sacristia, y sus asistencias contínuas de todo el año, que era una admiracion, y por postre, por hacer una limosna á un pobre: via, que la racion de pan, y carnero la llevaba guisada al pobre, que sabia tenia mas necesidad. Víala que muchas veces al anochecer salia de casa y iba al Hospital, donde se recogen los pobres, y al que sabia era recien llegado, le lavaba los pies, les procuraba limosnas, les predicaba, y aconsejaba limpiasen sus conciencias, con la confesion, y que recibiesen á Ntro. Señor. Les exhortaba á paciencia en sus trabajos, y pobreza, que tanto amó Cristo Ntro. Señor, y santificó abrazándola en sí su Magestad. Preguntábala muchas veces qué habia hecho de la racion, á quién la habia dado? Bien lo via, y lo sabia que no la comia, y este ya era pleito vencido con su hermana, y en su casa. Ahora queria saber de su boca á donde la habia llevado? Andaba antes con mil equivocaciones, para que ni se entendiese su abstinencia, ni se supiese su

limosna, respondia. Padre Prior, buen provecho ha hecho. No sea V. P. curioso: que el Prelado que es curioso andará con inquietudes. Ya está comida. Cogíale las proposiciones, y con las inmediatas la convencia á que dijese á quién la habia dado. Y se quedaban admirados de que la necesidad que no habia llegado á su noticia, ya la caridad de la Venerable Madre la tenia prevenida.

En una ocasion hubo una conferencia entre dos Religiosos, era del agradecimiento que debian á la Venerable Madre, por tanto regalo como tenian en su casa. Uno dijo, que se le estimaba mucho el cuidado que habia tenido con él, y que en cuanto á particularizarse en darles las gracias era causarla novedad, porque su caridad era para todos sin aceptacion de personas de Prelado, ni súbdito, rico, ni pobre, sano ni enfermo. El otro demasiadamente agradecido tocaba en impertinente, y quiso ser particular en darla sus agradecimientos, como si él fuera solo el que recibia aquellos beneficios. Para introducir mejor su plática, y vender mas cara su mercadería, empezó á hacer barato de la agena, diciendo: que él solo estimaba como merecia, tanto bien, tanta asistencia, tanta curiosidad, tanto regalo, &c. Era discretísima la Venerable Madre: y vínosele la pelota, para jugarla con lindo aire. Antes que el proponente pasase adelante, le cortó el argumento, diciéndole: mi Padre: el Padre fulano, de quien V. P. me dice habló muy cuérdamente. No hay que empeñarse en agradecimientos propios, por lo que son acciones comunes. Mi ánimo no es de agasajar al Prior, por Prior, ni á ninguno por lo que él se tiene. Yo me estoy en mi casa, sin necesidad de esos respetos. Si alguna cosa hago es por Dios, y miro á cada uno con los ojos comunes, de que es prógimo, mas algo menos segun tiene la necesidad, y yo puedo servirle en ella. Por prógimo le recibo, y asisto en cuanto puedo: y así á V. P. quítesele esa imaginacion: pues yo, ni miro respeto humano, ni voluntad ni intereses. Solo por Dios lo hago, y por prógimo. Quedó el buen Padre corrido: y fué necesario este jabon, para sacarle cierta mancha de presuncion, con que juzgaba eran preferidos algunos segun sus oficicios, cuando no consideraba, que la caridad de la sierva de Dios era á todos igual, sin atender á otros respetos, ni atender en sus diligencias de caridad al Prior por Prior, ni al súbdito por súbdito, sino á cada uno segun lo necesitaba, y ella podia socorrerlo.

CAPITULO XIII.

Devocion que la Venerable Madre tiene á Santiago Apóstol, y á otros Santos. Y finezas con que ellos la asisten y favorecen.

Con el Sagrado Apóstol Santiago fué grande la devocion que tenia la sierva de Dios. Y aunque es verdad, que esta era con otros muchos Santos, de ninguno hablaba con el reconocimiento que de él, por las muchas, y buenas amistades, que por su intercesion habia conseguido. Solia decir á su hermana, y á otras personas, que le fuesen muy devotas; porque era muy buen amigo. Pagábala el Santo su devocion, y afecto, y hacia lo que la rogaba, y atendia á sus ahogos: porque como se hallan los Santos en el valimiento de su Rey, en aquella Corte, atienden á ser nuestros abogados, y intercesores.

Una legua de Aracena hay una aldea, que se llama las Granadas, en cuya Iglesia hay una imágen de Santiago Apóstol, con quien tienen mucha devocion. Habíaseles ofrecido un aprieto á doña Ana de Cárdenas, y á su hija la Sierva de Dios, y quisieron ir á las Granadas á encomendarle á Nuestro Señor, por medio de la intercesion de su Santo. El tiempo era invierno, y el dia estaba algo pardo; y fiadas en que no llovería, se salieron en su romería á Santiago. A poco espacio que salieron del lugar, empezó á llover tan reciamente, que parecía queria el Cielo anegar la tierra. Afligióse su hermana Santo Domingo de considerar cuáles llegarían su madre y hermana con aquella tormenta. Al llegar á la Iglesia de las Granadas, empezaron las aldeanas á hacer grandes esclamaciones, preguntando, cómo habian podido llegar allá con tanta tormenta, y cómo habian podido pasar los arroyos que hay en el camino? Sonriéronse hija y madre, juzgando que las aldeanas se burlaban, con decirles habia llovido. Rezaron al Santo, y volviéronse á Aracena. Y su hija, y hermana Sor Ana de Santo Domingo, que se habia quedado en casa, pensando que vendrian caladas del agua, las tenia prevenidas ropa para mudarse, y buena lumbre para que se enjugasen. Al verlas que venian, las salió á recibir angustiada. Preguntólas, que cómo lo habian pasado con tanta agua como habia llovido? Entonces se acor-

daron de lo que las aldeanas las habian dicho, y creyeron ser verdad. Preguntaron á su hija, y hermana, que si el agua habia sido tanta como decian. Respondió que sí, y que habia sido muchisima. Quedaron admiradas, y diciendo, que en todo el camino no habian visto caer gota de agua. Testificábanlo sus vestidos, pues venian tan enjutos, como cuando salieron de casa, y ni ellos, ni el calzado tuvieron necesidad de mudarse. Entonces volvió la Venerable Madre á decir á su hermana: no te digo yo? Mira que tengas mucha devocion al Señor Santiago, que es buen amigo. Y entonces conoció que Dios hizo á sus siervas pabellon en el agua misma, para que no se mojasen, como lo supo hacer á S. Vicente Ferrer, y San Juan de Dios; pues lloviendo sobre ellos, hacía arco el agua para no mojarlos. Y por los arroyos que habian de pasar, que en lloviendo por poco que sea, cojen mucha agua, y ahora con tan gran tormenta habian de salir de madre: ó su Magestad suspendió sus corrientes para que la Venerable Madre pasase, ó por encima de las aguas les dió paso, como á San Raimundo, San Francisco de Paula, San Pedro de Alcántara, y San Jacinto.

Llamaba la Sierva de Dios amigos á los Santos con quien tenia especial devocion. Y como una de las diligencias de la buena amistad, consiste en que se cuide del amigo, en cuanto conduce á su reputacion, y gusto: deseaba que las fiestas de sus amigos se solemnizasen con toda devocion y asistencia. Hallábase enferma la Venerable Madre, dia de Santiago, con unas tercianas, que la tenian bien postrada. Sintió mucho el no poder ir á la Iglesia, á oir Misa, y recibir á Nuestro Señor, y fué en ocasion en que en el Convento no habia mas Misa que la del Prior por estar fuera algunos Religiosos predicando, y otros achacosos. Cuando Sor Ana de Santo Domingo, se desocupó para ir á oir Misa, ya el Prior la habia dicho. Volvió por su casa, y díjole á su hermana iba á oirla á la Iglesia Mayor, porque en Santo Domingo no la habia. Al subir la calle arriba encontró al Licenciado Fernando Diaz, y á Sebastian Pardo, Sacristan, y la preguntaron, donde iba. Respondióles, que á su Iglesia á oir Misa, porque no la habia en el Convento. A que dijeron se volviese, porque sabiendo que los Padres habian ido á predicar, y que otros estaban enfermos, de repente les habia dado deseo de venir al Convento á cantar la Misa

á Santiago. Viniéronse todos. Cantó la Misa el Licenciado Fernando Diaz. Y la oficiaron el Prior, el Sacristan, y Organista de la Iglesia Mayor. Oyóla Sor Ana de Santo Domingo, recibió á Ntro. Señor. Volvióla á su casa, y dió la noticia á su hermana. Y como ya la conocia, y ponderaba el movimiento repentino del Clérigo, Sacristan y Organista, la preguntó una y otra vez, que qué habia sido aquello? A que respondió con mucha alegría. Mira el Señor Santiago, por lo mucho que le quiero, me ha querido hoy consolar. Cuando tú me dijiste que en nuestro Convento no habia Misa, y que te ibas á oirla á la Iglesia Mayor, sentí mucho que dia como hoy no hubiese Misa cantada, y quedarme sin oirla, y sin recibir á Ntro. Señor. Con estos deseos me puse á rezarle á mi amigo Santiago (que entonces le tenia á la cabecera, pintado en una tabla, que se conserva hoy en su casa) y el Santo me habló, y me dijo: que por lo bien que le queria, que yo me veria en la Iglesia, oiria Misa, y se cumpliria mi deseo, de que fuese cantada, y que le parecia haberse hallado en la Iglesia, y en la gloria, segun el gozo que habia sentido. Reparó su hermana en las señas que daba de todo tan ciertas, que si no es estando presente, no podia saberlas de otro modo. Y el Santo amigo (prosiguió) me ha hecho muchas mercedes, y me ha dicho, que por estar tu tan afligida de verme tan enferma, y las necesidades grandes que padecemos, me quitará las tercianas. Desde aquel dia no le volvieron mas. Admiróse su hermana de oir lo que decia. Y la sierva de Dios mucho mas de oir lo que referia. Pues sin haberle dicho quienes fueron los que vinieron á cantar la Misa, dió señas de ellos, y de otras particularidades que habia en la Iglesia.

Los favores del Santo Apóstol, no se limitaban solamente á la Venerable Madre, tambien los obraba por su intercesion con toda la casa, y por quien ella le pedia. Y habiendo favorecido, como hemos visto, á Madre, y dos hijas, tambien estendió sus favores á las parientas. Sor Juana de la Asuncion, Religiosa del mismo hábito, y parienta suya, enfermó de un dolor de ceática tan grande, que por mas de seis meses de noche y de dia, estaba en un grito. Vió la Venerable Madre, la afliccion de la enferma, y en su casa creció el desconsuelo; porque habiéndosele hecho cuantos remedios fueron imaginables, no tenia remedio, y parecia ser incurable. Prometió al

Santo Apóstol, que si la sanaba, iria á la Iglesia de las Granadas á visitarle. Una víspera del Santo, la llevó la Venerable Madre, como pudo á la Iglesia Mayor, para que oyese las Vísperas, y con mucha afliccion le rogó se doliese del desconsuelo de la enferma, y del que todas padecian por él. Hízolo el buen amigo, y de repente se le quitó el dolor, que nunca mas le volvió: y quedó tan convalecida, como si tal cosa no hubiera padecido.

Otra persona tenia una enfermedad contagiosa, que por remedios grandes que la habian hecho, no fué posible mejorarse: y con esto tan desconsolada, como incurable. Compadecióse la sierva de Dios de su ahogo: y como todas las necesidades agenas las hacia propias, hizo un ungüentillo en nombre de Santiago. Los ingredientes de él tenian tan poca proporcion con el achaque, que antes era para reirse. Pero cuando Dios quiere dar remedio, sabe hacer que una vara abra á una piedra para que dé agua, y toque Moisés con ella el pedernal, como si la picára con una escoda, ó cincel. Enviéle el ungüento, y le dijo, que porque consiguiera salud habia prometido al Santo de ir nueve veces á visitarle á las Granadas. Cumplió su votó. Y á los nueve dias consiguió la enferma la salud, de que tan perdidas tenia las esperanzas, y se halló buena y sana, por la intercesion del Sagrado Apóstol, y devociones de su santa amiga.

Es el amor de los padres á los hijos tan natural, como es natural el amarse á sí mismos. Quiérenlos con el mismo afecto, y procuran sus gustos con la misma, y mayor solicitud, que si fuera para sí. Porque como el padre se contempla en su hijo otro él, que en él perpetúa su memoria, y queda viviendo con su afecto en el hijo, al paso que la muerte reduce á cenizas su cuerpo, le ama, le quiere, y en todo le favorece. Y si acaso entre los demás hijos hay alguno que mas se le parece en las facciones, ó que en el natural ó afectos del ánimo, se le asemeja, á este quiere mas, y á este le prefiere á todos, y le asiste con mas cariño. Esta es la causa porque José le robó el corazon á su padre Jacob, porque se consideraba nuevamente renacido en su hijo José, y el muchacho sacó toda la virtud, toda la discrecion, toda la prudencia, y toda la semejanza del padre, dijo el Abad Roberto. Muchas hijas, y muy parecidas ha tenido en su Religion la Seráfica Vírgen Santa

Catalina de Sena. Muchas la han procurado imitar sus virtudes, y cuando para conocer á la Santa, no tuviéramos, ni en Indias mas copia, que la de Santa Rosa, ni en España mas retrato, que el de esta Venerable Madre; viéramos, que queriendo Dios dar una semejanza viva á España, y al Nuevo Mundo, de esta Santísima Esposa suya, para eso dió á Rosa en Lima, y dió á esta su hija en Aracena y Sevilla. Con todo eso, como el Demonio es tan agudo de vista, y como quien tan á su pesar conoció tanto á la Seráfica Vírgen, conoció tambien lo mucho que esta su hija se le parecia: y así muchas veces la llamaba, y la motejaba, diciéndola: *Catalnilla la cocinera*: como mas abajo diremos los motivos, por que así la llamaba: y porque se le parecia en las virtudes, en que la imitaba como á Madre, y se le parecia á la Santa tanto el ser Madre, en lo mucho que la cuidaba, y favorecia como á su hija muy de su corazon. Las finezas que obró por ella, fueron tantas, como ya en los capítulos antecedentes se ha visto, y adelante con mas estension veremos: que por colocar los sucesos, segun los tiempos sucedieron, y no segun las materias, por eso los omitimos ahora.

Traian á la Venerable Madre tan alcanzada de salud las penitencias, y rigores que usaba consigo, y tan postrada, que andaba su hermana Ana de Santo Domingo con el cuidado contínuo de quitarla, y esconderla los cilicios, y disciplinas. Entre los cilicios tenia una Cruz con treinta y tres puntas de hierro, la cual se ponia, ya en las espaldas, ya en el pecho, siendo tanto el gozo que su alma sentia con ella, cuanto eran terribles los dolores que le causaba en su cuerpo. Un dia que su hermana pudo haberla á la mano, no supo en qué parte mejor esconderla: porque aunque otras veces la habia escondido, luego la hallaba en sus manos, sin saber quien pudiese haberla sacado de donde la ponia, si no era con fuerzas sobrenaturales. Ahora la escondió entre unas tejas en el tejado de su casa, y en parte, que si no es Dios, y ella, nadie supo el caso. Los suspiros, y lágrimas que le costó su Cruz á la sierva de Dios, fué cosa de admiracion: ver el afecto con que la pedia á su hermana, pudiera enternecer á una piedra. Víala estar porfiando por el instrumento con que se quitaba la vida: y neutral entre las lágrimas de su hermana en darla gusto, y en no dársele, por mirar por su salud, atropelló por medio de sus

suspiros, y se redujo á negársela, teniendo por menor daño verla verter lágrimas de sus ojos, que rios de sangre de sus espaldas, y pecho. Vió la sierva de Dios, que en su hermana no hallaba consuelo, y buscólo en su Madre Santa Catalina. Dióla sus quejas, y lloróle su pena. Y como la Santa la queria como á hija, no tardó mucho en darla la prenda por que lloraba. Aparecióselo la Santa, trayendo en su mano la Cruz, y se la dió: y como joya mas preciosa para ella en aquellas puntas, que si estuviera engastada en diamantes, al punto se la puso en el pecho: vióla su hermana tan gozosa de repente, cuanto antes triste; y admirada la preguntó: Hermana, hay algo de nuevo? Sí, la respondió. No seas loquilla, ves aquí mi Cruz. Por amor de Dios no me la quites mas, que me causas mucha pesadumbre. Sabia la hermana, que por medios humanos era imposible hallarla, preguntóla admirada, cómo habia venido á sus manos la Cruz? Y la dijo, como su Madre Santa Catalina de Sena, movida de sus ruegos se la trajo de donde estaba, con que quedó consolada: y haciendo el cotejo de esta vez, con las demás que la habia escondido la Cruz, y otros cilicios, y siempre los habia escondido con el mismo cuidado que ahora; y ahora como entonces los habia vuelto á hallar en sus manos, y inferia que quien ahora los trajos los habia siempre traido, ó le enviaria Dios quien se los diese, ó revelaria, pues por medios humanos era imposible hallarse.

Aunque el amor y devocion que tenia á muchos Santos, la daban el seguro para que los llamase amigos, y ellos muchas veces se le vinieron á ofrecer para serlo; con todo eso á Santa Catalina de Sena hallaba en su corazon mas facilidad para rogarla, sentía mas llaneza para encargarla sus cuidados y hacerla dueña de sus negocios, á que la Santa se mostraba como madre, hermana y amiga. Sucedióla en una ocasion un empeño con la Santa, en que se conoció así el valimiento en que estaba con ella, como la correspondencia que desde el Cielo la tenia, y fué: que

Don Nicolás de Esquivel, vecino de Aracena, casó con doña María de Valladares. Eran los dos desiguales en edad, y juntándose á esto el no tener hijos: cada cosa de estas, era motivo para que contínuamente viviesen con algun desabrimiento. Hacía sus devociones doña María, ofrecía dones á los Santos, ejecutaba muchas promesas, y en ninguna de ellas conocia serle

propicio el Cielo. Parecióle comunicarlo á la Venerable Madre, para que ya que no sacase mas que quedar consolada, habria logrado mucho. Pues cuando no tuviera Nuestro Señor á sus siervos en el mundo para mas fin que consolar á los afligidos y darles alivio en sus ahogos, era sobrado el beneficio que hace á los hombres, en dárselos por compañeros. No se engañó en su esperanza, pues ahora alcanzó lo que jamás habia podido conseguir. Fué á visitar á la Sierva de Dios, dióla noticia de sus congojas, y de los disgustos que habia en su casa: que todos nacian de esta raiz de no tener hijos. Dolióse mucho la Venerable Madre de sus lágrimas, compadecióse de su desconsuelo, y la dijo que lo encomendase á la gloriosa Madre Santa Catalina de Sena, y que la hiciese alguna promesa, que ella haría de su parte todo cuanto le fuese posible en órden á este fin, y que fiase en Dios, pues sabia hacer fecunda á Sarra y á Santa Isabel, y otras muchas, y ostentaba su misericordia en dar el consuelo donde menos esperanzas podia haber del socorro. Prometió entonces doña Maria de hacer tales y tales cosas en servicio de la Santa. Prometiólo tambien de su parte la Sierva de Dios, confiando siempre en Nuestro Señor, que acudiría al remedio de este ahogo, que segun le padecía, cada instante le parecian mil años. Empezó la Venerable Madre á hacer oracion por su encomendada, empeñando ahora con Santa Catalina de Sena, todo cuanto la queria, y la habia procurado servir, y con todo la queria obligar al empeño con Nuestro Señor, y que alcanzase hijos á doña Maria, para que con ellos hubiese paz en aquella casa.

Son los Santos muy finos correspondientes, y en nuestras necesidades nos sirven de remedio; y como ellos en esta vida mortal, supieron qué cosa era padecer necesidades y ahogos, se duelen de quien con ellos los llama, y acuden prestos á su consuelo. Aparecióse la Seráfica Vírgen á su querida hija, y la dijo: «Ya he oido tus oraciones, cuantas veces las has hecho por este fin. El Señor se inclinará á mis ruegos. Dile á doña María que persevere en su devocion, y tenga confianza en su Magestad, que la dará consuelo.» Vióse con ella, exhortóla á la devocion con Santa Catalina de Sena, y á que perseveráse, que por su intercesion la concedería Nuestro Señor lo que pedía. Hízolo asi doña María, y le dió Nuestro Señor una hija, á quien pusieron por nombre Catalina, por la devocion á Santa

Catalina de Sena, á cuyos ruegos habia nacido, y con ella hubo paz en aquella casa, cesando desde entonces los disgustos de marido y muger, que tenian por la falta de los hijos.

Cuando los Santos le eran tan propicios á su devota, no podia dejar de serlo el Sto. Angel de su Guarda. Pues como Dios no le dió para compañero y amigo, y que tengamos en él un defensor en nuestras adversidades, él nos defiende del Demonio, nos asiste en los peligros, nos incita al bien obrar, y ni en padres ni hermanos no tenemos el alivio y proteccion que en ellos. Sucedióle un caso á la Sierva de Dios, siendo moza, el cual tuvo en silencio muchos años, y despues viéndose obligada lo reveló á su hermana. Y fué, que yendo con una tia suya á ver unas colmenas que tenia en una viña, con la poca esperiencia que tenia del peligroso ganado que las habita, se llegó á ellas, y vió que no salian ningunas, de donde infirió estarian todas muertas, pues ni salian fuera, ni dentro se oia ruido alguno. Quitó las tapas de los corchos, y salieron las abejas tan furiosas, que de pies á cabeza la cubrieron. La tia se habia retirado á otra viña algo lejos; y viéndose sola, con aquella plaga, y sin poderse valer, llamó al Angel de su Guarda que la socorriese, y al punto se volvieron todas á entrar en los corchos, sin que ninguna la ofendiese. Ofreciéndose el referido, se quedó admirada su hermana, porque cuando destapan las colmenas de aquel modo, salen las abejas tan enojadas y tan furiosas, que si los que llegan á ellas no tienen reparos en las manos y en la cara, los pican con tanta crueldad, que sucede cada instante quedarse muertos, ó peligrar mucho, y en esta ocasion la libró del peligro su Santo Angel.

En otra ocasion anduvo tan fino, cuanto la devocion de su encomendada era grande para con él. Llegó á estar mala en la cama con grandes calenturas, en ocasion que tambien su Madre estaba achacosa: en su casa se cocía el pan que se gastaba en el Convento, y llegándose el tiempo de la vendimia, habian de amasar una fanega, para la gente del campo. Vió Sor Ana de Santo Domingo, que la masa era mucha, y que sus cortas fuerzas no tenian alivio de madre ni hermana, por estar ambas bien enfermas. Avisó á una vecina para que la ayudase. Levantóse á las dos de la mañana, y por estar la noche muy tenebrosa, no tuvo ánimo para salir de casa á llamarla: conque doña Ana Valera se vió obligada á levantarse. Afligió-

se su hija Santo Domingo, y dijo á su hermana: que pues tenia tantas amigas Santas, le rogase á alguna las viniese á ayudar, ya que ella por estar mala no podia, y vía á su madre como estaba, y se habia levantado. Pusiéronse madre y hija con las manos en la masa, y sintieron que enmedio de las dos estaba otra persona que las ayudaba, con tanto brío, y con tales alientos, que sin cansarse la una, ni la otra, lo amasaban con grandísimo descanso. El gozo que tenian interior, era tal, que por ver el buen ayudante que tenian le cargaban todo el grueso de la masa; y vian tanta presteza y diligencia en volverla, como si fuera el peso de una libra. Acabando de amasar, vino su hermana á darla noticia del suceso, diciendo: hermana, por tu vida, que ahora me digas quién es quien nos ha ayudado; porque, ni mi madre ni yo, hemos sentido fatiga alguna, y por la gracia con que nos ha ayudado, nos has de decir quien fué: porque aunque conocíamos estar una persona entre nosotras, y hemos mirado muchas veces, jamás pudimos conocer quien era. Respondióla, que por la afliccion grande en que la habia visto, á ella y á su madre, rogó al Angel de su Guarda, que las fuese á ayudar. El pan que quedó en casa le comia la Venerable Madre con grandísima devocion, y así el que quedó, como el que se llevó á la viña, con ser bazo, quedó con un sabor tan extraordinario, que jamás se acuerdan haber gustado pan tan gustoso al paladar.

Los afectos del corazon ardiente de la Venerable Madre, no paraban un instante para su Dios y para el prógimo. Abrasábase en vivas llamas de su amor; y como cuando se le apareció en trage de Pastor le habia mandado atendiese á las necesidades de los prógimos, quiso un dia saber, si habiendo obrado cuanto sus fuerzas pedian, en qué estado estaría su corazon para con Dios. Calentóse mi corazon dentro de mí, y el fuego se emprendió con la meditacion de mi pensamiento, decia David: y el que en el suyo ocultaba la Venerable Madre, la hizo, que con fervientes afectos lo suplicase á su Esposo. Quiso su Magestad responderla por medio de un favor singularísimo, que escribe así:

«Estando en una ocasion deseosísima de saber qué tal es»taba mi corazon en los ojos de Dios, dia de San Agustin »nuestro Padre, se me apareció el Santo, con su vestido Pon»tifical, y su Mitra, y una saeta en la mano, y me dijo: Hija,

»yo vengo á mostrarte tu corazon, y á dibujarte en él á Cristo »crucificado, como tú lo has deseado. Mucho dolor te ha de »costar, mas llevarlo has con estos dos intercesores, que vie»nen á confortarte, y todos oramos por tí. En esta ocasion me »hallé entre los brazos de San Juan Bautista, de la edad que »le degollaron, y de mi madre Santa Catalina de Sena. Des»cubriéronme el pecho, y el Sr. San Agustin, con su saeta, »como con una navaja me la abrió, y el corazon que estaba »como una granada, llena de granos, abierta, la mitad de los »granos estaban muy sazonados, y maduros: y la otra mitad »estaban á medio madurar algo descoloridos. Díjome: ves aquí »de la suerte que está tu corazon, y sus afectos. Estos granos »bien sazonados son los afectos, y deseos puros, que tienes de »amar y servir á Dios, y las obras que haces por su agrado: »estos otros tienen mucho de criaturas. Dejaste llevar de su »amor y complacencia, y así estan desabridos y sin sazon, »mientras no te mortificáres en todas tus ocasiones y deseos, y »con la memoria de Cristo crucificado, el cual te dejaré estam»pado en tu corazon para que ninguna criatura te lo pueda »borrar. Tu sangre te sazonará estos granos. Y advierte, que »el querer Dios que tu corazon esté en forma de granada »abierta, es darte á entender la mucha caridad que has de »tener con tus prójimos: que te has de desentrañar por ellos, »y ya que no puedas en todo con las obras, sea con la volun»tad. Dibujóme á Cristo en el corazon, y empezó á correr »sangre, y iba cayendo sobre los granos: mucho me lastimó »esta pintura: mas los Santos todos tres me consolaban y es»forzaban, dándome á entender la gran merced que Dios me »hacia. Y aunque era tanto mi sentir, es aquello con tal gozo »y deleite, que no lo trocara yo por todos los gozos del mun»do. Cerráronme la llaga, cuando yo juzgué que me habia »de quedar abierta toda mi vida: mas no pesa por el peligro »que podia haber de nota; solo me pesa, que un dolor que »me quedó en aquel lado por mucho tiempo, que apenas me »dejaba respirar, ya no le tengo, sino tal vez, y luego me »acuerdo de esto que pasó por mí.

»Dentro de mi corazon sentia yo en aquellos tiempos una »compañia tan grande que no podia ignorarla, y un olvido »de los cuidados terrenos, que no se me daba nada de nada. »Fuéronse mis tres santos, así como se acabó aquel sacrificio.

»Los que vinieron, que fueron el gran Bautista, San Agustin, »y Santa Catalina de Sena mi Madre, á quien supliqué me »le pidiese á su Esposo la imitacion de su vida. Prometióme »de serme intercesora. No pasaron muchos dias, que estando »oyendo Misa en su Altar, volví á importunarla con mi de»manda. Y en aquel punto me ví con un vehementísimo amor »de Dios, y un deseo de desnudarme por su amor de todo lo »criado, y de los pocos bienes que tenia: que si no tuviera á »quien dar cuenta en mi casa, no me quedara un clavo en ella, »que no repartiera con los pobres. No pude hacerlo, porque »mi Madre aunque tenia mucha caridad, y la hacia, tenia »otras obligaciones de hijos, y familia, y no podia desposeer»se de todo. Entendí, que en aquella particular ansia me dió »Dios á conocer la caridad de mi Madre Santa Catalina de Se»na, y no era para mí.

Ya halló la Esposa la señal, que tan amorosa le pedia á su Sagrado Esposo; diciéndole, se pusiese por señal sobre su amante corazon. Ahora tuvo cumplimiento aquella peticion, ajustándose tan á la letra, ser señal de amor sobre el corazon de una Esposa: con que encendiéndose cada dia mas, y mas en amarle, estaba tan atenta á su gusto, que juzgando que la asistencia á los prójimos en sus necesidades espirituales y temporales le era de su agrado, encendió en caridad los granos que estaban algo macilentos. Y quedándose abierto, como una Granada, en él ponia sus enfermedades, con él se compadecia de sus ahogos, con él quisiera remediarlas, pues el Señor que en él tenia tanto, se humilló y anonadó por el remedio de todas las de los hijos de Adan.

CAPITULO XIV.

Caridad ardentísima, que la Venerable Madre tenia con toda suerte de enfermos.

Es la caridad la marca con que el Señor señala á sus escogidos. Esta le trajo del Cielo á la tierra, y le hizo venir á buscar la obeja perdida y enferma, para llevarla sobre sus hombros, y curándola de sus achaques, reducirla á la salud. Los que son hijos suyos, en esto tienen su ejercicio, en esto su gozo, esto tienen por honra, y por blason, y tanto

mas calificado, cuanto la materia en que se ejercita es mas abatida. Mucho luce esta virtud en cualquiera materia en que se ejercite: pero si llega á tener su empleo en curar á los enfermos, allí es donde mas luce y campea, y donde se ven mas claros sus resplandores, y los incendios de su fuego. Para saber quien, y cuantos habia enfermos en Aracena, no habia tabla donde se pudiesen leer, como preguntárselo á la Venerable Madre: porque con letras de amor, y compasion los tenia escritos en su alma. En sabiendo quien estaba enfermo, al punto iba á visitarle. Afligíale su dolencia, desconsolábase por su enfermedad, y como de sí decia San Pablo, quien de vosotros está enfermo, que yo tambien no lo esté por lo que os quiso? La compasion la hacia padecer tantos achaques como habia enfermos. Animábalos, aseabálos, y curábalos, exhortábalos á tener paciencia. Hacia que limpiasen el alma, mediante la confesion, para que los pecados con que el alma enfermaba, no pegasen por la vecindad el contagio al cuerpo. Deseaba cada uno ver á la Venerable Madre á su cabecera: porque mediante su compañía y oraciones, esperaban conseguir de Ntro. Señor la salud de que carecia.

El Convento de Santo Domingo de Aracena es enfermo, por estar en un valle: y la fábrica de él es tan poco acomodada para vivir, que no hay Agosto, que los Religiosos no cojan su cosecha de tercianas, ó cuartanas. Enfermó de ellas año de 1634, Fray Pedro Mártir Moreno, Confesor de la Venerable Madre, y lo ardiente de las calenturas le habian hecho destemplarse tanto en el agua, que llegó á hincharse monstruosamente, y á caminar á hidrópico. Asistíale el Doctor Pedro Vazquez, Médico del Convento, el cual declaró al Prior, que si no llevaban al enfermo á una casa á curar, corria peligro su vida, por lo desacomodado del sitio. Hallábase el Prior bien apretado, pues se veia obligado por la salud del Religioso enfermo, el sacarlo de su casa. Y ya que esto habia de ser, no tenia donde llevarlo, por ser todavia muy forastero en aquella tierra, y no conocer á nadie. Comunicólo con la Venerable Madre: y viendo ella que por allí se le abria puerta para el merecimiento, abrió las de su caridad, y de su casa para recibirle. Dejó el aposento en que vivia, y le acomodó, para que se curase el enfermo. La asistencia, cuidado, y regalo, era tal, cual le requeria el achaque. Duróle un mes, y despues

de dejarle de noche reposando, pedia á su Esposa la salud, y con sus disciplinas se sacaba la sangre de su cuerpo, para que aquella evacuacion alcanzase de Dios la mejoría. Estando la casa toda en silencio y cuando á la media noche estaban todos rendidos al sueño, salia á una sala, se daba una disciplina, que pudiera poner en espanto á un mármol, y duraba mucho tiempo en coloquios con Dios. Oyó este Padre algunas noches, no solo este ejercicio, sino respuestas, y preguntas de la Venerable Madre, como si hablara con otra persona. Hasta que la última noche de su enfermedad despues de su disciplina, aplicó el oido al coloquio que oia, y entendió claro que decia: Señor, por quien vos sois os suplico humildemente no muera de esta enfermedad este enfermo. Calló por entonces, oyó que la hablaban, sin poder percibir qué la respondian, y volvió á replicar: Señor, por lo dicho os suplico, que pues en mi casa entró vivo, salga vivo de mi casa. Al dia siguiente hizo curso la enfermedad con admiracion del Médico, y dentro de breve término convaleció totalmente. Dándole el Señor oidos para que oyese, que por la intercesion de su Santa hija, le daba Ntro. Señor salud, y que el haber entrado en su casa, era como entrarse en Sagrado, huyendo de la muerte, pues ella no le echó mano, estando allí, por los méritos de la Sierva de Dios, que le curaba, y le defendia.

Con esto se habia cebado su espíritu tan sabrosamente, que en sabiendo habia enfermo en el Convento, deseaba se le trajesen á su casa: y como si en ella faltáran trabajos, estos apetecia, y estos buscaba, porque con ellos olvidaba los otros: y acudiendo el Señor piadoso á estos socorros con la paciencia, y consuelo que su Magestad le daba en ellos, le hacia la costa para los de su casa. Púsole su Magestad en ellos una Cruz, y la procuraba llevar con cuanto gusto podia. Y por ser la Cruz el instrumento que santificó Ntro. Redentor con sus brazos, y en la que mostró su humildad, obediencia, y paciencia, le era devotísima la Venerable Madre. Celebraba sus Fiestas con grandísima alegría de su corazon, y pedia á Ntro. Redentor, que antes, y despues de la Fiesta se le ofreciesen muchos trabajos, y penalidades en servicio suyo, para celebrar con ellos la Cruz, que con tantos dolores, y afrentas, llevó su Magestad.

Llegóse otro mes de Setiembre, y cayeron enfermos de tercianas en el Convento de Santo Domingo tres Religiosos,

el uno era Fray Pedro Mártir, de quien acabamos de decir, el otro Fray Alonso de Soto Mayor, y Fray Francisco de Sepúlveda. Desde su casa les enviaba guisada la comida, y asistía con mucha puntualidad á cuanto necesitaban. Llegóse la víspera de la Exaltacion de la Cruz, y puesta en oracion suplicaba á Ntro. Señor la diese mucho en que se ejercitase en servicio de la Santa Cruz. Quedóse estática, y robada de sus sentidos, y le pareció que se habia hallado en una sala muy grande, donde estaban unos ancianos muy venerables, otros como Religiosos, y un venerable acompañamiento, que estaban cantando con grandísima devocion el oficio de la Santa Cruz: y repetian muchas veces aquellas palabras: *Dulce lignum, dulces clavos, dulcia ferens pondera*. Cantaban esto delante de tres Cruces: la una de ellas era muy grande, y las demás pequeñas, y iguales. Acabando de cantar esto, se pusieron unos con otros á hablar las grandezas, y alabanzas de la Santa Cruz. Estando en esta plática, se llegó á ella uno de los Venerables ancianos, y la dijo. Qué te parece? Qué has visto? Respondió le parecia muy bien: pero que sentia no poder hacer muchas cosas en servicio de la Santa Cruz. Entonces la dijo el anciano, que si queria aderezar una de aquellas Cruces, con las flores que ella hiciese? Y que tambien podria ponerle otras, que hiciese otra persona, como fuesen solicitadas por ella, para el mismo ministerio. Respondióle con grandísimo contento, que sí queria. Díjole entonces el Venerable anciano, que escogiese una de las tres Cruces: y ella echó mano de la mayor. Espera, le dijo el anciano, mira que para esa grande que has escogido, necesitas de muchas flores. A que ella dijo, que con el ayuda de Dios, y de la Santa Cruz haria todo lo que pudiese, para aderezar la grande. A que dijo el anciano que fuese muy en buen hora, y que la Cruz grande quedase á su cuenta. Volvió en sí con grandísimos deseos de ejercitarse en obras de caridad, y como la Cruz corria ya por su cuenta, quiso el Señor ponerla desde luego sobre sus hombros. Otro dia yendo á Misa á Santo Domingo encontró al médico, que venia de visitar á los enfermos, y preguntándole por ellos, la respondió estaban muy de peligro, y que le parecia se morian, por no haber quien los asistiese: y que aunque ella, su Madre, y hermana les guisaban la comida, como no habia quien los cuidase, ni los hiciese comer, las mas veces se perdia. Este es

un daño, y una lástima, que en las Religiones se conoce, y se llora. Todos lo sienten, y ninguno á quien le toca lo remedia. Y multiplicando los superiores, leyes y mas leyes, para que se cumpla con esta caridad Cristiana, solo parece que se ponen, para que mejor se olviden. Son juicios inescrutables de Dios, que serán, ó para mas mérito y paciencia en el doliente, ó para condenacion del que no lo cuida. Pues no saben, ni quieren entender, que el ser Prelado, no es ser Señor, sino Ministro, dijo Cristo Señor Ntro.: y el ser Superior, no es para ser servido, sino para que cuide, mande, y gobierne como Padre. Despidióse del Médico, entró en la Iglesia, y discurrió que esta era buena ocasion para hacer flores con que adornar las Cruces. Y no sabia la Santa Madre, que las tres que se le mostraron, fueron los tres enfermos que ahora peligraban. Llamó al Prior, y le dijo: que pues habia tantos enfermos, y no habia quien los cuidase con la puntualidad que era necesario, que los trajesen á su casa, que entre todas los cuidarian. Cuando Doña Ana Valera, y Sor Ana de Santo Domingo lo supieron, se afligieron notablemente: porque si quien lo pasa con necesidad, el tiempo que tiene para socorrerla, lo gasta en otras cosas, la hacienda que adquiere, son necesidades y alcances, y su mayor fatiga era el ver tanto número de enfermos, y alguno con enfermedad (como despues diremos) contagiosa, y que no solo la asistencia de una sino tambien de las tres Madre, y dos hijas, aun no era bastante. Reñíanla, y afligíanse. Decíanla, que sus piedades eran para los de fuera de casa, y que á ella solo las servia de buscarlas pesadumbres á su familia, como si en ella hubiera pocas ocasiones de trabajos. Entre estas pendencias estaba tan alegre, que no cabia de gozo, y este aumentaba el sentimiento en su casa.

Demás de las tercianas que padecia Fray Francisco de Sepúlveda le cargaron otros achaques, tales, y tan penosos, que solo el oirlos pone horror. Salióle en el lado derecho debajo de la oreja una parótida. Reventóse, y las materias eran tan ardientes, que por todo el lado que corrieron, fueron pegando el mal. Con que se le pudrió el cuello hasta el hombro: y estaba con las materias, ascos, y dolores tan impedido, que por mas de tres meses no podia estar mas que acostado sobre el lado izquierdo. Era la enfermera especial la Venerable Madre, que con la experiencia que tenia de ver á los Cirujanos, ya sa-

bia como le habia de curar en faltando ellos. Cuando era necesario curarle, deseaba aquella hora, y le prevenia caritativa para que entre el mal olor, sangre, y materias de la llaga sacar flores para adornar su Cruz. Encerrábase con su enfermo, y quitándole las vendas, parches y hilas, con sus labios recogia las materias, y con su rostro las enjugaba. Vianla muchas veces hacer esto los dos Religiosos, que ya estaban convalecientes, y por un agujerito de la puerta la miraban, y admiraban. Era el tal enfermo algo seco de condicion, y poco apacible, y no muy afecto á la Venerable Madre: y obligóle el achaque á que entrase por las puertas de quien aborrecia. Permitiéndolo Dios, á que con la caridad de la sierva de Dios, tomase el desengaño de su obstinacion, pues via, que no solo se ejercitaba en aquellas obras de caridad, sino tambien en que saliesen de su casa, convalecidos, y mejorados, pues al que le faltaba el vestido, si no hallaba la Venerable Madre á quien pedirlo de limosna, quitaba de su casa, ó de su cama la ropa para vestirle. Pasáran en paciencia este trabajo, si en él se quedara. Convalecieron todos de sus enfermedades: y al Padre Sepúlveda le sobrevino una erisipela tan de mala calidad, que luego se le pegó á Doña Ana Valera, y reconociéndola en sí, allí fué donde ella, y su hija desplegaron las velas de sus sentimientos. Esto fué para su hija lo mas sensible de la Cruz: así el ver enferma á su Madre, como el que se hubiese originado de la causa que ella habia buscado. Cada palabra que oia era un cuchillo que atravesaba su corazon. Desauciaron los médicos al enfermo, y habiendo recibido los Sacramentos, se disponia como Cristiano Sacerdote, y Religioso, para la última cuenta. Traspasó el corazon de la Venerable Madre esta nueva: y como si el enfermo fuera cosa propia, tomó el manto desconsolada, y se fué á la Iglesia del Convento, y en el Altar de Santo Domingo Suriano, le rogó al Santísimo Patriarca la salud de su hijo. Fué cosa prodigiosa, que estando velándole ya para morir, de repente se sintió mejor, y dentro de tres dias estaba ya bueno de sus achaques. Con la mejoría mudó la condicion el enfermo, y reconocido así á la caridad que la Venerable Madre usaba, como lo que Dios obraba por sus méritos, y oraciones, solia en gracia decir muchas veces á las mugeres: señoras, si quieren vivir mucho, hagánse Beatas, en compañía de la

Madre Trinidad. Y el que quisiere sanar, vaya á que le cure, y aprenda de nosotros: que lo que no consiguieron los remedios en la medicina, lo alcanzaron de Dios sus oraciones.

Como el fuego de su caridad era tan grande, no se coartaba solo á su casa, sino que saliendo fuera á todas partes respiraba llamas, para alentar á todos con ellas. En esta ocasion, vivia junto á su casa una pobre muger, que se llamaba Maria Sanchez, de quien despues hemos de hablar largamente. Dióle un mal en los pechos, que subiendo al cuello, y á los hombros bajaba hasta la media espalda: y no sabiendo al principio si eran zaratanes, ó cáncer, lo cierto fué, tener hecho el medio cuerpo una llaga, que despues se vino á confirmar en lepra. Las materias, mal olor, y otros penosos accidentes, se aumentaban con la pobreza que padecia, y el poco aseo que tenia, originado de su necesidad: cosa que regularmente sucede á los pobres, porque á la abundancia está hoy vinculada la limpieza. Súpolo la Venerable Madre, fuéla á visitar, porque la queria mucho y doliéndose de su pena la rogó que fuese á su casa muy de contínuo. En viéndola entrar eran sus gozos, y contentos. Llevábala á la sala, y en dos escalones que tiene la ventana que sale á la calle, la sentaba, y quitaba los paños para curarla. Todavia estaba en casa su confesor Fray Pedro Mártir, que no habia convalecido, y queriendo ver aquella lástima, fué tal el horror que le causó, que se salió de la sala. Y como si de aquel horror que el Padre padecia fuese ella la culpa, enojándose consigo misma, imitando á su Madre Santa Catalina de Sena, viendo que se habia salido de la sala, aplicó los labios á las materias para beberlas, y despues, con las megillas, y la frente fué tocándola los pechos, y espaldas para limpiarla. A este tiempo volvia ya á entrar Fray Pedro Mártir en la sala. Vióla todo el rostro lleno de sangre, y materias, y la dijo: Madre cómo tiene la cara con esas materias? A que ella medio turbada, le respondió: Mire, ea, calle V. P., calle esto que ha visto, que esto es por aliviar á esta pobrecita. Quedóse admirado de ver aquel acto tan ardiente de caridad, aun mayor que el que habia visto suceder con Fray Francisco de Sepúlveda.

Despues de pocos dias volvió á sucederle lo mismo. Volvió Maria Sanchez, empezóla á curar, y pareciéndola que nadie la registraba, aplicó segunda vez los labios á las llagas.

Despues de algun tiempo entró en la sala su hermana Sor Ana, y espantada de lo que veia, la dijo: ay hermana! Jesus quién tal hace? Volvióse á ella risueña, y apacible, y la dijo: Mira, hermana, calla, calla, sabes por qué lo hago? Pues no es por virtud, sino porque dicen, que es bueno este remedio. El alivio, y el remedio fué tal, y tan bueno, que cuando se juzgaba que el achaque la comiese todas las carnes, y díese con sus huesos en la sepultura, dentro de ocho dias estuvo buena: y tan sana, como si jamás hubiera padecido tal cosa.

Las flores, y rosas con que habia de adornar la Cruz, la dijo el venerable anciano, que ella las habia de poner: y que tambien podria adornarla con las flores que otras hiciesen. Y aunque todos los dias de su vida tuvo este ejercicio de caridad, especialmente se le ofreció en este mes de Setiembre, hasta todos Santos. Víspera de la Natividad de Ntra. Señora, le dió una enfermedad á Don Sebastian de Rioja, vecino de Aracena: que segun él me dijo, le afirmaba el Médico que le curaba, que en mas de cuarenta años que tenia de práctica, no habia visto mas que aquella, y otra de la misma calidad. Los accidentes de ella eran tan esquisitos, y el irse mudando á cada cuatro, ó cinco dias, con tan raros modos, que no sabia á qué especie reducirla: y consiguientemente no hallaba nombre con que esplicarlos. A los veinte y un dias le dió un temblor tan grande, que el aposento y las alhajas de él temblaban tan sensiblemente, como si temblara la tierra. Despues se quedó sin sentidos por mas de veinte y cuatro horas, y echándole algunas ventosas fajadas de la cintura á la cabeza, con la evacuacion se recobró algo en sí, aunque turbado, y mortal. La Madre del enfermo, y su hermana Doña Isabel de Rioja estaban tan desconsoladas, cuanto era gravísima la enfermedad, y se temian la muerte de su hijo y hermano en cada accidente de aquellos. Como la Venerable Madre no descansaba en viendo á un enfermo, ahora andaba mas cuidadosa: porque á su cuidado que tenia con todos, se llegaba la amistad que tenia á esta casa. Con todo eso las consolaba cuanto podia, y las exhortaba á conformidad con la voluntad de Ntro. Señor, y que en lugar de flores aplicasen para adornar la Cruz de Cristo, todos aquellos sentimientos, y trabajo corporal. Y que por la amistad que las tenia, las rogaba lo hiciesen así. De allí á tres dias estaba algo en su acuerdo ya el enfermo, y habiendo

andado sus estaciones á las cuatro de la mañana, como solia la sierva de Dios, entró á verle: el cual habia quedado baldado del brazo derecho, teniendo el codo vuelto á la sangradura, la muñeca destrozada, los dedos de la mano tendidos, sin movimiento, y en forma de arco, vuelta la mano á la sangradura: y al brazo solo le habia quedado algun movimiento por el hombro, y por los demás juegos estaba tan enclavijado, como si fuera de hierro. El Médico viendo que por entonces era imposible la cura, habia apelado con ella para la primavera, si acaso aquella enfermedad le daba vida hasta allá, y esperaba, que con unciones se restituiria alguna parte á su uso antiguo. A la voz de una cosa tan monstruosa, habia acudido casi todo el lugar á verlo. Luego que la Venerable Madre le hubo saludado, díjole mostrase el brazo. Cogióle en sus manos, y pasóla por él algunas veces, acompañando estas acciones con unas palabras, que el enfermo oia, pero no entendió, y solo pudo percibir ser el tono de la voz algo triste y lloroso. Despues le entró dentro de la ropa, y dejándole abrigado se fué. Algunas personas dicen que le pusieron sobre la cama un cuadro de San Jacinto, pero el mismo Don Sebastian me dijo á mí no se acordaba de tal cosa, sino solo vió, habló y dió el brazo á la Venerable Madre. A las ocho ó nueve de la mañana entró una vecina, y dijo queria ver el brazo: sacóle, y empezó á jugarle por el codo. Probó la muñeca y dedos, y se halló tan bueno, como si jamás hubiera padecido tal achaque: Y dando gracias á Dios, reconoce hoy en dia (que vive) que Ntro. Señor le hizo esta merced por los méritos de su sierva.

Llegóse la Fiesta de Todos Santos: Y estando en oracion, se quedó elevada, y se halló otra vez en aquella gran sala, donde estaban las Cruces, y aquel venerable anciano, que la dió entonces á escoger las Cruces, la dijo, que ya era hora de que aderezase las Cruces, para celebrar la fiesta de Todos Santos con las flores que habia hecho. Llegó entonces un mancebo muy hermoso, con un canasto de rosas hermosísimas, de las cuales fué tomando la Venerable Madre, y poniendo á la Cruz. Acabó de aderezarla: y el anciano la dijo que se fuese. Al salir de la sala volvió el mancebo á entrar con un canasto de rosas pequeñas, mas que las otras, pero mas brillantes, y la dijo, volviese y las pusiese á la Santa Cruz, y que aquellas eran las que ella habia pedido á Doña Isabel de Rio-

ja hiciese. Con esta leccion fué la Venerable Madre cebándose nuevamente en la caridad con los enfermos. De aquí persuadia á su Madre y hermana la ejecutasen, pues tanto se daba el Señor por servido en ello. Y sacando de aquí mas consecuencias, inferia la conformidad que debemos tener con Dios en los trabajos, pues llevados con paciencia, y tomando la Cruz con resignacion en su Magestad, cada trabajo es un diamante, cada sinsabor es una perla, con que Dios premia á los que con amor los llevan.

Como estos Religiosos enfermos estaban dentro de las puertas de casa, pudieron notar con cuidado muchas cosas, que el silencio, y el disimulo de la Venerable Madre ocultaba. Venian las Madres con sus hijos afligidos de varias enfermedades, y conociendo su humildad, la decian se los traian, para que se doliese de sus trabajos, y rogase á Ntro. Señor les diese salud. Sentia notablemente tuviesen concepto de ella de que era virtuosa, y tal vez para deshacer el concepto que habian formado, se enojaba, ó se divertia: pero nunca de forma, que su compasivo corazon se olvidase de quien la buscaba. Daba otro viso á la accion, y con el rostro halagüeño, atribuyéndoselo á Dios la honra y gloria, y á los méritos de su Padre Santo Domingo, cogia con ambas manos el Escapulario, y le ponia sobre la parte doliente, se veia que obraba el Señor mil maravillas.

Otras veces entraba al corral, y cogia las primeras yerbas que se hallaba, y las ponia sobre la llaga, ó parte lastimada: y les decia: Estas yerbas, despues de Dios os han de dar salud. Fiad mucho en Dios y verán. Mirábanse las yerbas, ó los ungüentos que hacia, y conociendo las calidades, si no era que totalmente repugnaban, muchas veces no eran cosa que convenian, y venciendo, ó trocando Dios la naturaleza del medicamento al contacto de su Esposa, se conocian ser maravillas sus efectos: pues si se dejára obrar al medicamento, se habia de empeorar el achaque. Y no solo iban consolados con la salud que Ntro. Señor les daba por sus oraciones, sino que su liberalidad no podia contenerse, y á los pobres por via de limosna, y á los que no lo eran por via de agasajo, ninguno iba á su casa, que volviese con las manos vacias.

Con la opinion que habia crecido en aquella tierra de la salud que cobraban los enfermos á quien tocaba, ó visitaba

la Venerable Madre era tan deseada, y buscada de todos para su remedio, cuanto era grande el cuidado en ella de saber quien estaba enfermo, para atender á su alivio. Enfermó Doña Maria Rodero, muger del Capitan don Marcelo de Rioja, y crecióle un tumor en un pecho, que los Médicos declararon ser zaratan. Afligióse notablemente, porque el achaque es tan terrible, cuanto peligroso. Encontró un dia en la Iglesia de Santo Domingo á la sierva de Dios, y dióla noticia de su pena. Y ella compasiva quiso verle al registrarle sus hijos, pasó el dolor su corazon, tanto como á la que le padecia. Consoló á la enferma cuanto pudo, entró la mano en el pecho, y pasóla por él tres ó cuatro veces: y díjole ajustase el jubon. Al punto se conoció el efecto: pues al llegar á su casa Doña Isabel se sintió buena, y sin rastro de enfermedad.

Despues de esto le salió á la misma una nube en un ojo. Cada dia iba creciendo, y en ella el temor de perder totalmente la vista. Con las esperiencias que tenia de la salud que habia cobrado al contacto de la Venerable Madre se fué á su casa á darle noticia de su pena. Lamióle el ojo, y luego sanó. Reparó Don Sebastian de Rioja, en que tenia el ojo ya claro, y sin nube, y admirado la preguntó, que qué remedio habia hecho? Y la respondió: el remedio fué la Madre Trinidad, pues ella que me quitó el zaratan del pecho, me quitó la nube del ojo.

A Juan Peña, Regidor de Aracena, le dió un dolor de costado, que en breves dias le desauciaron los Médicos. Fué á visitarle la Venerable Madre, y preguntóle cómo se hallaba? Muy malo estoy, Madre, le respondió. Y la sed que siento me aqueja mas que el dolor. Ea, pues, le dijo: Confie V. mucho en Dios, que le ha de dar salud. Dióle un vaso de agua, para que se refrescase. Y cuando entendieron por instantes, que el achaque le acabaria la vida, desde entonces empezó á mejorar, de suerte, que sin mas remedio en breves dias convaleció.

Doña Constanza de Castilla padeció un tabardillo penosísimo, y al mismo tiempo se le canceraron los pechos de forma, que siendo el mal uno y otro de muerte, solo el morir se hallaba por remedio. Discurrieron los Cirujanos el fajarla los pechos, para ver si por aquel medio se hallaba mejoria. Las noches pasaba muy penosas, y tan alcanzada de sueño, que era otra enfermedad. Asistíala Sor Maria de Santo Tomás, Religiosa Tercera de Santo Domingo. Una mañana á las cua-

tro fué la Venerable Madre á verla, y animándolas á todas, las dió, así á la enferma, como á quien la asistia, nuevos alientos. Quiso ver el cáncer, y descubriendo los pechos, puso sobre ellos las manos, pasándolas algunas veces por las llagas, exhortando á la enferma á tener conformidad con la voluntad de nuestro Señor, y se despidió. Y parece que el mal se dió por entendido de que la sierva de Dios le habia sentado la mano, pues á las veinte y cuatro horas tuvo la salud, y quedó sana.

Como se habia hallado presente Sor Maria de Sto. Tomás, fué á su casa admirada, y refirió el caso á Luis Gonzalez y á Ana Delgado sus tios. Habia muchos dias que Ana Delgado estaba en la cama, contraida de pies y manos, sin poder moverse. Oyendo que la salud andaba tan cerca, deseó ver á la Venerable Madre: díjole á su sobrina que se la trajese. Avisóle que su tia estaba enferma y que la visitase, y fué luego al punto á verla. Concibió en su pensamiento la enferma, que si la sierva de Dios la tocaba, quedaria sana. Hízolo así, y pasando las manos, por las de la enferma, brazos y pies, luego cobró salud.

Ya hemos dicho, que para sanar las enfermedades se valia de yerbas, emplastos ó ungüentos que solia hacer, los cuales, si no repugnaban al achaque, no tenian proporcion con el intento. Con esto procuraba disimular, y dar rebozo á lo que la pudieran atribuir de milagro. Otras veces para tener mas eficaces motivos de reducirlo á Dios, segun era su humildad, llevaba á los enfermos, ó el báculo de S. Blas, un Rosario de nuestra Señora, la cinta de San Jacinto, parte del vestido de algun santo. Y obrando nuestro Señor el prodigio, ó intercediendo con Dios los Santos por las oraciones de su sierva, obraba su Magestad la maravilla, y dejándolos con salud, de camino los dejaba devotos del Santo ó Santa, cuya reliquia habia traido.

A la misma Doña Maria Rodero, de quien hemos hecho mencion dos veces, le salieron unas llagas en el cuerpo, que la daban mucho que padecer, y traian bien desconsolada. Ya sabia que los médicos y cirujanos le tenian poca costa, mientras la sierva de Dios estaba cerca. Envióla á llamar. Dióla noticia de su enfermedad, y de su pena. Trájola una camisa de nuestra Señora del Rosario, y aplicándosela al cuerpo, cobró salud milagrosa.

Y porque echemos la cerradura en este capítulo, le acabarémos con un caso notable, que le sucedió á la Venerable Madre con el Licenciado Tomás Fernandez Escudero su sobrino, que siendo Cura del lugar de la Umbria, término de Aracena, murió en Sevilla por Enero de 1670. Nació con los pies vueltos adentro, uno en contra de otro, que el vulgo llama zopos. En el tiempo que no anduvo, no se conoció el embarazo. Siendo ya grandecito, que le enseñaban á andar, se conoció mas el estorbo que tenia de un pie con otro: y se juzgó entre sus parientes quedaria baldado toda su vida, y se veria obligado á andar en carreton. Un dia estaba la sierva de Dios en la Iglesia de Sto. Domingo con su madre y su hermana, y otras parientas, y trajeron al niño. Quisieron hacer se tuviese en pie. Y arrimándole á un banco, cayó al tiempo de moverse. Ronovóse en todas el dolor. Y la Venerable Madre se fué al Altar de San Jacinto á hacer oracion al Santo (que es muy milagroso) y le pidió intercediese con nuestro Señor restituyese á su perfeccion los pies a aquel niño. Confiada en su Magestad, y en la intercesion del Santo, cogió al niño, y le ungió los pies con el aceite de la lámpara. Al punto se halló el uno perfectamente derecho. Como quedaba el otro pié en su deformidad, volvió á hacer nuevas instancias á nuestro Señor y á su Santo, y entendió de su Magestad, que asi le convenia vivir para su salvacion. Súpose en Aracena el milagro de S. Jacinto, y creciendo en edad Tomás Escudero, le preguntaron en el estrecho sus condiscípulos, diciendo: Que pues S. Jacinto le habia sanado el un pié, por qué no sanó el otro, y hizo el milagro entero, y no medio milagro? Conoció que le hacia fuerza el argumento, y preguntólo á su tia, qué era la causa de aquello? A que la Venerable Madre risueña le respondió: Ea, anda, que estaba el Santo muy de prisa, y no tuvo lugar de sanarte mas de un pié. Volvióse alegre á sus condiscípulos con la solucion del argumento, y algunas veces en gracia le decian: Por qué no fueron los dos? Y respondia: estaba de prisa.

Lastimaba el corazon de la Venerable Madre cualquier achaque que sabia aquejaba á algun enfermo, y con la caridad que ardia en su alma, al punto la enfermedad hacia eco en su cuerpo. Desde estos años que padeció con estos enfermos, cuyas enfermedades le fueron representadas en las tres Cruces, hasta el dia en que murió, jamás se vió estar un mes entero

con perfecta salud. Dábanle dolores de ijada rabiosos, calenturas contínuas, dolores de costado, tercianas, tabardillos, y otros accidentes, que no la dejaban sosegar un instante. Ya su Confesor la conocia íntimamente, y viéndola así padecer, la preguntaba quién estaba enfermo en el lugar? A que respondia los que tenia noticia. Pues encomiéndelos á Ntro. Señor, le decia el Confesor. Padre, decia la sierva de Dios. Si haré: pero me parece mejor que yo padezca aquel mal, porque los enfermos se alivien de él: ponia Ntro. Señor en su Esposa estas enfermedades, aliviando de ellas á los que las padecian, y quedando ellos sanos de repente, en un instante se hallaba agravada con aquellas enfermedades y dolores. Conque aunque Fray Pedro Mártir su Confesor tuvo noticia de muchos enfermos, con quien la Venerable Madre hizo el cambio, de otros conoció ser así, aunque su Santa hija no se lo recelaba. De aquí le nacia el estar casi todo el año enferma en la cama, y padeciendo lo que no habia cometido. Arrastrábala la caridad á hacer estas transformaciones, y á querer convertirse en el enfermo, ó las enfermedades en sí, de aquellos á quien tiernamente amaba en Cristo, Señor Ntro., dejándola el achaque bien ejercitada, y de camino aumentaba el amor para padecer mas, y desear mas padecer.

Todos los que hemos referido en este capítulo haber cobrado salud, al contacto, ó por méritos de la sierva de Dios están vivos este año de 1670, y los que adelante referiremos. Y en esta materia de salud adquirida repentina, ó milagrosamente por intercesion de esta Venerable Madre, hay en Aracena mas ejemplares que vecinos. Pues hay pocos, que no refieran haber sucedido, ó en su casa, ó á su vista. En todos vive la memoria, con la veneracion, que de Santa canonizada: esperando en Dios, y en su Vicario Romano Pontífice verla canónicamente escrita en el número de los que la Iglesia militante venera por tales. De muchos de estos sucesos hacemos relacion, y muchísimos mas omitimos: pues en conociendo la gracia de hacer milagros, estos, y muchos mas pudo obrar el Señor por su Esposa. El número de todos saldrá en la informacion que se está haciendo por mandado del Ilustrísimo Señor D. Ambrosio Espinosa, Arzobispo de Sevilla, que estos para esta historia son bastantes.

CAPITULO XV.

Persigue el demonio á una muger en Aracena, y ejercicio grande de paciencia, que en esto se le ofrece á la sierva de Dios.

Los caminos tan distintos por donde el Señor lleva las almas al Cielo, son tan inescrutables á nuestro juicio humano, como son infinitos sus juicios divinos. Como Padre sapientísimo de esta familia, hace sapientísimo repartimiento de los talentos, dando á todos, pero no á todos con igualdad, para que cada uno segun sus fuerzas, y con sus divinos auxilios obre, y logre ganancias para su Dios. Unos le tienen en letras, por las cuales consiguen los premios. Otros en riquezas, para que compren con ellas el Cielo, dándolas á los pobres. Otros en trabajos, para que los sufran con paciencia. Otros en persecuciones, para que imiten á Jesucristo: y siendo unos y otros criados por un mismo Dios, formados de un mismo barro, criados en un mundo mismo, vestidos de una misma naturaleza, redimidos con la sangre de Cristo, y llamados igualmente á la gloria: es cosa para con humildad profunda alabar al Señor, por ver la diversidad de caminos, que en estas unidades dispuso. Unos Santos en esta vida gozaron una fortuna tan feliz por el lado del mundo, que todos los veneraron, todos los buscaron, y todos los aplaudieron. Otros tan perseguidos, tan aborrecidos, tan desechados, que aun el conversar con ellos, tenian por deshonra los hombres. Un Evangelista San Juan todo Angel en la vida, y su pureza semejante á los que asisten en la gloria. Un San Pablo, tan perseguido, que hasta el Demonio tuvo licencia de Ntro. Señor para mortificarle, y se vió obligado tres veces á dar gritos al Cielo, y pedir á Dios misericordia, y que le apartase aquella tentacion. A lo cual le fué respondido, que eso le convenia, para que con la gracia tuviese victoria, y su fortaleza se perfeccionase en los trabajos. Muchas veces leemos, y hemos visto atormentar el Demonio á muchas personas, y padecer estos con tan mala compañía los trabajos y persecuciones que se dejan entender de donde él asiste: y convirtiendo el Señor el veneno en triaca, hace que sea otro tanto provecho para el alma, cuanto es grande el tormento que le causa al cuerpo: para que

detenido el hombre, con este freno, no corra á despeñarse.

En estos dias dió Ntro. Señor un ejercicio como este á una muger vecina de Aracena, que se llamaba Maria Sanchez, de quien poco há hicimos relacion: y segun piadosamente creemos, lo que la sirvió de tormento para afligirla, eso le fué de instrumento para salvarse. Perseguíala un Demonio, no interiormente atormentándola, sino exterior, y visiblemente afligiéndola. Por mas de veinte años padeció esta enfermedad, y algunas veces en ella, si Dios no la mantuviera, hubiera acabado miserablemente su vida. Aparecíasele en varias formas, hablábala, amenazábala, y no pudiendo acabar con su vida, quebraba parte de su ira en darla golpes, arrojarla, tirarla piedras, y ladrillazos, darla de bofetadas, y pellizcos, y traerla tan asustada, que no habia quien la pudiese consolar. A los principios hizo en Aracena tanto ruido esta novedad, que por muchos dias no se hablaba mas que en esto: y como el vulgo se compone de tan varios humores, habia en esto pareceres tan diversos como los rostros de los que lo hablaban. Por curso de tiempo vinieron á concordar en que era trasgo, ó duende, segun llamamos á los Demonios, que suelen habitar la region del aire, y perseguir á algunas casas, y á sus habitadores, por lo cual se ven cada dia muchas desiertas, ó temidas. Pero conociendo, que aquel mal espíritu no solo habitaba la casa, donde esta pobre muger vivia, sino que donde quiera que iba la perseguia; por eso cesando los juicios con el tiempo, que es Maestro de todas las cosas, se redujeron á la verdad, y á que era Demonio que exteriormente la atormentaba: y como siempre que Ntro. Señor con su justicia dá la llaga, previene su misericordia la medicina, le proveyó á esta pobre, del socorro de la Venerable Madre Sor Maria de la Trinidad, para que en ella tuviese remedio en sus necesidades, consuelo en sus aflicciones, aliento en sus desmayos, y en todo, y por todo tal, cual su consuelo la necesitaba. Solia llamar á la sierva de Dios su Madrina, y de este género de parentesco, y del amor, y temor que la tenia, le pesaba tanto al Demonio, que muchas veces pagaba con golpes, y tormentos todo cuanto la obedecia, y estimaba. Sucediéronla infinitos casos notables, y en muchos de ellos tiraba el Demonio á quitarla la vida. Permitia el Señor que Maria Sanchez la hubiese cobrado aquel temor, y amor á la Madre, á quien como hija buscaba para el con-

suelo, y como á Superior atendia para el consejo, porque si no fuera por estos dos Polos, en que consintia su conservacion, ya hubiera muchas veces dado con ella en tierra.

Antes que entremos en este capítulo, se ha de suponer, que como el Demonio aborreció tanto á Santa Catalina de Sena, aborrecia á la Venerable Madre, porque como era su hija en el hábito, así le parecia en las costumbres. Y como á Santa Catalina la pusieron sus Padres en la cocina á que sirviese cuando pretendian que dejase sus intentos de ser Religiosa, y escogiese marido para casarse, y demás de eso habia sido su ejércicio asistir, y curar á los enfermos, recogiendo las materias, limpiándoles sus llagas, guisándoles la comida, y sirviéndoles en todo, y en todo veia que la imitaba la hija á su Seráfica Madre: por hacer burla de ella la llamaba: *Catalnilla la cocinera*. Sucedióla un dia, que estaba Maria Sanchez con aquella enfermedad tan asquerosa de llagas, y lepra, que como hemos dicho, la aporreó Satanás tan fuertemente, que por cada llaga echaba un rio de sangre. La muger se encomendó á Ntro. Señor, y no dándole su Magestad mas licencia á Satanás, se apartó, y la dejó aunque bien alegre de perseguirla, y la dijo: vieja bellaca, id ahora á vuestra Madrina la cocinera, á que os limpie, que la puerca ahí tiene que lamer: decidle que se entretenga con esas llagas. Vino la pobre buscando á la Venerable Madre, y refiriéndole su trabajo, se lastimó de ella, y aplicándole sus remedios de oraciones, desde entonces en breve tiempo cobró salud.

En otra ocasion, cuando mas descuidada estuvo, se le apareció, y la reñia, porqué hablaba con Trinidad? No te he dicho, la decia, que esa cocinera es toda un embuste? No te he mandado que no hables con ella? Qué haces? Porqué no te ahorcas? Mira que tengo grandísima pena en estar contigo, que me tienes muy enfadado, y hasta que hagas lo que te mando, has de estar padeciendo de mis manos, y mucho mas has de tener que sentir el dia que con esa Beata me hablares. Ya os oigo, y os veo, y sé que todas vuestras conversaciones son decir mal de mí, y darte ella medios, y remedios, para que te escapes, y hagas burla. Y ahora vieja bellaca, para que veas que no te has de escapar, ni hacer burla, le arrojó una espuerta de piojos, que la cogian de pies á cabeza, y la abrasaban, y le dijo: Id ahora á la sucia de Catalinilla la cocinera,

para que se entretenga, pues ella es amiga de esas porquerias. Salió la muger de su casa, dando gritos á buscar en la suya á su Madrina. Ay Madre, la decia, que me vengo abrasando. Socórrame por Dios, que me muero, mire cual me ha puesto aquel maldito, y me envió á que V. se entretuviera. Rióse un poco la sierva de Dios, y entróla al corral de su casa, donde la limpió, sin que su aseo padeciese en aquel ejercicio, ni su caridad se resfriase en aquellas penalidades.

Via que esta pobre necesitaba de auxilios del Cielo para resistir á enemigo tan valiente, y tan importuno: y la encomendaba á Ntro. Señor, para que la ayudase en el espíritu, y así la diese fuerzas para acudir á sus necesidades corporales. Y como la Seráfica Vírgen Santa Catalina de Sena le era tan Madre y amiga, se la habia encomendado para que la guardase, y intercediese con Ntro. Señor por ella.

En una ocasion habia en aquella Villa grande necesidad de agua, con que los ganados y los campos perecian. Hay dos leguas de Aracena una Imágen milagrosísima de Ntra. Señora, con quien aquella Villa, y su comarca tiene mucha devocion, y veneran con título de Ntra. Señora de los Angeles. El sitio donde está la Iglesia, le llaman la Peña, por estar en lo alto de un monte, que casi todo es peña. Goza de la vista mas alegre, que lugar otro en España. Es tan acomodado para la meditacion de las cosas Celestiales, que por eso le escogió para su retiro, y habitacion el Salomon de España, el Sapientísimo Doctor D. Benito Arias Montano, que siendo natural de la Villa de la Fuente del Maestre, quiso ilustrar á Aracena, con llamarla patria suya: por el amor que todos le tenian en ella, y la justa estimacion con que veneraban su persona. Y juzgo, que como tan gran escriturario tomó la leccion del Evangelio. Pues vemos, que el Evangelista dice que vino Cristo Señor Ntro. á su Ciudad. Llama con título de Ciudad suya á Casarno, y á Nazaret le quitó, ó no le dá el título de Ciudad ni Patria, porque aquí le deshonraron, le persiguieron, y quisieron precipitar de un monte abajo, y así le dá el título de Ciudad suya á Casarno. Justo castigo para Nazaret, que así se vean las patrias privadas de las honras de sus hijos, pues como Madres si no los amparan como Madres los persiguen como Madrastras. En este retiro vivió muchos años, donde despues de haber vuelto de la Ciudad de Trento, donde concurrió al

Concilio, y admiró con su Sabiduria á los Padres de la Iglesia, se recogió á escribir, y á honrar á España con sus escritos, y á la Iglesia con su erudicion, diciendo, que allí se recogia á estudiar de nuevo. A este sitio vino encubierto á visitarle el gran Monarca del Mundo el Rey Don Felipe, Segundo de este nombre: y viendo el sitio que habia escogido, se lo alabó, y su buen gusto, y quedó su Magestad aficionado así á aquel hermoso pais, como devotísimo á Ntra. Señora, que le habita. A esta Santísima Imágen acuden aquellos pueblos en sus necesidades, y muchísimas veces han conocido los socorros que el Cielo les hace por la invocacion de su Reina. En esta ocasion, que era grandísima la falta de agua, dispuso la Villa hacer su Procesion á Ntra. Señora, y por estar distante dos leguas, toman la mañana, para poder llegar con tiempo, y hacer los oficios. Maria Sanchez, como padecia el tormento del enemigo, andaba visitando las casas de devocion, salia de noche á andar las estaciones, encomendándose á Dios, y pidiéndole misericordia. Dispuso el ir descalza en la procesion, y acostóse con el cuidado de madrugar. A media noche le pareció habia oido las campanas, que hacian señal para salir. Vistióse, y vínose á la puerta de la Iglesia, donde ni vió gente, ni aun disposicion de que en muchas horas saliese, y por estar todo tan en silencio se volvia á su casa, hasta que fuese hora. Encontró en la plaza un hombre en un caballo, puesta una gualdrapa, y el paso muy grave. Juzgó que era alguno de los Clérigos que habia de ir allá. Preguntóle si la Procesion habia ya salido? A que le respondió, que mucho tiempo habia, y la dijo: pues si quiere venir, salga á las últimas casas del lugar, y yo la llevaré en este caballo. Tomó el consejo, y no sabia con quien hablaba, que era su enemigo, que debajo de cada palabra ocultaba la muerte. Al ir á salir de la plaza, entre lo tenebroso de la noche, se le representó la Venerable Madre, que la llamó, diciéndola apriesa. Maria Sanchez, Maria Sanchez, véngase conmigo, venga acá. Señora le respondió ella, voy con este hombre que me lleva en su caballo á alcanzar la procesion. Volvió á instarla, y como la tenia aquella obediencia, con facilidad dejó á su nuevo compañero, y siguió a quien la llamaba. Hasta llegar á su casa la reprehendió diciéndo: Es posible que todo lo crea? Solo porque vió á aquel hombre quiso irse con él? Pues no le podia preguntar

quien era? Sepa que aquel que juzga hombre, es el demonio, que queria cogerla en el caballo, y llevarla á hacer pedazos. Trájola, á su casa, y dijo: cierre esas puertas por dentro, y hasta mañana que sea de dia no abra á nadie, mire que se lo mando por obediencia: y en habiendo salido el Sol ó véngase á mi casa, ó yo vendré acá. Hizo lo que la mandaron: Cerróse en su casa, y salido el Sol, vino á la de su Madrina, y la preguntó: Pues Madre, cómo no ha ido á la procesion? Pues donde habia de ir? Respondió. Admiróse la muger, y la dijo: Pues anoche no me mandó á mí en la plaza que no fuese? Reíase la Venerable Madre, y la muger empezó con mil juramentos á afirmarlo. Señora, dijo, pues no vió V. al de la gualdrapa, y me oyó la conversacion con él, y me trajo á mi casa, y me mandó que no saliese? Conoció entonces la sierva de Dios el alma del negocio. Y advirtiendo en que le decia le habia mandado por obediencia se encerrase, se quedó algo confusa: y dando gracias á Ntro. Señor, la exhortó á que tuviese mucha perseverancia en la obediencia, pues con ella se daba Ntro. Señor por servido, y su enemigo perdia las ocasiones de perseguirla, si obedecia las órdenes de quien la aconsejaba. Acabada esta conversacion, la preguntó Sor Ana de Santo Domingo, que qué seria aquello? Y quien habria sido la que se le apareció? A que respondió humilde: Seria nuestra Madre Sta. Catalina de Sena, á quien yo se la he encomendado que la favorezca: y como es tan buena amiga, y conoció la necesidad, así quiso socorrerla con tanta solicitud.

Veinte años contínuos tuvo que padecer la Sierva de Dios con esta enferma, y en ellos tuvo bastantes egercicios su paciencia. Como en todas partes perseguía el enemigo á esta pobre muger, y especialmente en su casa, estaba tan asombrada, que muchas veces no paraba en ella. Salíase á la calle, ya por la madrugada, ya por la mañana, ya por la tarde, ó á media noche, segun las horas en que andaba mas viva la guerra. Aparecíasele en su propia forma, segun le pintan, feo y abominable: ya en forma de leon, caballo, buey ó sierpe, traíala asombrada. Cuando mas quieta estaba, oia los ahullidos del lobo, los silbos de serpientes, los ladridos de perros, balidos de ovejas, bramidos de leon, mugidos de toro. Y como si cualquiera cosa de estas no fuera bastante para atormentarla, juntándose todas, y añadiéndose golpes, azotes, bofetadas, y

heridas y cardenales la traian casi sin juicio. A la casa le habian todos cobrado tanto horror, que no habia quien se atreviese á entrar en ella: y por ver que tambien la perseguía fuera de ella, todos le daban con la puerta en la cara, sin haber quien tuviese ánimo para admitirla, ó acompañarla. Solo á la Venerable Madre era á quien le traspasaba el corazon: y viendo que todos huian de aquella pobre afligida, quiso ir una vez á consolarla, y á hacerla compañía una noche. Era Prior del convento de Aracena el Presentado Fray Jacinto de San Miguel, y teniendo noticia del intento, la mandó por obediencia que fuese, y dióla para que llevase un Relicario suyo, con reliquias muchas, y de mucha devocion. En esta ocasion estaba en Aracena Don Juan de Salvatierra, Canónigo de la Colegial de Sevilla, su gran amigo y devoto, de quien hemos hecho y harémos muchas veces relacion en este libro. Tenia este caballero un pedazo de *Lignum Crucis*, y le veneraba, como tenemos obligacion todos los cristianos, por haberse obrado en él nuestra Redencion; ser llave con que se nos abrieron las puertas de la Gloria, y estar santificada con el contacto de Cristo Señor Ntro. Aunque la tenia grandísima devocion, con todo eso por ser el pedazo grande, tenía alguna duda, en si sería original, ó tocada al original; pues de las originales que adoramos en España, vemos todas ser partículas muy pequeñas: y quisiera saberlo si era original para adornarla con toda costa, y ponerla en su Iglesia, ó en otra con mas decencia. Supo que la Sierva de Dios iba aquella noche á consolar á aquella afligida; y viendo que se habia fortificado con algunas Reliquias, le dió la suya. Fué con todas la Venerable Madre, y encerróse con su huéspeda al anochecer, que era la hora en que el maldito, como hijo de tinieblas empezaba su bateria. Llevó consigo aceite, para tener luz toda la noche, y en el ínterin que era hora de acostarse se puso á su ejercicio acostumbrado de oracion. Antes quiso cumplir con algunas devociones, sacó unas horas para rezarlas, y la primera cosa que salió fué aquel dulcísimo himno, que tiene mas ternuras que letras, y empieza:

Vexilla Regis prodeunt
Fulget Crucis misterium
Quo carne scarnis conditor
Suspensus est patibulo.

Dióle en el corazon á la Venerable Madre, si acaso por este medio queria Cristo Señor Ntro. declarar ser aquella su Cruz: y no fuera admiracion, pues vemos á un Eclesiástico en Francia, recien fundada la Orden de Predicadores por su Santisimo Patriarca, enviando á sus hijos á que predicasen y fundasen, estando dudoso de su instituto, y admirado de la nueva Religion, abriendo un Misal, las primeras palabras que leyó fueron las del Prefacio de Ntra. Señora: *Collaudare, benedicecere,* & *predicare.* Con que entendió que en ella le esplicaba Ntro. Señor sus dudas, y de estos ejemplos hay infinitos como se pueden ver en el Padre Teófilo Reynando de la Compañía de Jesus. Acabó sus devociones, y el tiempo de su oracion, habiendo suplicado en ella á Nuestro Señor, envainase el estoque de su rigor, y librase á aquella afligida de tan molesto enemigo. Previno el candil nuevamente de aceite y se acostó. Durmióse María Sanchez, y la Venerable Madre con el miedo, no pudo dormir. Púsose nuevamente en oracion, y despertó su enfermo, porque ya habia venido el enemigo, y se le apareció en espantosas figuras, y dijo: Señora, Señora, no oye aquel maldito que ha venido ya? Ea, calle, la dijo, que será imaginacion suya. Ella desconsolada dejó la cama, y se vino á donde estaba su Santa compañera, diciendo: Madre, no le vé? No le oye? Me está diciendo: Mire que invencion es esta con que ha venido Catalnilla la cocinera? Y que si no fuera por las Reliquias que trae la habia de hacer mil pedazos. Habia la Sierva de Dios ocultado las Reliquias, y entonces conoció que era verdad lo que la muger decía, y que le veia al enemigo: Señora, la preguntó: trae Vd. algunas Reliquias? No, la dijo: calle, y descanse. Señora: me está diciendo que estoy muy favorecida con Cantalnilla la cocinera, y tenerla á mi lado, y que el Canónigo no sabe bien la Reliquia que tiene, porque es incrédulo, y que si no fuera por ser verdadera, como es, que la habia de hacer pedazos; pero que no se atreve. Muchas cosas la dijo: con que tomando el consejo de la boca del enemigo, ahora acabó de confirmarse en que la Reliquia que llevaba era del *Lignum Crucis.* Encomendóse á Dios, y á su enferma la exhortó á tener ánimo y que durmiese. El candil estaba ardiendo y con mucha luz, y vió que se apagó de repente. El aposento estaba sin correspondencia de aire, que pudiese apagarla, y con todo, por no dar entrada al miedo,

cerró la puerta al discurso, con querer persuadirse habia sido aire el que la habia apagado. Con todo eso previno la muleta que solia traer, púsola á su cabecera, diciendo en su pensamiento: pues cierto, que por lo que puede suceder, que la hé de tener prevenida. Bien sabia que con ella no podia ofenderle; pero la prevencion la causaba aliento, y á su aliento la hacia compañía. Enojóse nuevamente Satanás, y cogió la muleta, y la hizo pedazos. No tuvo noticia de ello la Venerable Madre. Viólo María Sanchez y díjola: Señora, mire qué rabia aquella! La muleta la ha quitado, y se la ha hecho pedazos: y en el bufete há sacado dos bocados de la tabla. Dentro de poco rato vieron que se encendió el candil. Entonces la Venerable Madre tuvo miedo, porque como despues decia: para apagarse, pudiérame persuadir que el aire la habia apagado ó que el aceite por ser malo no habia podido sustentar la luz: pero para verle nuevamente encender, no puede persuadirme por lado ninguno que no era el maldito el que lo habia hecho. Luego vieron en el bufete sacados los bocados. Así pasaron la noche, y el Demonio su rabia de no poder llegar á vengar su enojo. Con que dejándola consolada, y llegado el dia se volvió, y conociendo que las reliquias le eran armas defensivas, la procuró fortificar con ellas, para que Satanás fuese perdiendo sus fuerzas.

Solía esta muger lavar los hábitos á los Religiosos del convento de Santo Domingo. Dijo la Sierva de Dios, tenia que lavar dos de dos Religiosos, que hasta en esto les cuidaba, y los asistió. Lavólos y llevólos aquella noche á su casa á enjugar. Como ya sabia, que en viendo cosas sagradas no llegaba el Demonio, los puso junto á su cama para tenerlos mas seguros de ladrones, y estar ella mas asegurada con ellos. Conoció el Demonio la dificultad, y viéndola así fortificada, no se atrevia á llegar á ella, y á gritos la decía: oyes, oyes, quítame de ahí esos vestuarios de esos Levitas, que no puedo llegar á tí. Mira que si no los quitas, me la has de pagar tarde ó temprano. Quiso llamar á los Domínicos Levitas: porque así su órden asiste, y celebra á Ntra. Señora, como los Levitas asistieron y llevaron al Arca del Señor, en quien estaba simbolizada la Reina de los Angeles. Y si antes lavaba los hábitos por interés, ahora los solicitaba, para estar guarnecida con ellos. Conoció Satanás el intento de María Sanchez en buscar

los hábitos: y para que los Religiosos no la diesen mas hábitos, ni ella tuviese ocasion de estar amparada con ellos, buscó una traza como suya. Habia lavado uno, y llevóle junto á su cama, como solia. Quiso su enemigo llegar á atormentarla, y estuvo pleiteando con ella muchas horas, para que le quitase de allí. Y viendo que no podia conseguirlo, le echó unas manchas de tan mal color y olor, y tan imposibles de sacar, que nunca pudo servir mas, ni su dueño se le volvió á poner. Supo la Venerable Madre la bellaquería, y traza de Satanás, y para que ya que los Religiosos huyesen de darla hábitos á lavar, como el enemigo pretendia no le faltase hábito á la afligida, la dió un escapulario suyo, para que le trajese puesto. Fué cosa notable, que desde entonces jamás volvió á darla golpe, ni sentarla la mano, ni ofenderla en su cuerpo: siéndole necesario, si habia de perseguirla, hacer apariencias, y visiones desde lejos, pues por el temor al Escapulario no se atrevia á llegar, dejando de camino advertidos á los Religiosos el temor, y reverencia que el Infierno tiene á los vestidos que ellos se ponen, siendo arma defensiva para sí, y terrible para el Infierno.

Con estas diligencias, con estos consejos, y con la obediencia que esta enferma tenia á la Venerable Madre, de tal suerte habia echado lazos, cadenas, y prisiones al Demonio, que ya no tenia lugar de andar tan suelto como solia: porque por la obediencia que la guardaba no ponia en ejecucion sus sugestiones, y por el Escapulario que la habia vestido no osaba llegar á ella á atormentarla. Solo le quedaba el causarla asombros, y espantarla con visiones. En una ocasion pensó una tan sutil, como maliciosa, y tan maliciosa como suya: á que si no detuviera á la enferma el freno de la obediencia que guardaba á la sierva de Dios, sin duda hubiera logrado Satanás en un instante cuanto habia procurado negociar en veinte años que perseguia á aquella pobre: y fué, que:

Era Confesor de esta muger el Padre Fray Francisco de Sepúlveda, del Convento de Santo Domingo, aquel á quien la Venerable Madre curó tantas enfermedades, y así á él como á otras personas lavaba la ropa esta muger: y con este corto estipendio se ayudaba á su sustento. Un dia fué á lavar á un arroyo, que corre en un valle, que por la parte de arriba hacia una pared de piedras, y por la de abajo habia un pre-

cipicio profundísimo. Aparecióselе el Demonio tomando la figura del Padre Sepúlveda, que estaba asomado por la pared, y la dijo: Maria, es posible que con tanto trabajo esteis ganando un pedazo de pan! Cierto que cuando os confesais conmigo, y os persuado á tener paciencia, es por la falta de conocimiento de vuestros trabajos: pero ahora que veo lo que padeceis, lo que os cuesta el ganar la comida, las necesidades con que pasais, y que para descansar de todo esto, teneis aquel enemigo que os persigue, cierto que no creí, que tales trabajos padecieran las criaturas. Si quereis acabar de salir de tantas penalidades, ha de ser con la muerte. Y esta nunca puede ser en mejor ocasion que ahora. Porque os arrojareis de ahí abajo á aquellas peñas, y acabareis la vida. Yo estoy aquí para absolveros, moris en buen estado, y con esto poneis fin á tanto trabajo, á tanta miseria, y á tanto padecer. Ea, arrojaos apriesa, que ya os absuelvo. Miróle la muger turbada, y le dijo: Pues Padre Fray Francisco, cómo me dice eso? Pues cuando mi enemigo me lo dijera, me lo habia V. P. de estorbar. Pues quién ha visto que un Confesor aconseje á un hijo suyo, que se haga pedazos? Ea, le respondió, no seais bachillera, dejad esa ropa, y arrojaos de ahí por mi cuenta, que ya empiezo á absolveros. Ella le dijo que se veria en ello, y lo consultaria con su Madrina, y que segun su consejo, así obraria. Pues vos, le dijo el Demonio, habeis de obedecer á la Beata, ó á vuestro Confesor? Vos sois una simple, y ella es otra tal, que há muchos dias que estoy callando, y sufriendo sus locuras, que es una muger que tiene enfadado á toda Aracena, y Clérigos, ni Monjas, ni Frailes, ni gente de juicio hace caso de ella, sino es vos, y otros simples. Creed lo que os digo, arrojaos, arrojaos, que os absuelvo. Tales fueron las persuasiones, tal la priesa y voces que le daba para que se despeñase, que turbada dejó la ropa, y se vino á la casa de la sierva de Dios á contarle su afliccion. Cuando la dijo que Fray Francisco de Sepúlveda, era quien se lo habia aconsejado, no supo qué responder: porque el tal Religioso habia mas de hora y media que estaba allí, y ella decia que Sepúlveda estaba todavia en el arroyo, y no hacia mas que apartarse de él. Llamaron entonces al Confesor, y refirieron el suceso, y averiguóse haber tomado el Demonio su forma. Quedóse corrido, y todos admirados de la traza, dando gracias á

Dios por el buen suceso. Viendo el Demonio, que por lado ninguno podia lograr sus ardides, y dándose el Señor por apiadado, dejó de perseguirla con aquellas fuerzas que de antes.

CAPITULO XVI.

Devocion que la sierva de Dios tiene á las Animas del Purgatorio. Vienen desde él á pedirle sus oraciones, y casos que en esto le suceden.

Uno de los buenos principios del gobierno político, es, que á costa del Rey tengan los pobres, agentes en sus negocios, para que los de estos no se atrasen por ser pobres, y faltarles el dinero, sino que en virtud de estar asalariados de la hacienda Real, sean ellos quien procure el buen despacho, y la brevedad. Y demás de esto, suele darse comision especial á algun agente particular, para que en menos tiempo guardando la justicia con misericordia, se abrevie el negocio, y el reo tenga absolucion de su delito. El gobierno de Dios, como es la idea, cuya forma siguen los demás, estos en sus aciertos se parecen á aquel, si procuran asemejarse, y seguirle. Para los pobres que están encarcelados en el Purgatorio, quiso Ntro. Señor que todos los que estamos en esta vida, pudiésemos con nuestras buenas obras y oraciones, procurarles su libertad: pero á quien especialmente se comete este oficio, es á los Eclesiásticos y Sacerdotes, que como están sustentados de la Mesa del Altar, á costa del Rey del Cielo, y de su hacienda, se les procura la libertad de aquellas cárceles. Y aunque hay estos oficiales, y modo de proceder, suele su Magestad dar comision á algunos siervos suyos, para que sean especiales abogados, y con mayor brevedad se despachen sus negocios, y satisfaciendo por ellos en esta vida, y usando el Señor de su misericordia, los lleva á gozar de sí. Muchos Santos, y muchos justos leemos haberles dado el Señor por agentes de estos negocios, mientras vivieron en esta vida: y entre todos al Bienaventurado San Nicolás de Tolentino, y de muchos á quien se aparecen, pidiéndoles sufragios. Son tantos los ejemplares, que por ser tan comunes en los libros, no los citamos. Y en estos tiempos parece que Ntro. Señor dió á su Esposa Maria de la Trinidad esta agencia: para que desde esta

vida con penitencias y ayunos, disciplinas y mortificaciones, ya por sí, ya por sufragios que buscaba la limosna de ellos, ya en ejercicios, que encargaba á personas espirituales, y muy de su corazon, solicitase con Ntro. Señor usára de su piedad con ellas, y las llevara á descansar á su Santo Reino. Y las benditas Animas conociendo el valimiento que la Venerable Madre en esta vida tenia con Dios, disponiéndolo así su Magestad, la hablaban y se le encomendaban para el buen despacho suyo, y para tener con brevedad refrigerio en aquellas penas, y descanso de aquellas fatigas.

Murió en Aracena un hombre rico y principal, que se llamaba Luis Pedrero, dejando los niños en poder de la Madre de él, y abuela de sus hijos. La hacienda que dejó era mucha y buena. Y como el cuidado de que á sus hijos no les faltase, suele ser tan vivo en algunos Padres, muchas veces porque ellos vivan con descanso, padecen ellos en la otra vida tormentos. Su Madre habia dado órden, que se dijesen misas por él y ya le pareció serian bastantes. Y como si fuera cosa de escrúpulo, no queria quitar á los hijos por dar al Padre, cuando el Padre estaba padeciendo por los hijos. Encomendó la Venerable Madre á Dios al difunto con muchas instancias, y en una ocasion quiso el Señor mostrarla lo que padecia, para que ayudase á su socorro. Representósele un lago de fuego profundísimo, y en él el alma de su encomendado, que pedia á su Madre le socorriese. Su Madre queria acudir á socorrer á su hijo, y los nietos tiraban de ella, y no la daban lugar á que se fuese, con que la detencion que los hijos causaban, impedian al socorro de su Padre. Quedó confusa con la vision la Venerable Madre, y preguntóle al difunto, que qué necesitaba para su descanso, y qué significaba aquello? Sabrás, la dijo, que estoy en gravísimas penas en el Purgatorio? Mi Madre no me hace el bien que pudiera: porque juzga le ha de faltar á sus nietos, y mis hijos. Díle que se acuerde de mí, pues le quedó hacienda bastante. Al punto visitó á la Madre, y encargó hiciese mucho bien por el alma de su hijo: díjole trescientas Misas, y dándose el Señor por aplacado, le lleva á gozar de su gloria. Apareciósele á la Venerable Madre, dándole las gracias de que le habia solicitado el alivio, y dijo se iba á gozar de Dios.

El amor que Santa Catalina de Sena tuvo á su Padre se le

convirtió en cuidados despues de haber él muerto, y revelándole N. S. las penas que padecia en el Purgatorio, quiso ella padecerlas en esta vida, como buena hija, para que su Padre en la otra tuviese descanso. Quien le imitaba á la Santa, como á Madre, se le procuró asemejar en el amor á sus Padres. Murió el de la sierva de Dios, y desde el dia que espiró, hasta tres semanas, le gastó en grandes penitencias, ayunos, y ejercicio de mortificacion, aplicándolos, porque Ntro. Señor le diese descanso, y llevase á su gloria. Era el difunto devotísimo de Ntra. Señora del Rosario. Y la Soberana Reina quiso por medio de esta Santísima devocion consolar á su siervo, y llevársele á gozar los frutos que gozan sus devotos. Apareciósele el alma á su hija, y la dijo: Hija, ya sabes que mañana es primer Domingo del mes, y se ha de hacer la Procesion con Ntra. Señora. Antes de quitarla de las andas, tú, tu Madre, y tu hermana me rezareis el Rosario, que por la intercesion de su Magestad, y la misericordia de su hijo me iré á gozar de su bienaventuranza. Todavia no se habia visto rezarle á Coros, como hoy se reza. Llamó á su Madre y hermana, y todas tres delante de Ntra. Señora, rezaron el Rosario entero. Al punto que se pusieron de rodillas, vió la Venerable Madre, que el alma estaba delante de ellas mirando á Ntra. Señora, hincada de rodillas y puestas las manas, pidiéndola misericordia, exhortólas á que le rezasen con toda devocion: Y acabando de rezarle, dió á su hija las gracias, y le vió llena de luz irse al Cielo.

Murió Melchor Payan, medio hermano de la Sierva de Dios, y Maria de Umbrias su muger, padres del Licenciado Tomás Fernandez Escudero, sobrino de la Venerable Madre, á quien por sus méritos alcanzó salud de San Jacinto, como hemos dicho: y como en todos era una la sangre, era en todos una la devocion á Ntra. Señora del Rosario. Para entrar á gozar de Dios en su gloria, hubieron de purgar en el Purgatorio las penas que por sus culpas no habian satisfecho en esta vida. Quiso su Magestad darles lugar, y ambos se le aparecieron á la Venerable Madre, y la dijeron: que para ir á gozar de Dios, esperaban que les rezasen el Rosario á Ntra. Señora, y por sus méritos entrarian en la Gloria, que le rezase su hijo Tomás, y que para eso le enseñasen. Era entonces de cinco años. Y acabada la procesion de Ntra. Señora, que era primer Domin-

go del mes, al punto que se pusieron delante de la Imágen, á rezarle, iban enseñando al Niño la forma de rezarle tambien. La Sierva de Dios vió las Ánimas de sus hermanos, que cogiendo por ambos lados á su hijo, le asistieron hasta acabar de rezarle; y acabado, dándole las gracias á su hermana, se fueron á gozar de Dios.

Las revelaciones que la Sierva de Dios tenia en esta materia, eran casi contínuas, y de aquí nacia demas de sus ordinarios ejercicios, atormentarse con otros mucho mayores, para satisfacer con ellos á Ntro. Señor por los que conocía los necesitaban. Pedía oraciones á personas virtuosas, y á los que eran parientes de los difuntos necesitados, con disimulo y cautela les encargaba hiciesen bien por ellos. Pedíales Misas, y si acaso habia á las manos algun dinero, encargaba á Sacerdotes virtuosos las dijesen: con que sin conocer nadie sus motivos, quedaban remediadas las necesidades de aquellas benditas Ánimas, que allí estan penando, y esperando nuestros sufragios.

Sus deseos de que todos se salvasen, eran notables, y en órden á esto, se afligía y desconsolaba grandísimamente cuando sabía que alguna persona no cumplia con las obligaciones de Cristiano. Azotábase, mortificábase, afligíase, y como si ella fuera quien habia de dar cuenta á Dios de los pecados agenos, así tomaba en sí la penitencia por ellos. Muchas persecuciones padeció, muchos oprobios, muchas injurias, y en ellos se portaba tan humilde, y con tanta paciencia, que quien la egercitaba en esto, era quien primero desengañado hallaba en la Sierva de Dios la disculpa. Y tomando de esta ocasion el motivo, rogaba instantísimamente á Dios perdonase á aquellos que la habian injuriado, pues su Magestad habia rogado á su Eterno Padre, por lo que tan injustamente le habian quitado la vida. No tomaba de la virtud ocasion para ser molesta. Que no es buena razon, que porque yo no cometo los pecados que juzgo del otro, por eso tengo privilegio para murmurarlos, y darle en cara con ellos. Esa es leccion que solo se aprende en la escuela de un Fariseo, que justificando su vida delante de Dios, culpaba á todo el resto de los hombres, como si de sentenciarlos á todos por malos, hubiera de salir la consecuencia de que él solo era el bueno. El que de veras sigue á Cristo, y no busca estimaciones de mundo, todo lo mira con caridad, de todo ha-

bla compasivo, nada mira curioso, nada oye para calumniar, sino solo para remediar: y el no seguir las pisadas de los Santos en esta parte, y con estas reglas, es desacreditar la virtud y poner en aborrecimiento á los que tratan de su salvacion, y hacer que á todos se miren, como á sospechosos, que toman la capa de virtud para murmurar, con capa de celo, y ser inquietos, y sediciosos, y quieren egecutar sus pasiones, y lograr sus venganzas: y son peores con el crédito que solicitan de virtuosos, que lo fueran con el descrédito de foragidos, que ellos ponen en otros.

La cordura de la Venerable Madre, y la caridad en reprehender vicios, fué tal, que el mismo á quien corregía, quedaba, no solo enmendado, sino agradecido. Al oir descréditos ó faltas de alguno, no se regía por presunciones, ni noticias de una persona, á quien muchas veces su envidia, celo, ó interés particular mueve la lengua. Solo las voces públicas era por quien se gobernaba, que en lo demás, si nó tenia evidencia, ni lo creia, ni lo sufria, ántes poniéndose de la parte del que infamaban, con un brio de una leona le defendia su crédito de calumnias. Cuando sabia alguna ofensa de Dios, primero la castigaba en su cuerpo, primero la lloraba, primero la encomendaba á Ntro. Señor, para que no diese lugar á que el Demonio triunfase de las almas, que tan caro le costaron. Llamábalos á solas, y sin que la tierra oyese sus razones, al tiempo que las decia en los oidos, iban con tal viveza de palabras, que penetraba los corazones. Hablaba con caridad, y persuadía; y si tal vez necesitaba de reprehension, tanto se encendia en el fuego y celo de la honra de Dios, que el corregido no sabia á que atender antes, ó á mirar con los ojos á una muger delicada y deshecha con penitencias, ó á admirar en ella el celo y valor de un Profeta Elías. No siempre gustaban los delincuentes, que les corrigiesen sus delitos, que como el Demonio se los pinta tan hermosos, y nadie, ó pocos gustan del desengaño, como les amargaba la verdad, sentian que les afeasen su modo de vivir tan distraido. De esto, sacaba desaires, malas palabras, injurias y afrentas, todas las llevaba con igualdad de ánimo, y cuando no conseguia mas que el haberlo advertido, con eso volvia contenta, pareciéndole que algo se habia empezado á hacer. Volvía despues con nuevas súplicas á Ntro. Señor, á que redujese á su rebaño á aquellas obejas perdidas. Oia el

Señor á su Esposa, y como habia dejado abierta la mina, y quedaba encendida con las palabras que les habia advertido, volaba en un instante: se hallaba desmantelada la fortaleza en que el Demonio se habia fortificado, y venian luego rendidos á pedir perdon á la Venerable Madre de sus desatenciones, y á ponerse en sus manos, para que lo encaminase en el servicio de Dios.

Muchas veces la veia su hermana empeñada, ó en ajustar paces, ó en deshacer amistades, que eran en ofensa de Dios, y viendo que por entonces solia salir con las manos en la cabeza, la decia: cierto hermana que no te entiendo. ¿Quién te mete en eso? Para qué te matas por lo que no nos importa? Eso no corre de nuestra cuenta; miren ellos por sí, ó el Señor, á cuyo cargo estamos, lo remediará. Calla, calla, le respondia. Es ofensa de Dios, no ha de pasar mas adelante, hé de evitarlo cuanto pueda. Y con este celo y este amor no descansaba hasta tenerlo ajustado.

Habia en aquella villa un clérigo, que habia vivido con alguna distraccion, y dióle Ntro. Señor la última enfermedad, con que acabó sus dias. Acudía á todos los enfermos á consolar y remediar en cuanto podia: acudió á este lugar, que tuvo noticia de su achaque. Ibase agravando por horas, y por horas perdiendo la esperanza de la vida. El Demonio, que tiene tanto gusto de nuestra perdicion, y sabe que en aquella hora consiste, ó la salvacion del alma, ó su pena eterna: en órden á lograrla mejor, le reducia á la memoria toda la vida pasada, con tanta prontitud, y con tanto encarecimiento, que llegaba el enfermo á desesperarse, y á desconfiar de la misericordia de Dios. Conoció la Venerable Madre el aprieto en que el enfermo estaba, y aunque estaba asistido de muchos Sacerdotes, Religiosos y Clérigos, y de otras muchas personas que le animaban á que se dispusiese para aquel viage, con confianza en la misericordia de Dios: la melancolía era tal, que no habia quien le entrase en acuerdo. Cerró la noche, y se fueron todos, y hasta muy tarde se quedó asistiéndole la Venerable Madre, encargando á los que allí estaban, le encomendasen á Ntro. Señor, y ella con muchas instancias le pedia la salvacion de aquel alma. Pareció á la gente de casa, que aquella tristeza que tenia, era querer descansar, y despejaron el aposento. Volvió la Sierva de Dios á continuar su oracion, porque co-

un Clérigo difunto, cuya materia y escultura me admiró, por no haber visto otra como ella. Es de barro vidriado, y tan fina la hechura, los perfiles y escultura tan perfecta, que dudo haya en España otra semejante. El original á quien representa está sepultado debajo: y fué un Prior de aquel partido Eclesiástico, que por haberse ya mudado la forma del gobierno, no hay sucesores en tal oficio. Está dividido entre el Arzobispo de Sevilla, y el Patriarca de las Indias, que allí tiene cierta jurisdiccion. Por la devocion grande que la Venerable Madre tenia á este Señor, le visitaba muchas veces: y allí eran sus gozos, allí sus ternuras: y mirándole en aquella columna, mas atado de su amor, que de los cordeles, quisiera por imitarle, recibir en sí todos los azotes que su Magestad sufrió. Despues de haber hecho oracion al Santísimo Cristo, la hacia tambien á aquel Sacerdote, á quien envidiaba la buena suerte que tenia en poner su cuerpo á que descansase á los pies de aquel Señor, y le rogaba allí acompañando á su Magestad, rogase por ella. Hizo esto por mucho tiempo: y en una ocasion estando continuando su devocion le habló el Sacerdote, diciéndole, que no le rezase como á Santo, pues aunque estaba allí retratado, no lo era: porque su alma estaba en el Purgatorio con esperanzas de ir á gozar de Dios. Y que era tan solo, que desde que le habian enterrado allí, que habia mas de cien años, nunca en particular se habia acordado nadie de él. Y que por aquella buena voluntad con que le rezaba, aunque su intencion era juzgarle por santo, la rogaba la encomendase á Dios muy en particular: y le mandase decir cinco Misas á las Llagas del Señor, y una de la Resurreccion: porque Ntro. Señor le habia hecho tan grandes mercedes, que en diciéndose aquellas Misas se habia de ir al Cielo. Quedóse grandemente admirada, y preguntóle, que cómo ó por qué le habia dado el Señor tan largo tiempo de Purgatorio. Y á ello respondió: que habia sido mucho tiempo Prelado, y habia tenido muchos cargos, y que siendo así que en ellos se cargaba de muchas obligaciones, no habia cumplido con ellas, porque habiéndole el Señor dado entendimiento para conocerlas, y corregirlas, por respetos humanos habia dejado de remediarlas, y en esto no se ajustaba al servicio de Dios, que es lo que todo Prelado debe mirar, sin atencion á respetos humanos, y solo por esto permitió el Señor que pagase sin tener alivio de persona alguna:

por haber sido sus omisiones todas en esta conformidad. Volvióse á casa. Era Prior del Convento de Santo Domingo, el Presentado Fray Jacinto de San Miguel, á quien dió noticia del caso, y dijo las cinco Misas, las cuales acompañó la sierva de Dios con muchos rigores, con muchas penitencias, y oraciones, segun su Prelado le ordenó para este fin. En todos estos cinco dias, que fueron consecutivos, sentía la Venerable Madre, que el alma no se le apartaba un instante de su compañía y llegado el sesto dia en que se habia de decir la Misa de la Resurreccion, fuése á la Iglesia muy temprano, y confesó con el Prior, que levantándose del Confesonario se entró en la Sacristía á vestir para decir la Misa. A este tiempo entró en la Iglesia una muger, y sin detenerse, ni hacer oracion, se fué á la puerta de la Sacristía, y llamó al Prior. Entonces el alma, que siempre la sentía junto á sí, la habló, y con la voz muy afligida la dijo, que no consintiera. La sierva de Dios, recogiéndose interiormente, se puso á pensar, si acaso alguna obra, ó pensamiento la molestaba, que no fuese agradable á los ojos de Dios: y examinando su conciencia, no halló cosa que la molestase, y díjola: que por la bondad de Ntro. Señor, que no hallaba cosa que pudiese inquietar su conciencia: y que no sabia qué era lo que no habia de consentir. Díjole el alma con la misma afliccion, que antes: vé al Prior, y dile, que no quieres consentir que diga otra Misa, si no es la mia. Fué al Prior, y díjole, que por amor de Dios, que no dijese otra Misa, si no es la suya. Enfadóse el Prior, y díjola, no fuese impertinente, que eso corria de su cuenta. Volvióse á su asiento, y el alma, nuevamente afligida la dijo: no consientas que el Prior diga otra Misa: vuélveselo á decir. Volvió, y volvióse á enfadar el Prior, diciéndola, que era cansada. Era la causa de esta instancia, que la muger que habia hablado al Prior, venia con un ahogo muy grande, por tener en su casa á un enfermo muy apretado, y venia á decir una Misa á Ntra. Señora del Rosario: y por esto, y por ser persona de obligacion, habia propuesto el Prior de decir la Misa por el tal enfermo, y dejar esta otra para el dia siguiente. Y aunque la Venerable Madre habia llegado estas veces á decirle, que no dijese otra Misa, siempre el Prior tuvo intencion de decirla por el enfermo, y con ella se puso en el Altar. Como en la Orden de Santo Domingo es uso el preparar el Cáliz antes de

empezar la Misa, al tomar la patena, reparó el Prior, que en la Hostia estaba pintado un Cristo Resucitado. Admiróse de la novedad, porque en Aracena no hay hierros de Hostias que tengan tal estampa, sino es uno de Cristo Crucificado, y otra con el dulcísimo nombre de Jesus. Y oí decir á muchas personas del lugar, que buscando la Misa de Ntra. Señora, no pudo hallarla en el Misal, y siempre veia la de la Resurreccion. Admirado de aquella novedad, y pensando era disposicion de Dios, y voluntad suya, que aquella fuese la Misa, y se aplicase por aquella ánima, la dijo. Acabada, quiso su Magestad, que viese claramente al alma, que le dió grandísimos agradecimientos.

Quedóse elevada, y enagenada de los sentidos, y el alma la cogió por la mano y llevó á una sala muy grande, donde estaban innumerables Santos, cada uno en su nicho, y él como mostrándoselos cada uno de por sí, la decia, que tomase de cada uno una virtud. Todos eran Santos de la órden de Predicadores, y en el testero de la sala junto á Santo Domingo estaba el Serafin humano, y retrato vivo de Cristo en la tierra, el glorioso Padre San Francisco, y llegando á sus pies la dijo, que tomase de él su profundísima humildad, y que aunque en cada uno de los que via habian resplandecido todas las virtudes, que siempre resplandeció una en particular en cada Santo, como en Ntro. Padre San Francisco la humildad profundísima, en Ntro. Padre Santo Domingo el celo de la honra de Dios, en Santa Catalina de Sena la caridad, y á este modo fué discurriendo por los demás Santos. Habiendo saludádolos á todos, y de aquel tesoro de virtudes, tomando muchas para enriquecer su alma, se despidió del Sacerdote, dándole las gracias del beneficio que la habia hecho, y alentándola mucho al servicio de Ntro. Señor, y ella pidiéndole, que en aquella Corte Celestial, donde iba á poseer los gozos inmensos que tiene Dios preparados á quien le sirve, se acordase de ellas, y hiciese siempre oficios de buen amigo, y fiel correspondiente. Volvió luego en sí, dando á entender interior, y exteriormente su agrademiento, y gracias á Ntro. Señor por sus misericordias.

No solo revelaba el Señor á su Esposa el estado de las benditas Ánimas, para que rogase por ellas, y se alijerase su jornada á entrar en el Cielo, sino tambien le revelaba lo que

otros hacian por ellas, ó para que supiesen el provecho que les hacemos con nuestras buenas obras desde acá, ó para que se sepa que la limosna, por pequeña que sea tiene su mérito delante de Dios. Que como su Magestad tiene la vista tan aguda, no hay cosa que se le encubra, todas las vé, y las pone á la cuenta y descargo del que las obra.

Doña Ana María de Montenegro, vecina de aquella Villa, encomendaba á Ntro. Señor el alma de una persona, que pocos dias ántes habia pasado de esta vida, y estando en este egercicio, llegó un pobre á su puerta pidiendo limosna, al cual se la dió, y intentando fuese por el alma de su difunto, alargó la cantidad mas de lo que ordinariamente solia dar á los que llegaban á su puerta. Despues de cuatro ó cinco dias, se vió con la Sierva de Dios, y la dijo: Aquella limosna que V. dió, está bien dada y llegó á buen tiempo. Admiróse de oirla, porque la limosna fué á solas, y su intencion solo Dios la sabía. Instóle, para que digese claro lo que decía, y le diese á entender cómo habia llegado á buen tiempo. Conocia ya á la Sierva de Dios, y sabia que Ntro. Señor le hacía estas mercedes, y mayores, y por el concepto de su virtud, insistió mas en su curiosidad, á que la respondió: Aquella limosna que V. dió el otro dia por el Ánima de tal persona, fué agradable á los ojos de Dios, y con ella le alivió mucho tormento en el Purgatorio. Sea muy devota de hacer mucho bien por las benditas Animas, y no quiera saber mas: conociendo, que solo Dios, que lo habia sabido, podia habérselo revelado, como quien solo sabe lo escondido de los corazones: y si fué grande la estimacion en que ántes tenia á la Sierva de Dios, la tuvo de allí adelante en mayor.

En estos egercicios y en los demás de austeridad, y penitencias tuvo por compañera y amiga á Lucía de la Ossa, con quien tenia muy buena amiga para las obras de virtud. Dióle la última enfermedad, y en ella la nueva cierta de que habia de desechar la pesada carga de la mortalidad, para irse á los eternos desposorios con Cristo. Vísperas del Corpus la olearon, y habiendo ido doña Ana Valera y su hija Sor Ana de Santo Domingo á oirlas á la Iglesia Mayor, vinieron á su casa con el dolor de que por la prisa que traian por vestir los Santos que se sacan en la procesion, no habian podido entrar á visitarla. Dieron esta noticia á su hija, y hermana, que es-

taba enferma, y ya que no podia asistir, la dijo á su madre, y hermana: Pues no podemos ir allá, encomendémosla á Ntro. Señor. A las cuatro de la mañana se levantó su hermana, y fué á verla, si necesitaba alguna cosa, y la halló muy alborozada: y como sabia que estos afectos de alegría, ó tristeza, eran efectos de alguna novedad, la preguntó, que qué habia de nuevo?, porque el gozo que tenia la daba mucho que presumir. Has de saber, la respondió, que nuestra amiga Lucía de la Ossa ha estado aquí conmigo: yo estaba encomendandola á Dios con todas mis fuerzas, y entró por esa puerta y me preguntó: ¿Qué hay, hermana? A que admirada le respondí: pues hermana, cómo es esto? Mi madre, y mi hermana, me dijeron ayer que te habian oleado. Es verdad, dijo ella, que me olearon, que ahora me morí, y ya no estoy en esta vida mortal. El Esposo me mandó que viniese á despedirme de tí: Ea, quédate con Dios, que me voy á gozar de su bienaventuranza. Y diciendo esto, llegó, y abrazóme. Esto es lo que ahora acaba de decirme nuestra amiga: ahora, ahora cuando tú entrastes, acabó de salir de este aposento. Admirada, y tierna por el gozo, dió la una y la otra, gracias á Ntro. Señor, y teniendo cuenta con la hora, luego que amaneció, preguntó su hermana, que á qué hora habia espirado la difunta, y la halló puntualmente ser la misma que la Sierva de Dios la habia dicho estuvo con ella.

Despues de muerta doña Ana Valera su madre, quiso Ntro. Señor, que tambien tuviese su hija este gozo. Antes de morir habia vestido el hábito de Religiosa Tercera de Santo Domingo, como le vistió su tia Sor María de la Concepcion, y su hermana Sor María de Jesus, y sus dos hijas. Sus penitencias, y modo de vida, fué como de madre de tal hija, y sobrina de tal tia. Cortóle el tiempo el afecto de cumplir el año de su noviciado, y ántes que llegase la muerte, la dieron la profesion. Hízola en manos de Frai Pedro Mártir Moreno, el cual escribe en sus manuscritos, que al tiempo que murió esta sierva de Dios, se esclareció el aposento en que estaba, como si fuera enmedio del dia. Despues, se le apareció á la Venerable Madre, á Sor Ana de Santo Domingo, y á Juana de la Asuncion, que venía á despedirse de ellas, y darles noticia de la gloria á donde caminaba, y supiesen tenian Madre que las favoreciese desde el Cielo, pues tanto las quiso en la tierra.

Quiso Ntro. Señor que supiese su Esposa cuán agradables le habian sido á sus Divinos ojos los ejercicios que habia hecho por las Animas del Purgatorio, y cuánto se habia inclinado á misericordia por sus ruegos, y los de otras personas á quien los habia encargado. Dispuso que en una ocasion se le mostrase así para confirmarla nuevamente, en lo que muchas veces habia visto, como para darla motivos para en adelante ocuparse en esta piadosa devocion. Estando un dia en oracion, fué arrebatado su espíritu á un campo muy ameno; y en él, vió una puerta, cuya fábrica y arquitectura, era tal, cual nunca otra mejor habia visto en esta vida. La pedrería tan costosa de rubíes, jacintos, diamantes, topacios, zafíros, amatistas, jaspes, crisólitos, crisópafos, y otros infinitos que la componian, y los resplandores de luz que salian de ella, eran explicables. Dióse le á entender era la puerta del Paraiso de la Gloria. Estando mirando aquella variedad, aquel primor y hermosura, se abrieron las puertas, y salió una procesion de bienaventurados, y entre ellos, Lucía de la Ossa, su grande amiga, y compañera, que traia en la mano un estandarte blanco con una Cruz colorada hermosísima. Luego que la vió, la conoció, pero no se atrevió á llegar á ella, ni á hablarla palabra. Entonces la buena amiga se llegó á la Sierva de Dios, y la dijo: ¿Qué hay hermana? ¿Qué te parece esto? Todas estas que vienen en mi compañía, son las Ánimas de los que estando en el Purgatorio, rogamos por ellas tú y yo, y por la misericordia de Dios, que se inclinó á nuestras oraciones, las sacó de aquellas penas á gozar de su bienaventuranza. El Esposo ha permitido, que para tu consuelo las veas, y á mí con ellas. Llegó entonces, y dióla un abrazo, y la animó de nuevo á que siempre rogáse por los difuntos para socorrerlos en el Purgatorio. Despidiéronse, y dando la vuelta, hicieron su procesion, cantando á Dios himnos de alabanza y gloria. Volvió de su rapto la Venerable Madre, dando gracias á su Esposo, que tan liberal usa de su misericordia, y desde entonces con nuevos brios se empleaba en esta santa devocion.

CAPITULO XVII.

Es invocada la Sierva de Dios estando ausente, acude puntual al remedio de quien la llama, y otras maravillas que en esta conformidad suceden.

Cómo es posible que un cuerpo pueda estar en dos lugares, segun la escuela de Santo Tomás, con su Angel Maestro, á quien sigue, sabe Dios por medio de un Angel, suplir las veces de sus escogidos, para que acudan al remedio de quien los llama. Muchas veces leemos haber sucedido esto. Y el primer caso que se ofrece, es el que á mi glorioso Padre San Antonio de Padua le sucedió, de hallarse en Lisboa á librar á su Padre de la muerte injusta que le daban por el homicidio, que falsamente le imponian, y dentro de las puertas de casa vemos haber socorrido la gloriosa Santa Catalina de Sena al Maestro Fray Tomás su Confesor, que estando en peligro de la vida le llamó. Del bienaventurado Fray Pablo de Santa Maria, Portero del Convento de San Pablo de Sevilla, portentoso en su vida, y milagroso en vida, y en muerte, leemos haber sido visto en Indias acudir al socorro de quien afligido le llamaba, al tiempo que estaba asistiendo en la porteria de su Convento. Muchos casos de estos vemos haber obrado Ntro. Señor para remediar el aprieto en que sus hijos, y amigos son llamados. Y siendo su Magestad engrandecido en ellos, se vea la estimacion en que los tiene, y cuanto obra por su intercesion. Sucedióle al Presentado Fray Sebastian de la Plata, que como quien tan de cerca conocia á la Venerable Madre, por haber sido su Confesor, el tiempo que fué Prior de Aracena, á la invocacion de su hija le dió Ntro. Señor el socorro. Entróse á bañar una noche en el rio de Sevilla: y fiado en que sabia nadar, quiso pasar á la otra banda. Empezó su viage, y en medio de él, se sintió sin fuerzas, y haciendo su oficio la turbacion, desmayó con facilidad, cuando mas debiera alentarse. Cortóse, y con la falta de alientos se sumergió en el agua, de forma, que se cubrió todo. Empezó á pelear con las agonias de la muerte, y en ellas llamó á Dios, por medio de su sierva, y alentándose cuanto pudo, dijo: Madre Trinidad, valedme. Dios mio, socorredme, por los méritos de

vuestra Esposa: y el Señor que por su Profeta dijo, en la tribulacion me invocaste, y te oí en lo mas profundo de la tempestad, y te probé en el agua de la contradiccion: viendo que era invocado en la tribulacion, y en lo profundo de aquella tormenta de agua, acudió pronto por los méritos de su sierva. Apenas acabó su oracion, cuando se halló en tierra, libre, y sin peligro alguno. Repetia este caso muchas veces, y segun oí á personas fidedignas, al tiempo que la invocó la vió sobre las aguas, que le cogió por la mano, y le sacó libre del riesgo.

Era discretísima la Venerable Madre. Y aunque es verdad que en sus paisanos, y en cuantos la comunicaron, vivirá siempre eterna la memoria de sus hechos, y virtudes, en llegando á hacer memoria de su prudencia, y discrecion: *ejus memoria in benedictione erit*, pues con tal modo se ajustaba al remedio de quien la habia necesidad, que no sabian á que cargar antes la consideracion, ó al prodigio que por su intercesion obraba Ntro. Señor, ó á la discrecion, con que segun el achaque socorria con su intercesion por el alivio. En agua fué el socorro que ahora dió á su Confesor, y ahora por el contrario se verá otro prodigio.

Fray Juan Portillo, Religioso del Convento de Santo Domingo de Aracena, salió de aquella Villa para un lugar de la Sierra, que su Prelado le habia ordenado. El calor era demasiado, el reparo que el Religioso llevaba era poco, y el cansancio, y sudor era mucho. Empezóse á sentir fatigado de la sed y fué encendiéndose de forma, que ella, y la falta de fuerzas le embargaban los pasos para proseguir su jornada. Bien quisiera hallar agua para refrescarse, aunque la necesidad que llevaba le hiciere reparar poco en el daño que podia hacerle, por ir sudando. Acostóse al tronco de un árbol, y acordóse de la sierva de Dios, y dijo: Ah Madre Trinidad, que estoy pereciendo de sed. Acabando su invocacion, volvió la cabeza, y junto á sí halló arrimada al tronco una bota bien prevenida de vino, dejóse de entrar en cuestiones, quien pondria allí, ó nó aquella bota: solo atendió á remediar su necesidad, sin averiguar el modo con que allí habria venido. Con todo eso le ocurrió, que el haber llamado á la Venerable Madre seria causa de aquello que veia. Bebió con mucha devocion aquel vino, que guzgó milagroso, remedió su necesidad, reparando, que en lo generoso, olor y sabor, jamás habia gustado cosa seme-

jante. Púsola en su sitio, y hallóse tan recobrado de fuerzas, y con tantos alientos, como si antes no hubiera sentido cansancio alguno. Volvió otra vez el rostro, y ya ni habia bota, ni rastro de ella. Entonces confirmó el prodigio que habia antes pensado, y dando gracias á Ntro. Señor, prosiguió su viage, y vuelto de él, le refirió á Fray Pedro Mártir, Confesor de la Venerable Madre, y á su hermana Ana de Santo Domingo.

La casa de la Venerable Madre, fué y es, la oficina, donde con todo primor se visten las Imágenes de los Santos, y por el contínuo cuidado que Doña Ana de Valera heredó de su tia la Venerable Madre Maria de la Concepcion, y por la corta capacidad de la Iglesia de Santo Domingo, para haberlas de desnudar y vestir, y no tener capilla retirada para esto: siempre las traian á su casa, que está cerca, como hemos dicho: para que allí quitadas de la vista de todos, se adornasen con menos registro, y mas decencia. En esta ocasion, habian adornado todos los Santos de la Iglesia del Convento, como son San Sebastian, San Blas, San Pedro Mártir, Santa Catalina de Sena, San Jacinto, que con otros de las demás Iglesias salen en la Procesion del Corpus, acompañando á su Dios. Entre otros que habian traido á su casa, fué una la Imágen de Santa Catalina de Sena, que aunque es vestida, es la hechura de mucho peso. Habian ido á las Vísperas á la Iglesia Mayor la Venerable Madre, y su hermana. Doña Ana Valera quiso quitarla de las andas, para desnudarla con mas comodidad. Era ya muger de muchos dias, y estos, y los achaques la tenian acabadas las fuerzas. No juzgó que sus hijas habian salido tan pronto de casa, y empezó á desatar unos cordeles con que estaba la peana atada á las andas, y por haberse aflojado, se venia la Imágen cayendo. Quiso tenerla y con el mucho peso la vencia los brazos. Viéndola caer, la dijo: Madre mia, Madre mia, teneos. Temió, que si llegaba al suelo, ó se habia de hacer pedazos la cabeza, ó maltratarse mucho el rostro, y llamó apriesa á su hija Trinidad, para que viniese á tener á su Santa Madre. Dió voces, y no respondiendo, conoció que se habian ido. Llegó la Imágen con la cabeza casi al suelo: y animando las voces que daba á su hija, vió que la Santa levantó la cabeza para mirarla, y que caida como estaba, se fué levantando poco á poco, y se volvió á poner en pié, y llegando á ella la cogió en brazos, y puso en una alfombra, y la desnudó. Vol-

vieron sus hijas de la IglesiaMayor, y refiriéndoles el caso, se alegró mucho la sierva de Dios de lo sucedido, y dió á entender á su Madre, que no habia hecho falta: pues aunque estaba ausente, oyó las voces, y acudió á levantar la Santa Imágen.

Con esta prontitud acudía la Venerable Madre, á quien la llamaba, que Dios como estima y quiere tanto á sus amigos, acude liberal á quien ellos los estima y quiere. Y si por valerse de su intercesion así les acude, mucho mejor y con mano mas franca, les asiste á ellos mismos: y como los tiene tan en su corazon, á todas horas los oye, en sus necesidades los mira, y á su gusto atiende liberal. Muchos consuelos la daba Ntro. Señor en su alma. Mucho la regalaba, como á Esposa querida, y si tal vez se ofrecia algun estorbo, lo facilitaba su Magestad, de suerte, que no quedaba rastro de haber sucedido.

Era su egercicio todos los dias visitar las Iglesias, como se ha dicho, y llegando al Convento de Ntra. Señora del Carmen, como iba tan de mañana, solia no estar abierta la Iglesia. Habia en aquel Convento un Religioso lego, que se llamaba Frai Alonso Gomez, hombre anciano y virtuoso, que era sacristan. Madrugaba muchas veces á la oracion, que la tenia en la Iglesia, y sus disciplinas, muchas y muy rigorosas: y como virtuoso, sabia hacer estimacion de quien lo era. Habia comunicado muchos años antes, su modo de vida, y egercicios, á la Venerable Madre, y en muchas cosas le habia sido Maestra. Sabia á la hora que solia venir, y si al llegar á la puerta estaba cerrada, hacía alguna seña, y la abria. Visitaba á Ntra. Señora del Cármen, y así eran sus gozos, sus lágrimas y consuelo. Sucedía muchas veces, al tiempo de llegar á la puerta, no haber bajado Frai Alonso, y estar esperando á que abriese, cogiendo en sí los recios temporales, que ordinariamente corren en aquella tierra de lluvias, nieblas y yelos. Y como su Esposo sabe ya qué es estar esperando á la puerta de la Esposa, habiendo padecido el sereno de la noche, y con la cabeza y la cabellera, hecha carambanos de la escarcha que habia recogido, y sabe que cuando amante llegaba á llamar, presuroso queria que le franqueasen la entrada, despicaba ahora en prestezas con su Sierva, cuanto la Esposa le habia detenido con sus tardanzas, y en un punto, sin abrir puerta ninguna, se hallaba dentro de la Iglesia, y otras veces, al tiempo de llegar se abrian por sí. Sucedíale esto muy de ordinario, así en la

Iglesia Mayor, yendo á visitar una Imágen de Cristo Señor Nuestro Crucificado, y muy devoto, que hay en ella, como tambien en la Iglesia del Cármen. Era esto tan frecuente, que ya habia quitado la admiracion al sacristan. En una ocasion, estaba recien llegado un Prior nuevo en aquel Convento, madrugó, bajó á la Iglesia, y la halló abierta, y en ella á la Venerable Madre, á quien, ni conocia de vista, ni por noticia. Viendo que aquella no era hora de que estuviese abierta la puerta de la Iglesia, reprehendió al sacristan, y aun presumió que pudo haberse olvidado la noche antes de cerrarla. Díjole, que habia una muger en la Iglesia, que la despidiése, y cerrase hasta que fuese hora de abrir. Bajaron ambos juntos, y el sacristan reconoció á la Sierva de Dios, y hizo lo que su Prelado le mandó. Ella sabiendo que era obediencia, como tenia el corazon tan pronto á esta virtud, se alegraba de que tambien hubiese quien la egecutase. Salió, y despedida, dijo el sacristan al Prior: Padre, yo juzgué que era otra muger la que estaba aquí, como V. P. no la conoce, no admiro el que le haya causado novedad. V. P. sepa, que esta es la Madre Trinidad, Beata Domínica, que es gran Sierva de Dios, y para ella, en llegando á esto, no hay puerta cerrada, y si la hay, ó sabe Dios entrarla cerradas las puertas, ó enviar á quien se las franquée. Esté V. P. en esta noticia para en adelante, por si esto se ofreciere otra vez. Admiróse el Prior de oir á su Religioso semejante cosa, y con curiosidad observó muchas veces la hora en que solia venir, y halló ser así cuanto Frai Alonso le habia dicho.

Ya dejamos dicho como viéndose viuda la Santa Duquesa de Vejar Doña Juana de Mendoza, tomó el hábito de Religiosa Carmelita Descalza en el Convento de Sevilla, donde vivió con los rigores, mortificaciones y asperezas que siendo Duquesa habia ejercitado. Y como su amante corazon para Dios le habia tenido siempre con deseos de entregarle todo en su servicio, ahora que ya le tenia desembarasado de las ocupaciones de marido, pudo ofrecerle á su Criador ahora con mas desahogo: que como le crió todo, todo le quiere para sí. Vió la Religion que honrando el hábito, en su persona le esmaltaba con tan notables ejercicios de virtud, y ofreciéndose la fundacion de un Convento de su reforma en la Ciudad de Ecija, trataron de que su Excelencia fuese por fundadora, y fuese la piedra fun-

damental de su edificio, para que su persona, su calidad, y su virtud fuesen los entivos, en que tan sólida, como hermosamente cargase la fábrica de tan penitente Religion, y nuevos créditos de un Convento nuevo. Habia procurado estando su Excelencia en Sevilla, llevar consigo á la Venerable Madre, y como su Magestad la tenia para edificacion, y reparo de muchas almas, no quiso privar á Aracena de esta prenda. Vivió aquella Santa Señora en Sevilla con este dolor. Yendo á Ecija, quiso llevarla consigo: para que siendo allí Religiosa, fuese Madre á las que entrasen, Maestra á las Novicias, compañera ásu Excelencia, y ejemplo á todas. Era la voluntad de Ntro. Señor, que no saliese de su tierra, hasta el tiempo en que convenia: y como no se dispuso el ir á Sevilla, tampoco el ir á Ecija. Hicieron Priora á la Señora Sor Juana de la Santísima Trinidad, y queriendo Ntro. Señor darla el premio de su penitente vida, como habia hecho así entre el sayal del Convento, como entre las sedas de Palacio, la llevó para sí. Tuvo revelacion de su aprieto la Venerable Madre: y quisiera hallarse á la cabecera de su cama. Concedióle el Señor la visitase, y estando en Aracena, se halló en Ecija á su tránsito. Consolóse mucho la Santa Priora de verla. Teniendo tambien revelacion del modo maravilloso con que su hija se hallaba allí: y gozosa con su vista, entregó su espíritu en manos de su Criador, y su Esposo. Lo cual refirió la Venerable Madre á una persona muy su amiga, y muy sierva de Dios, haberla visitado, y consolado su Esposo en esto, y su gozo grandísimo, por haber visto ir al Cielo á su Madre la Santa Duquesa.

Por este tiempo vivia en Aracena Ignacio de Iriarte, famoso Pintor, cuyas pinceladas son admiracion á Flandes, y á Italia, pues no siempre se han de llevar los créditos de la Pintura, y hoy las desean en Sevilla con mucha codicia. Era amigo suyo Sebastian Pardo, Sacristan mayor de dicha Villa, hombre virtuoso, y que comunicaba muy de cerca á la Venerable Madre, y por eso deseaba tener un retrato suyo. Comunicaron los dos la forma que habria, para hacerle, porque ya se tenia por cosa averiguada, que no lo habia de consentir. Previno una lámina pequeñita, y llevó en una caja los colores. Entrando ambos juntos, empezó la sierva de Dios á mirar al Pintor con sobresalto, una, y otra vez, y á estar con inquietud, con tanta turbacion, que ni podia sosegar, ni le perdia de vista.

Sentóse Sebastian Pardo delante, y procuró el Pintor con todo disimulo, irle cogiendo los perfiles al rostro, ocultando la pintura, y mirando algunas veces á los cuadros de la sala, para mejor disimular su hecho. Ya no lo pudo sufrir la sierva de Dios, y les dijo: Ya sé á lo que vienen, ya conozco el intento que traen. El señor Ignacio trae allí recado para hacer un retrato. No han de hacer tal. Bien pueden volverse, y llevarse la lámina, y colores, que no lo he de consentir. Quedáronse admirados, de ver que su intento no lo sabia persona viviente, sino solo los dos: y era imposible haber visto cosa alguna, sino es que Dios se lo revelase. Con que desesperado Sebastian Pardo, saliéndose de la casa, dijo á su amigo: Esto es imposible. Esta muger es prodigio de santidad: ella tiene quien le revele lo mas oculto que se piensa. Y con esto cesaron del intento.

Casó Ignacio de Iriarte con Doña Francisca de Chaves, y llegándosele los dias del primer parto, como sin esperiencia en otro, empezó á afligirse. Fué á casa de la sierva de Dios, para que la encomendase á su Magestad, diciendo el cuidado con que estaba, con espíritu superior la dijo, que el parto seria algo recio, que tuviese confianza en su Magestad, que no peligraria. Diéronle los dolores tan fuertes, que se temió no escapara con la vida. Dos dias estuvo padeciendo terriblemente, y la última noche fueron á dar aviso á la Madre Trinidad del peligro en que estaba, y la poca esperanza que habia de su vida: á que de pronto quitándose el Rosario de la cinta, se le envió, para que se le pusiesen al cuello. Hiciéronlo asi, y al punto nació una hija que hoy vive, y quedó la Madre tan robusta, como si no hubiera padecido cosa alguna.

Cuando Jesucristo, Señor Ntro. favorecia á su Esposa, claro está que su Madre Santísima no habia de olvidar á su hija. Deseaba la Venerable Madre recibir á su Magestad en el Sacramento Santísimo del Altar, y cuando se ofrecian inconvenientes, para que no llegara á recibirle, sabia su Magestad venir á consolarla. Ya hemos dicho los casos en que esto le sucedió, y viniendo el hijo, tambien la Madre venia. Del Altar del Rosario venia la Santísima Imágen á visitarla, como Reina á su vasalla, y como Madre á su hija. Una noche pasando unas personas por la calle de su casa, repararon en que por la ventana salia mucha luz. Parecióles, que la de un candil,

no era bastante para clarificar tanto, y asomáronse curiosos á ver qué podia ser la causa, y vieron á Ntra. Señora del Rosario, asistida de muchas luces, y grande resplandor, y á la Venerable Madre postrada á sus piés en oracion. Bien tuvieron motivos para pensar que la Imágen de Ntra. Señora no la habian traido de Santo Domingo, y que la luz que veian era milagrosa. A la mañana quisieron confirmarse mas en ello, y preguntaron en Santo Domingo, si la Imágen de Ntra. Señora del Rosario la habian sacado de su lugar? Y sabiendo que no, y que solo la quitan de él para las procesiones del Rosario, confirmaron lo que habian visto, que Ntra Señora se le habia ido á su casa, á asistir á su hija, favoreciéndola con tan extraordinario milagro.

La devocion que la Venerable Madre tenia á aquellos tiernos misterios del Nacimiento del Salvador eran grandes. En los dias que la Iglesia Ntra. Madre los celebra, era tal su gozo, que andaba fuera de sí, y cada palabra que oia, cada cosa que veia, ó pensaba, la robaba los sentidos, y transportada perdia el uso de ellos. Refiere la Venerable Madre en su cuaderno, que una noche de Navidad, cuando estando oleada tuvo aquel rapto de nueve horas, vió el Nacimiento del hijo de Dios. Y como de aquí sacaba nuevos amores para su Magestad, se iba empeñando en amarle mas y servirle mas, y su Magestad en favorecerla.

Una noche de Navidad, considerando las mercedes grandes que Dios nos hizo, naciendo hombre mortal, y sugetándose á las inclemencias, y rigores del tiempo, y echándole mil bendiciones á la tierra, que tal mereció ver, quisiera hallarse en ella, para adorar la cueva en que el Redentor de la vida nació, y santificó con su presencia. Estando fervorizada en este deseo, quiso Ntro. Señor cumplírsele, y fué llevada á Belen, á la cueva donde nació él Niño Dios, vió, y adoró aquel sitio, y segunda vez tuvo revelacion del parto de la Vírgen Ntra. Señora, donde con sus ojos vió todas las cosas, y circunstancias que aquella noche pasaron. Adoró al Niño, á la Madre y á su Esposo San José. Dióles mil alabanzas, veneró aquella cueva, que tal dicha habia merecido, y habiéndola el Señor regalado con esta maravilla, fué traida otra vez á Aracena. No dió noticia de este suceso á nadie. Túvole siempre oculto en silencio, hasta que despues de muchos años le refirió á su

gran devoto el Jurado Cristóbal Lopez de Vergara, á quien comunicaba con profunda humildad muchas cosas, porque sabia que tenia pecho para conservar los secretos que le revelaba.

Los créditos grandes de virtud en que el Capitan D. Alonso Valera tenia á la sierva de Dios, y la esperiencia de las maravillas que Ntro. Señor obraba por su intercesion le daban ánimo cuando salia á las Campañas, y encomendándose en sus oraciones, iba animoso, y emprendia cualquier ocasion esforzado. Siempre que venian órdenes de recogerse la Caballeria á Badajoz, se despedia de su prima, y la decia: Prima V. rese por mí, que allá hay poco lugar de resar. Sí, sí, le respondia. Vaya con Dios, y sea buen Cristiano, fie en Dios que le traerá con bien. Ahora eran sus oraciones mas continúas, haciéndolas puesta en Cruz, y perseverando muchísimo tiempo por este fin, que causaba admiracion á su hermana, ver que tanto tiempo durase en esta penosa postura. Levantaba las manos como otro moisés, para que sus soldados peleasen, y conseguian por sus oraciones, no solo la seguridad en los riesgos, sino la victoria de sus contrarios.

Al tiempo de irse á la Campaña, cuando la batalla de Yelves, la dió un Rosario á su prima para que le hechase un cordon nuevo, y como si fuera reliquia especial, así la estimaba, por ser obra de sus manos. Habiendo puesto el sitio el ejército pusieron á Don Alonso Valera con su Compañía en el fuerte de Don Ventura de Tarragona, el ingeniero grande que han conocido estos tiempos, porque se temió que el enemigo habia de abanzar por aquel sitio. La noche antes de la batalla, se empezó el Capitan á pasear por el fuerte. Sacó el Rosario para rezarle, y pedirle á Dios le sacase bien de la batalla; y si en ella peligrase el cuerpo, no corriese peligro su alma, serian las diez de la noche, y se le quebró el cordon, con que la mayor parte de las cuentas cayeron al suelo, y no le quedaron en la mano sino muy pocas. Bajóse al suelo, por ver si podia recoger algunas: como la noche era oscura, y las cuentas menudas, que son de coyol fino, y menores que lo ordinario, no pudo hallar mas que dos, ó tres. Desconsolose el Capitan porque en siendo necesario pelear, se le ponia al cuello, y siendo dia de la ocasion el siguiente, se hallaba como sin armas, y en mucho cuidado con todo apeló para en amaneciendo recoger las cuentas que pudiese, si acaso el enemigo les

daba lugar de ajustar las cuentas. Puso el cordon en el suelo, y con ambas manos fué recogiendo sobre él toda la tierra que estaba al rededor, para que las cuentas que se habian perdido estuviesen allí mas recogidas, y buscarlas mejor, y dió órden á los soldados que guardasen aquel monton de tierra para que ninguno le pisase, ni llegase á él. Al romper del alba tocó el enemigo los clarines á ensillar, y el Capitan se levantó con el cuidado de su Rosario, porque ya oia que era menester. Al llegar á desenvolver la tierra, le halló todas las cuentas ensartadas, sin faltar ninguna, y el cordon tan sano, y tan sin rozarse, como si le acabaran de hacer. Dió gracias á Dios por aquel prodigio, y animado se le puso al cuello: y siendo así, que en su puesto fué donde pasó lo recio de la batalla, y lo mas peligroso, salió de entre las balas y armas, tan sin daño, como si estuviera en Aracena.

En la batalla de Olivenza, estaba en la tienda de Don Luis Marquez de Avellaneda, con otros Capitanes de Caballos, y para reposar un poco, se acostaron en el suelo los Capitanes, con la poca comodidad que trae consigo el estar en campaña. Juntó unos banquillos, y sobre ellos puso un peto, y espaldar, y por estar armado, le daban risa los Capitanes, de que habia de caer, ó que se habia puesto en alto, para que el enemigo le asestase mejor con la Artillería, pues las balas andaban tan cerca, que los inquietaban mucho. Apenas lo acabaron de decir, cuando llegó una bala gruesa, que pasando por cima del Capitan, le derribó en tierra, hizo pedazos el madero en que estaba la tienda, y pasó de largo, haciendo un estrago notable. Los que saben la violencia de una bala de Artilleria, que parece un rayo en los efectos que hace, saben, y ven cada instante, que ya que la bala no coja á un hombre, el aire solo que lleva deja lastimados á muchos, y baldados para toda la vida. Al ver caer al Capitan Valera, juzgaron que la bala si no le habia hecho pedazos, le habia muerto con el aire, llegaron á él y le levantaron tan sano y bueno, como si no hubiera pasado nada. Atribuyéronlo todos á milagro, y él como sabia quien estaba rezando por él en Aracena, conocia que aquellas mercedes que Dios le hacia, eran efectos de sus Santas Oraciones.

Derrotó el enemigo nuestro ejército, y quedaron derrotados los corazones de todos los Españoles, viendo los sucesos

de aquella guerra. Oh Cárlos, Dios te prospere, para que resucites de entre las cenizas de la muerte, los fuegos del primer Cárlos, y te vea el mundo montado en un caballo, pisar, y rendir á tus armas las Coronas rebeldes, como supo tu primer Cárlos hacer que sus armas se viesen tantas veces teñidas de sangre de enemigos á Dios, y á su Corona, y vean nuestros ojos verificada la observacion que de tí se esplica.

Sed Quintus, Quintum claro lumine suscitat.

Luego pues que hubo derrotado el rebelde de Portugal á nuestro ejército, llegaron las noticias á Aracena, como tan vecina, y en ella creció la novedad con sobresalto, recelándose en cada familia la muerte de padres, maridos, hijos, hermanos, ó deudos. Doña María Mateos, muger del Capitan Valera, estaba con el recelo de que no le hubiese tocado parte de la desgracia en el peligro de su marido. Al punto que sucedió tuvo revelacion del suceso la sierva de Dios, fué á casa del Capitan, y hablando en esto con palabras equívocas, les dabaá entender que su primo no habia peligrado. Su muger la argüia, diciendo, que se habian pasado ocho dias, que sucedió la batalla, y que ni tenia noticia, ni hallaba modo para saber de su marido, á que respondia la Venerable Madre: no, muerto no estará: puede ser que esté prisionero. Pero tampoco me lo parece. Ea, encomendarlo á Dios, que Dios le traerá. El concepto en que la tenian, y la esperiencia en estas cosas, hacia que con curiosidad la oyesen, y se atendiese á sus palabras. Luego entendió Doña Maria Mateos el concepto, y dentro de breve tiempo entró su marido bueno y sano, hallándose por verdad, que ni peligro en la vida, ni en su libertad habia padecido.

En una ocasion de estas, que el Capitan salia á la Campaña, yendo á despedirse de su prima le dió un bolsillo verde, diciéndole: primo, llévese este bolso para que tenga el dinero. Fuése á Badajóz, y de allí á su Plaza del Cerro, y en tiempos calamitosos, y de aprieto, jamas le faltó doblones en ella, y sucediendo no dar pagas en muchos dias, y en ocasion que los Cabos de mas puesto estaban pereciendo, sin alcanzar un maravedí, siempre tuvo oro en su bolsillo. Notólo por cosa particular, y como profecía de la Venerable Madre. Refirióme esto el Capitan, y con admiracion, y añadió: Despues de acabada la guerra, puse en el bolsillo unas reliquias muy de mi devocion: y despues me he visto en grandes aprietos, y he que-

rido valerme otra vez del bolsillo, porque tengo por cierto, que en él habia de darme Dios dineros: y he reparado bien. Y juzgando, que es tentar á Dios, y pedirle milagros, por eso lo he dejado, y lo dejo, teniendo por cierto, que para aquel efecto, y por correr mi seguridad por cuenta de las oraciones de mi prima, por eso me hacia Ntro. Señor mercedes.

CAPITULO XVIII.

Gracia particular que la Venerable Madre tiene en la poesia: y motivos prodigiosos que la excitan á esto.

Suele la naturaleza andar tan pródiga con algunos sugetos, que parece le faltan gracias que poder darles, habiéndolos enriquecido con cuantas le son posibles. Habia adornado á la Venerable Madre con una hermosura en su cara, no de las comunes, sí de la que pocas veces se hallan, y está tan cumplida en todas sus facciones, que no habia alguna que desdijese de la hermosa armonia de todas. Su entendimiento fué claro, y su discrecion notable. Y entre estas gracias la N. S. dió el realce de la Poesia, que sus versos en lo numeroso, en el espíritu, y corriente, pueden ladearse con los que celebramos de los Poetas grandes. Supo como Cristiana reducirlo para alabar á Dios, pues el Autor de la naturaleza dió las gracias á sus criaturas, para que en ellas, y por ellas fuese alabado su Criador. Solia estar hablando en su casa, y de repente se hallaba con materia que discurrir con el entendimiento, y amar con la voluntad, y descendiendo el concepto á la lengua, le pronunciaba en versos, que eran para alabar á Dios. Aun las conversaciones comunes, reduciéndolas á Dios, las solia poner en verso, para que la gracia se hermanase con ser escitativo de servir á Dios, ó el servicio de Dios se hermanase con esta habilidad.

Los contínuos achaques con que andaba fatigada, la tenian jubilada de las haciendas de casa, y cargaban todas en el cuidado de su hermana. Tenia contadas, y medidas las horas para el sueño, ejercicios, y oracion, y si tal vez se desvelaba, se iba con el pensamiento á buscar á su Esposo al Cielo. Llegábase la hora de levantarse, y decia á su hermana.

Levántate pereza,
Levántate, y reza.

Luego consideraba, que mientras estaba con aquellas enfermedades, cargaban todos los cuidados sobre su hermana, y que estos la traian tan alcanzada de tiempo, que aun no le tenia para el sueño, y que era bien dejarla descansar, para emplearse en el gozo de Maria, en el interin que su hermana andaba en los ejercicios de Marta.

Con sus ardentísimos deseos de unirse con Dios, mediante el Sacramento del Altar, muchas veces no hallaba quien la comulgase, y llamaba á Frai Juan Portillo, Religioso del Convento de Santo Domingo, y le pedia la Comunion. Un dia se sintió con un deseo vehementísimo de recibir á Dios, y llamó á este Padre muchas veces. Salió, y medio enojado la dijo: Es posible, que á todas horas ha de estar Comulgando? Todos los dias nos has de enfadar? A todas horas ha de estar con este deseo de Comunion? Debe de tener el estómago lleno de obleas consagradas. Como sabia que á todas horas necesita el alma de su Dios, y que á todas horas le ha menester rogar, pues no hay hora en que no nos haga mil favores, ponderando aquella palabra de obleas. Volvió á su casa, estimulada de un amor ardentísimo. Encaminó la oracion á su Sagrado Esposo, y hizo esta letra. La cual pongo aquí, imitando al que escribió la vida de la gloriosa Santa Teresa de Jesus, sin necesitar á que se lean: sino que como hay diversos espíritus en el mundo, el que le tuviere, y gustare de leerlos, los halle aquí, sin que tenga que desearlos, y el que no, pase las hojas.

Si Dios se pega al alma
Con una blanca oblea,
Qué mucho que la coma
Quien á su Dios desea!
Y si siempre desea
Verse con él unida,
Siempre andará buscando
Ansiosa esta comida.
Cual sierva herida ansiosa,
El alma enamorada,
El agua viva busca,
Sin reparar en nada.
No os espanteis mirando
La simple mariposa,
Que al fuego que la abrasa
Anda buscando ansiosa.
Estremos que no hace
Es de Dios providencia,
Que á quien ama en ausencia
Nada le satisface.
Muerta por Dios se halla,
Él, es quien la convida.
¿Quién deja de buscar,
Y apetecer su vida?
¡Ay! almas, que sabeis,
Qué es amor y deseo:
A mí no me culpeis,
Pues que tambien le empleo.

En aquella vision que tuvo, cuando Cristo Señor Ntro. se le apareció hecho Pastor, recogiendo las ovejas, y apacentándolas de sí mismo; considerando las finezas grandes con que favorece á las almas en el Santísimo Sacramento del Altar, dándose en comida, y costeando esta fineza, con todo el caudal de su amor, hizo esta, en verso heróico. Que no es necesario tener mucho caudal de espíritu para admirarla, ni mucho conocimiento de la poesía, para ponderar lo crespo de las voces, y la colocacion artificiosa de ellas.

Recostado entre espinas y entre rosas
Está Jesus, Pastor enamorado,
Guarda, cela, y repasta con cuidado
A las almas que tiene por Esposas.
No duerme, aunque se muestra con reposo,
Que el cuidado le tiene desvelado,
De aquella empresa fuerte á que ha bajado,
En que muestra su pecho generoso.
Será Pastor sin duda cuidadoso,
Pues Niño, tal amor tiene al ganado:
Los ojos se le van tras el cayado,
Y de ver que es su Cruz está gozoso.
Con pasto Celestial, y regalado
Sus dichosas ovejas apacienta:
Dale su carne mesma á la hambrienta,
Y la sedienta bebe en su costado.
Ansioso, y por los montes fatigado
Vá á buscar la ovejuela que se ausenta,
Solo de remediarla tiene cuenta,
No de verse de espinas maltratado.
Amor, que nunca puede estar parado,
Desnudo al Sol, y al yelo representa,
Rasgarse pies, y manos le contenta,
Y de verse herido en el costado.
De Cordero, en Pastor se ha transformado,
Y viendo la ovejuela macilenta,
Mordida de los lobos, ya sin cuenta,
Por estar casi muerta en su pecado:
Su vellocino blanco y aseado
La vistió, por no verla en tal afrenta,

En sus hombros la coge, y la sustenta,
Volviéndola al rebaño del ganado.

La metáfora que sigue en estos versos, se vé tan ajustada que no hay copla ninguna que esté menos viva, ni hay palabra, ni voz, que se aparte del asunto. Hizo otra, considerando á Cristo Señor Ntro., maltratado en su Pasion Santísima por nuestros pecados. Y siguiendo la metáfora del jardin, sigue con tan linda corriente, como profundo espíritu toda la letra.

En el huerto abundoso
De la cruel Pasion de mi amado,
Mi corazon penoso
Todo le hallé engolfado,
Y allí de sus tormentos lastimado.
Buscando á mi querido
Halléle por mi amor todo azotado:
Como es jardin florido,
Su cuerpo maltratado
Parecía un clavel disciplinado.
Las agudas espinas,
Que su cabeza hermosa taladraban,
Brotaban rosas finas
Con que la hermoseaban,
Aunque al manso Cordero lastimaban.
Los dos claros Luceros
Que á su Divino Rostro luces daban,
Dos nublados severos
Ví que los eclipsaban,
Con que ya á su hermosura amortiguaban.
Dos lirios ví en sus Labios,
Sus megillas brotaban mil violetas,
Los alhelíes varios
Entre blancas rosetas
De aquel Cielo son luz, Sol y Planetas.
Las cuatro rojas fuentes,
Y el estanque que sale del costado,
Corren tan vehementes
Por el ameno prado,
Que le dejan teñido, y matizado.

A este huerto llama
Cristo Jesus al alma su querida,
Cuando en su amor la inflama,
Si está descaecida,
Con esta fruta dulce la convida.
El árbol de la vida
Como está de estas aguas tan regado,
Dá fruto sin medida,
Tan rico, y sazonado,
Que á Dios con él le pagan de contado.
Aliéntese la Esposa,
Que quiere de su Esposo ser traslado,
No sea melindrosa,
Llegue, y coma un bocado,
Que ya la Cruz lo amargo le ha quitado.
Cobrará nuevo brio,
Que es fruta de calor, y de sustancia,
Desecha todo frio,
Destierra la ignorancia,
Y engendra en la virtud perseverancia.

Si el crítico de nuestros tiempos, y maestro de los ingenios, Lorenzo Gracian, tuviera á las manos esta letra, no tenia que buscar en tantos, y tan varios Autores como revolvió, mas textos, á su no bien ponderado Libro de Arte de Ingenios, que á esta sola. Pues en cada verso tiene cuantas consideraciones quisiera pensar, y en toda ella, y en la colocacion de sus coplas se halla con tan lindo arte, el exordio, progreso, conclusion, aplicacion, y metáfora, como si en esta facultad hubiera sido enseñada, y hubiera cursado mucho tiempo.

No tiene la Poesia camino alguno, que la Venerable Madre no anduviese, para ir por él, excitándose á amar á Dios. Canciones, Octavas, Décimas, Quintillas, Cuartetas, Redondillas Rimas, Tercetos, Madrigales, Endechas, Serventecios, todos los hacia con mucha elegancia. No escribo de propósito mas que estos tres, porque en ellos bastantemente se conocen la valentía de su espíritu. Solia estar en la labor, con su Madre, y su hermana, y como siempre procuraban emplear bien el tiempo, pocos ratos de él tenian sobrados para cosas del mundo, y todos eran de Dios. Dabánle unos impulsos amorosos, y

en el primer papel que hallaba, tomaba la pluma, y cuanto su corazon ardia, y su entendimiento pensaba lo escribia en versos. Si en su casa sucedia alguna cosa de disgusto, luego la quietaba, ó divertia el pesar, haciendo al asunto algunas coplas, con que los hacia olvidar el sentimiento.

Su gran devoto el Canónigo Don Juan de Salvatierra la comunicaba íntimamente: y con la experiencia que tenia de su pecho, y de su silencio, no dudaba algunas veces el comunicarle algunos favores que Ntro Señor la hacia: aunque por la mayor parte, segun era humilde, era necesario que los ruegos, y instancias hicieran el gasto á la comunicacion. No era su Confesor, era su especial amigo, y cuando el comunicar estas cosas, ha de ser motivo, ó para la reduccion de un alma, ó las alabanzas de Dios, ó animar á otros para que la sirvan, es consejo de su Magestad el que se digan. Así luzca, y resplandezca vuestra luz á los ojos de los hombres, que vean vuestras obras, y glorifiquen á vuestro Padre Dios, que habita en los Cielos, les decia por San Mateo. Véanlas para su ejemplo, mírenlas para gloria de Dios, y sus alabanzas. No dudó San Pablo de dar noticia de las revelaciones que tuvo. Bien sin rebozo habla del rapto que tuvo al tercer Cielo, donde le fueron mostradas cosas, que como no caben en ingenio humano el pensarlas, no se reduce á la cortedad de la lengua el decirlas. Muchas cosas le comunicó, y declaró á su devoto D. Juan de Salvatierra. Sabia la Venerable Madre los motivos de alabar á Dios, que de revelar estas cosas se seguian, y por consolarle, viendo que su espíritu se edificaba nuevamente, las declaraba: moviendo Dios su lengua para que las dijese, y no quedasen sepultadas las noticias en su profundísima humildad, y fuesen estas personas los arcaduces por donde llegaran á noticia de quien las escribiera, y supiera la Iglesia los hijos que en todos tiempos cria en ella la mano poderosa de su Esposo.

En una ocasion le dió noticia de una revelacion que tuvo, y los favores que Cristo Ntro. Señor la comunicó en ella. Escribiósela para su consuelo, y sin firmar el papel, le advierte, que luego que le lea le rasgue, y dice así:

Señor mio, el dia de la Santa Cruz de Mayo estuve algun rato recogida con la consideracion de los misterios que en ella se obraron. Quedéme suspensa, deseando unirme con el cruci-

ficado: y á esta sazon, me hallé en un monte alto, donde estaba una gran Cruz, y Jesus Nazareno bajaba por aquel monte abajo sin ella, con su túnica morada, su cabello largo, el rostro muy hermoso y apacible. Yo como le ví, quise ir tras de él, mas no podía alcanzarle: y con aquel ansia me pareció que mi mismo corazon se salió de mí, y volando se iba tras de aquel Señor, ó llevaba este mi corazon alas, y algunas sombras oscuras, como cuando pintan á las imágenes, que les ponen sombras negras. Paróse el Señor, y volviendo el rostro á mí, me dijo: que me abrazase con su Cruz, y allí perfeccionase mi corazon para que fuese morada suya. Con esto se fué, y mi corazon voló á la Cruz, y yo tambien quedé al pié consolada. Y volví en mí diciendo estos versos:

A la sombra de la Cruz
Descansa mi corazon,
Mientras llega la ocasion
De unirse con su Jesus.

Por la Cruz busco á Jesus,
Y por la Cruz le he de hallar,
Y si le quiero gozar
Tambien ha de ser por Cruz.

Y concluye el papel, diciendo: *Por ser cosa de la Cruz, y porque V. se consuele con ella en los trabajos, como yo me he consolado, escribo esta. V. lo lea, y rompa, y nadie sepa que es mio.*

Cantaré al Señor que me ha comunicado sus bienes, decia David, y haré Salmos, y versos al nombre altísimo del Señor. Por cualquiera beneficio que el Real Profeta recibia de su poderosa mano, le componia un Salmo, y en él explica así las maravillas que el Señor ha obrado, como el rendido agradecimiento con que se hallaba á ellas. Cuantas obras hizo de esta materia la Venerable Madre, eran todos efectos de los soberanos favores que de Ntro. Señor recibia: cualquiera de ellas que se lea, como en sí encierran mucha profundidad de conceptos, por ellos se rastrean los motivos particulares á que se ordenaron. Y por no hacer poético el libro, dejo en el tintero este tesoro, hasta que algun dia si Dios es servido, con la pluma mas bien cortada le saque á luz, imitando al Ilustrísimo y venerable Don Juan de Palafox y Mendoza, haciendo Escolias á las cartas de Santa Teresa en prosa. Y con su ejemplo me animaré á las de la Venerable Madre en verso.

CAPITULO XIX.

Amor que la Venerable Madre tiene á la castidad, evita muchas ofensas de Dios: y dá su Magestad milagrosa salud á muchos por su intercesion.

Los afectos amorosos que contínuamente tenia la Venerable Madre para Dios, la hacian que esta gracia prodigiosa de hacer versos la pusiese con todo magisterio en la música armoniosa de sus virtudes. Hacia tales consonancias con ellas, que todos gustaban de hablarla, todos de oirla, y verla. Consonaba sus amorosos versos á los bajos de su profunda humildad, con los tiples remontados de su altísima oracion, con los tenores de su paciencia, y sufrimiento, y á los contrabajos de contrarios visibles y invisibles, que la perseguian: y siendo la Maestra en estos ejercicios, contínuamente les echaba el compás con sus contínuas disciplinas, ayunos, y rigores. Entre todas las virtudes era la castidad la que la robaba el corazon: y como de tan tierna edad habia consagrado á Dios su cuerpo y alma, para vivir y morir con aquella pureza que el Señor tanto se agrada en los hijos de Adan, y es tesoro, dice San Pablo, que le tenemos guardado en vasos de barro frágil, que á cualquier golpe se quiebra, y es luz que cualquier viento la apaga: procuraba como Vírgen prudente estar contínuamente con el cuidado que ha menester vivir quien guarda un tesoro porque no le hurten ladrones: y quien conserva una luz, porque no la apage el viento. Era apacibilísima de condicion. Jamás hubo persona que la viese enojada: y en una ocasion hablando con Don Sebastian de Rioja, su grande amigo, le dijo: Jamás siento haberme enojado, ni descompuesto con ira: y cierto que si alguna cosa hay que pudiera hacerme destemplar es en materia de la castidad y pureza de cuerpo, y alma. Por cuantos oprobios hay en el mundo, pasaré. Ninguna afrenta, ni persecucion, que quieran hacer conmigo me daré por sentida: pero si tocante á esta virtud de la honestidad me hablasen, en esta perdiera la paciencia, y me enfureciera como una leona rabiosa.

Dolíase mucho, el ver la torpeza con que algunas personas se dejan llevar de este miserable vicio, gastando sus vidas, sus

haciendas, su fama, y su salud poniendo el alma con mas dolencias, que las que buscan á sus cuerpos. Quiso el Señor mostrarle quien es, y que tal quien así los arrastra (segun dijo al Jurado Cristóbal Lopez de Vergara) y mostrósele Satanás en una forma mas horrible, y mas espantosa que otras veces le habia visto. En esta ocasion vió á muchas personas, unas, que tapándose los ojos, huian de él por no verle, otras, que viéndole, y conociéndole, corrian desenfrenadas á buscarle. Dióle cuidado el ver, que aquellas almas tan á ojos abiertos quisiesen ir á abrazarse con Satanás, cuando otras tan tímidas huian de él. En esta duda le dió á entender el Señor, era aquel el espíritu de la fornicacion. Quien huia de él, eran las almas, que por no mancharse con los ascos, y abominaciones de tal vicio, tanto se recataban de verle, y por el contrario, los que apresurados corrian tras de él, eran los que olvidados de Dios, y de su muerte, y de su fama, vueltas las espaldas al Señor, que tanto padeció por curar sus pasiones, conociendo á quien servian, le iban á buscar, como si no le conocieran, y aunque tan feo, tan abominable, tan pernicioso, es por tantos lados, causando olvido de Dios, y de la muerte, desprecio de su reputacion, aborrecimiento en las gentes, vilipendio de sí mismos, cuidado en todos, y patrocinio en ningunos: comprando su gusto por precios tan escesivos, y envidiando el resto de sus almas, arrastra el Demonio, con todos, arrastrados le sirven, y arrastrando se van al infierno.

En una ocasion se dejaba llevar de este vicio una muger: y aunque su necesidad la habia puesto sitio para que se rindiese, con todo se resistia cuanto podia. Tenia necesidad de un manto, y proponíasele que si no lo ganaba á costa de su fama y salvacion, no le era posible otro medio. Engaño que persuade el Demonio, pues cuando da algo, es como cosa que viene por su mano, y apenas se posee, cuando se desaparece, y hasta ahora no se ha visto bien lograda hacienda, que en agrado del Demonio se haya adquirido, y es tan claro el conocerlo, como el mirarlo con los ojos del desengaño. Ya estaba la muger rendida á la tentacion, considerando, que solo aquel medio la podia dar remedio. En esta ocasion llegó una muger á la puerta de la sierva de Dios. No la conoció por entonces, y la dijo: Toma este dinero, y compra siete varas de anascote, que son menester para un manto. No te costará mas dinero, que el que

aquí te doy. Llévale á fulana, díla que remedie su necesidad, y que no ofenda á mi hijo. El gozo que sentia en el corazon, y oir aquellas palabras: *No ofenda á mi hijo*, le dió á entender era la Reina de los Angeles. Conoció á su Magestad, y dióle gracias por tantas misericordias. Compró el anascote, y llevóle á la casa. Quedó admirada la muger de ver revelado su pensamiento, que solo Dios sabia, y socorrida la necesidad que á su Magestad habia presentado. Y tomando de allí lecciones para adelante, vivió, y murió, como quien tan al cuidado de Ntro. Señor vivia.

Revelábale Ntro. Señor á su Esposa algunas ofensas suyas, y valiéndose de su discrecion, remediaba el daño, y no ofendia con la correccion como discreta.

Sucedióle á una persona vecina de Aracena, tener concertado un negocio, que no era nada en servicio de Dios, en una aldea una legua de aquella Villa. Era dia de fiesta, y habia de estar allá para hora señalada. Al romper el dia, tomó el camino, y pasando por la calle de la Venerable Madre, la veo que salia para venir á la Iglesia de Santo Domingo. Saludáronse, y fueron hablando al Convento. Llegando á la puerta de la Iglesia, la rogó la Sierva de Dios la hiciese favor de llamar con la campanilla de la portería, y la esperase, que tenia un negocio que comunicarle, antes que se fuese. Hízolo así, y esperó que abriesen la Iglesia. Entraron ambos, hizo oracion, y pidióle que llamáse á su confesor. Vino, y confesóse. Él, viendo que se le iba el tiempo, y que en esto se le habia pasado mucho, la dijo se quedase con Dios, que ya no podia esperar. Díjole la Venerable Madre: Pues dice V. que me estima tanto, y tan poco le merezco? Hágame favor de esperar á que mi confesor diga Misa, y yo Comulgue, y depues tratarémos lo que se ha de hacer: ó haga V. lo que fuere servido. Teníala mucho respeto á la Venerable Madre, y aunque en su interior estaba impaciente, disimuló cuanto pudo, y esperó. El confesor se detuvo mucho en salir á decir Misa, y no la dijo muy apriesa. Comulgó á su hija, y detúvose en oracion mucho tiempo. Levantóse, y vino á donde su caminante estaba, ya perdida la paciencia, y viéndola junto á sí, la dijo enfadado: Madre, V. ha hecho burla de mí, pues me ha detenido todo este tiempo, ya ha dos horas que ha salido el Sol. Ya he perdido el negocio á que iba: ya no tengo á que salir de Ara-

cena, ni ir á la Aldea. V. me ha impedido el viage. ¿Esto se hace con hombres blancos? Llegóse entonces á él, y poniéndole la mano en el hombro, con el semblante grave é imperioso, le respondió: es verdad que le he impedido el viage, pues á eso me levanté muy temprano. He salido de mi casa, á verme con V. y impedirle el que pasase adelante; y el estarme tanto en la Iglesia, ha sido rogando á Ntro. Señor le quitára ese pensamiento que llevaba. Quedóse confuso el hombre de verse revelado su interior y corregido. Y admirado, y con grandes esclamaciones la dijo: Válgate Dios, Madre Trinidad, solo Dios sabia mi interior, y tan claro me le ha dicho! Solo Dios conocia el fin de mi viage, y V. me le ha alcanzado, y le ha estorbado! Cayó en la cuenta de su yerro, y le dió muchas gracias por el beneficio. Pidióle encomendase muy de veras á Dios. Y si antes la estimaba mucho, fué mas desde entonces, y con mayor veneracion.

Por este tiempo quiso Ntro. Señor obrar una maravilla por la intercesion de su Esposa, sacando de los brazos de la muerte á una enferma, ó revocándola á la vida el deseo mas desesperado de conseguirla. Vivía en Zalamea la Real, doña Maria Diaz Rufo, muger de Pedro Fernandez Giron, la cual, demás del déudo que tenia con la Venerable Madre, era grande el amor con que la quería, y por esto la venía muchas veces á visitar. Ahora le aligeró los pasos el peligro, y fué: que bebiendo un poco de agua, bebió en ella una sanguijuela. Desde luego empezó á sentirla, y á padecer los tormentos que suele causar tan mala vecindad. Para haberla de sacar, trageron á la enferma á Aracena, y vino á casa de la Venerable Madre como á casa propia. Los remedios que la hicieron, fueron cuantos la medicina tiene discurridos: y como si estos fueran para que viviera la sanguijuela, y fuera creciendo, así parece que obraban. Pusiéronla una bacía, llena de agua, y movíanla, para que el ruido de su naturaleza la tragese, y jamás hubo en esto remedio. Y conociendo los médicos que la iba quitando por horas la vida, habiendo recibido los Sacramentos, la desauciaron. Veinte y un dias estuvo padeciendo, y ya desesperada de vivir, se disponia para la muerte. Llegó á ella la Venerable Madre, y empezó á pasarle la mano, desde el pecho á la garganta, y á pedirle á Dios diese salud á su enferma. Señor mio, decia, siquiera porque vino á mi casa; siquiera porque

vino á mi casa. Esto le proponia á su Esposo, como si fuera casa de sagrado, donde se eximian los enfermos de la jurisdiccion de la muerte. Y bien se le parecia, pues en ella dispensaba Dios sus rigores, como en los antecedentes, que se habian curado en ella. Apenas acabó su oracion, cuando á la enferma le dió un vómito de sangre, y envuelta en ella echó la sanguijuela, que habia crecido hasta una tercia de largo, y casi tan gruesa como dos dedos. Púsola la Venerable Madre en una redoma con agua, donde todos la vieron y admiraron. Conoció la enferma, que el llegarla la mano su prima, y sus santas oraciones habian sido el remedio de su vida, y oyéndola dar gracias á Ntro. Señor, la dijo: prima, mira que seas muy agradecida á Dios, que has estado en brazos de la muerte. De donde mas claramente infirió, que por su intercesion le habia dado Dios la vida. Pasando yo desde Aracena á Sevilla, me refirió este suceso, en el lugar de la Higuera, donde ahora vive, refiriéndole por milagro, y con veneracion de su prima, como si estuviera ya puesta en el catálogo de los Santos.

Con la eficacia que tenia en persuadir, no habia cosa, que en llegando á pedir no la consiguiese, y como sus palabras llevaban por alma á sus obras, con la admiracion de estas, eran aquellas tan vivas, tan venerables, y tan obedecidas, que cuantos la oian como á prudente, la veneraban como á Santa, y cuanto pudieran negarla como á discreta, no se atrevian á hacer la resistencia como á muger tan venerada.

Sebastiana Guerra Garzon, natural de Aracena, entre muchas ocasiones que padecia con Alonso Martin Carranque, su marido, por la poca consistencia, y estabilidad suya: una fué tan sensible para sí cuanto la circunstancia del tiempo era de mas dolor, en la resolucion de su marido, dejar á Sevilla, y sentar plaza de soldado de á caballo, en Zafra ó Badajóz. No hubo remedio para disuadirle del intento. Proponíale, que la dejaba viuda, con muchos hijos, pobre, y en tierra agena. Acordábale las obligaciones en que estaba, y como si las palabras y lágrimas de su muger y sus hijos, fueran alas para caminar, así aligeraba el viage. Con esta resolucion, se fué de Sevilla á Aracena, donde le vinieron siguiendo cartas de su muger para sus parientes, que habiéndole persuadido muchas veces, la enmienda que sacaba, era prevenirse de vestidos, y ropa para ir á sentar plaza. Con todo, escribió la muger á la

Venerable Madre le persuadiese, pareciéndole, que lo que sus palabras no alcanzasen, lo conseguiría el crédito grande que tenía para con su marido, y por uno, ó otro fiaba en Dios, que por los méritos de su Sierva, le habia de reducir á su casa. Tomó el negocio á su cargo, con las veras que solia encargarse de las necesidades agenas. Habló al hombre: propúsole el yerro que hacía, y las consecuencias que de él se seguian, con que acabándole de hablar, quedó tan trocado, y tan reducido á volverse á su casa, que era ya otro. Dejó los intentos de soldado, y volvióse á Sevilla, donde viéndole la muger, admiró su venida por conocer su resolucion, y mas en esta ocasion que en otra. Él confesaba de sí, que aquellas palabras de la Madre Trinidad se le imprimian con tal fuerza en el corazon, y convencian al entendimiento, tan sin dejar lugar al discurso, que sin ser dueño de sí, habia olvidado su resolucion, y la tomó de volverse.

CAPITULO XX.

Ejercítase la Venerable Madre en muchas obras de virtud. Dáse Ntro. Señor por servido en ellas y persecuciones que padece.

Para que la alteza de las revelaciones, que el vaso, é instrumento de eleccion San Pablo tenia, no se ensalzase, y Satanás no hallase por donde entrase á derribarle con la vanagloria, le dió el Señor un Angel de Satanás, y estímulo de un vicio tan torpe como él, para que el sobresalto del enemigo por esta parte, le hiciese á todas horas estar en centinela, y no le diese entrada. Observó Sor Ana de Santo Domingo, que siempre que su hermana ponia la mano en hacer alguna obra en servicio de Ntra. Señora, de su Iglesia, ó de los prógimos, se le seguia una pesadumbre, y esta era á medida de la obra: grande, si era grande, y pequeña, si la obra lo era. Acabáronse ya aquellos tiempos felices, en que la Venerable Madre podia sin embarazo egecutar en servicio de Ntra. Señora, los efectos de su ardiente corazon, y cada instante de gusto, habia de ser á costa de muchos sentimientos. Uno de ellos era el ver, que para vestir á Ntra. Señora del Rosario, era necesario que fuese registrada de todos, si se vestía en la Iglesia, ó que para evitar este inconveniente, se diese en otro, que era haberla de llevar á su casa, y queria hacer en la

Iglesia un apartado, que la librase de estos inconvenientes.

La Iglesia del Convento de Santo Domingo, corre de Poniente al Levante, ya hemos dicho es de tres naves. Tiene la puerta principal mirando al Occidente, en la nave de enmedio, correspondiente al Altar Mayor. Al lado izquierdo, en la nave del Evangelio, que es donde está en el testero, la Capilla de Ntra. Señora del Rosario habia un rincon frontero del Altar á los pies de la nave, y al lado izquierdo de la puerta, el cual no servia para cosa alguna, y si se atajara, fuera de provecho, y decencia para la Iglesia. Queria la Venerable Madre coger aquel pedazo, para recámara de Ntra. Señora, y tener en él su Reposteria, y vestidos, y vestir en él á la Santa Imágen, conque ni era necesario sacarla de la Iglesia, ni allí podia ser registrada. Consultándolo con el Prior, y Frailes, les pareció buen acuerdo. Solicitó las limosnas de todo lo necesario, sin que el Convento costease el valor de dos maravedís. Trajo los oficiales, y habiendo trabajado algunos dias, le pareció al Prior, que ya era aquel mucho ruido para el Convento, y una mañana, habiendo empezado á trabajar, les dijo á los oficiales dejasen la obra, y se fuesen con Dios. Ya venia la Venerable Madre de su casa á traerles el desayuno, y encontró á los oficiales, que se iban despedidos. Dijéronla lo que el Prior les habia dicho, y llevólos á su casa en el ínterin que iba á hablar al Prior, el cual viéndola se encolerizó de nuevo, diciendo se fuese á gobernar á su casa, que sus santidades tenian inquieta á Aracena, que ni el Convento necesitaba de sus obras, y que como hasta allí se habian pasado, se pasarian en adelante. Fué tal la rociada de pesadumbres que disparó el buen Prior, que á no traer vestida la armadura de paciencia, sin duda la hiciera desistir de la empresa. Llevó con paciencia la mortificacion, procuró con toda humildad reducirle, proponiéndole, que lo que se obraba, era hermosura, y conveniencia á la Iglesia, y especial servicio á Ntra. Señora: que antes lo podia haber estorbado, y no cuando se habia gastado tanto, y estaba ya la obra para acabarse. Sobreseyó el buen Prior en su imprudencia, y dijo, que si disimulaba con ello, habia de ser con condicion, que no habian de sacar agua del pozo del Convento, y que buscasen agua para la obra. Con mucha voluntad, dijo la sierva de Dios. Llamó á la gente, empezaron á trabajar, buscó un jumentillo con cántaros para

traer agua, y fuese á la fuente de la Zulema, celebrada por su agua dulce y delgada, y en ella henchia los cántaros, y con una niña que criaban en casa, fué trayendo toda el agua necesaria á la obra. Acabóse por Noviembre, y quisieron que Ntra. Señora estrenase su recámara, dia de Santa Lucía, en la ocasion que la visten para las Misas del aguinaldo. Concurrieron todos los Religiosos, y muchas personas seglares á llevar á Ntra. Señora á su nueva casa, y sin duda los trajo su Magestad, para que fuesen testigos de sus maravillas, y repararon en el olor tan suave que habia en ella. Admirábanse, y volvian á advertir en él, sin saber á qué cosa asemejarle. Uno de los Religiosos la dijo: Madre Trinidad, cómo se conoce, que para su fiesta ha traido de Sevilla buenos olores? Son pastillas? Díganos qué olor es este? Que no sabemos que sea. Sí, sí, respondió equívocamente. Ntra. Señora ha tenido cuidado de él. Bien sabia la gente de su casa, que tal olor no se habia prevenido. Por la mañana volvieron á poner á Ntra. Señora en su lugar, y si habia sido grande la fragancia del dia antecedente, ahora estaba la casa hecha un Cielo. Entonces la preguntó su hermana, que qué olor era aquel? A que le dijo: Qué ha de ser? Ntra. Señora por ser quien es, se ha querido dar por servida de esto que se ha hecho, y ha querido honrar á esta pobre habitacion, declarando su agrado por medio de esta fragancia. Démosle gracias á su Magestad. Duró el olor hasta despues de Navidad, continuando Ntro. Señor el prodigio que habia empezado. Cayó el Prior en la cuenta de su cólera. Reparó en la pesadumbre que habia dado á la sierva de Dios, por cosa que tan bien le estaba al Convento, y que debiera alegrarse de que así le adornáran su casa, sin costa alguna, y bien pesaroso de ello, le fué muy amigo de allí adelante, reconociendo cada dia el beneficio que habia hecho á la Iglesia en haber quitado un rincon tan feo.

Ya tenia Ntra. Señora andas en que la llevasen, vestidos que ponerse, cuarto donde vestirla y desnudarla, ahora le faltaba un retablo donde estuviese con Magestad y adorno, porque el sitio donde estaba, era un nicho muy humilde, y poco decente. Intentó hacerla un retablo, juntó limosnas, emprendió la obra, y para empezar bien, escribió á Sevilla al Canónigo D. Juan de Salvatierra, su gran devoto y aficionado, que le envió una vuelta de cadena de oro, que pesaba mil y quinien-

tos reales de vellon, y con tan buen principio, se alentó. Pagó al escultor, y sentó el retablo. La obra fué grande, y la pesadumbre que se le prevenia, no era menor. Faltábanle cuatrocientos reales para acabar de pagar al dorador: ya no tenia en el lugar á quien pedirlos, porque cada uno habia dado lo que podia. Quisiera vender alguna cosa de su casa, y la pobreza que en ella se pasaba, la habia quitado de cuidados. Discurrió seria bien echar un censo sobre la casa, y con este pensamiento se alegró, como si hubiera hallado un tesoro. Declaró el arbitrio á su hermana, la cual se sintió grandísimamente, así porque los que tiene no los podian pagar, como por ver lo imposibilitadas que se hallaban para todo. Las pláticas que tenian sobre esto, eran contínuas, y entre su sentimiento, solia caerle en gracia á su hermana el oir la sencilléz con que solia decir: hermana, Ntra. Señora te dé entendimiento para que tomes este censo. A que le respondia: hermana, mas fácil le es á Ntra. Señora el remediarlo, que el hacerlo nosotras. Hágalo su Magestad, pues sin que le cueste dinero alguno, ni quedar empeñada, lo puede socorrer. Iba y venia á Ntra. Señora, decíala su ahogo, la resistencia de su hermana al censo, y su poco posible, y que ya no tenia á quien pedirlo. Estando en este ahogo, se fué á la Iglesia, y puesta de rodillas á Ntra. Señora, le representaba todas estas cosas. Y como por medio de el Profeta Elías socorrió Dios á la viuda, á quien el acreedor queria vender los hijos, para hacerse pagado de sus déudas, socorrió Ntra. Señora á su Sierva, pues no padecia esta menos instancias del oficial, que aquella de la persona á quien debia. Lloraba en su oracion ternísimamente, y á esta hora entró en la Iglesia una muger, que sin hacer oracion, se fué á donde estaba la Venerable Madre, y la dijo: Madre Trinidad, ¿qué tiene? ¿por qué llora? A que le dijo: hija, estoy pidiendo á Ntra. Señora misericordia para mi alma. Dígame qué tiene? Volvió á repetir. A que le dijo: Has de saber, que tengo un empeño de cuatrocientos reales, y no hallo quien me los dé. Débolos á este hombre: él me aflige, y pido á Ntra. Señora me socorra. Pues vé ahí, dijo la muger, que Ntra. Señora la socorre. Dióla cuatro doblones que valia cada uno cien reales de vellon: y al punto se volvió a salir de la Iglesia. Volvieron á duplicarse sus lágrimas de gozo, dándole gracias á Ntra. Señora. Vino á su casa, y con el consuelo decia á su hermana:

Toma, necia, ves ahí el dinero; paga á ese hombre. Admiróse de ver aquella novedad, y preguntó, que ¿quién se los habia dado? Refirióla el caso, y quién era quien se los trajo. Hablaron con esta persona muchas veces, y Sor Ana de Santo Domingo, con disimulo la introdujo la conversacion, para ver si daba señas de haber hecho aquella limosna, y jamás la oyó hablar palabra que pudiese conducir á esto, ni por donde se pudiese presumir tal cosa.

Para haber de poner el retablo, fué necesario romper un pedazo de pared. Con la obra cayó mucha tierra y ladrillos. Era víspera de fiesta, y quisieron, que sentado el retablo quedase la capilla dasembarazada de aquella tierra, y toda limpia. Habia trabajado mucho la Sierva de Dios y su hermana en limpiarla: ya era tarde, porque anochecía, y era necesario, ó que entrase gente á ayudar, ó no habia de poder desocuparse. Estaba mirando un hermano lego, sin moverse á querer ayudar en algo, que cuando no fuera su obligacion, pudiera la caridad obligarle á ello. Díjole la Sierva de Dios: padre Frai fulano, hágame caridad por amor de Dios, y de Ntra. Señora, de ayudarnos un poquito, para que se acabe esto. El hermano lego se hizo desentendido, y como el cansancio iba quitando las fuerzas, llegó á él segunda vez, y le dijo: Padre mio, por amor de Dios nos ayude aquí un instante, que con brevedad acabarémos. Y como si al lego le hubiera dicho alguna afrenta grandísima, tal fué la tormenta de gritos, y palabras injuriosas que la dijo, tales las amenazas, tal su cólera, que con ser tan discreta, y ser indecible su paciencia, titubeó en esta ocasion. Quedóse turbada de lo que oia: su hermana, afrentada: sus sobrinas, avergonzadas; y tal el desconsuelo de la Venerable Madre, que en muchos dias no se enjugaron sus ojos, llorando las afrentas que el hermano lego la habia dicho. Las palabras no la lastimaron mucho, porque el testimonio de la buena conciencia, la escusaba del cargo: sintió que se arrojase á decir, que sus palabras y amenazas pasarian á obras, y haria con ella lo que suele amenazarse á una muger perdida. Acabaron su obra como pudieron, y vueltas á su casa, era en todas igual el sentimiento, y aunque le tenia mayor, procuró la Venerable Madre disimularlo, y alentar á su hermana. Al punto buscó una cosa de regalo que enviarle al hermano lego: y aunque como honrada sentia las injurias, las disimulaba como prudente.

No le sucedió así á otro que en menos ocasion tuvo mas motivo de arrepentimiento. Perdonósele á aquel, porque la injuria hecha á la Sierva de Dios, ella rogó á su Magestad le perdonase. No disimuló en este otro, porque tuvo circunstancias que tocaron en mas alto. Estaba una vez en la Iglesia vistiendo á San Blas: y para haber de ponerlo en su Altar mayor, necesitó de quien la ayudase. Llamó á un Religioso que entró en aquella ocasion en la Iglesia; y como si el ayudar á llevar el Santo, desdigera de su mucha autoridad, y gravedad, la volvió las espaldas. Llegóse la noche, y empezó á sentirse malo de la garganta; el achaque fué cobrando fuerzas: inflamóse mucho, encendióse en calentura, faltóle la respiracion, y con angustias tales, y tantas, que le pareció imposible llegar á la mañana. Conoció era castigo de Dios, por haber despreciado el colocar al Santo, por su mucha gravedad. Quiso Ntro. Señor pudiese llegar al dia siguiente, y avisaron á la Sierva de Dios, á toda prisa viniese á la Iglesia, donde bajaron al Religioso, tocóle el cuello, y encomendóle á San Blas, y luego al punto estuvo sano, con admiracion de todos los que se hallaron presentes, y que tuvieron despues noticia del caso.

El primor con que vestia á las Imágenes era causa de que casi todo el año estuviese ocupada en esto. Y si se llegaba la fiesta del Corpus, en que adornan para la Procesion todos los Santos, se multiplicaban las ocupaciones: tuvo ahora que vestir los mas de ellos, y entre las joyas que para esto habian buscado, trajeron cuatro sortijas de casa del Corregidor. Con la confusion se perdieron, y buscándolas con todo cuidado no fué posible hallarlas. Muchos dias se pasaron, volviendo cada instante á hacer la diligencia, creciendo mas el desasosiego, cuanto mas se buscaban. Dieron noticia á Don Bernardo de Quirós, su dueño: y estando la Venerable Madre, y su hermana con grande pesadumbre, antes él y su muger las consolaban. Buena satisfaccion tenian de ambas hermanas, y conocian que no seria culpa suya el no parecer. Pero el que otro tenga buen concepto de mí, no quita el que yo cumpla con las obligaciones de buena fama en que estoy reputado. Este cuidado las tenia bien desazonadas. Decíanlas sus dueños, que si parecian las tomarian, y que si no, no por eso tuviesen sentimiento. Preguntóles la Venerable Madre cuanto valdrian, y sabiendo que seiscientos reales, se congojó nuevamente. Volvióse á su casa,

y estando con la gente de ella, se movió la conversacion. Puso la Venerable Madre los ojos en una Imágen de Ntra. Señora, que tienen en su sala, y la dijo: Señora, por quien vos sois nos saqueis de este aprieto. Bien sabeis el gusto con que Don Bernardo, y su muger nos prestaron estas cuatro sortijas, y no será bien que habiéndolas dado para una ocasion tan santa como esta, se les pierdan. Él es pobre, tiene muchos hijos, y cantidad tan grande les hace mucha falta, socorrednos á todos, pues sois Madre de misericordia. Repararon todas en los afectos con que lo suplicaba á Ntra. Señora, y estando todas mirando á la Santa Imágen, vieron, que de debajo de la basquiña se cayó un papel. Llegaron á levantarle, y hallaron las cuatro sortijas que se habian perdido. El gozo que la Venerable Madre tuvo fué igual al desconsuelo que habia padecido, y la admiracion de todas, segun el caso lo pedia. Volviéronlas á sus dueños, que despues de muchos dias, sabiéndose el caso, decia el Corregidor, nunca se habia persuadido á que se habian de perder. Aquellos dias no cabia de contenta, haciendo versos á Ntra. Señora en agradecimiento del beneficio, y del ahogo de que las habia sacado.

Estos sustos la costaba á la Venerable Madre cuanto hacia, que sin duda era querer Ntro. Señor que estas buenas obras fuesen bordadas, ó esmaltadas con el mérito de su paciencia: y al mismo compás volvia el Señor la hoja haciéndola una merced: para que se vea, dice el Apóstol, que como abundan las pasiones, y trabajos, así abunda en nosotros el consuelo de Cristo, y balancea en nosotros tanto la alegria, cuanto fué pesada la tristeza. Quiso Ntra. Señora hacerla un favor al paso que la Venerable Madre la habia hecho un servicio.

Habia su Magestad estrenado un vestido amarillo riquísimo, y con el gozo que tuvo de verla así adornada, la suplicó diese salud á una niña que estaba enferma. El achaque era haber perdido el juicio totalmente, y siendo de once años, se ponia tan furiosa como si fuera hombre de cuarenta: con que su hermana, y su abuela se veian necesitadas á atarla en la cama. Supo el caso la Venerable Madre, y compadecida de él, y considerando el ser muy pobres, un Domingo, primero del mes, que salió Ntra. Señora con su vestido, la dejaron en la Iglesia hasta el Lunes por la mañana para desnudarla. Fué allá la Venerable Madre, y entonces pidió á Ntra. Señora con todo

encarecimiento, remediase aquella necesidad. A este punto se apareció Ntra. Señora á la niña enferma, que estaba acostada, y atada en la cama, y la abuela, y la hermana habian salido de casa. Díjola Ntra. Señora: Qué hay, Agustina? Mira que te vengo á dar salud. Pues señora (dijo la Niña) cómo me venís á hacer tal merced? Respondióla su Magestad: porque la Beata, me ha pedido por tí, y así levántate al punto. Replicó, que no tenia zapatos. A que Ntra. Señora la dijo. Pues ponte los de tu hermana Gerónima, que están debajo de la cama. Señora, la dijo entonces: no puedo levantarme, que estoy atada, llegó la Madre de misericordia, púsola la mano sobre la cabeza, y la dejó desatada, y se fué. Volvíase ya de la Iglesia la Venerable Madre, quiso llegar antes á casa de la misma enferma, y la vió estar á la puerta de la calle con las vecinas, admiradas de verla, y con mucha alegria. Al llegar la dieron noticia de lo sucedido, preguntaron á la Niña, que cómo venia Ntra. Señora? y respondió, que con el vestido amarillo. El cual no habia podido ver, por estar encerrada, ni ella jamás tal vestido habia conocido á Ntra. Señora. Con esto las alentó á todas á dar gracias á su Magestad, y para curarse de la sospecha de que por sus oraciones hubiese Ntra. Señora obrado aquel milagro, las exhortaba á que le fuesen muy devotas, pues á quien la llamaba con fé, y humildad, siempre acude, como Madre piadosa.

El celo de la casa de Dios, decia el Real Profeta, le habia consumido, y el que la Venerable Madre tenia, era tan pariente de aquel, que le tenia ocupada, la traia sin sosiego todo el dia, pensando qué haría para adorno de su santo Templo, y cómo dispondría á sus fiestas y aseos. No era esto solo, ni lo material quien la consumía, el culto de Dios, y la asistencia á su servicio, era quien mas vivamente la acababa. Cuanto su corazon se regocijaba con ver la solemnidad de las Fiestas, la música, y festejo, y sabía cuánto se asemeja este al que los Santos dan á Dios en la bienaventuranza, cantándole el Trisagio, y la victoria, y alabándole por sus misericordias, tanto se entristecia, viendo que faltaba este regocijo. Quiso el Señor consolarla en una ocasion, y fué: que cayeron enfermos todos los Religiosos del convento, sin quedar alguno que pudiese decir Misa, ni rezar las horas. Entraba en la Iglesia la Venerable Madre, y lloraba ternísimamente aquella soledad, y

ver que no habia quien alabase á Dios. Causábale pena, ver que estaba la Iglesia sola, y como melancólica, por falta de sus Ministros, y como Jeremías lloraba la falta de solemnidad en Sion, le parecia era este aquel tiempo, en que se lamentaba diciendo en sus Trenos. Lloran tristes las calles, y plazas de Sion, porque no hay quien las ocupe, viniendo á las solemnidades de su Templo. Sus puertas están por tierra: sus Sacerdotes dando gemidos: sus Vírgenes, pálidas y hechas un dolor: y ella consumida con el desconsuelo de su soledad. Con todo eso, cuanto era de su parte asistia, y animaba á las demás Religiosas de su hábito asistiesen á la Iglesia, para que en el modo que pudiesen, no faltasen las alabanzas á Dios, y por la vecindad de su casa, y su ardentísimo celo era la que mas asistia. Tocaron una tarde á Vísperas, fué á la Iglesia, y tomó su asiento ordinario frontero de Ntra. Señora del Rosario, arrimado á la columna de las que forman las naves. Reparó en que habia una Comunidad muy llena de Religiosos en Vísperas, y que acabadas completas, salieron en Procesion al cuerpo de la Iglesia á cantar la Salve, segun el estilo de la Orden de Santo Domingo, y no pudo conocer á ninguno, ni entre ellos vió á ninguno del Convento. Entonces le ocurrió al pensamiento, que aquello era cosa de arriba. Apareciósele Cristo Señor Ntro. y la dijo: Yo te agradezco el sentimiento que tienes, en parecerte no hay quien me alabe: pero sábete, que cuando falten vivos, se levantarán los difuntos, para que me alaben. Estos que aquí ves, son los que aquí han muerto, y suplen por los que están enfermos. Dejóla consoladísima la vision.

Acabaron la Salve con toda gravedad, y solemnidad, acompañando el órgano, rezaron las demás conmemoraciones, digeron el responso, que tambien se dice por los difuntos, y haciéndo señal el Superior, hicieron reverencia al Santísimo Sacramento. Esperaba la Venerable Madre, ver por qué puerta entraban, y de repente desaparecieron. Fué notable el consuelo que quedó en su alma, y dió muchas gracias á Dios por su Santísima Providencia, y de allí adelante si veia que no habia asistencia al culto Divino, con aquella presteza que ella quisiera, se consolaba, porque sabia que levantaria el Señor á los difuntos para alabarle, y cantar sus glorias, cuando para eso hubiese falta en los vivos.

Dos cosas dijo el Real Profeta en aquel verso. La pri-

mera, que el celo de la casa de Dios, le habia comido y consumido: y la segunda, que los oprobios de los que injuriaban á Dios, y le ultrajaban, habian caido sobre él. El celo que la Sierva de Dios tuvo, ya le hemos visto, y ahora se verá como le cayó sobre sí, y bien pesadamente por celar la casa de Dios.

Era Prior de aquel Convento, segunda vez el Presentado Frai Jacinto de San Miguel, y en un dia festivo, que habia mucha gente en la Iglesia, y era fuerza salir la Comunidad, le dijo á la Venerable Madre, que se quedase en la Iglesia, guardándola hasta que volviesen. La curiosidad humana, en pocas personas deja de tener su fuerza, y especialmente en las mugeres, cuando vieron, que el Convento estaba solo, se fueron entrando poco á poco por la puerta de la Sacristía, para verle. La cortedad de él, pudiera escusar la curiosidad: pues á la primera vista se registra todo. Vió que se iban entrando, y sin que gritos, ni instancias la pudiesen vencer, púsose á la puerta por donde habian de salir, advirtiólas la excomunion que habian incurrido, y con la muleta que traia por sus achaques, fué á algunas, tocándoles las cabezas, no con las fuerzas de enojada, sí con el celo de virtuosa, y el ánimo de que así hubiesen pasado por cima de una excomunion, por ver una cosa bien desengañada. Luego que hubieron salido, y viendo que no habia Religiosas que la cuidasen, no faltaron algunas pláticas, que en cualquiera parte no fueran buenas, y en la Iglesia indecentísimas. Por evitar inconvenientes, les dijo á algunos se fuesen á sus casas. No estaba apagado todavia el fuego del Convento, que si no echaba ahora las llamas que la Venerable Madre vió, no faltaban centellas. Algunas personas de las que habian sido comprendidas en la entrada, lo sintieron tanto, y lo murmuraron con voces tan altas, que llegó á oidos del Prior, diciendo, que la Madre Trinidad habia alborotado la Iglesia, que á palos habia echado de ella á la gente, y que á título de Beata todo lo queria mandar, y en todo queria poner su gobierno. El intento que tuvieron en estas quejas, fué que el Prior las supiese, y su cautela fué en callar la causa por que habia sucedido. Ahora resucitaron los odios antiguos, y volvieron á asestar nuevamente la artilleria, poniendo las balas de sus palabras en manos del Prior, para que las disparase. Al dia siguiente, que vieron venir á Misa la Venerable Madre, encendieron el fuego á todas sus máquinas, los que abra-

saban la casa de Dios, y la profanaban, y viéndola el Prior, disparó á la Venerable Madre, tal número de pesadumbres, y con tan grandes voces, y cólera que la dejó sin sentido. Como las Comuniones era el blanco adonde siempre habian tirado, ahora se volvió á renovar su malicia, diciendo, que por esto la habian antecedentemente quitado el que Comulgase, que la privasen de la Comunion, que si fuera virtuosa, no fuera inquieta, ni causara alborotos en la Iglesia. A todo esto estuvo con un silencio grande, ofreciendo á Dios su sufrimiento, y su paciencia. No faltó quien dijo, que todo el castigo que esperaban del Prior, se habia reducido á voces, y que mejor hubiera sido sentarla la mano, que mas eficaces fueran las manos de un mozo que las palabras de un viejo. Lo que debajo de esta palabra amenazaron, y dijeron, fué cosa que pasó el corazon de la Venerable Madre, por su honestidad, y cuando no fuera mas, que ser muger principal. Los decires que habia en el lugar eran muchos, por lo que habian difundido contra la Venerable Madre, los que eran culpados, y como el vulgo habla, segun le informan, sin hacer juicio de si será verdad, ó mentira, ya en el lugar la reprendian, unos de embustera, otros de hipócrita, otros de imprudente, pocos alababan la accion, porque á ninguno le habian dicho la verdad: y ya ni habia conversacion de Clérigos, corrillo de Seglares, estrado de mugeres, plática de unos, y otros, donde no se hablase, y hablase con desprecio de la Sierva de Dios, ni habia casa en que entrase, donde no la afeasen el hecho, diciendo, que solo porque hablaban en la Iglesia unas con otras (no diciendo con otros) habia alborotado á la gente, y callando el haber entrado en el Convento, sin decir, que esa fué la causa: intentaron que en todo tuviera la culpa, por limpiarse de ella. Llevó esta persecucion por muchos dias con mucha paciencia, aunque con grandísimo dolor, por ver que tan bien la quitaban el consuelo de su alma, en privarla de recibir el Santísimo Sacramento. Las lágrimas que este caso le costó, fueron mayores que las que en toda su vida habia derramado. Al punto que recibió el agravio se previno á su venganza, que era encomendarlo á Dios, y regalar así al Prior, como á los que habian cooperado en esto: reparó el Prior en su magnanimidad, al paso que debia estar mas sentida, y tomando de aquí luz para averiguar el caso, aunque despues de muchos dias tuvo clara

noticia de la verdad, y de la culpa que habian cargado á la Venerable Madre sin merecerlo, y de la paciencia con que le habia sufrido tanto, y tan malo como le dijo, y desde entonces muy pesaroso de creer tan de ligero, y de haber partido sin examinar la verdad, halló, que por envidia habia sido aquella sugestion, y temiendo el desengaño, la quiso mucho, y la favoreció con muy buen corazon todo el tiempo que allí duró siendo Prior.

Fué opinion muy recibida en Aracena, que la Venerable Madre fué dotada de espíritu de profecia: las esperiencias que cada instante tenian de esto, eran tantas, que las confirmaba la evidencia. Con esto la rogaban encomendase á Dios el buen suceso en sus necesidades, y tenian aviso de la voluntad de Dios en muchas cosas.

Enfermó el Licenciado Martin Alonso Garzon de Montenegro, Cura que habia sido por mas de cuarenta años en aquella Villa, y aunque se disponia á morir como Cristiano, y buen Sacerdote, el ser la vida tan amable, quisiera se le prolongase, si Dios fuese servido. Entró la Venerable Madre á visitarle. Díjola que estaba conforme con la voluntad divina: pero que rogase á su Magestad, le declarase, si aquella era su última enfermedad, y era llegado su fin. Despidióse, rogóle á Ntro. Señor lo que su encomendado le habia pedido, y dentro de tres, ó cuatro dias, volvió á verle. Al punto la preguntó el enfermo; Madre, hizo la diligencia que le dije? Y le respondió: Sí, si, ea Dios se lo quiere llevar. Tenga confianza en su Magestad. Pues si esa es la voluntad de Ntro. Señor, dijo el buen Sacerdote, hágase muy enhorabuena. Exhortóle á confianza en la divina misericordia, y desde aquella hora empezó con mas vivos afectos á pedir á Dios perdon de sus culpas, y murió dentro de breve tiempo, dejando muchas señales de su predestinacion.

A Don Dionisio de la Cueva, que hoy es Rector del Juzgado de Testamentos en Sevilla, le sucedió ir á Aracena á solo acompañar al Jurado Cristóbal Lopez de Vergara. Primer Domingo del mes vino al Convento de santo Domingo á la Procesion del Rosario. Para haber de salir la Procesion se dispuso de suerte, que le dieron el estandarte de Ntra. Señora, para que llevase, cosa que le admiraba, que por ser forastero se le diesen, y cosa en que tanto reparo se hace en las Cofra-

dias. Al volver la Procesion por junto adonde estaba la Venerable Madre, le dijo: Muy bien me parece que V. lleve el estandarte de mi Señora del Rosario, como si fuera vecino de Aracena: ahora no lo es, algun dia lo será. Reparó en las palabras, y cotejándolas con sus ocupaciones en Sevilla, le pareció cosa imposible. Pasáronse algunos dias, y habiendo vuelto á su casa sin este cuidado, tuvo órden superior para ir á Aracena por Administrador de las Alcabalas, y uno por ciento, y acordándose de lo que la Sierva de Dios le habia dicho, conoció ahora el cumplimiento de lo que habia dudado.

No fué solo este caso, otro bien particular le sucedió al mismo. Enfermó de unas tercianas dobles, que le tuvieron mas de sesenta dias en la cama. La enfermedad le iba acabando la vida, y los accidentes eran tan penosos, que ya se desesperaba de su salud: visitábale Bernabé Martinez, Médico de la Villa, y le previno, que se dispusiese como cristiano para caminar á la muerte, porque la enfermedad ya no dejaba esperanza de vida. Diéronle los Santos Sacramentos, hizo las diligencias que la Iglesia quiere en sus hijos. El dolor que llevaba en su corazon era ver, que moria en tierra agena, y dejaba á su muger con muchos hijos. El sentimiento de Doña Teresa María de Velasco, su muger, era tal, cual la atormentaban estos cuidados. Habia la muerte con un golpe de causar muchos, y muy sensibles dolores, y tuvo Ntro. Señor piedad de ellos. Entró la Venerable Madre á visitarle, y empezó á animarle, y á que tuviese confianza en Ntro. Señor, que le habia de dar salud. Madre, la dijo, pues qué esperanzas me pueden quedar de vivir? Pues segun estoy, es milagro el que no esté ya muerto. No hay que desconfiar, le dijo: salióse fuera del aposento, y entró á ver á su muger: animóla con las mismas palabras, y la dijo: Doña Teresa, la sentencia de muerte de su marido no está ejecutada. No le ofreciera de buena gana á Dios uno de estos niños, y será servido su Magestad de conmutar la muerte, No le ofreciera con buena voluntad uno de estos? Ay Madre? respondió la afligida muger: no uno, sino todos se los daré á Dios con mucho gusto, porque su padre viva. Tenia en brazos una niña de pecho, tocóla con la mano, diciendo: no todos ni cualquiera, esta, esta, que tiene segura su salvacion: despidióse la Sierva de Dios, y aquella tarde estuvo con otros niños entretenida en la puerta de la casa. Llegóse la noche en

que todos juzgaron que el enfermo habia de morir, y la muger cogió á la niña buena, y sana para haber de vestirla, y acostarla. En un instante al volverla el rostro arriba para vestirla, se le quedó muerta en los brazos. El caso hizo contrarios efectos en el pecho de su Madre: pues si lloraba á su hija difunta, tenia presentes las palabras de la Sierva de Dios, y con el concepto grande que tenia de su virtud, le parecia ser aquella señal de vida en su marido: y haciendo su oficio, el ser Madre, lloraba á su hija difunta, y á su marido no le veia sano. Con todo, no quiso darle noticia del caso, y aquella noche acostó consigo á la difunta á vista del enfermo. Siendo disposicion de Dios, para que á vista de la hija difunta, se revocase la sentencia de muerte en el padre. Luego que amaneció, la llevaron á casa de un vecino, desde donde se hizo el entierro. El repique de las campanas le dió á su Padre tanto cuidado, que no cesaba de preguntar, que qué niño habia muerto, que tocaban tanto las campanas? Cada golpe le daba en el corazon, y no sabia, que el tocarlas por la muerte de su hija, era repicarlas por su vida, y salud. Sosegáronle con decir habia muerto en otro barrio. Desde aquella hora empezó á tener mejoría, hasta que dentro de pocos dias, viéndole ya fuera del peligro, le dieron noticia de lo que habia sucedido. Y si como Padre sentia la muerte de su hija, como cristiano reconociendo el beneficio, dió gracias á Ntro. Señor por la dispensacion de su justicia, pues con tanta misericordia lo habia dispuesto, así llevándosela á ella, á que con los Ángeles le alabe, como dándole á su Padre vida, para que le sirviera. Y en casos de conocer ser dotada de especial espíritu de Profecia la Venerable Madre sucedieron tantos, como parte de ellos se han visto en todo lo antecedente, y en lo que se sigue, se verán muchos, y muy particulares, que lo manifiestan.

CAPITULO XXI.

Quiere Ntro. Señor castigar con peste á la Andalucia. Revela á su sierva el castigo. Devociones suyas, con que se dá su Magestad por servido, y por ellas libra á Aracena del contagio.

Nunca los castigos de Dios han sido tan repentinos, ni tan secretos, que su misericordia no haya prevenido á su justicia. Siempre que ha llegado á sacar la espada,

ha sido haciendo ruido con ella antes, y si acaso ha puesto la saeta en el arco, ha sido mostrándola primero, dice David, pues á los que le temen dió señas de su ira, para que huyan del arco ya armado, y sus queridos se escapen de sus rigores, y que el castigo dé en vago, habiéndose prevenido con la enmienda. Quiere castigar al mundo, y muchos dias antes le dá á Noé parte de su enojo. Intenta destruir á Ninive, y por medio de Jonás, les avisa del dolor que les amenaza. Oféndele el pueblo en el desierto, y quiere con quitarles la vida volver por su honra, infamada con la adoracion de un becerro, y le dice á Moisés, que no le detenga las manos, porque ha de esgrimir la espada, y degollar á todos los Idólatras, y cada instante se vé, que si ejecuta castigos, siempre su misericordia avisa de que viene la justicia, para que los ruegos, y oraciones le haga que vuelva las espaldas, que perdone á los culpados, y el rigor no pase adelante!

Muy enojado estaba Dios con Andalucía: sus pecados obligaron á su Magestad, á que con un azote como aquel pusiese freno á sus vicios, y aunque es verdad que se tenian merecido el castigo, no fué tan secreto en la ejecucion, que no diese noticia de ella muchos dias antes. Dióla á la Venerable Madre por un modo bien esquisito: en que si las revelaciones, y apariciones que hasta aquí dejamos escritas, son muchas y grandes, las que se siguen son tanto, que admiran: pues parece que todo el dia, y la noche no hacía mas que estar en un Apocalipsi contínuo, y se veia en la Venerable Madre el *conversatio nostra in Cœlis est*, que decia San Pablo, y las locuciones, y visitas del Cielo, parece no la dejaban un instante desocupado para las cosas de la tierra.

El Convento de Santo Domingo de Aracena, tiene por advocacion San Sebastian, y San Blás, cuyas hechuras tiene á los lados del Altar Mayor, que puso y compuso la Venerable Madre, y egercitando contínuamente su devocion, y curiosidad, las sacó de un rincon en que estaban maltratadas, y indecentes, y año de 1647, de limosnas que juntó, adornó la imágen de San Blás, haciendo de nuevo mitra, báculo, capa, y demás pontificial, no solo para entre año, sino de vestidos muy ricos para su fiesta, y las demás en que sale. Fué la peste de Sevilla á fin del año de 1648: y en el de 47, estando la Sierva de Dios un dia muy contenta mirando á la Imágen, se le apa-

reció el Santo vestido de Pontifical. No le conoció por entonces, y él la dijo, era su devoto S. Blás, que venía á agradecerle el bien que habia hecho á su Imágen, y á lo que habia trabajado, porque estuviese con decencia: que la agradecía mucho el haberla puesto donde todos la venerasen, y que por la devocion que le tenia, y el servicio que le habia hecho, así ella como todas las demás personas que la habian ayudado con sus limosnas, le habia puesto Dios por Protector de Aracena en la mayor necesidad que se le habia de ofrecer, porque su Magestad, habia de enviar un gran castigo de peste, que la mayor parte de él habia de caer sobre Sevilla, y que Aracena habia de nombrar á algunos Patronos, y entre ellos le nombrasen á él, que queria Dios reconociesen, que por él les habia de hacer mercedes, por haberle hecho Dios, Protector de el lugar. Díjole el Santo tambien, que encomendase á Dios aquella villa, y en particular al Estado Eclesiástico, porque estaban muy distraidos. Advirtióla de otras muchas cosas, dióla algunos consejos, y desapareció. Dentro de ocho ó diez meses, se dijo que en Sevilla se moría mucha gente, y que se hablaba era peste. Acordóse de lo que el Santo la habia dicho; á quien siempre rogaba alcanzase de Dios misericordia para todos. Crecia esta voz por instantes, confirmábase con las experiencias, y sabiendo que en todas partes se guardaban, hicieron en Aracena lo mismo. Acabóse de confirmar, y declaróse ser peste, con que en aquel lugar, por ser todo su comercio en Sevilla, necesitaron de poner mas guardas, viniendo todos con el cuidado que pide la ocasion.

Estando una noche en oracion, se le volvió á aparecer el Santo y la dijo: que ya se habia llegado el tiempo de la mayor necesidad que la habia dicho, y que aunque tenian puestas guardas en el lugar, que nada aprovecharia, si no acudian á Dios muy deveras, que ya el Cabildo andaba intentando el nombrar Patronos, que le nombrasen á él. Volvió en sí la Sierva de Dios del rapto en que habia estado. Parecióle, que si ella lo decia, no habia de tener efecto, y no osó decirlo á nadie, ni aun á su Confesor, por no dar á entender, que el Santo se le habia aparecido; y así se resolvió en callarlo, encomendando á Dios, y al Santo la necesidad que habia. Los Cabildos Eclesiástico y Seglar, disponian ahora nombrar por Patronos, á Ntra. Señora, cuya Imágen veneran en el Altar Ma-

yor de la parroquia, con título de los Remedios, á San Ginés Abad, á San Sebastian, y á San Roque. Un dia, antes que se entrase en el Cabildo en que se habia de acordar el dia para hacer el juramento, habia una fiesta en el Convento de Santo Domingo. Estando predicando, se le apareció el Santo otra vez á la Venerable Madre, y poniéndola la mano derecha en el hombro, la dió una estremecida, y riñéndola la dijo: que por qué no habia hecho lo que la habia mandado? Turbada le respondió: que no se atrevía á decirlo á un Cabildo, porque parecía demasiado atrevimiento el suyo, y no se daría crédito á lo que ella digese. Entonces la dijo el Santo: Díceselo á Don Sebastian de Rioja, para que lo proponga en el Cabildo, y si nó te atreves, díceselo á su hermana Doña Isabel, para que ella se lo diga: y con esto, desapareció el Santo. Bien le pareció á la Venerable Madre, que toda la gente de la Iglesia habian visto, y oido lo que habia pasado, por ser allí en público, y estar todos en silencio, por estar predicando. Reparó en que ninguno se habia inquietado. Conoció que ella sola era la que habia visto al Santo, y oido su correccion, y recado. Acabado el sermon, llamó al Prior, que era Frai Roque de Leon, á quien dió noticia de lo que le habia sucedido en todas las ocasiones en que el Santo se le habia aparecido. Tomólo por su cuenta, y la dió á Don Sebastian de Rioja, el cual lo propuso en Cabildo, y votaron al Santo por Patrono de Aracena.

Por el mismo tiempo quiso Ntro. Señor favorecer á esta villa, multiplicando sus misericordias, segun se multiplicaban los intercesores. Fueron las Santas Once mil Vírgenes, que proponiéndole á su Magestad la devocion que en aquel lugar las tenian, fueron cada una una Patrona y medianera con su Magestad. Fué el principio de su aparicion, que en el Convento habia una hechura de medio cuerpo, sin insignia que representase Santa alguna, y solo la tradicion la conservaba con nombre de Santa Úrsola. Teníale el pueblo devocion, y algunos años, en su dia, la hacian fiesta con sus Santas compañeras. Por no tener inscripcion alguna, ni insignia, ni haber hechura de el Angélico Doctor Santo Tomás de Aquino, la dió la Venerable Madre á un escultor, que la perfeccionó: hizo cabeza y manos, y de ella formó una Imágen del Santo. Desde la noche siguiente en muchas consecutivas, el breve tiempo que despues de su oracion se iba á acostar, le despertaban, sin sa-

ber quién, y no la dejaban sosegar. Ya la dió cuidado ver tal perseverancia, y una noche se le apareció Santa Úrsola con sus compañeras, y la reprehendió el que hubiese quitado su Imágen, pues por ello habia cesado la devocion en el pueblo, y se iba olvidando. Mostráronse enojadas, y la digeron, que para que la devocion volviese á resucitar, entre sus devotos juntase las limosnas que pudiese, y les hiciese un cuadro, y colocase en Altar; que ellas la favorecerian con Ntro. Señor. Vino su Confesor Frai Pedro Martir á Sevilla, y del cuadro que está de estas Santas en el Convento de San Pablo, hizo un dibujo, el cual dió la Venerable Madre al Licenciado Alonso Gonzalez, Pro., vecino de Aracena, que era famoso pintor, para que le hiciese. Concertóse la obra en quinientos reales, no queriendo llevar cosa alguna por su trabajo, sino solo el costo de los colores, lienzo y bastidor. Hízose el Altar, colocóse en él, acudiendo toda la villa con sus limosnas: hasta el mas pobre la dió, siendo en todos universal la devocion, y el gozo de ver hecho el cuadro de la pintura, y colocado en Altar propio, y en la Sierva de Dios mucho mayor, por ver logrados sus deseos.

Un dia estando en oracion se quedó elevada, y se halló en un campo muy grande. Miró al Cielo, y le vió abierto, y á Ntro. Señor Jesucristo muy enojado, que arrojaba un género de niebla muy melancólica, y triste, y inmediatamente bajaron grandísimo número de Vírgenes, que se pusieron en presencia de su Magestad, recogiendo en sí aquella niebla, sin dejar que parte alguna cayese á la tierra. Quedóse admirada de lo que veia, y llegándose á ella algunas de las Vírgenes, la pregunta una de ellas, si sabia qué era aquello que habia visto? A que respondió, que no podia entender qué significase aquello. A que le dijo: Sábete que Ntro. Señor quiere enviar al mundo un gran castigo de peste, porque le tienen muy ofendido; y que uno de los lugares donde habia de caer el mal, era Aracena, porque así estaba señalado. Que ella era Santa Úrsola, y que todas aquellas Vírgenes que veia por allí, eran las Once mil, que con ella habian padecido martirio por Dios, y agradecidas al afecto y voluntad con que habia solicitado hacer el cuadro, para que los fieles tuviesen devocion, y por la voluntad con que todos habian dado sus limosnas, se habian todas puesto delante de Ntro. Señor, para que no descargase su

justicia en Aracena, y que cuando oyese decir, que en otras partes habia el contagio, entonces se acordase de lo que allí habia visto, y no se olvidase en pedir á Dios misericordia. Con esto desapareció la vision, quedando muy consolada, y nuevamente devota á las Santas Vírgenes, cuya devocion persuadia con grande eficacia á todos, sabiendo la buena correspondencia que las Santas tienen.

Y porque ya que dijimos quien fué el pintor, se sepa tambien el retorno que tuvo de las Santas, aunque sucedió en otro tiempo, le pondremos aquí, por la conexion que tiene. Murió el Sacerdote, y la Venerable Madre le encomendó á Ntro. Señor Jesucristo, como lo hacia con todos los que pasaban de esta vida. Despues de algunos dias se le apareció el alma, y la dijo, que estaba agradecida, por la ocasion en que la puso, de que sirviese á las Santas Vírgenes pintándoles su cuadro, sin llevarle por su trabajo dinero alguno, y por la devocion que les habia persuadido tuviese con ellas, que por eso le habian sido muy favorables á la hora de su muerte, y tanto, que le habian importado su salvacion: y por la misericordia de Dios, y intercesion de las Santas, se iria á gozar de su Magestad, si le decian siete Misas de la Indulgencia que habia traido para el Altar de las Santas. Habia alcanzado la Venerable Madre una Indulgencia de Anima en su Altar, y dispuso Ntro. Señor fuese esta Anima la primera, por quien se dijo. Dió órden la Sierva de Dios, á que se dijesen, habiendo recogido limosnas para este efecto, y acabada la última Misa, se le volvió á aparecer, dándole las gracias de lo que habia obrado por su descanso, y se fué á gozar de Ntro. Señor.

Con el buen Protector que tenia Aracena en San Blás, y la intercesion de las once mil Vírgenes tenia afianzada con Ntro. Señor su salud: pero con la advertencia que no se durmiesen en la tormenta, cuando veian, que los vecinos se iban á pique. Temian que el Angel percuciente cuando pasase por sus puertas, no los pasase á cuchillo, y procuraban retocarse con la sangre del Cordero, frecuentando los Sacramentos de la Confesion, y Comunion, haciendo penitencias públicas, y ayunos solemnes. Veianse las Iglesias frecuentadas, los confesonarios asistidos, los hospitales remediados, reformadas las vidas, las calles ocupadas con procesiones, llevando en ellas las imágenes de mayor devocion. De dia habia estos ejercicios públicos,

de noche se hacian tan penitentes, como contínuos, y fueron tantos, que se necesitaron los Jueces á poner forma en ellos. Víase hecha una Ninive reformada, pidiendo á Dios misericordia, y que apartase de ellos el azote de su justicia, que por sus pecados le habian merecido. Era de admiracion ver á la Sierva de Dios exhortar, animar, y consolar á todos, y con lágrimas en los ojos predicar con mas eficacia que el Predicador mas fervoroso. Las rondas, y centinelas que habia en el lugar eran vigilantísimas: y como si Dios no guarda la Ciudad, dice el Profeta, en vano se cansa el que la ronda, y la guarda: quiso el Señor mostrar que su rigor podia pasar, sin ser sentido por medio de las guardas, y que su misericordia habia apagado el fuego por los ruegos de sus intercesores.

En casa de Don Esteban de Rivarola, veinticuatro de Sevilla, tenian una criada natural de Aracena, devotísima de la Imágen de Ntra. Señora del Rosario, la cual cada instante estaba predicando sus milagros, y persuadiendo su devocion. Y como en aquel tiempo á todas acudian los afigidos, y mas á aquellas por quien Ntro. Señor obraba sus misericordias, para alcanzar la intercesion de su Magestad, la enviaron un vestido de tela encarnada, muy rico. Vino envuelto en un lienzo, y al mismo tiempo, queriendo hacer un vestido á San Blás, pidió Frai Pedro de Zea, Religioso del Convento de Santo Domingo á su hermana Doña Jacinta de Zea, que vivia, y vive en Sevilla, le enviase la guarnicion de oro para el vestido del Santo. Llegó todo esto á la viña del Convento de Santo Domingo, que está una legua de Aracena, en el camino de Sevilla, donde por el peligro de estar apestado, desenvolvian de noche la ropa al sereno, para que se refrescase del contagio. No fué tan secreto el caso, que no supiese de él la justicia, y jurídicamente requirieron al Prior, que dentro de un término muy breve hiciese quemar el vestido, y demás cosas, y que de no hacerlo, darian órden para que se hiciese. Vió Don Sebastian de Rioja á la Venerable Madre, y con la amistad que la tenia, la dijo: Es posible Madre, que nos haya de poner en estos riesgos? Vé cómo andamos para guardar el lugar: y anda V. por traernos acá la peste? Ea calle, le respondió, fie de Dios, que la peste no llegará acá. El concepto grande que tenia de su virtud, y los prodigios que en sí, y en sus parientes habia Ntro. Señor obrado por su intercesion le embargaron la ejecu-

cion de quemar la ropa, y fiado en su palabra con que la habia asegurado la salud, dió paso para que entrase la ropa á casa de la Sierva de Dios, y decia: No es posible que Dios por este medio nos traia tal castigo. Era víspera de una fiesta grande, y deseando Sor Ana de Santo Domingo estrenase San Blás su capa, quiso aquella noche trabajar en ella. Al desenvolver el galon, con el aire que la dió, la causó grandísimo dolor de cabeza: encendióse en calentura ardentísima, pasó aquella noche con muchas fatigas en el corazon, y un frenesí grande, y á la mañana se halló tener ya una landre, y conoció tener ya la peste en casa. Sin dar noticia á persona alguna, se fué al Convento de Santo Domingo. Confesóse generalmente, y Comulgó, teniendo en su intencion fuese por Viático. Lloró su pena, y desconsuelo á Ntra. Señora del Rosario, y á su nuevo Patron San Blás. Volvióse á casa, y se escondió en un rincon de un sótano, para que allí fuese su mal mas oculto, ya que era en todo contagioso. Vino su hermana en su busca, y hallándola, la dijo se apartase, porque estaba herida del mal. Cogióla por la mano, subióla á la sala, y la dejó acostada en la cama. Sentia gravísimamente el mal, no por su hermana, sino por verle ya dentro de Aracena, y el temor de que no se pegase á otro, porque si de su casa saliese, tenian los que no la querian bien, motivo para nueva persecucion. Fuése á la Iglesia, y púsose en oracion, á Ntra. Señora del Rosario. Pasó luego al Altar Mayor, donde está San Blás. Hízole cargo á su devoto, que pues el Cielo le habia señalado por Protector de Aracena, y especialmente para esta ocasion, y que demás de eso, su hermana habia enfermado, por acudir á vistir á su Imágen, que mirase esta causa con ojos de piedad, y alcanzase de Ntro. Señor no muriese de este mal, por el daño que se podia seguir de esto. Entonces la habló el Santo, y la dijo: No temas. Es verdad que tu hermana está herida de la peste, por haber llegado á aquella guarnicion, y ropa: y para que conozcas, y estimes á Ntro. Señor sus misericordias, cuando vuelvas ahora á tu casa, la hallarás de todo punto buena, sin que persona alguna sepa, que por ella ha pasado semejante achaque. Volvió á su casa, y halló á su hermana sin calentura, ni achaque. La landre se habia resuelto, y quedó tal, como si por ella no hubiera pasado tal enfermedad. El gozo que tuvieron en aquella casa, fué notable, porque las circunstancias que acompa-

ñaron al suceso, cada uno por sí pedia nueva consideracion, quedando nuevamente obligadas al Santo, y agradecidas á su intercesion, y ruegos.

CAPITULO XXII.

Dispone Ntro. Señor que su Sierva empiece á tratar la fundacion del Convento de Religiosas: casos que en esto suceden.

La tribulacion tan grande que causó la peste con cuantos lugares la padecieron, y especialmente en Sevilla, fué tal, que si en alguna cosa de esta vida se verifica decir, que el silencio es quien lo pondera mejor, es en esto. Solo quien le vió, y pasó por ello, podrá decir parte, y en esto baste decir, que el oirlo atormenta tanto el corazon por las lástimas que sucedian, que no hay oidos que sufran la relacion de tanta calamidad. Huyendo de ella salieron de Sevilla diversas familias á buscar los aires frescos, y tierras mas templadas, que no padeciesen aquella epidemia. Muchos se fueron á los lugares de Sierramorena, que como mas frescos, y de aires mas puros estaban mas seguros de este influjo. Como Aracena gozaba del sagrado que Ntro. Señor la habia concedido, por la intercesion de sus Santos, quiso su Magestad que algunas familias de Sevilla gozasen del que los de Aracena gozaban. Entre ellos fué Cristóbal Lopez de Vergara, Jurado de Sevilla, y su muger Doña Antonia de Ontineros, el Licenciado Pedro Calvo, Capellan Real de la Capilla de Ntra. Señora de los Reyes, y Juan Bautista Laso Mogrovejo, Contador de la casa de la Contratacion. Llegaron á 25 de Abril de 1649 á una aldea, una legua de Aracena, donde les hicieron pasar la cuarentena, y por Junio les dieron licencia para entrar en la Villa. Díjose luego en el lugar los trabajos grandes que habian pasado en el campo. Era la asistencia del Jurado ordinariamente en el Convento de Santo Domingo, donde oia Misa, y asistia á los oficios divinos, veia en ellos siempre á la Venerable Madre, y las noticias de sus virtudes, luego llegaron á sus oidos. Cobróle grande afecto. Este se continuó con las visitas, y la amistad de una casa á otra, fué el lazo con que unió Dios estos estremos, para ir disponiendo la fundacion del Convento, que tantos años antes la habia Ntro. Señor revelado.

Todo el tiempo que allí estuvieron, con las conversaciones contínuas que tenian, se ofreció hablar del estado de las Religiosas Terceras, que el vulgo llama Beatas. Díjoles el Jurado, que habiendo tantas, cómo no se recogian en una casa donde vivieran en comunidad, pues el instituto de las Religiosas mejor se ejercita en la vida comun, que en la particular? Este aviso bien le conocian las Madres, pero la falta de medios, y el ser necesario tanto para encerrarse las detenian. Esto quedó en este estado, sin dar mas paso adelante. Publicóse por julio la salud, y volviéronse á Sevilla.

No se habia olvidado Ntra. Señora de la fundacion de su Convento, de quien tantos años antes habia revelado á su Sierva, y para dar por otra parte aviso del gusto suyo y de su Hijo en la fundacion, la reveló tambien á su Sierva Lucía de la Ossa, de cuya vida hemos hecho mencion. Algunos años antes que muriese, estando tegiendo en su telar, llegó á su casa una muger peregrina á pedir una limosna. La muger que vivía en su casa, cuando la vió, se quedó admirada de ver tal hermosura: entró presurosa á dar la noticia para que saliese á ver la peregrina, y díjola Lucía de la Ossa, que en el ínterin que la veia, subiese á un aposento alto de la casa, y bajase un ochavo que estaba en tal parte para darla limosna. Al punto que la vió conoció á quien era: no quiso darse por entendida, porque habia quien la oyese: púsose de rodillas en la puerta para hablarla, y la dijo: seais bien venida, Señora: seais bien venida. Señora, de dónde venis? A que la dijo: vengo de la gran Jerusalen. Señora, la volvió á preguntar: y á dónde caminais? Vuelvo, respondió, á la gran Jerusalen. Reparó en el báculo que traia, y mirándole con atencion, dijo: ¡ay Señora, y qué báculo tan bien labrado traeis! Mírale con cuidado, la dijo, y cuenta esos nudos. Contólos y dijo: Señora, quince he contado. Pues esos son, respondió la Peregrina, los misterios del Santísimo Rosario, y en honor y reverencia de ellos, se ha de edificar en esta villa, un Convento de Religiosas, donde yo sea especialmente reverenciada, y mi Hijo servido. Pues Señora, cuándo será ese dichoso tiempo? preguntó: respondióle, cuando fuere la voluntad de mi Hijo. Señora, volvió á replicar; será de aquí á diez, ó veinte años? Decidme cuando, respondió: ya te he dicho, que cuando fuere la voluntad de mi Hijo. Y con esto se despidió. Ya habia corrido la voz de la Peregrina her-

mosa, y se venia despoblando la vecindad por verla. Llegó mucha gente á la casa, y no la hallaron. Buscáronla por las calles circunvecinas, donde forzosamente habia de estar, y no pudieron verla ni hallarla. Quedó Lucía de la Ossa, gozosa con la visita de la Peregrina, y deseosa de ver cumplido aquel tiempo. Comunicólo con la Venerable Madre, cuyo corazon quedó nuevamente esforzado, pues veia que así confirmaba Ntra. Señora su gusto con tan estraordinarios favores.

Ya parece queria Ntro. Señor se fuese cumpliendo en esto su santa voluntad, que tantos años antes, y tan repetidamente le habia prevenido. Para él, habia ofrecido el Jurado Cristóbal Lopez tres mil ducados, y por no perder esta ocasion continuó la Venerable Madre escribirle desde Aracena. No se quietaba su espíritu un instante, tenia muchas conferencias con las demás Religiosas, y tanteando la hacienda de cada una, y haciendo una suma de todas, y con unos mil ducados que habian quedado de una Religiosa que murió, se hacía la cuenta de cinco á seis mil ducados, corta cantidad para una obra tan grande. Con todo eso no desconfiaba la Sierva de Dios, esperando en su Magestad habia de poner en efecto la obra como la habia puesto en deseo. Llegóse el mes de Setiembre de 1653, y le fué fuerza al Contador Juan Bautista Laso volver á Aracena. Dióle noticia de su viage á Cristóbal Lopez, el cual sin tener que hacer allá, le dió un deseo vehementísimo de ir á acompañarle, y volver á ver á la Venerable Madre. Llegando á Aracena, se fueron á posar á su casa, que los recibió gustosa, quizá anunciándole el corazon, que era llegada la hora en que se habia de dar principio á ajustarlo. Volvióse entre todos á hablar en que las Religiosas se recogiesen. Dijo la Venerable Madre la cantidad que entre todas se juntaba, y que era poco, á que dijo el Jurado, que si con los tres mil ducados que habia ofrecido antes podía ayudar, los daría con mucho gusto. Ya le pareció á la Venerable Madre que con esta cantidad tenia la plata del cerro del Potosí. Dió noticia de ello al Prior del Convento, confirióse la materia entre los Religiosos, hablaron diversas veces con el Jurado, para ver si ya que hacía aquella limosna, quería alargarla, y ser Fundador de el Convento? A que se resistió por los gastos tan grandes que el ser Fundador trae consigo, y porque su hacienda entonces no podia rendir tanta cantidad. Como las cosas mas conferidas, se saben me-

jor, y esta era disposicion de Ntro. Señor, se fueron tomando diversas formas en el negocio, y en cada una, una disposicion admirable. No eran pocas las instancias á Ntro. Señor, y á su Santísima Madre, las oraciones de la Sierva de Dios, ahora andaban mas fervientes, y ayudándolas con penitencias, rigores y mortificaciones. Andaba en estos dias mas trabajada por el Convento, que si tragera á hombros todos los materiales de que se habia de fabricar. En diversas cantidades que se fué alargando, llegó hasta doce mil ducados, y un dia, viniendo á Santo Domingo á oir Misa, hallóse que salia á decirla Frai Pedro Mártir Moreno, Confesor de la Venerable Madre, y que le esperaban las dos hermanas á oirla, y acabada, volviendo á tratar el negocio, dió palabra de cumplir la que siempre habia dado delante de Ntra. Señora, y que sería Fundador del Convento, y ayudaría en todo cuanto sus fuerzas alcanzasen, y dejando ajustado esto en esta forma, se volvieron á Sevilla.

Parecióle á Satanás, que esto iba de veras, y que la fundacion del Convento se iba ajustando, y con los recelos que siempre tuvo de obras semejantes, procuró obrar en esta, como habia obrado en las otras. Los medios que tomó fueron diversos, de que iremos haciendo relacion en muchos casos.

Por este tiempo dieron en Aracena los vecinos en festejarse unos á otros en tiempo de Carnestolendas. Convidábanse las familias de parientes unos á otros, y como de cada linage habia muchas, y en los tres dias no podian cumplir todos con los convites, al otro año tomaban la fiesta algunos dias antes. Emularon este festejo unos á otros, y ya no solo habia los convites entre parientes, sino entre amigos, y camaradas: y para que anduviese la rueda por todos, empezaban las Vísperas de Carnestolendas dos meses antes. Todas las cosas de esta vida por la mayor parte empiezan bien. Nuestra flaqueza á quien con su malicia toma el Demonio por instrumento para viciarlas, y sacar fruto, es quien las echa á perder. Pues si ellas se conservaran en los principios que tuvieron, ni se multiplicáran tantas leyes para reformarlas, ni fuera necesario predicar mucho para corregirlas. En estas ocasiones, en estos convites habia ya la enfermedad, que en todas las cosas del mundo, porque habiéndolas el Demonio hecho mal de ojo, perdieron aquel lustre, aquella modestia, y dieron lugar á que teniendo el Demonio su ganancia, el que mas se festajaba, quedase mas per-

bo respuesta del Rey Ntro. Señor, y de su Consejo, estuvo el Marqués depositado, y como el vulgo solo se rige por las voces que oye, sin mas examinarlas, habiendo conocido que el Marqués habia tomado el hábito, sonó habia sido diligencia de los Religiosos, y como en esta vida vemos que no hay nadie que esté bien visto de todos, y vemos que Cristo Señor Ntro. tuvo tanto que padecer de los que envidiaban sus glorias, y su Colegio Apostólico tuvo tanto que sufrir de los que no le eran afectos, resucitaron ahora algunas pasioncillas, y con capa de celo, ó tomando por capa la del Marqués, se veian sus Religiosos atribulados. Fué esta ocasion en todo semejante á la que en Nápoles padeció la Religion de Predicadores con la Condesa de Aquino, porque su hijo Tomás se habia hecho Religioso, cargando á los Frailes ser ambicion suya, lo que habia sido devocion del Conde Tomás. Difundióse luego al punto en todos los Conventos esta noticia, y todos encomendaron á Dios el suceso para que su Magestad inspirase lo que mejor estuviese. Era Prior del Convento de Aracena el Presentado Fray Cristóbal de Alvarado, hijo del Convento de Sanlúcar, tuvo noticia del caso, y dijo á la Sierva de Dios: Madre, sepa que ha hecho Ntro. Señor estos dias un gran favor á la Religion, y á esta Provincia: ahora ha tomado el hábito en el Convento de Málaga el Marqués de Quitana. La ciudad está alborotada, encomiende á Dios al nuevo Religioso, para que si le conviene serlo le dé su Santo espíritu, y si no libre á la Religion de pesadumbres, que se pueden temer de este caso: oyó las razones del Prior, y al punto se sintió con un gozo extraordinario. Vuelta á su casa no cabia de contento, dando gracias á Dios. Encomendóle á Ntra. Señora del Rosario, y salió con nuevas alegrias: tanto era lo que en esta materia hablaba, tanto lo que le alegraba, y tanto lo que decia, que su hermana la dijo: por cierto hermana, que quien te viere con ese regocijo, entenderá que te importa mucho, que el Marqués haya dejado el mundo, y se haya hecho Religioso. Calla, calla, la dijo entonces, demos gracias á Dios por este favor que hace á la Religion, y á nosotras, que algun dia verás que nos es de mucho provecho. Cómo ha de sernos de provecho estando en Málaga? le dijo. Si fuera Prior en Aracena, pudiera así entenderlo. Ea calla, le respondió la Venerable Madre: en Aracena, y mas que en Aracena. Tú lo verás, encomiendalo á Dios, que le dé su

espíritu; y algun dia verás los favores que nos hace. Vino resolucion del Rey Ntro. Señor, que restituyesen al Marqués al Convento, y que le dejasen ser Religioso si gustaba.

Los progresos de su Ilustrisima por pertenecer á la historia especial de la Provincia, por eso los dejamos ahora, y algun dia saldrá á luz dándonos Dios vida, y salud: ahora solo referimos lo que es inevitable para este punto. Por estar cerca Aracena, y la opinion de las virtudes de la Venerable Madre volaba ya por muchos Conventos de la Provincia, con facilidad llegaron á los del Reverendisimo, que despues de haber leido artes en el Convento de Malaga, vino á Sevilla, al Convento de San Pablo, por Maestro de Estudiantes. Los años de 152, 53 y 54 que estuvo en Sevilla, la comunicó por cartas hasta que yendo á Málaga por Lector de Teología, con la distancia cesó la frecuencia de ellas, y cesando ahora, fué, para que las que se siguiesen, fuesen mas eficaces á los intentos de la sierva de Dios.

Por la competencia que habia entre los señores Duque de Medina de las Torres, y Don Luis de Haro, sobre el Estado de Aracena habia mas de diez y seis años, que aquella Villa, ni su tierra no se habia visitado. Hallábase en Sevilla el Licenciado Don Gerónimo de Avendaño y Gamboa, á quien el Rey Ntro. Señor habia enviado año de 1651 en prosecucion de ciertas comisiones. Y siendo el negocio árduo, y la visita bien intrincada, necesitaba de un hombre práctico en el gobierno, y de buena conciencia. El Consejo Real le mandó fuese á visitar á esta Villa, y ser su Gobernador: fué á principio de Junio de 1651, y acabó su oficio, dejando inmortal fama de su gobierno en aquella tierra.

No puede estar la luz tan oculta, que no se manifieste por algun resquicio, ni las virtudes de los justos son tan á escondidas, que no se sepan. Muchas veces las manifiesta Dios á quien sabe estimarlas, para que tengan la recompensa de lo que padecen con las mariposas, que envidiosas tiran á pagar sus lucimientos. Al punto que Don Gerónimo de Avendaño llegó á Aracena, tuvo noticia de la sierva de Dios, y de sus virtudes. Procuró verla, y hablarla, y con pretexto de que encomendase á Dios los aciertos en su gobierno, tuvo puerta para una amistad íntima con la Venerable Madre: y con haber conocido en diversas partes de España muchas personas es-

pirituales, y grandes siervos de Dios, dice, nunca vió persona que le admirase, así en el modo de hablar, como en lo místico el magisterio, profundidad, claridad y brevedad, con que se explicaba. Era humildísima, y aunque su espíritu se regocijaba de hablar en estas cosas, pues para el que ha gustado qué cosa es Dios, esto solo le sustenta, en esto tiene gusto, y las cosas que no son de esta materia, las habla como forasteras, y las deja como estrañas. Conocia el gusto con que el Gobernador la oia, y temiendo no la tuviese en gran concepto, por verle así hablar, muchas veces se recateaba, otras veces la dejaba irse engolfando en la conversacion, y antes que hiciese este reparo, y por escusar la pena que habia de tener, si volvia sobre sí, daba un corte á la conferencia, para dejarla entablada para otro dia, y ir gozando de aquellos buenos ratos.

Con los calores grandes que aquel año se padecieron, y falta de nieve de aquel lugar, que ayuda á sentirlos, á quien está habituado á gastarla, le faltó la gana de comer al Gobernador, tan apriesa, que se temió mucho mal. Hiciéronse cuantos remedios se supieron para restituirla, y ninguno bastó. Íbase secando, y la melancolía crecia, por ver que ningun remedio aprovechaba. Ya sabia los prodigios que Ntro. Señor obraba por la Venerable Madre, y que á muchos enfermos habia Ntro. Señor dado salud por su intercesion. Fué un dia á visitarle, y díjola lo que padecia, y la pena con que estaba. No se desconsuele V. le dijo la sierva de Dios, que Ntro. Señor le dará remedio. Volvióse á su casa, y le guisó una polla, y se la envió, diciéndole, que comiese, que esperaba en Dios le habia de saber bien. Al punto que vió, y olió el guisado, se sintió con buena disposicion para comer. Empezóle á gustar, y cuando antes no podia comer cosa alguna, ahora no le quedó cosa alguna por comer, y desde aquella hora, jamás sintió en su estómago flaqueza alguna, entendiendo que aquel habia sido el único remedio á su salud, que hoy le refiere, no sin admiracion, y ponderando la virtud de la sierva de Dios, que por sus méritos le quiso así socorrer.

Vivia en el Convento de Santo Domingo de aquella Villa el Padre Fray Mateo de Santa Maria, hoy predicador General, y Colegial en el de Regina Angelorum de Sevilla. Padecia un dolor de estómago rabioso, y ya no sabia qué remedios hacer

para curarle, porque ni cálidos, ni frios bastaban. Queríale mucho la Venerable Madre, y sentia mucho verle padecer, y mas sabiendo que habia mucho tiempo que le padecia tan sin esperanza de sanar. Un dia estando en la sala de su casa, le apretó el dolor, y se vió obligado á acostarse sobre unas almohadas de asiento. Despues de algun tiempo que así estaba padeciendo, entró la Sierva de Dios, y le dijo: Hijo Fray Mateo, qué es eso? Madre, la respondió, estoy rabiando con este dolor. Ea, confianza en Dios, que no ha de ser nada, le dijo, y puso la mano sobre el estómago. Al punto se sintió bueno, y como si le quedára la mano alzada contra el dolor, jamás le ha vuelto á perseguir.

Acabada la visita y residencia, se volvió D. Gerónimo de Avendaño á Sevilla, no sin mucho sentimiento de perder de vista á persona que miraba con ojos de tanta veneracion, y por quien entendia que nuestro Señor obraba muchas misericordias. Quiso su Magestad se le ofreciese una ocasion en que mostrase descubiertamente el pecho de su humildad, el cual fué medio, para que mas profundamente se radicase en el concepto de que esta era Esposa muy amada de Cristo.

Tenia la Venerable Madre un sobrino, que se llamaba Juan Moreno de Peraza, el cual era Alférez de infanteria de la gente de Aracena. Vino á Sevilla, y en Triana en la posada, se le ofrecieron unas palabras con otra persona, de donde resultó el llegar á las manos. Y como el Demonio no ha olvidado sembrar cizaña, para que se pierda la cosecha de Dios, no faltó quien heredando sus papeles, le dijo que habia quedado mal en no vengarse, porque le habian dado una bofetada, y que viviría sin honra toda su vida, hasta que tomase satisfaccion. Con esto, partió á Aracena buscando á su enemigo para matarle. Súpolo la Sierva de Dios, llamó al sobrino, y con tales razones le redujo, y tales cosas le dijo, que olvidado del agravio como político, redujo su venganza á Dios como cristiano. Supo el caso el Capitan de su compañía, y porque no habia vengado el agravio, le quiso quitar la bandera, y darla á otro. Para esto, escribió al conde de Villaumbrosa, Asistente de Sevilla, á quien como Capitan General de la gente de aquel reino, pertenecía conocer de esta cáusa, para que como á hombre indigno de puesto militar, le quitase el que tenia, y proveyese el puesto en otro. Las razones con que el Capitan acompa-

ñaba su intento, y ponderaba el duelo de su milicia, eran tales, como si no hubiera Ley Evangélica. Supo la Venerable Madre que el Capitan habia escrito á Sevilla, y como sus consejos habian reducido á su sobrino, á que se quedáse sin venganza, temió ahora no fuesen causa de que se quedase sin comodidad, y escribió á D. Gerónimo de Avendaño. Muchas veces explica el ánimo mejor sus conceptos por la pluma, que con la lengua; y aunque es verdad que la elocuencia de la Venerable Madre era mucha en sus palabras, ahora parecia haberle bebido el espíritu á Crisóstomo: y cuando hubiera mucho olvido en los hombres de los consejos de Cristo, para perdonar agravios y enemigos, sin quitarle á Dios y á la Justicia el derecho de la venganza, solo con las razones de la carta pudiera reducirse á la memoria. Admiróse D. Gerónimo de verla, y alentado de un fervoroso espíritu, fué á ver al Conde Asistente. No quiso proponerle su ruego en mucho rato, hasta que se ofreció ocasion, en que le dijo, que estaba embarazado con una queja que le habia dado un Capitan de Aracena. Hízole relacion del caso, y preguntó: que qué sentia en ello? A que le respondió: señor, mi parecer es, que si vacara el puesto de Capitan de esa compañía, yo se lo diera á ese Alférez. Admiróse el Conde de su respuesta, díjole le diese razones por qué llevaba aquella opinion? Y introduciendo las de la carta de la Sierva de Dios, y proponiéndoselas, se veia en aquella letra muerta hacer tanto efecto, como si la que las escribió estuviera persuadiéndolo con sus palabras. Quedó convencido el Conde, y al punto respondió al Capitan no innovase cosa alguna en aquel negocio, porque habia conferido el caso, y en lugar de castigar al Alférez, porque no se habia vengado como soldado, se le habia de premiar, porque habia procedido como cristiano. Con que se inquietaron los que habian intentado derribarle, y premió Dios su paciencia, con lo mismo que intentaban fuese su castigo.

Son los hijos dulces lazos con que se unen entre sí estrechamente las voluntades de los padres, porque cada uno es el compuesto donde se ven juntos los estremos, y donde cada uno mira su semejanza: y como es el término de el amor de cada uno, quiérense mas amistosos entre sí, cuanto tienen término donde se une este amor, y cuanto mas alegres viven, si tienen fruto de bendicion en su matrimonio, tanto padecen de des-

consuelos, si Dios no se le dá: porque como todas las cosas criadas apetecen su conservacion, el árbol en el pimpollo, la flor en el fruto, el padre en los hijos todos buscan su perpetuidad: y considerar que mueren sin hijos, que en sí acaba su memoria, sin tener en quien renacer, y no gozar lo que Dios concede al ave, al pez, al árbol y á la planta, es un tormento que aflige al corazon. Ya habia algunos años que estaba casado el Excelentísimo Sr. Conde de Villaumbrosa, con la Excelentísima Sra. Marquesa de Quintana, Condesa de Castronuevo: y viendo que Ntro. Señor no les daba sucesion, y que habia de espirar sin ella una casa tan grande, este cuidado fatigaba con contínuas tristezas sus corazones. Un dia, fué D. Gerónimo de Avendaño á visitarles, y el Conde le dió parte de su desconsuelo. A que le dilo: V. E. no se fatigue, que en Aracena vive una Religiosa Tercera de Santo Domingo, muy Sierva de Dios y mi amiga. Yo le escribiré lo suplique á Ntro. Señor. Escribióla, ponderando el sentimiento de aquellos señores, y el que una casa tan grande quedaba sin sucesion, propuso todos los motivos, y pidióla lo rogase á su Magestad con todas instancias. Respondióla la Venerable Madre: «la súplica »la tengo por agradable á Ntro. Señor, de quien espero que »será servido de concederla. Yo, aunque miserable pecadora, »se lo suplicaré y fio en su Magestad há de dar hijos á esos »señores.»

Dos cosas dice. La primera, que la súplica era agradable á Ntro. Señor: y la segunda, que daria hijos, hijos en plural (como se vé verificada la profecía.) Gozoso con esta carta, la llevó á que la viese el Conde. Fió en su Magestad le concedería el efecto de sus peticiones, y como su Magestad es misericordioso, y quiere ser rogado; y mas si se juntan á nuestras peticiones el empeño de sus amigos, se conoció el efecto de las oraciones de la Sierva de Dios, y el cumplimiento de su profecía, pues en breve tiempo se halló haber concebido la Condesa: y siendo esto á ruegos de la Venerable Madre, fué el feliz parto intercesiones de los Santos con Dios, acudiendo á consolar á estos señores por las oraciones de su Esposa, como mas adelante diremos.

Iba el Demonio muy á deshora de la noche en la carroza: podia presumirse, que el ir cansado le vencería á que se acostase á dormir, y estuviese quieto todo este tiempo: como no

tiene descanso, sino perpétua inquietud y tormento, y nos le procura, y en esto tiene librado su miserable consuelo, y la habia amenazado que se la habia de pagar. Vió ahora la suya, así para vengarse de la Venerable Madre, como para impedirle este Convento, que tan caro le ha de costar. No hubo piedra que no moviese contra su fama. No hubo lengua que descausase contra su reputacion. Sabiendo que trataba de Convento, no se tenia por bien entendido, quien no enjuagaba la boca á todas horas con esta murmuracion. Quién ha metido, decian, á esta Beata en fundar convento? Quién ha imaginado semejante desatino? Dónde tiene Aracena posible para nueva fundacion, y mas de Monjas? Que esta Beata no acabára ya de ser inquieta, y de alborotar el lugar? Allá ha ido á los de Sevilla á ponerlos en cuidados, y á ponerlos en una obra, que ni saben lo que les ha de costar, ni la han de poder conseguir. En estos embustes suyos, en estas locuras, y desatinos tienen la culpa los Frailes, que no la ponen juicio, para que no cause alborotos, ni revuelva la República. Si iba á consolarse con sus Religiosos no habia quien la pudiese ver. Si entraba en casa de amiga, pariente, ó conocido, la cerraban la puerta. Ninguno la queria ver por su casa. Aquella estimacion, y aquel crédito de su virtud, aunque no se habia apagado, no era tan ardiente como antes: y con razon pudiera acompañar los sentimientos de David á los suyos, cuando decia lamentándose, que amigos, y prójimos se habian armado y fortificado contra él. Los desconsuelos exteriores que tiraban á derribarla eran tan fuertes, que á no tener el Espíritu del Señor, que la fortificaba, hubiera desistido de la empresa. Callaba, padecia y sufria, y cuando todo el mundo se le habia puesto en arma, solo tenia el rincon de su casa, donde descansar, y en la Iglesia: aquí con su Esposo Sacramentado, y Ntra. Señora del Rosario, que la habia puesto en este empeño, y en casa con su hermana y la familia.

Una cantidad tan gruesa como doce mil ducados, es golpe que en la hacienda mas corpulenta hacen mucha falta: y aunque el deseo del Jurado era grande en la fundacion, era necesario comunicarlo con Doña Antonia de Ontiveros su muger, para que ambos diesen esta cantidad, pues la hacienda era de ambos. Cuando la muger supo el empeño en que su marido se habia puesto, lo sintió mucho, y procuró disuadirle

de él, cerrándose con decir, que si su marido gustaba de hacer el Convento, diese la parte que podia: y pues tenia ese espíritu, que sirviese á Dios con él, pues hasta aquella hora su Magestad no la habia tocado el corazon para desposeerse de su hacienda, y quedarse pobre, por fundar un Convento, donde ni habian de ser Religiosos, ni le habian de gozar. Que no se hablase mas en ello, porque era imposible el conseguirlo. Persuadiala ser tan en servicio de Dios, deciala las virtudes de la Venerable Madre, á quien su Magestad tomaba por instrumento: y que si la conociera, se le aficionára de suerte, que la habia de dar toda su hacienda, y en todas estas conferencias solo sacaba el cansarse, sin conseguir ningun fruto.

Parecióle al Jurado, que por estar la Sierva de Dios en Aracena, y jugar solo con noticias, era pelear con balas flojas, y que viniendo á Sevilla, y conociéndola su muger, el trato, la amistad, y el tiempo vendrian á conseguir, lo que ahora era imposible efectuar. Escribiólo á la Venerable Madre, y aunque conoció era buen medio, y necesario, no se atrevió á efectuarle, porque la tiraban el freno las murmuraciones de Aracena, que viéndola puesta en caminos á una muger criada toda su vida en los ejercicios de Religiosa, sin mas comercio, ni tratos que su casa y Iglesia, ir ahora á Sevilla á negocios tan forasteros de su ocupacion, y á poner por obra lo que tanto la habian censurado, habian ahora de desplegar las velas para hacerla cruda guerra. Con todo eso escribió al Jurado Cristóbal Lopez comunicase el negocio con el Maestro Fray Luis de Espinosa, Calificador de la Suprema, y Provincial que entonces era, para que diese la licencia para ir á Sevilla, porque sin ella no podia salir de su casa, y juntamente la mandase por obediencia ir allá á poner en práctica estos negocios, para que así tuviese mérito en ello, como para poder dar satisfaccion al vulgo, de que su viage no era buscado por sí, sino mandado por sus Prelados. Informóse el Provincial de la importancia del caso, y de las virtudes de la Venerable Madre, y conociendo que su venida á Sevilla habia de ser el medio único para la consecucion, la mandó venir por obediencia en veinte y seis de Setiembre de mil y seiscientos y cincuenta y seis. Donde ahora la veremos mudando climas, mudar de fortunas, teniendo en Sevilla tantas y tan varias, que solo en ellas pudiera conocerse la inconstancia de las cosas de esta vida, y

la poca duracion que tienen así en el bien, como en el mal.

CAPITULO XXIII.

Viene á Sevilla la Sierva de Dios, y la suceden en ella cosas notables.

Los trabajos que la gloriosa Madre Santa Teresa de Jesus padeció en sus fundaciones, las contradicciones, murmuraciones, pesadumbres, necesidades y ahogos, y los que la Sierva de Dios padeció en esta, y por tiempos tan continuados, fueron tan semejantes á aquellos, como fué semejante el amor de una y otra para Cristo su Esposo, y el celo de la salvacion de las almas, y de la honra de su Magestad. Y como á la Santa Madre se le ofrecieron muchas ocasiones en que se egercitára su paciencia, y constancia, moviendo á este paso los corazones de muchos devotos suyos, de quien la Santa hace relacion en sus fundaciones, que la ayudaban, así tambien se ofrecian quien á la Venerable Madre la persiguiese, y quien inspirado de Dios la ayudase.

Luego que tuvo licencia, y mandato del Provincial, se puso en camino para Sevilla, y vino á posar á la casa de el Jurado Cristóbal Lopez. Ya habia dos años que faltaba de Sevilla el Ilustrísimo D. Frai Alonso de Santo Tomás, á quien escribió á Málaga su venida á Sevilla y que en ella le faltaba el consuelo que pudiera tener, para que hallándole en aquella ciudad la favoreciese: y como le habia Dios dado á entender cuando el Reverendísimo tomó el hábito que la habia de ayudar mucho, y serle de mucho provecho, luego que recibió su carta empezó á tener cumplimiento su Profecía. Alegróse mucho de que hubiese venido á Sevilla, para que estando allí, pudiese con mas facilidad agenciar este negocio. Era Asistente de Sevilla, el Excelentísimo Señor Don Pedro Niño de Guzman, conde de Villaumbrosa, y así por el déudo, como por la amistad que tenia al Conde, y Condesa su prima, escribió desde Málaga el Reverendísimo, que á la Venerable Madre la favoreciesen y ayudasen en cuanto tuviese necesidad: que se la llevasen consigo, y hiciesen en su regalo, cuanto consigo mismo hicieran si fuera á Sevilla. Así honra Dios á quien le sirve, y empieza en esta vida á pagar las mortificaciones, sudores y fa-

tigas que sufren por su Magestad los suyos, y quiere que los Príncipes del mundo estimen, busquen, y veneren á aquellos que son órganos, y instrumentos de quien el Espíritu Santo se vale para sus obras.

El vaso de eleccion San Pablo, la visitaba tan frecuentemente, y la enseñaba, y consolaba con el amor y amistad que un padre á un hijo. Pedíale la Venerable Madre la instruyese: y como él viviendo en este mundo conoció con su grande capacidad, los bajios que en sí tiene, y cuán peligrosos son, y dispuestos para que el bajel mas boyante en santidad, pueda correr peligro, si no tiene diestro Piloto que le gobierne, atendia á sus ruegos, y como al principio la habia enseñado, ahora quiso tambien hacerlo. Estando la Venerable Madre previniéndose para su viage á Sevilla, consideraba que en aquella ciudad no habia de negociar con la quietud que en Aracena, que le era necesario andar mucho, visitar, rogar, y persuadir á personas muchas, y diferentes en estados, condiciones, y puestos, y entre tan diversas personas, tiempo y ocasiones era fuerza se le ofreciesen lances tan varios, de estimacion, abatimiento, prosperidad y contradiccion, y en tan varios temporales podia correr fortuna: tuvo cuidado su Piloto de instruirla para dejarla un mapa en esta leccion, en que conociese el modo con que habia de navegar por rumbos tan distintos y climas tan diversos. Apareciósele, y la dijo: Tú vas ahora á Sevilla, allá tendrás que entender en este negocio de la fundacion con distintas personas. Unos te estimarán, y otros no te conocerán, y gozarás varios sucesos, especialmente de la estimacion de los hombres; y para que veas en estos lances quien eres, y que cualquiera cosa que se obrare no es por tí, sino por Ntro. Señor, que gusta de mover así los corazones, y su Magestad há de ir disponiendo las cosas, segun su Santa voluntad, y no se ha de deber á meritos tuyos cualquier progreso que hubiere: para que sepas quién eres, y lo que has de tener siempre delante de tus ojos, estiende la vista, y mira atenta. Estendióla por un espacioso campo, y muy lejos de sí vió una cosa pequeñita, y tan interceptible, que un átomo del Sol, le parecia ser grande en su comparacion: y aunque tan pequeñita y tan distante, la distinguia bien con la vista. Díjole entonces al Sagrado Apóstol, lo que veia. A que él le dijo: has visto aquel punto, y aquella cosa menudita, que casi es nada?

Aquello es algo respecto de tí: y tú eres mucho menos que aquello: tú eres la nada, y nada es menos algo. Si en Sevilla te hicieren agrados, honras, y favores, considera que eres la nada, que nada de aquello es por tí, ni mereces cosa alguna de aquellas. Llegóse entonces á ella, y dióle un empellon, como cuando advertimos á otro alguna cosa, diciéndola, mira lo que te digo: no te olvides, no te olvides de la nada que eres: y lo que te hé advertido. Y con esto desapareció.

Saben los marineros lastrear el bajel, para que si es muy velero, con el peso se asegure, y no peligre, por la falta de firmeza. *Tancuam nibilum ante te.* Decia David á Dios, que era como la nada en su presencia. Y echó lastre con estas humildades á su entendimiento, para que no llegase á desvanecerse viéndose Rey, quien se habia visto pastor: y para que las humildades en que se habia criado, tuviesen á raya los vientos de vanidad, que podian acometerle, viéndose no pastoreando ovejas, sino gobernando reinos: no vistiendo el sayal y pellico, sino arrastrando sedas, y pisando tesoros. Salía ahora la Venerable Madre de las montañas de Sierra Morena, á la confusion de Sevilla. Bien conocian en Aracena la diferencia que habia de una vida á otra, y algunas personas amigas suyas le fueron de bastante mortificacion en esto: pues no solo en su presencia, sino por cartas, y recados que la enviaban la daban en cara, que muy bien se paseaba en coches, que muy bien se reia por allá de esto, que muy buena concordancia hacian las cortinas de damasco, con la lana de su hábito: y aquellas vanidades, con el recogimiento, y retiro en que se habia criado.

Nada de esto la mudaba, aunque estas cosas la daban bien que sentir. En medio de estas alturas de estimaciones de Arzobispo, Asistente, Señores y Caballeros, caminaba segura, sin que en su bajel recogiese viento alguno de vanidad. Bien agena de tenerla habia vivido siempre la Venerable Madre: pero como ahora mudaba clima, quiso su Maestro asegurarla. Un dia la preguntó su Confesor Fray Pedro Mártir, que ya vivía en Sevilla: Madre Trinidad, cómo vá de vanidad? A que le respondió: mi Padre, por la bondad de Dios puedo asegurarle á V. P. que en mi vida he sabido qué cosa sea: porque yo me conozco, y sé que no hay en mí cáusa ninguna para poder tenerla. Bien la conocía su Confesor, y sabía, que su mayor mortificacion era el ver que la estimaban por virtuosa. Rogaba á

Ntro. Señor contínuamente, que á quien la estimaba, diese á conocer no era lo que presumian, sino la mayor pecadora del mundo, y con este humilde concepto en que se habia siempre criado, ahora le tuvo mas firme, enseñada con tantos favores como el Apóstol San Pablo la hizo.

Al punto que la Venerable Madre entró en Sevilla, cayó en la cama enferma de unas calenturas muy grandes: y como el Señor tenia cuidado de regalarla en Aracena, quiso al punto que llegó, empezase á gustar los regalos de Sevilla. Fué necesario llamar al médico, el cual entrándola á visitar, vió sobre la cama las cartas para el Asistente y Asistenta. Preguntó de quién eran, admirado de que una pobre Beata tuviese negocios con Sres. tan de primera clase. Era el doctor Enriquez, dijo que él era médico de la casa, y iba á ver á la Asistenta, que estaba achacosa, y si gustaba llevaria las cartas. Halló en esto su humildad un escape á las vanidades que se le podrian ofrecer. Respondióle estimaria mucho el agasajo, porque cómo una pobre Beata habia de andar en los palacios de los señores y estrados de las damas? Que le hiciera aquel favor, y la escusaria de aquellas cosas, y en pago de eso le encomendaria á nuestro Señor, que ese era su oficio, y no el visitar ni introducirse. Llevó el doctor Enriquez las cartas, y mas las noticias del sugeto, de lo apacible de su trato, la docilidad de su condicion, y el olor de santidad que se conocia en sus palabras, y paciencia en su achaque. Al punto enviaron los condes á visitarla con D. Nicolás de la Peña, su Capellan, y á darla el bien venido, y órden para que luego al punto se fuese al Alcázar, donde tenian su vivienda para hacer el gusto de su primo el Reverendísimo Padre Maestro Fray Alonso de Santo Tomás. El achaque embargó la ejecucion. Ya convalecida, fué á ver á aquellos señores, y lo mismo fué verla y hablarla, que cobrarla amor. Dióla Dios tal gracia en sus palabras, que dulcemente encantaba con ellas. Con la aficion que los señores la cobraron, quisieron se quedase en Palacio, sin que volviese mas á salir de él á otra posada. Consideró los inconvenientes que tenia el admitir estos favores, porque el Jurado Cristobal Lopez podria formar justa queja, de que la trajo á su casa, y en ella la curó, y que ahora le dejaba, cuando el traerla habia sido para efectuar cosa de tanto peso, tan de su gusto y devocion. Veia que si se ausentaba no podia negociar el persua-

dir la voluntad de Doña Antonia: y sin perder la merced que los señores la hacian, ni perder de vista la caridad que del Jurado recibia, tomó forma en que asistiria el medio tiempo en una casa, y el otro medio en otra, con que asi quedaron todos gustosos, porque todos la estaban aficionados.

Al punto que en Aracena vieron que volvia las espaldas, la vinieron siguiendo con cartas, conjurándose contra ella todo el mundo. Mudó clima la Venerable Madre, y mudó de fortuna. Empezó toda Sevilla á quererla y estimarla, sola Aracena tiró á perseguirla. Enfermó este lugar del achaque de patria, que es perseguir al hijo que ha criado. No hay fiera que tenga el estilo, ni la crueldad que la patria. Todas las madres aman á sus hijos: no hay ninguna que los aborrezca; antes los cuidan, sustentan y regalan. Nunca la envidia las hace enfermar, porque es gozo suyo cualquier gloria del hijo: y en la patria donde nacemos, ahí es donde se vive sin honra, y donde el Profeta vive con descréditos, dice Cristo Señor nuestro. Quién duda que era crédito de aquella villa el motivo porque la V. Madre vino á Sevilla? Eralo, y mucho. Pero como la envidia turba los ojos de la razon, hace que no se vean los créditos en órden á conseguir sus intentos. No tenian noticia que el Asistente obraba en ayudar á la Ven. Madre, solo cogieron los puertos, por donde habia de pasar necesariamente á este fin. Era Arzobispo de Sevilla el Crisóstomo de estos tiempos, cuya santidad de vida, erudicion y celo de su Iglesia tan notorio y venerado en Sevilla y en España, como la de San Juan Crisóstomo en Constantinopla y en Grecia. Era el Ilustrisimo Don Fray Pedro de Tapia, de la Orden de Santo Domingo. A este gran Prelado escribieron las Monjas y Frailes y otras personas, dorando su acíbar, y al veneno que llevaban sus cartas, dándole nombre de bien comun, para que se estorbase el intento, y no diese licencia á la fundacion. Conoció el Arzobispo la contradiccion grande que hacian á esta sierva de Dios desde su patria, y que sus émulos habian esforzado tanto su oposicion, que de darla la licencia se habian de seguir muchos inconvenientes. Yendo á visitarle y á tomar su bendicion, la persuadió desistiese de tratar esta materia, porque la juzgaba imposible. Y que si su ánimo era ser Religiosa en clausura, que viese en Sevilla ó fuera de ella á qué Convento se inclinaba, que á ella y á su hermana las daria los dotes para que fuesen Monjas, y

se quitase de estos ruidos, ó que les daria casa donde fundasen, y en todo las ayudaria. Y para que se supiese la contradiccion que la hacian, conociendo su pecho, y que sabia digerir un secreto, la mostró las cartas y se las leyó, de los que intentaban descomponerla.

Si la gloriosa santa Teresa hubiera criado á su modelo, y en su escuela á la Venerable Madre, no pudiera hallarse hija mas heredera de su espíritu, ni mas participante de su celo. Desconsolábase la Santa, cuando en su tiempo oia las fuerzas que iba cobrando en Alemania la heregía de Lutero, los sacrilegios que hacía en los Templos, derribándolos, quemando las Imágenes, saqueando los vasos Sagrados, profanando los Monasterios, violando las vírgenes dedicadas á Dios, y se consolaba su corazon, de que en cada Convento que edificaba, levantaba una casa, y un coro nuevo para alabar á Dios, á cuenta de los que el Duque de Sajonia, y los demás protestantes destruian. Con este mismo celo se veia desear la Sierva de Dios levantar un nuevo coro, donde perennemente fuése Dios y su Madre alabado. Las instancias que este gran Prelado hizo, para que desistiese de su propósito, y se contentase con ser Monja, fueron grandes. A que en una ocasion le respondió con mucha humildad y agradecimiento: Señor, mi venida á Sevilla no ha sido por mi útil particular, sino por dar otra casa mas á Ntro. Señor, en que sea servido, y por atender al bien comun de las demás Religiosas que hay en Aracena, y en esta conformidad, suplico á V. Ilustrísima la tenga por bien, y me ayude, porque tengo entendido se ha de servir mucho en él Ntro. Señor. Y este es motivo que debe amparar V. Ilustrísima por Príncipe de la Iglesia, y por hijo de Santo Domingo. Vió el Arzobispo, que por entonces, segun estaban las cosas revueltas, no era conveniente continuar en ello, y así con resolucion dijo no prosiguiese por entonces.

Llevó este golpe con grande sufrimiento, y magnanimidad, ofreciéndole á Dios, y esperando de su Magestad pondria remedio en él, y sin perder un punto le encomendaba á Dios, y á su Madre, cuya causa era, para que allanasen el camino, y se hiciese viage sin embarazos. Dió noticia de este caso á su hermana Sor Ana de Santo Domingo, á Aracena, y entre otras cosas que escribe, la dice:

El Señor Arzobispo me dijo el Sábado pasado, que hasta que viniera nuestro Padre Provincial no podia ajustar nada. Díjome que habian venido á impedirlo de ese lugar por los padres del Cármen, y Monjas. Tambien me dijo que si queria fundar en esta Ciudad, que me daria casa, y con qué, yo dije que para mi tierra habia sido mi vocacion, que yo no buscaba mi comodidad sino la de mis Santas hermanas las Religiosas y que así no podia aceptar la merced que me hacia. Algunas razones pasaron, que en otra ocasion diré. Lo que importa es, que todas procuremos vivir de modo, que nuestro Santo hábito, y Religion de Beatas, no pierda la buena opinion, que las Religiosas antiguas conservaron con sus virtudes, y buena vida. Quedamos en que viniendo nuestro Padre Provincial se trataria de ajustar negocios, que le encomendemos á Dios á su Ilustrísima. Lo que te ruego es, y á todas, que así lo hagais, y que alcancemos con la oracion, lo que nuestras fuerzas no alcanzan. Ayudadme, que me cuestan mucho estas cosas, y el poner la cara á todos. Sea por Dios.

Mucho abrevia la Venerable Madre en tan breves renglones. Pero bien se entiende la consideracion, por la estimacion grande en que la tuvo el Ilustrísimo Prelado. Hacíala mil honras, favorecíala con grandes muestras de afecto. Dábale silla en sus visitas, y gustaba notablemente de oirla, suavizaba cuanto podia, los sinsabores que padecia, que por postre vino esta pretension á costarle la vida.

Con los deseos grandes que tenia de conseguir sus intentos, no habia diligencia que no hiciese. Rogabalo contínuamente á nuestro Señor, y á su Madre, y en cualquiera parte que veia Imágen, fijaba los ojos y la atencion, y allí le hablaba con la lengua de su corazon, suplicándola el buen efecto. Era recien llegada á Sevilla, y quiso Doña Antonia de Ontineros llevar á su buena huéspeda á ver las Iglesias. En la Iglesia Mayor visitaron á nuestra Señora de los Reyes, cuya devocion es el consuelo de aquella gran ciudad. Aquí la consoló mucho su Magestad, que como Reina y Imágen de Reyes, hizo mercedes á su devota y aficionada. La noticia de lo que aquí le pasó, la refiere en su vida, y dice:

«La primera vez que visité á nuestra Señora de los Reyes, »la supliqué encarecidamente, que como Reina y Señora mia,

»me amparase, pues yo venia á tierra estraña, sin saber lo »que habia de hacer en aquel negocio de su servicio. Recibí »en mi corazon gran consuelo de que me habia de suceder bien »todo. Mas yendo á otra Capilla donde está un Santo Cristo »muy devoto *(es una Imágen de un Ecce-Homo, de cuerpo entero, que está al lado del Evangelio, en la misma Capilla de Ntra. Señora de los Reyes)* juzgo se me rompió el corazon, segun »sentí en él la pena de las penas de mi Redentor: y esforzándome lo mas que pude, le pedí, que así llagado como estaba »se pusiese por sello de mi corazon, y que aunque yo quisiese »hacer algo de su desagrado, no me dejase obrar por mí, sino »que solo hiciese su santa voluntad, y yo le trajese presente. »Y aunque yo quisiera negar, que no me concedió lo que le »pedí no puedo, y mentiré, porque vivamente me ví hecha un »dolor, el cuerpo acardenalado, y me duró esto muchos dias. »No los conté cuantos fueron: mas aquellos divinos ojos con »que miró á San Pedro, los traia siempre tan presentes, que »no sabia como divertirme, cuando habia de atender á otras »cosas. Quedé tan descoyuntada, que dí en que entender á las »que iban conmigo, no sabiendo qué me habia sucedido. En »este desmayo me prometió aquel Señor, que me guardaria »de las tentaciones y peligros de mi alma. Que no me rehusase »de los trabajos, y mirase lo que habia padecido por mí, que »tendria mucho gusto en mis solicitudes, y llenaria de su gracia á los que me ayudasen. No puedo pasar adelante, por no »renovar memorias que me sacan de mí.»

Muchas mercedes fueron las que en esta ocasion hizo el amantísimo Esposo á su querida Esposa, que hasta en esto quiso tambien favorecerla, para que gozase la semejanza de su Pasion santísima, y participase mucha parte de sus dolores: traspasaba su corazon cualquiera estampa, ó pintura que veia de la Pasion, y la consideracion suya le traia tan llena de dolores, y sentimientos como hemos visto. Era tan fácil su espíritu en esta consideracion, que sin poderle reprimir le arrebataba los sentidos, y se transportaba cada instante. Habia un Religioso en el Convento de Santo Domingo, que se llamaba Fray Juan Portillo, de quien ya hemos hecho relacion: y algunas veces en gracia solia decirle á la sierva de Dios, cuando estaba en la Iglesia: Madre, qué hace aquí? Por qué no se vá á su casa? Por qué no nos deja? Yo aseguro, que quiere de un

vuelo subirse con los Angeles: Si quisiera ahora estar en el Cielo cantando con los Serafines? Eran tan vehementes á su corazon estas palabras, que le sucedia al oirlas quedarse transportada y tan sin uso de los sentidos, como si estuviera muerta. Ya Sor Ana de Santo Domingo tenia muchas esperiencias de esto: y en viendo que el Religioso queria hablarla en esta materia, le reñia, y decia que callase, pues sabia la operacion que hacian en su hermana estas palabras. Otras veces solia decirla: Madre Trinidad, cinco mil azotes dieron á Cristo? Que le coronasen de espinas! Que tanto padeciese por nosotros! Y cuanto eran amorosas aquellas consideraciones antecedentes, tanto eran estas de terribles, porque hacian tan terribles operaciones, que se desmayaba, y desencuadernaba todo el cuerpo: sin que pudiera moverse un paso. Dice ahora que no podia pasar adelante, por no renovar memorias que la sacaban de sí. Dícelo, y con razon: porque á dejarse llevar de su espíritu, y no reprimirse, ni pudiera proseguir en escribir palabra, ó fuera necesario que el Señor la suspendiese sus favores y regalos, pues dejándolo á su curso, jamás parará en ellas.

Habia tomado muy por empeño el Asistente ayudar á la Venerable Madre por la recomendacion del Reverendísimo Padre Maestro Fray Alonso de Santo Tomás. El amor que habia cobrado á la sierva de Dios era tanto, que ya sobraban las cartas de favor. Señaláronle cuarto en casa, y al mismo tiempo obraba en Madrid cuanto podia por medio de sus agentes, para sacar las licencias necesarias. Ofrecíanse muchas dificultades, que podian hacer desmayar el ánimo mas constante. Y como no quiere Dios de nosotros, mas de que obremos cuanto fuere de nuestra parte, y fiemos de su Magestad el efecto, quiso el Señor consolarla, para que viera cuan gratas eran sus diligencias, el efecto que tendrian, y los premios con que su Magestad habia de premiar á quien la favoreciese. Tuvo una revelacion, la cual dice así:

»Pasáronse mas de seis meses que no se ajustaban los des»pachos, antes enviaron á decir de Madrid, que era menester »licencia de todo el Reino, y esta se habia de solicitar de Ciudad »en Ciudad de todos los Procuradores de Córtes. Yo me des»consolé tanto, que me pareció imposible tuviese efecto, por »no saber yo como habia de buscar tantos solicitadores, ni ga»nar tantas voluntades. Entréme con esta pasion en el apo-

»sento que me habian dado en su casa estos señores, y delan-
»te de un cuadro de un Santo Cristo, á mis solas, empecé
»á llorar amargamente pidiéndole misericordia: y dudosa si
»habia sido tentacion, ó engaño del enemigo de mi alma, el me-
»terme en esta funcion: y estando como fuera de mí, me hallé á
»la puerta de un jardin donde habia muchas flores, en parti-
»cular rosas blancas, y las de Alejandria, y otras muy encen-
»didas como claveles. Yo me espanté, que por tiempo de invier-
»no, y por Diciembre estuviesen tantas, y tan hermosas, y mas
»cuando ví, que á una parte de este jardin estaba una Beata
»de mi hábito cogiendo aquellas rosas. Yo entre mí dije: Qué
»Beata será aquella que no la he visto? A este pensamiento me
»respondió: no me conoces? Yo soy tu Madre Santa Catalina
»de Sena, y á este punto se le apareció la corona de espinas
»en la cabeza, las llagas en manos y costado, y en una de las
»manos el corazon. Díjome: entra, y llégate á mí. Mira, lo que
»solicitas es voluntad de Dios, no es engaño, no temas, estas
»rosas que ves son los misterios del Rosario. Las blancas son
»los gloriosos, y así quedarán las almas de las Religiosas que
»con devocion los celebraren. Las encarnadas, son los gozo-
»sos, y las muy encendidas, son los dolorosos. Este es el jardin
»que quiere Dios que solicites del gusto de su Santísima Ma-
»dre. Al Asistente, porque te favorece con todo cuidado, y vo-
»luntad, yo le seré intercesora delante de Dios, tendrá feliz
»suceso en el parto su muger: y lo que pidiere á Dios por mi
»intercesion se lo concederá. Yo dije: Madre y Señora, y los
»amigos que me hacen tanta caridad, qué premio tendrán? di-
»jo: grande les tiene Dios guardado, porque les ha de tocar
»mucha parte de esta obra. Repliqué: pues no entrarán aquí
»dentro, ya que están allí? dijo: no es este su lugar, que es
»para las Religiosas, y Vírgenes: mas otra les tiene Dios en su
»estado muy bueno. No te dé cuidado. Aunque me parece, me
»dijo, otras cosas, no estoy muy bien en ellas, y así no digo
»mas, sino que se desapareció todo aquello. Halléme en mi
»aposento con tan grande olor á rosas, y tanto consuelo, que
»en muchos dias no se me quitó: y siempre que entraba en aquel
»lugar me consolaba aquel olor, y se me olvidó la pena, y se
»dispuso todo de suerte, que cuando menos pensaba, quiso
»Dios que se juntasen en Madrid todos los Procuradores de
»Córtes á otros negocios, y se presentaron nuestros papeles, y

»se negoció tambien como se ha visto. Todos son favores de »Dios: el sea por siempre bendito. Amen.

En esta notable revelacion le dió el Señor muchas cosas á entender á su sierva. Una de ellas fué el buen despacho en sus negocios. Juntó el Rey Ntro. Señor á los Procuradores de Córtes en este tiempo. Y hallóse en ellas Procurador por Sevilla D. Gerónimo Federigui del Consejo de su Magestad. Pidió el Conde Asistente á la Ciudad de Sevilla en su Cabildo, que pidiese á su Procurador sacase esta licencia del Reino: y siendo así que en otras Córtes antecedentes habia el Reino hecho Decreto, y suplicado á su Magestad, no concediese licencia para fundar Conventos, respeto de la multitud de Frailes y Monjas que hay España, y estar por esto las principales poblaciones de ella casi desiertas de vecinos, habiéndose reducido todo á Conventos, y otras razones gravísimas que á eso les movieron. Luego que Don Gerónimo Federigui lo propuso se consiguió la licencia con universal gusto de todos á once de Agosto de mil y seiscientos y cincuenta y siete, y por ante Don Pedro de Lobera y Andrade, Secretario de su Magestad, y Escribano Mayor de Córtes.

CAPITULO XXIV.

Prosigue la materia de el capítulo pasado, y obra nuestro Señor muchas maravillas por su Sierva en Sevilla.

Llámase con razon este mundo valle de lágrimas, pues apenas dá un gozo cuando en el mismo las envuelve, siendo estas de ordinario quien empiezan, cuando el regocijo acaba, dijo el Espíritu Santo. Son exterioridades cuantas en él se miran. En solo Dios hay el gozo sólido y permanente. Parece que muchas veces atempera nuestro Señor sus acciones á los humores de los hombres, y á los accidentes de esta vida, para que ó en ellos tengamos paciencia, y los recibamos de su mano, cuando, y como su Magestad quiere, ó acabemos de despertar de este letargo: y saber que en él solo se han de poner nuestras esperanzas. Concedida por las Córtes del Reino la licencia para la fundacion, y debiendo ser mas gustosa, cuanto contra toda esperanza se habia dispuesto mas fácil: quién dijera que ahora se habia de ofrecer otro nuevo embarazo? Ofrecióse y tan grande, que todos los antecedentes

fueron menores. Despues de dada la licencia, reparó el Reino, que aunque le habian concedido, no se habia dicho quien era el fundador, y qué renta señalaba: y que esta dificultad era necesario allanar antes que tuviese efecto la licencia. Bien se habia trabajado para que Doña Antonia de Ontiveros quisiese desposeerse de tanto golpe de hacienda como los doce mil ducados que hemos dicho, y viendo que estos no eran bastantes, tuvo la Venerable Madre nuevamente que sentir. Quiso el Jurado Cristóbal Lopez aumentarlos hasta veinte mil ducados, y constituirse fundador. Habia nuevas resistencias en ello, y ya que su muger no reparaba en esta cantidad, reparaba en el título de Fundador, pues el serlo los habia de poner en mas costa: que todo lo que quedaba, y esto, y mas diera de limosna, pero independiente de Fundadora, y que en esto buscase la Venerable Madre quien lo fuese. Aqui fué donde tuvo en su corazon otro cuchillo bien sensible. Pasó desde Agosto hasta Octubre con esta pesadumbre, sin saber qué forma tomar, y en el dia de nuestra Señora del Rosario lo suplicó á su Magestad, y haciéndola cargo, la puso en el empeño de allanar estas dificultades, pues era suya la causa. Oyóla nuestra Señora, y se conoció el efecto. A diez y nueve de Octubre, ante Hermenegildo de Pineda y Collantes hicieron escritura de ser Fundadores y Patronos del Convento, señalándole mil ducados de renta cada año. Con esta diligencia no tuvo el Reino que reparar en cosa alguna, y la sierva de Dios viendo que con esta negociacion se facilitaba mas su deseo, dió nuevas gracias á nuestro Señor, que como dueño de los corazones, los inspira á su Santo servicio.

Quiso Dios hacer célebre en el mundo al Patriarca Abraan, y para eso le mandó que saliese de su Pátria, y de entre sus parientes. Sacóle á donde no pudiesen hacerle mal de ojo la vista de sus paisanos que tanto tienen estos de estorbo, cuanto son mas familiares; y como si lo natural se hiciera señas con lo espiritual, y se hermanasen en la produccion de las cosas, se vé que nace la planta con las mismas pensiones que el hombre. Este en su tierra descaece cuanto no crece la planta que se queda en su tierra, y para que mude lo áspero en dulce, lo áccido en suave, y para que se vista de mas vistosas hojas, y mas colmados frutos, es necesario, ó trasplantarla á otra tierra, ó ingerirla en otra planta. Queria nuestro Señor que esta

luz luciese, y para eso la puso en Sevilla, donde la registrasen mas ojos que en Aracena. Quiso que esta planta abundase en frutos, y la mudó catorce leguas de su tierra, para que en la abundancia de sus esquilmos manifestase la providencia del jardinero que la trasplantó.

Que las hojas del árbol eran para dar salud á los hombres, dijo San Juan en sus revelaciones del Apocalipsis. Las veces que nuestro Señor quiso darla á los enfermos, por los méritos de la Venerable Madre, ya lo hemos visto, ahora se verá las veces que en Sevilla quiso darla su Magestad.

Habia en casa del Jurado Cristobal Lopez una niña llamada Leonarda Maria, hija de Francisco Gomez, de quien el Jurado era padrino. En los agujeros de las orejas para los zarcillos, le habia cargado tanto humor, que las tenia con unas carnosidades mas gruesas que un dedo. Lo mordaz la habia causado tantas llagas y de tan mal color y olor, que ponia horror el llegarla á curar. Súpolo la Venerable Madre, llamó á la niña, y empezó á lamerlas, y venciendo su caridad al amor de su madre, lo que esta no podia, ni aun mirar en su hija, esto quiso curar en la enferma con mas caridad que si fuera su madre. Continuó esto algunas veces, y cuando se dolian por ver que tenia las orejas podridas, ahora en breve tiempo las vieron sanas.

Don Nicolás de la Peña, capellan del Asistente, enfermó de tercianas, que en breves dias le pusieron en mucho aprieto. Desesperaba de su salud, porque el achaque iba cobrando malicia. Fué la Venerable Madre á visitarle, consoló y animó al enfermo á tener paciencia y conformidad con la voluntad de Dios. Despidióse de él, y acabada su visita, se empezó á sentir mejor, y convaleció con brevedad.

Doña Gregoria de Céspedes, muger de D. Ector de Andrade, habia enfermado de los ojos tan penosamente, que en el uno habia perdido la vista por tener cataratas, y aunque otros achaques la afligian, este era el que mas vivamente la atormentaba. Volaba la fama de la sierva de Dios, y determinóse á hablarla y pedirla consuelo en su trabajo. Estaba en la Capilla de Santo Domingo de Suriano en el Colegio de Regina, donde habia recibido á Ntro. Señor, y retirada á un rincon estaba dando gracias. Consultó la enferma el caso con Fr. Pedro Mártir su confesor, y le advirtió de la forma que habia de in-

troducir su peticion, porque la Ven. Madre era muy humilde, que no la pidiese salud como por milagro, sino que la dijese la encomendase á nuestro Señor, y por este medio podia darle noticia de su desconsuelo. Esperóla mucho rato que estuviera en oracion, la habló, y despues de algun tiempo se despidieron diciéndose la una á la otra donde vivian. Fué la Ven. Madre á visitarla. Al tercer dia volvió á visitar Doña Gregoria á Fr. Pedro Mártir, y la dijo: que venia á dar gracias á Ntro. Señor, que por los méritos de su sierva la habia nuestro Señor dado salud, no solo de los ojos, sino de otros muchos achaques que padecia.

La misma tenia un hijo mayorazgo, llamado Don Enrique de Céspedes y Andrade, de edad de veinte años. Habia dos que estaba frenético, y por la furia del mal le ataban muchas veces en la cama. Traia el accidente desconsolados á sus padres, pues se hallaban sin remedio, habiendo gastado su hacienda en buscarle. Vino á la Capilla del Rosario, del Colegio de Regina, donde halló á la Ven. Madre, y afligida la rogó se llegase á su casa á ver á su hijo. Con este pretesto de visitar enfermos no se escaseaba de cosa alguna. En esta ocasion la habia enviado su hermana desde Aracena la toca de Ntra. Señora del Rosario, porque estaba muy maltratada, para que la buscase otra. Ofrecióselo el llevarla al enfermo, entró á hablarle y estaba tan sin acuerdo, que era cansarse en valde. Movida de lástima, dijo á la gente de la casa que le asistía, rezasen cinco veces el Pater noster, y otras tantas el Ave Maria, y los ofreciesen á nuestro Señor por los cinco sentidos del paciente, y que le encomendasen á Ntra. Señora del Rosario de Aracena. Púsole la toca sobre la cabeza, y la Venerable Madre en oracion. Al punto se quedó dormido. Duró el sueño algunas horas, y despertando pidió de comer, y al punto se levantó bueno, y sano, y tan sin reliquias del achaque, como si jamás le hubiera padecido.

La fama de estas maravillas iba creciendo en Sevilla, y á ese paso la humildad de la Venerable Madre iba echando raices mas profundas, y á saber que la tenian en la reputacion que tales cosas merecian, mas fácil le fuera volver las espaldas al negocio que solicitaba, y irse á su tierra, que padecer una voz de reputacion de santidad. Por esto se entraba en las casas donde sabía habia enfermos, para visitarlos y consolar-

los, y movida á compasion de lo que padecian, muchas veces conseguian salud por sus oraciones. Para venir desde su posada al Colegio de Regina, pasaba por la casa de Don Francisco de la Milla. Su muger Doña Maria Enriquez habia muchos años que estaba en la cama baldada de un brazo que le tenia casi seco, y sin movimiento alguno. Eran grandes los dolores y calenturas que padecia, y grandísimos los gastos que habia hecho en médicos y cirujanos, y por conclusion venia á quedarse incurable. Tuvo noticia la Sierva de Dios de el achaque, y una mañana yendo á la Iglesia entró á visitarla. Pidió á la enferma le mostrase el brazo, doliéndose mucho de verla así padecer. Empezó á pasarle las manos, y apretarle con ellas, al tiempo que con el pensamiento estaba penetrando el Cielo, y pidiendo á Dios la salud. Vistióla la manga de la camisa, abrigóla con la ropa, y se vino á la Iglesia. Despues de una hora sacó la enferma el brazo tan sano, como si no hubiera padecido en él. Vistióse, y sentada á la mesa, esperó á su marido viniese á comer. Entró, y admiróse tanto de la salud tan repentina, cuanto habia tenido por desesperado el remedio. Informóse del caso, y vino á casa del Jurado Cristóbal Lopez, preguntando, quien era la Madre Trinidad? Y viéndola, quiso sin reparar darla las gracias de la salud de su muger. A que la Venerable Madre, como humilde, y discreta le dijo, las diese á Dios, que es dueño de la vida, y de la muerte: y con esto quedó libre del riesgo que podia ocasionarla el Demonio, y todos dando gracias á Dios por misericordia tan señalada.

Parece que en estos dias habia Ntro. Señor hecho una dispensacion de todas las enfermedades: ó que en la Venerable Madre habia enviado un Jubileo á sus achaques: porque todos hallaban, que ó les conmutaba las penas, transfiriéndolas á su Esposa, ó que á su vista todas se relajaban. Gozó tambien de este privilegio Sor Beatriz de San Raimundo, Religiosa Tercera de Santo Domingo, y muy amiga de la V. Madre. Asistíala muchas veces, y la acompañaba, y fué testigo de muchas maravillas que Ntro. Señor obró por su medio, y la comunicó un penoso achaque que padecia muchos dias habia. Era una turbacion en los sentidos, que comunicándose á los ojos, le parecia que todo cuanto miraba, ó temblaba, ó se caia. Parecíale venirse el Cielo abajo, que las paredes rodaban, que el suelo se levantaba, y algunas veces con tales accidentes, que temia

con ellos perder el juicio. Comunicóle á su amiga su pasion, que era tan contínua, que un instante no se veia sin ella. Consoló á la enferma, animóla á que tuviese paciencia, y púsole la mano en la cabeza, y en aquel instante, antes que se hubiese apartado se sintió buena, sin turbacion en los sentidos, y sin volver á padecer tal achaque.

Don Esteban de Luna, y de Leon, vecino de la Ciudad de Sevilla, cayó malo, y el achaque le puso tan al cabo, que con facilidad se persuadieron se moria. Entre lo penoso de su padecer, lo que mas le agravaba, era no poder comer. Entró á verle la Venerable Madre, y traia una rosquilla de alfajor, dióselo para que comiese. Repararon los circunstantes en que le habia de hacer mal, por ser tan cálidos los ingredientes, y estar el enfermo obrasándose con la calentura, y dijéronla: Madre, no se la dé, mire que le ha de matar: y respondió: Ea, que no, no: Coma, y verá, que le ha de hacer provecho. Comió, y luego al punto estuvo bueno.

Las enfermedades contínuas de dolores de costado, ijada, tercianas, tabardillos, y calenturas ardentísimas, y otras penalidades que solia padecer en Aracena, veia su Confesor que ahora no se habian minorado, antes creciendo en años, iba creciendo en padecer. Era la causa, que se iba aumentando en la caridad, que era la piedra iman, con que atraia á sí las enfermedades que los otros padecian. Decíale su Confesor: Madre, pídale á Ntro. Señor, que les dé salud á los enfermos, y no pidan á Ntro. Señor, que le transfiera á sí las enfermedades que los otros padecen. A que respondia: Ah Padre, y qué poquito es esto para padecido, por el bien, y amor que tengo á mis prójimos, y principalmente por un Dios, que nos grangeó la amistad con su Eterno Padre, y á vista de tan sumo bien, cuanto son mayores los dolores, y enfermedades, los abrazo con mayor gusto. Con este deseo, y hambre de padecer, siempre tenia bien que digerir, en tanto como á su paciencia se le ofrecia, y en este prodigioso amor de los prójimos, como nunca les faltaba enfermedades, que curar, siempre tenia que padecer.

Ya las cosas parece habian tomado buen asiento en Madrid, dando el Reino la licencia para la fundacion. Ahora era necesario diligenciar las que por acá eran necesarias, que eran las de la Villa de Aracena; y Conventos, Cabildo Eclesiástico y Seglar. Avisó á su hermana que las agenciase: y el fuego que

por esto se levantó, como no se habia apagado al punto que llegó á tocarle, empezó á echar llamas. Volvieron de nuevo los dichos, murmuraciones, y contradicciones de todo el lugar. No llegaba á parte ninguna á tratarlo, que no se le siguiesen pesadumbres, y disgustos. Sentia su hermana ternísimamente el carecer de su hermana, y compañera. Escribióle la imposibilidad que tenia la consecucion del negocio, y pareciéndola que al paso que mas dificultoso se le ponderase así la pondria mas espuelas para venirse, no le quedó razon que no escribiese, las diligencias que se hacian, el poco fruto que se sacaba, y la poca esperanza que habia de que aquello tomase forma: porque no habia que pelear con un sugeto solo, sino con todo un lugar: y con cinco Comunidades, como Cabildo Secular, y Eclesiástico, dos Conventos de Frailes, y uno de Monjas, y que no se sentía con fuerzas para andar mas en ello, y que se viniese á Aracena, que esperaba en Dios que la habia puesto en esto, que la sacaria con lucimiento, y la daria gracia para vencer estos inconvenientes, que el menor le sentia por grandísimo, y que su falta de salud la embargaban los pasos para el negocio, y necesitaba de su hermana para su alivio. Todas estas razones movieron el ánimo de la sierva de Dios para volverse á Aracena, esperando en Dios, que estando presente se allanarian todos los montes de dificultades que ahora los estorbaban.

Mientras vivimos en esta vida mortal, es fuerza que nos busque trabajos y desdichas, porque como no hay jornada que no tenga un pedazo de mal camino, y somos caminantes que hacemos nuestro viage al Cielo. En el camino de este mundo nos acometen tantos infortunios, tantas calamidades, y tantos peligros, que es necesario tener á Dios muy de la mano para escapar de ellos, hasta que lleguemos á la Ciudad de Jerusalen Soberana, y se convierta nuestro destierro en Patria, nuestras lágrimas en gozo, nuestra soledad en compañía, y nuestra tristeza en consuelo: y como al caminante se le junta compañía, que le enseña el camino que le defiende en él, y le acompaña, pone Dios en esta vida á sus escogidos, y amigos, para que á los que vamos caminando nos animen, enseñen, ayuden, y socorran. Desde que nació la Venerable Madre hasta que murió, fué cosa de admiracion ver que de todos estados, todas las personas la llamaban en todos aprietos, la consultaban, y

rogaban, para que fuese intercesora con Dios en sus necesidades, y les diese consuelo en sus ahogos.

Padecióle, y bien grande, una muger de Alcalá del Rio, lugar dos leguas de Sevilla. Su marido habia salido de Alcalá, echando voz que iba al Reino de Jaen á ver á sus deudos. Habia ocho meses que faltaba de casa, y era tanto el descuido de no escribir á su muger, ni darle noticia de sí, como en ella era grande el cuidado de saber de su marido. Hizo diversas diligencias, escribió al tal lugar, supo que no habia llegado allá: preguntaba á todos, á todos encargaba supiesen de él, y ninguno le respondia apropósito. Vino á Sevilla desconsolada á buscar medio para saber de él; y como supiese de él, no reparaba en que fuese medio lícito ó ilícito, fuese por órden de Dios, ó con consulta del diablo, por medio de alguna mala muger. Fué á posar en casa de Sebastiana Guerra Garzon, de quien hemos ya dicho. Dióle noticia de su pena, y del deseo que traia, y oyendo tan desatinado propósito, intentó disuadirle de él. Llevóla al Convento de San Agustin, á encomendar el negocio á Dios, y visitar el Santo Cristo Crucificado, con quien toda aquella tierra tiene mucha devocion. Oyeron misa, pidieron á su Magestad fuese servido de dar luz, para descubrir á aquel hombre, y consuelo en aquella congoja. Volviéronse á casa, y al punto entró la Venerable Madre. Alegróse su paisana de verla, y le parecia haberla Dios traido para aquel suceso. Acordóse del que pasó con su marido, cuando queria ir á sentar plaza de soldado. Hízola relacion del caso, dolióse mucho de su afliccion, y la consoló diciendo, que su marido vendria. Dentro de muy pocos dias, entró el hombre en Alcalá del Rio, tan descuidado de venir á su tierra, como la muger estaba de verle. Venia sin capa ni sombrero, y habia caminado desde Badajoz hasta Alcalá sin descansar. Preguntóle su muger, qué novedad era aquella? Que de dónde venia y y cómo? Y él confuso sin saber qué le sucedia, la dijo, que luego que salió de su casa para ir á su tierra, mudó de parecer, y se fué á Badajoz á ser soldado de á caballo, y en esta ocupacion habia gastado los ocho meses. Y estando con otros soldados sentado á la mesa, de repente le dió deseo de venirse á su casa, y fué tan apresurado, y tan vehemente el cuidado de venirse, que sin tomar su ropa, ni parar en el camino, ni reparar en inconvenientes empezó á caminar, y sin parar ha-

bia llegado á su casa, no sabiendo quién le traia, ni quién le movia, pues en jornadas tan largas, ni habia sentido cansancio, hambre, ni necesidad. Ahora admirada la muger, conoció que las oraciones de la sierva de Dios habian obrado estos efectos, y dándole gracias por él, dió noticia á su amiga en Sevilla, para que supiese el buen despacho que tuvo la intercesion de la Venerable Madre.

La amistad que tenia Don Mateo Gabriel Monte desde que la comunicó en Aracena, viéndola ahora en Sevilla, le hacia ser pregonero de sus virtudes, como quien en sí habia esperimentado los efectos de ellas. Y por la vecindad de su casa en Triana, al Convento de Religiosas de la Victoria, habia dado noticias de la Venerable Madre, y deseaban verla, y comunicarla. En una ocasion estando en una grada, salió á verla Sor Inés Conquero, que entonces vestía el hábito por devocion. Oyóla tratar de su Convento, que se habia de edificar en Aracena, la dijo, si queria llevarla á él á ser Religiosa. Entonces no solo no tenia dote para serlo allí, pero ni esperanzas, y como por falta de el dote no le daban la profesion y velo, desesperada de conseguirlo le pidió se la llevase. A que le dijo la Sierva de Dios. Hija, buena estás aquí; buena estás aquí. Díjola los inconvenientes que habia, á que volvió á responderla: ea, calla, no te desconsueles, que para aquí te quiere Dios, y aquí serás Religiosa. Reparó, y repararon todas en las palabras, y la niña las cogió con tanta fé, que ya le parecia tenia la posesion de lo que entonces hallaba por sin remedio. Pasáronse algunos dias, y viendo la Comunidad que no habia dote, ni podian darla la profesion, la dijeron se fuese á su casa, que Dios la remediaría por otra parte: y firme en su esperanza, y en la profecía de la Venerable Madre padeció muchos contrastes que en esto sucedieron, hasta que por medios que nunca esperaron, quiso Ntro. Señor se cumpliese el tener dote, y profesó cumpliéndose cuanto la Sierva de Dios la dijo.

Yo para mi amado, decia la Esposa, y toda su atencion la convierte á mi, para retornar con venirse á mí mis deseos de llegar á unirme con él. Quiere el Señor de nosotros que le atendámos, y le amemos, y como es tan fino correspondiente, nos paga nuestro amor con el suyo. Dióle gusto el Señor á su Esposa, el amante á su amada, y Dios á su criatura. Iba una vez á visitar á una persona que habia venido de Aracena, de

donde le habian pedido, lo hiciese así, antes que saliese de Sevilla, porque ya andaba disponiendo su viaje. A la puerta de un pintor vió un lienzo de Cristo Ntro. Señor con la Cruz acuestas. Paróse á mirarlo, llevándole tras sí mas el corazon que la vista, y con uno y otra tan inmoble, que parecía querer entrársele en el alma, ó salirse esta á seguirle. Quisiera tener dineros para comprar el lienzo: pero su pobreza no la dejaba ser dueña de un maravedí. Ofreció á Dios su necesidad, y su deseo: y por postre sacaba el haberse de ir sin el cuadro en quien se quedaba su corazon. En este punto salia el pintor á la puerta de la calle, reparó en la atencion con que miraba, y la dijo: Señora, qué le parece de esa pintura? Muy linda, señor: le respondió, y si yo me hallára con dineros, se lo comprára á V. Pues no por eso vaya con ese dolor, le dijo el pintor, tómele y llévesele, y dándole las gracias, se le trajo á casa del Jurado Cristóbal Lopez. Quiso el amado Esposo venirse con su Esposa para retornarla su amor. He visto el lienzo muchas veces en casa de la Venerable Madre. Es de cuerpo entero, y tan dulce la pintura, y tan amoroso, que hace mocion en los corazones. De donde se infiere ser parecido al original, que tantas veces se le mostró á la Venerable Madre, pues con tanta vehemencia arrebató su corazon, y le embargó los sentidos para atenderle, sin poder dar paso adelante.

CAPÍTULO XXV.

Vá á Aracena la Sierva de Dios, y vuelve á Sevilla acompañada de su hermana, y en ambos lugares la favorece Ntro. Señor con muchas maravillas.

Es la envidia una nube que tira á cegar los ojos de quien la padece. Levántase la nube de partes poco aseadas, y condensándose en la region de el aire, forma montañas, torres y mónstruos, y cosas, que es necesario saber lo débil de que se componen, para no atemorizarse de su vista. Quiso un político dar á entender lo que padecia de personas á quien habia dado la mano para sus puestos, y reputacion, y tomó por empresa un sol, cerca de dos nubes, que tiraban á oscurecerle, y púsole por letra ó mote: *Quas ipse levavi*, como lamentándose el sol, de que así tiraban á deslucirle los vapores que

él habia levantado de la tierra. Bien pudiera la Venerable Madre quejarse ahora con estas voces, y llorar las contradicciones de su pátria, cuando á cada uno de por sí los tenia en su corazon, á todos sus enfermos habia asistido, á las necesidades de cada uno se habia mostrado, ya que no con fuerzas para remediarlas, con verdadera compasion para sentirlas. Ver que ahora se le oponian en lo que era tan de el servicio de Dios, y crédito para su lugar, mucho lo sentia, aunque bien lo disimulaba: pero como aunque el aire levante las nubes al Cielo, intentando oscurecer sus luminarias, se burla el Cielo de tales presunciones con salir su hermoso Planeta á dar vista al mundo, deshace con su presencia cuanta bastardía habian intentado frágiles vapores. Hizo contraposicion á aquella empresa el mismo que la hizo, pintando al mismo sol, que con sus resplandores consumia los nublados que le cercaban, y puso esta letra: *Ostantio dissolvo*. Pues á un luminar tan grande, fuera cortedad no deshacer y rendir tan débiles estorbos á sus lucimientos, y con sola su presencia, aniquilar todo cuanto pudiera estorbarle. Entró en Aracena la Venerable Madre, y apenas corrió la voz de que habia llegado, cuando empezaron los ánimos enconados á dar muestras de apacibles. Trató el negocio, habló á las personas que en esto ponian estorbos, y con la brevedad que el Sol deshace las nieblas, todas las que tiraban á oponérsele, debiendo no estorbar sus intentos por agradecidos á sus beneficios, ahora desmayaron en sus porfias, y consiguió las licencias con grande devocion, y gusto de todos, dándose parabienes de lo que se habia obrado, y cayendo en la cuenta de lo que se habia por su parte resistido.

Uno de los motivos que sacó á la Venerable Madre de Aracena, era el saber que su hermana Sor Ana de Santo Domingo habia enfermado, y que sus achaques fincaban su alivio en verla. Este deseo de consolarla, la ayudó á aligerar su viage.

Hallóla con enfermedad que podia dar cuidado, y como en todos sus ahogos la favorecia la Seráfica Vírgen Santa Catalina de Sena, hízolo ahora tambien, consolándolas á ambas. Escribe el caso la Venerable Madre, con estas palabras.

»Volviendo á mi tierra á negociar algunas cosas, me dió á »mí, y á mi hermana una enfermedad grave de tabardillo. Mi »hermana llegó á lo último, y yo juzgué se moria. Yo lo sen»tia mucho, pareciéndome que con su muerte no podia volver

»yo á tratar de mi Convento, por algunos embarazos. Ella es»tuvo muy conforme con la voluntad de Dios, disponiendo su »alma, que me servia de consuelo, aunque si Dios quisiera, »mas la queria ver viva que muerta. En esta ocasion pidiendo »á Ntro. Señor favor, y á la Vírgen Santísima, ví entrar por la »puerta del aposento donde estábamos (eran las doce de la no»che) á Ntra. Madre Santa Catalina de Sena, con unas pocas »de rosas de las que he dicho arriba: traíalas recogidas en el »Escapulario, llegóse á mí, y dijo: Hija, huele estas rosas, y »confórtate con ellas, que ni tú, ni tu hermana habeis de mo»rir ahora, que quiere Dios que trabajeis en su servicio, y vol»vais á tratar de la obra comenzada. Todavia os falta ejercitar »las rosas muy encendidas á imitacion de la Pasion de Cristo »nuestro bien: trabajos tendreis, mas saldreis de todos con mé»rito. Llegóse á que yo oliese las flores, y llegó tambien á la »cama de mi hermana enferma. Dióselas á oler, aunque ella »no supo quien la hacia tal favor, y dijo: Hermana, qué olor »de rosas es este, que me ha confortado los sentidos? Ya me »siento buena. Qué es esto? yo la dije, que callase, que eran »desvaríos, por disimular, y oirla. Respondió, que no eran, que »á ella habia llegado una persona, que la dió á oler rosas, que »si no era Ntra Señora, no sabia quien pudiera ser. Díjela, que »se encomendase á ella, y callase. Mi Santa Madre se desapa»reció, sin esperar mis cortos agradecimientos. Mejoró mi her»mana desde aquel dia, y yo convalecí. Y á ambas sin mere»cerlo nos ha dado Dios nueva vida. Quiera su Magestad sea »para servirle.»

Convaleció la Venerable Madre de su enfermedad, que fué un dolor de costado recísimo, y con brevedad ajustó las licencias que la negaban. No pudo gozar mucho tiempo esta seguridad, porque en Madrid, volvieron á hacer reparo en la renta que se habia señalado al Convento, y pareciendo ser corta cantidad mil ducados para el número de Religiosas que ha de haber, digeron, que se daria la licencia como se añadiese la renta. Aquí volvió la sierva de Dios á padecer nuevas tribulaciones, considerando cuanto habia trabajado y padecido por llegar á este punto, y veia que ya todo era nada, y que ahora se le habian de duplicar los trabajos que antes. Un año estuvo en Aracena, y veia que ahora era forzoso volver á Sevilla á trabajar de nuevo. Habíala oido muchas veces su hermana

referir las descomodidades que habia tenido: y como en los lugares grandes todo está lejos, y le era fuerza ir á negociar con soles, aires, aguas y otros rigores del tiempo, y sus achaques tan contínuos, y tan penosos, que los sufria y pasaba en silencio por no dar ruido: eran sus dolores mayores, y sus enfermedades mas penosas, porque no les aplicaba remedio, y de este se privaba, por escusar el ruido que podia dar. Oyendo esto su hermana, insistió en que habia de ir con ella á Sevilla á acompañarla, para que á nadie diese ruido, si acaso se le ofreciese algun ahogo. No la pareció mal á la Sierva de Dios el llevarla consigo, y un dia estando hablando en esto, la dijo: vendrás conmigo, para que te hagas capaz, y quedes instruida en los negocios, y sepas cómo has de hacer las diligencias, para proseguir en esta fundacion. Proféticamente habló la sierva de Dios, pues conoció que era necesario instruir á su hermana en los negocios que ella por su muerte no habia de acabar.

En este año se vieron cumplidas muchas de sus profecias, y otras se han ido cumpliendo con el discurso del tiempo. Díjole á su hermana, que el Reverendísimo Padre Maestro Fray Alonso de Santo Tomás, hoy Obispo de Málaga, cuando tomó el hábito de Santo Domingo le habia de ser de mucho provecho, y que Prior de Aracena, y mas que de Aracena. Siendo Prior del Convento Real de Santo Domingo de Málaga, por Abril de este año, fué electo Provincial de la Andalucia, en el Convento Real de San Pablo de Córdoba. Ya le tuvo el Convento de Aracena por Prelado suyo, y de toda la Provincia. Lo que la empezó á ser de provecho, ya hicimos relacion en el empeño con el Conde, y Condesa su prima, y lo que estos Señores la favorecieron: luego veremos las finezas que obró, y los provechos en que fué á su persona, y su Convento.

Sucedió este año la infeliz batalla de Olivencia, en la cual servia el Capitan Don Marcelo de Rioja Infante, natural de Aracena, en el Tercio de Don Nicolás de Córdoba, del hábito de Santiago. Diéronle órden á él, y á otros Capitanes, y gente de reputacion, fuesen á defender un puesto, donde cargaba el enemigo, y con la turbacion, polvo, y humo, dejó caer un soldado una cuerda encendida en un barril de pólvora, que voló á Don Marcelo, y á otros muchos. Todo el tiempo que estuvo vivo los consolaba en los discursos que sus deudos hacian, de si seria muerto ó nó. Súpose en Aracena el dia de la ocasion;

pero no se supo quien habia muerto, ó si eran del lugar: y repararon todos, que desde este dia en que decian haber sucedido, no habló mas palabra la Venerable Madre. Habia muchos dias que no habia noticia del Capitan, y juntándose todo, se recelaban alguna desdicha. Con la amistad que la Sierva de Dios tenia á esta familia, y la mucha comunicacion, ya sabian como la habian de hablar, para no darla una pesadumbre, por ser humilde, y no dejar de saber lo que deseaban. Propusiéronla el cuidado en que estaban todos, dijéronla, que encomendase á Dios al Capitan, y que si supiese de él les avisase. Y siendo así, que jamás la vieron el rostro triste, en esta ocasion, y siempre que la hablaban en esto, se ponia melancólica, y no respondia palabra. Pasó esto en algunas ocasiones, y dispuso su viage para Sevilla. Viniendo por el camino dijo á su hermana: Hermana, encomendemos á Dios á Don Marcelo, que es muerto. Como estas cosas eran tan contínuas, ya su hermana habia perdido la curiosidad de preguntarla cómo lo habia sabido. A pocos dias llegó á Aracena la noticia de la muerte, y acordándose todos de la tristeza que esta pregunta le causaba á la Venerable Madre, coligieron todos habérselo Ntro. Señor revelado.

No todo lo revela Dios á un Profeta. Vemos que Elías no alcanza que tenia Dios muchos de su bando, cuando él se juzgaba solo, y le dá Ntro. Señor á entender, que tenia reservados siete mil Católicos, que no habian postrado su rodilla á Baal. Muchas cosas le ilustró Dios en su entendimiento, y puso en su lengua, para que les dijese antes de suceder, ó que hiciese presentes estando ocultas á la sombra de una ausencia: pero ahora si acaso el Señor la reveló, que no habia de volver á Aracena, y que iba á morir á Sevilla, no lo dijo á persona alguna, y al mismo tiempo le reveló su Magestad á una persona muy sierva suya en Aracena.

Tenia la Venerable mucha hermandad con esta persona, y dábanse noticia de sus ejercicios. Diversas veces la habia dicho que si sus ojos viesen la fundacion, que la prevenia que en el tal Convento le habia de servir á su Magestad, y la habia así de ser compañera. Siempre la respondia, que sí haría, si Ntro. Señor lo disponia, y que en todo se conformaba con su voluntad. Encomendólo á Cristo Ntro. Señor, que se le apareció, y la dijo, que su voluntad era, que permaneciese en el estado en

que estaba, y que en cuanto á lo del Convento, no las queria á todas para encerradas. Con esta respuesta, siempre que la hablaba en esto, la respondia con equivocacion, que estaba dispuesta á hacer la voluntad de Ntro. Señor. En una ocasion antes que partiese de Aracena, estaba esta persona haciendo oracion por ella, y le reveló Ntro. Señor, que su sierva no volveria ya mas, y que en Sevilla habia de morir. Llegándose á despedir, y considerando que no la habia de volver á ver mas en esta vida, y que no podia revelarle esta noticia, lloraba tiernamente, y considerando ser así disposicion de su Esposo Celestial, procuró esforzarse cuanto pudo, dándole el buen viage á su Santa amiga, ofreciendo á Ntro. Señor aquel sentimiento, y dándole mil alabanzas por sus soberanos juicios, que disponen lo que mas nos conviene.

Por Enero volvió la Venerable Madre á Sevilla acompañada de su hermana Sor Ana de Santo Domingo. Ahora fueron los gozos del Asistente, y la Señora Condesa su Esposa, y de la Señora Doña Antonia Enriquez de Guzman su hermana, que murió Marquesa de Villesca. Los regocijos de la familia fueron tales, como si con verla llegar á su casa la vieran resucitar de la muerte. Tal es una ausencia, y tales efectos causa. Alegróse mucho con su venida el Jurado Cristóbal Lopez, y esta se mudó tan prodigiosamente, que se conocia ser mudanza hecha por la diestra del Señor. Todo se iba ya disponiendo con tanta felicidad, que los trabajos antecedentes se daban por bien empleados, por el gozo que habia en todos. Alegróse la muger, que dice el Evangelio, de haber hallado la joya que habia perdido, y para que ayudasen á celebrar su dicha, convocó á sus amigas á que la diesen los plácemes de su buena fortuna. Como la Condesa habia perdido de vista á la Sierva de Dios un año que estuvo en Aracena, ahora regocijada de hallarla en su casa, pedia plácemes de su venida, que quizá eran anuncios de los suspiros que la habia de costar su muerte, que ya se llegaba. Miércoles Santo de aquel año, vino el Reverendísimo Padre Provincial á Sevilla. Segundo dia de Pascua fué la Venerable Madre al Convento de San Pablo á verle y tomar su bendicion. Renováronse entonces los gozos de su alma, conociendo de vista á quien tanto la habia favorecido sin conocerla, y tanto la habia hablado por cartas, sin haberla visto, y como hija, y como humilde le agradeció los fa-

vores, que como Príncipe y Prelado la habia hecho. Hízole relacion del estado en que estaba la fundacion del Convento. Que el Jurado Cristóbal Lopez habia hecho escritura de dar veinte mil ducados de principal, para que rentasen mil cada año, que el Consejo pedia mas. Los favores que por su Reverendísima recibia de los Condes, la amistad que Doña Antonia de Ontiveros la hacia ya, y como habia sus celos si asistía mas en el Palacio del Asistente, que en su casa, y llegaba á tanto, que lloraba cuando la veia salir de casa, no pudiendo sufrir el perderla de vista un instante, y por postre, la buena disposicion que hallaba, para que se aumentase la renta: con que tomando el empeño, por suyo, como cabeza de la Religion en Andalucia, fué á visitar al Jurado. Animóle mucho á la prosecucion, estimándole su voluntad en tomar á su cargo esta obra. Vino por este tiempo órden de Madrid, para que viese el Conde si el fundador se alargaba á dar mas renta al Convento, y los dos señores Asistente y Provincial, arrimando el hombro cada uno por su parte, vinieron á conseguir diese treinta mil ducados, que hacen mil y quinientos de renta, y dos mil ducados de contado para dar principio á la fábrica, cuya escritura se hizo ante Juan Castellar, escribano público, en tres de Agosto de mil y seiscientos y cincuenta y nueve. Cumpliéndose tan puntualmente la Profecia de la Sierva de Dios, del provecho que el Reverendísimo le habia de ser: como mas adelante se verá.

Con la esperiencia y trato vió el Reverendísimo, que con ser grande la fama que volaba de la Sierva de Dios, era mayor que su fama su virtud. Conoció la Venerable Madre en su Prelado, aquel gran juicio, y rara prudencia, y que su celo y virtud se hermanaba con sus obligaciones: y juntándose deseos á deseos, quiso comunicarle su vida, para que como padre, Prelado, y docto, examinase si en alguna cosa padecia ilusion, ó iba por el camino en que se hace seguro viaje al Cielo. A estos deseos se juntaron los de este gran Prelado, para que (segun me dice su Ilustrísima por su carta de diez y seis de Mayo de este año de seiscientos y setenta) no pereciesen las noticias de esta Esposa de Cristo ocultas en su humildad, y silencio. Y siguiendo el prudente dictámen de los Confesores de la gloriosa Vírgen Santa Teresa, la mandó por obediencia escribiese su vida, porque las noticias que tenia exteriores, y las que tu-

vo por haberla confesado muchas veces, le estimulaban á ponerla este precepto. Obedeció humilde, y la confusion de referir estas cosas la embarazaban á correr la pluma. Solo hallaba salida á su humildad con entender era obediencia, y consultar por escrito á un hombre docto, que fueron los motivos que á Santa Teresa la hicieron fácil este modo de escribir. Dícelo la Venerable Madre, en lo que escribe acerca de la fundacion del Convento, por estas palabras: «Mi Padre, y señor: Yo he de»seado obedecer en esto á V. Rma. con la verdad, y estilo que »mi corta capacidad alcanza. Suplícole humildemente se sirva »de leerlo con todo secreto, y ver en lo que hubiere errado, »que me advierta, para que yo me enmiende.

Como humilde, y obediente á su Prelado acaba de escribir: y ahora consultándole allá al Rmo., poniendo fin á lo que escribió, diciendo: «Una de las cosas por que recelo el contar »esto por escrito, es por no exceder en el modo de contarlo en »lo que fuere mas ajustado á la verdad, que mas fácil me fue»ra decirlo bocalmente preguntando, y respondiendo á mis di»ficultades. Mas pues la obediencia me lo manda, ella me sal»ve. V. P. Reverendísima me advierta, y desengañe con cari»dad de hija, y súbdita, y reformando mis costumbres, pues »Dios le crió, y trajo á la Religion para reformar muchas co»sas. Harto consuelo tendré, que en leyendo esto V. Reveren»dísima lo rompa, y lo queme, porque no se halle entre otros »papeles. Como la vida ha sido larga, y há años que por mí pa»san estas cosas, muchas se quedan por no haber lugar de es»cribirlas. En los tiempos presentes gozo de algunas sequeda»des, quizá por no haberme sabido aprovechar de las abun»dancias de las misericordias de Dios, cuya divina voluntad »se cumpla por todos los siglos de los siglos. Amen.

No habla palabra en esta ocasion la Venerable Madre, que no encierre motivos para escribir muchas hojas. Las cartas que escribió la gloriosa Santa Teresa, tuvieron la fortuna de tener por Escoliador suyo al Ilustrísimo y Venerable Don Juan de Palafox y Mendoza, el dulce Ambrosio de estos tiempos, así en su vida, como en sus escritos: y no siendo menor el espíritu de esta Sierva de Dios, fuera buena fortuna de sus escritos caer en manos que con su pluma pudiese dar las ponderaciones que merecen sus palabras.

Dice, *que se recela de referirlo, por no exceder en lo mas*

ajustado á la verdad. Palabras dignas de una conciencia temerosa. Pues confiesa, que si no lo dice, falta á la verdad: y si excede, puede picar en vanidad: y por uno y otro quisiera mas dar á entender su conciencia por informe de su boca, que por relacion de su pluma.

Consuélase *con que la obediencia saldrá á defenderla de cualquiera calumnia.* Habló aquí como verdadera Religiosa, porque como la obediencia es una abnegacion total de su voluntad propia, ella es quien toma á su cargo la defensa del que por ella padece. Obedece el súbdito á su superior: y atendiendo á que se componga bien, crédito y obediencia, lucimiento y humildad, abnegacion total de sí, con el cumplimiento exterior; en órden á que el que la ejercita siempre quede bien: ella toma la espada en su defensa. Con ella se adarga el que obedece, y ella le saca de los empeños en que le pone.

Pídele, *que le advierta y desengañe con caridad de hija, y súbdita.* Pídele como á Padre y Prelado, y consulta como á hombre docto. Dictámen fué de la gloriosa Santa Teresa, y que aconseja á sus hijas, que procuren tener por confesores y consultores de sus conciencias á hombres virtuosos y doctos. Y ya, dice la Santa, que no sea virtuoso, sea docto. Y habla la Santa con los fundamentos grandes que la enseñó la experiencia. Pues uno de los trabajos grandes que dá Dios á un alma, es darle por confesor á quien no la entiende, ni por conciencia ni experiencia sabe el lenguaje en que habla. Porque cómo puede hablar de oracion el que jamás la ha tenido? Cómo puede hablar de los grados de la virtud, las dificultades que en cada cosa se ofrecen, para evitar las tentaciones, distinguir las locuciones, calificar ó reprobar revelaciones, conocer las delicadas astucias del demonio, quien ya que no lo sabe por experiencia, no procura estudiar esta ciencia, ni aun se aplica á saber qué autores, y en qué partes la tratan? Arrójanse á gobernar un bajel, sin haberse jamás embarcado, ni saber los rumbos que han de tomar, ni conocen los vientos y accidentes que en cada instante le pueden hacer zozobrar. Si no tiene conciencia para saber gobernarle, ó se vá á pique, ó encalla en la playa, ó se despedaza en una peña. Conocía la Venerable Madre, que tenia en el Provincial, padre para el alivio, Prelado para el remedio, y hombre docto para la consulta: por eso la hace, para que como hombre que sabe, la aclare en las dificultades, y la alum-

bre con la luz de su doctrina, si acaso estaba en la oscuridad de algun error, engaño ó ignorancia. Prosigue:

Y reforme mis costumbres, pues Dios le crió y trajo á la Religion para reformar muchas cosas. Estas palabras solas necesitaban de un libro. Y porque esto pertenece á otro libro diverso de este, solo decimos, que en la historia de la provincia de Andalucía, que darémos á la estampa con el favor de Dios, se explicarán estas palabras bien dilatadamente:

Dice que se quedan por escribir muchas cosas. Ya en otra parte ha dicho que solo dice esto para que se tantee en ello, y por ello si padece algun engaño. En esto la Venerable Madre no escribió mas de lo que precisamente era necesario para cumplir con la obediencia. Calló por humildad muchas cosas. Con que muchos, y mayores prodigios calla y oculta en su silencio, que los que manifiesta con su pluma: y estos, ni son los mayores, ni los mas.

Por este tiempo quiso nuestro Señor consolarla en una afliccion en que la puso Satanás, que como la aborrecia tanto, y todas las obras y palabras de la Venerable Madre iban encaminadas á destruirle, no perdia ocasion ninguna de ofenderla y mostrar la rabia que la tenia. Hace relacion del caso la Venerable Madre, y dice:

«La gente de la casa donde poso, es muy buena y cuida»dosa de rezar el Rosario. Y una noche de estos dias, antes »de la Ascension, que fué Sábado, se pusieron á rezarle á co»ros en otra sala antes de donde yo estaba enferma, que ac»tualmente estaba en la cama, y desde allí les estaba haciendo »compañía, rezando, y pidiendo á nuestro Señor les conserva»se en aquella santa devocion, y librase, así á ellos, como á »todo este Reino de tantos trabajos: y tambien le suplicaba »otras cosas, que se me vinieron á la memoria. En este tiem»po ví entrar en aquella pieza, no sé si por la puerta ó venta»na, dos hombres fieros, medio desnudos, tostados en el color, »y con cuernos en la cabeza. Al fin Demonios. Traian dos »bombas grandes de fuego, que una arrojaron junto á mi, y »la otra caminó adonde estaban los otros rezando, empezaron »á decir: á esta, que todo lo quiere gobernar y componer, ma»témosla. Sembremos contra ella cizaña y fuego. Viniéronse á »mí, y yo empecé á temblar de miedo. Miré á un Señor que »estaba á mi cabecera en un cuadro, muy azotado, que llaman

»el Santo Cristo del Perdon. Pedíle favor, mas con la boca no »podia pronunciar, el corazon hablaba. Y es cierto, que como »Dios es tan misericordioso, que acudió á mi necesidad: que »aquel Señor se despegó de aquel cuadro, y tendió sus brazos »sobre mí, y aquellos perros los aventó, mandándoles que se »fuesen, y me dejasen, que no tenian poder sobre mí, ni sobre »aquella familia, que eran suyos, y estaban ejercitados en su »servicio. Fuéronse ahullando, aunque yo muy llena de miedo, »y con ellos las bombas de fuego, y yo quedé dando gracias á »Ntro. Señor, que nos ha librado á todos. Ninguno de casa »vió, ni oyó nada. Yo callé, aunque aquella noche me desve- »lé en pensar en lo que habia pasado. Otro dia Domingo no »pude ir á Misa, quedéme con aquel deseo de recibir á Ntro. »Señor. Púseme á pensar, si aquellos enemigos me habian de »perseguir en esto de la fundacion, poniendo contradicciones, »y embarazos, y acordándome de la bendita Madre Santa Te- »resa, y de sus compañeras las fundadoras, y de mi Madre Sta. »Catalina de Sena, y mi Santa Maria Magdalena de Pazzis, á »todas juntas las supliqué intercediesen por mí, pues sabian lo »que Dios se agradaba de estas obras, y lo que al Demonio le »pesaba se hiciesen: que le pidiesen al Esposo nos defendiese »de sus astucias. En este punto me pareció que las veia á San- »ta Maria Magdalena, Santa Catalina de Sena, Santa Teresa »de Jesus, y Santa Maria Magdalena de Pazzis, todas juntas en »aquel aposento, y tomaron todas cuatro las cuatro esquinas de »la cama en que yo estaba, prometiéndome su intercesion, y »animándome á la perseverancia, y que de su parte le diese un »abrazo á Cristóbal Lopez, y á Doña Antonia, agradeciéndoles »sus buenos deseos, que Dios se los premiaria, y que á mi her- »mana la confortase para llevar los trabajos, y dificultades que »se habian de ofrecer, que en ella tendria yo buena compañe- »ra y que á todas juntas las exhortase á que amasen mucho á »Dios, y menospreciasen el mundo. Paréceme, que de conten- »to se me rasgó el corazon, y todos mis miembros se abrieron, »y descoyuntaron, y aunque me causaba llanto el dolor, no po- »dia contenerme de la grande alegria que sentia en mi alma, »y la tuve hasta el dia de la Ascension, aunque con mas quie- »tud. Mas no pude disimular mucho de esto que pasó, que no »debió Dios de quererme dar mucho juicio para no dar cuenta »de mi flaqueza. Dios me le dé que siento gran vergüenza aun »en decirlo á mi Confesor.

La alegría, y consuelo que tuvo en estos dias no los podia disimular: y causando en todos admiracion, esta llamaba á la curiosidad de saber la causa. Mucho procuró ocultar lo que la habia sucedido, pero como las santas la habian dado órden, y á este no podia faltar, era fuerza decir algo, y en lo poco que dijese dejar puerta abierta para que la preguntasen mas. Animó mucho al Jurado, y á su muger darles las gracias, y prometer la intercesion de las gloriosas Vírgenes que se la habian aparecido, por lo que la ayudaban. Exhortóles á la devocion del Santísimo Rosario, para que sabiendo lo agradable que es á Dios, y á su Madre, supieran los peligros de alma y cuerpo, de que libra á los que devotamente le rezan. Todos estos eran lazos que mas fuertemente ataban el amor entre el Jurado, y su muger á la Sierva de Dios. Ahora veia Doña Antonia con los ojos claros el prodigio que Dios habia traido á su casa, y las mercedes que Dios les hacia por ella: ya cada hora de dilacion para la fundacion del Convento, se les hacia un año. Ya quisiéran luego al punto ejecutarle, pues tantos avisos tenian del Cielo, que daban priesa á ponerlo por obra. Sentia la casa del Asistente los achaques de la Venerable Madre. Mucho quisieran llevársela de una vez á su compañía. Sentía la Marquesa de Villesca con todo su corazon el que faltase un instante de su casa: y hecha el centro de todas las voluntades, á todas acudia, á todas atendia, y á ninguna dejaba quejosa.

CAPITULO XXVI.

Obra Ntro. Señor muchos prodigios por los méritos y intercesion de la Venerable Madre.

No habia ocasion en que no mostrase su condicion apacible: con todos era agradable, amistosa, y cortés, y si veia algun niño pequeñito, entonces eran sus mayores cariños. Considerábalos en gracia de Dios, y como amigos suyos los queria y halagaba. Parece que habia tomado las lecciones de su hermano San Luis Beltran. Era el Santo algo seco de condicion, y segun lo que se afligia por los pecados del mundo, parecia el Geremias del Testamento nuevo, ó que se habian renovado en él los desconsuelos del Profeta, y aunque tan mesurado y compungido, en viendo á cualquier niño, era

notable su gozo. Una ocasion estaba con uno en los brazos agasajándole, en tiempo que entraba á visitarle aquel Santo Prelado, y Apostólico Arzobispo de Valencia, el Patriarca Don Juan de Rivera. Vióle divertido, y acordándose de su sequedad, se admiró, y aun le reprehendió, diciéndole: Pues ¿Padre Fray Luis, cómo V. Paternidad de esa suerte? Un religioso, y Religioso grave está con un niño en brazos? Si señor, le respondió. No vé V. Ilustrísima, que los quiere Dios mucho á estos? No tuvo que responderle el Arzobispo. Admiró su respuesta, pues cuando hacia juicio que se humanaba á acariciar á un niño, halló que respetaba á un Angel. De otros tales como estos se compone el Reino de los Cielos, decia Cristo Señor Ntro. á sus Apóstoles, y si no os hiciéreis como ellos, no entrareis á tomar sillas conmigo en la Bienaventuranza. Fué Cristo la regla, y forma de la Santidad, y en medio de su modestia se humanaba con ellos, dice el Evangelista: *Et complexans eos*, que los halagaba y abrazaba, que como quiere tanto á los amigos que tiene en el Cielo, tambien quiso, y quiere mucho á los que les son semejantes en la tierra. Por esto cuando sabia que habia muerto algun niño, se consolaba mucho, porque veia que iba seguro á gozar de Dios, y llevaba sus cuentas bien ajustadas, sin el peligro de las nuestras, y de ser alcanzados en ellas, si no llega la misericordia de Dios á ponerse de nuestra parte, y á darnos el vale, para que así quede satisfecha la parte de la justicia divina.

Muriósele un hijo á Don Pedro Jimenez de Enciso, Marques del Casal, que era pequeñito, y al punto tuvo revelacion la Venerable Madre del recibimiento que le hizo el Cielo, y los Angeles á su nuevo compañero. La casa del Jurado en que posaba la Sierva de Dios, por estar vecina á la del Marqués tenia en ella mucha comunicacion, y de aquí resultó el saber las mercedes que Ntro. Señor hacia á su Esposa, y entendieron, que por sus méritos restituiria su Magestad el niño á la vida. Dijéronle á Fray Pedro Mártir su Confesor, así la muerte del niño, como el sentimiento de los Marqueses, y que pidiese á la Sierva de Dios por la vida del difunto: á que respondió con el rostro muy alegre. Mi Padre, así que el alma del niño salió del cuerpo, llegaron muchos Angeles, y se le llevaron con mucha alegria al Cielo. Dígales V. Paternidad á sus Padres se conformen con la voluntad de Ntro. Señor, y se tengan por

dichosos. Respondió como quien sabia conformarse con la voluntad del Señor: pues quien sabe que le cuesta lágrimas á Cristo el volver á las miserias de esta vida á Lázaro, sabe que es el rogarle de la vida á un difunto, cuando su Magestad no inspira á sus amigos se lo rueguen.

En muchas ocasiones viendo á los niños, y considerando que estaban en gracia de Dios, y conservaban la inocencia Bautismal, que no habian perdido por la malicia de que carecian, con notable afecto los codiciaba para el Cielo. Quisiera que se los llevase Dios, para que teniendo segura su salvacion, subiesen entre los Angeles á alabarle, y careciesen de las contingencias de ofenderle, y condenarse. Pedíale á Ntro. Señor le suplicase por algunos se los llevára á la gloria. Oyóla su Magestad, y segun en una ocasion le dijo al Jurado Cristóbal Lopez se le habian aparecido muchos niños de aquellos, cercados de gloria, y acompañados de Angeles, que venian á darla las gracias, de que por sus oraciones los habia sacado el Señor de esta vida, librándolos de vivir en ella, donde si duráran, habian de ser malos, y condenarse.

El amor que los Condes la tenian era grande, y en la familia tenia la estimacion correspondiente á la de sus amos: pero de los señores, que con mas afecto se estrechaba á su amistad, era la señora Marquesa de Villesca. Teníala en su cuarto, donde gastaban muchos ratos en conversaciones muy santas. Con la familiaridad, y conocimiento íntimo que tenian de sus virtudes, era tal el amor que todos la habian cobrado, que no se hallaban un instante sin su compañía, porque para todos era amiga, para todos medianera, y consuelo, y tal como lo necesitaba el ahogo de cada uno.

Pocos dias antes habia muerto una doncella de estrado, llamada Doña Maria Ana. Una noche en el cuarto de la señora Doña Antonia, que tiene una puerta al corredor, oyeron unos gemidos la señora y Doña Catalina de Argüello su doncella. Al principio entendieron era alguna perrilla, y llegando al sitio donde se oia, cesaba. Continuáronse, y conocieron quien los daba. Dos noches sucedió esto, y la Marquesa tan asustada, que no se atrevia á entrar en el cuarto. Comunicólo á su amiga, y como no le era cosa nueva el ver, oir, y atender á estas cosas, se resolvió de ir á ver qué era esto. Quedóse aquella noche en el cuarto, y estando todos recogidos, oyó los gemi-

dos. Conoció la voz, y díjola: Maria Ana, eres tú? Sí Madre, yo soy, la respondió. Pues qué quieres? La dijo. A que respondió: Madre, que le diga á mis señoras, que se vendan mis vestidos, y me los digan de Misas, que eso espero para irme á gozar de Dios. Por la mañana dió noticia á los señores. Vendiéronse los vestidos, y repartió el Capellan la limosna, para que se dijesen todas en un dia. Dijéronse, y aparecióseles el alma á darla las gracias de la diligencia, y avisarla, como se iba á gozar de Dios. El asombro que la Marquesa habia cobrado á su cuarto, era grandísimo, pues aun durmiendo acompañada de la Venerable Madre y sus doncellas, no podia sosegar, y desde aquella hora en que la Sierva de Dios tuvo la revelacion de que habia ido al Cielo, se le quitó el miedo, y no tuvo mas horror á su cuarto, que si jamás en él tal cosa hubiera sucedido.

Las finezas que la gloriosa Santa Catalina de Sena obraba por su hija y aficionada, no las habia olvidado, como ni la Venerable Madre, el celebrarla y asistirla. Desde Sevilla cuidaba cuanto podia así á su Imágen de Aracena, que es muy milagrosa. Ahora se le ofrecieron ocasiones en que la Santa continuó el favorecerla, y por sus ruegos alcanzó remedio á muchas aflicciones.

Padecíalas muy grandes en su espíritu la Condesa, por unos escrúpulos que habian reinado en su imaginacion, de forma, que la traian acongojadísima. Reveló Ntro. Señor á su Esposa esta enfermedad, y la preguntó, que por qué estaba tan melancólica? No la respondió al propósito, ni declaró lo que sentia. A que le dijo la Sierva de Dios, que desechase los escrúpulos, que los venciese, y no hiciese caso, y que para eso la daba por devota y amiga á Santa Catalina de Sena, que se le encomendase muy de veras, y veria como la ayudaba. Desde aquel dia fué mejorando, de calidad, que jamás volvieron los escrúpulos á fatigarle, y la Santa ha acudido tan puntual al socorro, que en todos sus ahogos la ha socorrido. Palabras formales son de la Condesa: *Como lo he esperimentado en casos de mi desconsuelo, y necesidad, y afirmo, que con evidencia me ha socorrido, dándome el remedio que he deseado.*

Túvole tambien Doña Ana de Vidácar, muger de Don Francisco de Contreras, del hábito de Calatrava, y en su afliccion procuraba consolarse con la Venerable Madre, por haber mas de cuatro años que su marido estaba en Indias, y en su casa

padecia el desconsuelo que ordinariamente padecen todas las mugeres que viven con el tormento que en aquella tierra, por no saber, ni de la vida de sus maridos, ó hijos, ni de sus comodidades. Rogó á la Venerable Madre le encomendase á Ntro. Señor le trajese á casa con salud. Quiso Ntro. Señor consolarla, y en estos dias vinieron Galeones, y en ellos Don Francisco de Contreras muy interesado. Al dia tercero de haber llegado fué á visitarle, y halló á Doña Ana con el gozo tan grande, como sus deseos habian sido. Al sesto dia volvió á hacerle otra visita, y pudo ser movida de superior espíritu, halló á toda la casa tristes, y melancólicos, y tan distintos del dia antecedente, como del dia á la noche. Cuando Doña Ana la vió, desató dos rios de sus ojos, llorando su desconsuelo, porque el dia antes le habia dado á su marido una melancolía grandísima por haber venido á España, no sin sospecha de hechizos, de que abundan aquellas tierras, conservando las costumbres de sus Indias, grandes discípulos de Satanás en esta materia. Y resuelto á volverse á embarcar, habia mandado que las cajas que estaban cerradas, no las abriesen, y cajas y fardos que se habian abierto, se volviesen á cerrar, porque queria luego al punto bajar á Cádiz y embarcarse. Consoló cuanto pudo á su afligida amiga, y dijo se encomendase á Santa Catalina de Sena, la de Aracena, y porque estaba muy pobre la ofreciese alguna cosa de tanto como Dios habia traido á su casa, y fiase de su Magestad el buen suceso. Madre, cuanto quisiére la ofrezco, la respondió. Reduzca la Santa á mi marido, que yo la haré una buena limosna. Con esto, dándola buenas esperanzas, se vino á Regina, y mandó decir una Misa á Santa Catalina de Sena. Oyó Dios las voces de su Santa Esposa, y ella las de su querida hija, y al punto se quietó Don Francisco de Contreras en su resolucion, y despertó de aquella melancolía, dando gracias á Dios de verse en su casa, con su muger, familia y hacienda, y de haberle librado de tal intento. Dióle á la Venerable Madre unos candeleros de plata para su Convento, y habiendo muerto su Santa amiga, cumplió Doña Ana su promesa, y remitió á Aracena un hábito entero de negro, y blanco de tela muy rico, con guarnicion de puntas de tela de Milan, en reconocimiento del beneficio que recibió de Ntro. Señor por intercesion de la Santa, y las súplicas de la Venerable Madre.

En los dos casos antecedentes hemos visto aparicion de una ánima, y devocion á Santa Catalina, y en este hay uno, y otro, y fué, que en el Convento de San Pablo, en conformidad del privilegio que tiene la Religion de Santo Domingo, para celebrar la fiesta del Corpus, el Domingo que cae en su Octava, saca su procesion por las calles, Domingo por la tarde, y para ella visten los Santos de la Orden con el aseo, y riqueza, que en aquella gran Ciudad se estila. Quiso ir la Venerable Madre á vestir á Santa Catalina de Sena, y vió que las tocas que tenia la Santa, estaban muy viejas y rotas. Lastimóse mucho, viendo que la toca no correspondia al vestido que tiene muy rico, y mucho mas hallarse tan corta de dinero, que no tenia para comprarla. Acabaron de vestirla, y la Venerable Madre, y su hermana fueron á visitar á unas amigas junto á San Juan de la Palma, donde hablaron de la necesidad de las tocas de su Santa Madre, y dijo: en verdad, que la han de socorrer y hacer esta limosna, porque mi Santa está muy necesitada. Una de las amigas á quien visitaban, se llamaba Doña Juana, y ella prometió socorrerla: y luego al punto dió dineros para comprar las tocas, y hacer cuanto fuere necesario. Despues de algunos dias la quiso Ntro. Señor llevar de esta vida, dándole una enfermedad de que murió. Estaba la Venerable Madre por este tiempo en la cama, sin poderse levantar, y á la hora que murió, que fué á las cuatro de la mañana se le apareció y dió noticia del estado en que se hallaba. Quedó gozosa con haberla visto, y al despertar su hermana, la dijo: hermana, sábete que Doña Juana es muerta. Díjola: pues ha habido algo? Sí, dijo la Sierva de Dios: antes que fuera de dia estuvo aquí, que no habias tú despertado, y Ntra. Madre Santa Catalina de Sena le ha sido muy favorable en la hora de su muerte, por aquellas tocas que la dió. Ahora demos gracias á Dios por las misericordias que usa con los hombres. Tuvo curiosidad la hermana de observar las horas, y envió un recado á la casa á saber cómo estaba la enferma: á que respondieron que á las cuatro de la mañana habia espirado: con que conoció ser la hora en que su hermana le dijo se le habia aparecido.

A veinte y cuatro de Agosto de cincuenta y siete, llevó Dios á mejor vida al Ilustrísimo Don Frai Pedro de Tapia, Arzobispo de Sevilla, cuya muerte fué feliz cláusula de todo el itinerario de su Apostólica vida. Lloró la Religion de Santo Do-

mingo á su hijo, los pobres á su Padre, la libertad Eclesiástica á su defensor, la Iglesia de los Fieles á su Esposo, y su gravísimo Cabildo á su Cabeza, con lágrimas de tanto desconsuelo, y haciendo tantas, y tales finezas por él en la muerte, como las mereció lo mucho que le honró, y estimó en su muerte, y en su vida. Sucedióle el Excelentísimo Don Frai Pedro de Urbina, de la Orden de Ntro. Seráfico Padre San Francisco, de Arzobispo, y Virey de Valencia, en cuyo tiempo fueron allanándose algunas dificultades, que estorbaban la consecucion de la fundacion. Y habiendo ya conseguido las licencias de Aracena para ello, ahora le pidió el Reverendísimo Padre Provincial al Arzobispo, y se despachó por su parte, como Juez ordinario á veinte y uno de Abril de mil seiscientos cincuenta y nueve.

Como este gran Prelado queria tanto á su santa hija, y tanto la favorecia, y por su medio se habia grangeado los favores del Conde y Condesa su prima, y por sus virtudes la estimaba tanto los de Sevilla, no por eso se habia olvidado Satanás de perseguirla, ni la envidia se habia olvidado de mortificarla. Ya les pareció á algunas Beatas de aquella Ciudad, que la de Aracena se llevaba las atenciones y estimaciones de todos: y como si fuera detrimento de su reputacion, el que á la otra estimaran, asi la murmuraban, y perseguian, para que ni luciese ni pareciese. Habia resucitado estos dias la doctrina de Guillermo de Santo Amore, que por calumniar á los religiosos, decia que era contra la profesion del estado, que anduviese por los palacios de los señores, el Religioso, cuyo instituto era el rincon de su celda, recogimiento, estudio y oracion: y ajustaban este vestido á la sierva de Dios, que cada instante la cortaban, diciendo, que muy bien se introducia en la casa de los señores, que su fin era el que la tuviesen por Santa, y á vueltas de esto, el henchir bien el estómago, que esta fundacion de Convento, ó quimera, la hacia espaldas á sus vanidades, que mejor se estuviera en Aracena en su rincon que venir á pasear en coches: que tenia que ver una Beata, que habia de estar retirada, orando y meditando, con estar hoy en casa del Asistente, mañana en casa del Conde, otro dia en casa del Marqués, sin dejar caballero, ni señora, ni estrado que no visitase. Es la envidia gran celadora de las leyes. Sabe reducirlas á la memoria con mucha prontitud, cuando se mi-

ran en otro los créditos que alguno no merece, y como si fuera pecado el que otro lo goce, que Dios y el mundo le dan, solo porque el envidioso no las tenga, ó inventa leyes de nuevo, ó las resucita torciéndoles el sentido, y quiere dar nombre de relajacion á lo que es premio que dá Dios: y cuando el que lo calumnia los posee, ni entonces hay ley, ni constitucion, ni memoria de lo que ha hecho y dicho. Como la doctrina de Guillermo se hacia del ojo con la de los Fariseos, paseando las calles de la murmuracion, tal vez asomaban la cara las madres Beatas á ser farisáica su emulacion. Santa? Decian: por cierto que nos ha venido una gran Santa á Sevilla. Necesidad teníamos por cierto de su santidad. Dicen que ayuna y se azota: sabe Dios quien se azota y ayuna. Añadian, que como tenian el juicio tan alborotado, con verse celebrada y querida de los señores, no hacia caso de las demás Beatas, y que las despreciaba, que si fuera, no Santa, como decian, sino buena Religiosa, primero habian de estimar y querer mucho mas á sus hermanas, y lo que le sobrára de voluntad, esa fuera para los señores: que se olvidase de ellos, y se acordase de su Hábito, que era una embustera, hipócrita, que mejor le fuera no haber venido de Aracena, pues ni la Religion tenia mas crédito en Sevilla con su venida, ni tampoco eran necesarios mas Conventos. Juntaban las buenas hermanas tanta infinidad de calumnias, acompañábanlas con tales movimientos de cabeza, tales visages y risadas, y tan dañados corazones, que muchas personas, conociendo á la sierva de Dios, se vieron obligadas á hacerlas callar. No menos persona fue en esto, que la Condesa de la Torre, Doña Antonia de Mendoza y Ribera. Era discretísima, y conocia grandemente estas pasiones de mundo, así por el gobierno de su familia, como por los lances que tocó con las manos acompañando al Marqués de Cadereyta, su marido, siendo Embajador en Roma, Alemania, y Virey de Méjico. Vivia retirada en su casa, tan ajustada al modelo de Santa Paula, que como se le parecia en la nobleza de la sangre, la imitaba en la forma de la vida. Era su confesor el de la Venerable Madre, y como quien sabia bien la conciencia de esta Esposa de Cristo, y conocia su humildad, sabia que eran injustas estas quejas, y que eran calumnias maliciosas. Deseaba esta señora verla entrar por sus puertas, y reparaba en que solo cuando la habia de pedir algun ruego, entonces iba á verla,

que solo la introducía en los palacios de los señores la necesidad de visitarlos, y animándola á que no hiciese caso de estas cosas, procuraba desvanecerlas. Pudo en una ocasion hablar á una Beata de las que hacian estas minas para volar este edificio: dióla una reñidura, con que la puso freno en la lengua, mientras se le quitaron las cataratas de los ojos, los cuales quedando claros con el desengaño, conocieron la ceguedad en que habian vivido.

Procuraba la envidia apagar esta luz, y cada instante la ponia Ntro. Señor en lugares donde mas luciese. No fué menor ocasion para que se conociese que en una enfermedad que le dió al Maestro Fray Juan de Alzamora, Abad del Monasterio de San Benito de Sevilla. Diéronle unas tercianas recísimas, y con ellas un dolor en las espaldas, tan grave, que se temió de su vida. Pareció á los Médicos, que para que mejorase era necesario sacarle del Monasterio, porque para cuidar de los enfermos, lo mismo es el Monje que el Mendicante, que como todos son hombres, en todas partes hay descuido. Llevárronle á casa de Doña Maria Ana de Alzamora, su hermana, donde halló á la Venerable Madre, que la habia llevado su gran devoto, y amigo el Canónigo Don Juan de Salvatierra. Solo por noticias la conocia el enfermo: al punto que la miró, le causó tanta veneracion, que le faltaban palabras para ponderarlo. Saludáronse, y hablaron del poco regalo que los Religiosos tienen en sus enfermedades, y dijo la lástima que les tenia, y que por esto allá en Aracena, cuando alguno estaba enfermo, pedia á los Priores le llevasen á su casa para asistirles, por lo mucho que oia decir que padecian. Hablando en esto levantó el Escapulario al enfermo, y empezó á pasar la mano por las espaldas en que padecia el dolor. Quedóse admirado, de que no habiendo nadie dicho á la Venerable Madre su enfermedad, así hubiese conocido la que padecia. Díjole: mire V. P., para este dolor de espaldas suelen aplicar tal ungüento, haga que le traigan: traido, ella misma le dió la uncion por las espaldas, con que al punto se sintió bueno del dolor, y luego mejoró de las tercianas.

Cayó luego en la cama Don Pedro Canís de Alzamora, su sobrino, agravósele la enfermedad, sin que los Médicos la conociesen. Con la experiencia de que el tio habia cobrado salud repentinamente por la Venerable Madre, la llamaron ahora

para el sobrino, fuese agravando el accidente, y murió de él. Antes de espirar le asistió con otras personas, y conociendo que no caminaba tan apriesa, dijo á Don Mateo Gabriel Monte, que se iba á recoger á otro cuarto, que en viendo que el enfermo daba señal de morirse, le llamase. Retiróse, y á breve rato se vieron señas de la muerte: conociólas Don Mateo, y fué á avisarla, que sin que nadie la hubiese dado noticia lo alcanzó á saber, y salia diciendo: ya voy, ya voy, vamos á encomendarle á Dios, púsose de rodillas junto á la cama, y siendo así, que el enfermo era cortísimo de natural, ahora la dijo á la Sierva de Dios: Madre Trinidad, enséñeme á bien morir. Le respondió: yo á tí, hijo? Enséñame tú á mí, que lo necesito mucho. Dió el alma á su Criador, consolado de tener á su lado á la Venerable Madre, y ya que el Señor les llevaba de esta vida á su hijo, les quedaba el hermano, y tio por sus oraciones.

No ignoraba la Sierva de Dios las murmuraciones en que las Beatas se ocupaban, y las cosas que decian en cada casa adonde llegaban, llevando con toda paciencia estos dichos. Consolándose en una ocasion con su Confesor Fray Pedro Mártir, le dijo: que ya sabia que su venida habia sido dos veces, no á intereses propios, sino á hacer un servicio agradable á Dios, en cosa que su Magestad en tantas ocasiones lo habia mandado, como él ya sabia, y que el ir á casa del Asistente, si iba muchos dias, pero especialmente los Martes, que es el dia de Correo de Madrid, para escribir á la solicitud de las licencias, iba siempre mortificada, y en su interior considerando un paso de la pasion de Cristo Señor nuestro: y que cuando no valiendo sus escusas la sentaban á la mesa, al haber de comer manjares regalados, sacaba con todo cuidado un poco de acíbar y mezclaba en el bocado para que con este sabor, tuviese en la comida mas tormento que regalo.

Con la gracia que tenia en el hablar y persuadir, era tanta la eficacia de sus palabras, que todo cuanto intentaba, tanto conseguia. No hubo persona que la oyese, que no quedase aficionada, y aunque tuviese dictámen contrario, al punto le deponia. De Orfeo fingia la antigüedad fabulosa, que detenia los peñascos que rodaban, estancaba las aguas que corrian, convertia á los brutos en hombres, aliviaba las penas del infierno, solo con tocar la cítara. Quisieron demostrar en esta ficcion á un hombre elocuente, con linda gracia en el hablar,

viveza en el persuadir, brio en el corregir, compasion á la pasion, y hombre, que como la música, y cítara en sus consonancias, se compone de variedad agradable, así las palabras, lo que en el que las dice son voces, sean música en quien las oye, y el gusto que causa la música, ese causen sus razones, con que al hombre mas bruto, le convierte en hombre, alivia las penas, y persuade la alegría, y hace las transformaciones que quiere. Sus palabras reprehensivas eran con tanto silencio, que solo las oia el que era necesario que las supiese, y salian de sus labios con tal viveza, y tal fuego, que convertia en ceniza las piedras. En estos dias le sucedió á una persona un disgusto con otra, y quedó con tal rencor con su contrario, que no habia instante que estuviese su entendimiento desembarazado de esta pasion. De dia se venia á la Iglesia del Colegio de Regina, bien prevenido de armas, para salir al encuentro á su contrario que solia pasar por allí, y matarle, y de noche le rondaba la casa con el mismo intento. Supieron los Religiosos del Colegio su resolucion y persuadiéronle desistiese de ella. Eran sus consejos en valde, porque como el Demonio le tenia cerradas las puertas y ventanas de la razon, no habia lugar por donde le entrase la luz del desengaño. Díjole un Religioso, que ya que no queria desistir de ello, se llegára á casa del Jurado Cristóbal Lopez, pues estaba cerca, y visitase á la Madre Trinidad, que se holgaria mucho de verla. Hízolo el hombre, comunicóla su pasion, y el estado en que estaba. Empezó la Venerable Madre á desatar aquel rio de elocuencia Cristiana, hablóle con tales razones, persuadióle con tales ejemplos, dióle á conocer el miserable estado en que estaba, que el que fué á verla Paulo furioso, volvió Paulo humilde. Salió de allí, y fuése á Regina, y se confesó con Fray Pedro Mártir, Confesor de la Venerable Madre, con tanto arrepentimiento, y desengaño de sus culpas, que habiendo perdonado á su enemigo, jamás volvió á acordarse de la ocasion, para enemistad. Conoció las mercedes que Dios le habia hecho por medio de su Sierva, daba gracias á su Magestad, por haberle sacado del mal estado en que estaba, y no se ofrecia vez ninguna hablar en esto, que con lágrimas en los ojos no trajese á la memoria á la Venerable Madre, teniendo en sus oidos tan vivas las palabras, como si entonces la estuviera oyendo.

CAPÍTULO XXVII.

Revela Ntro. Señor á su Esposa ser llegada la hora de su muerte, y por su intercesion obra su Magestad cosas admirables en el resto de su vida.

Las diligencias que se habian hecho para la fundacion, eran tantas, y tan buenas, que las cortas que quedaban, hacian á la Venerable Madre desear el fin de todo. Camina el hombre á su pátria, y aunque de el lugar de donde sale, sale con deseo de llegar á verla, este se le aumenta al paso que mas camina, y entonces está mas deseoso de llegar, cuanto mas cerca está del lugar á donde hace su viage. Aun á las cosas insensibles les dió la naturaleza esta propiedad, pues la piedra que cae á su centro, viene con mas fuerza, cuanto mas lejos está de donde sale, y mas cerca de adonde quiere llegar: y en la piedra mística Cristo Señor Ntro., vemos el cumplimiento de uno y otro, pues como dice San Juan: sabiendo que vino de Dios, y hace su viaje para Dios, ahora son sus mayores deseos de llegar á esta hora, y no cabiendo en el pecho el gozo de tenerla presente, sale á los labios, y le manifiesta á sus discípulos, diciéndoles, que con deseo habia deseado celebrar con ellos aquella Pascua, antes que padeciese. Eran pocas las diligencias que faltaban, era mayor el deseo de la Venerable Madre, en verlas de todo punto concluidas, que el gozo de todas las que estaban negociadas. Ya quisiera que se hubieran dado todos los despachos para volverse á Aracena, á poner por obra la fundacion, y plantar el jardin de Ntra. Señora. Como los achaques y enfermedades, los tenia tan de por vida, y el tener salud, segun su padecer, era accidente, dióla ahora una calentura tan fuerte, que la derribó en la cama. Apenas llegaba la noticia de sus enfermedades á oidos del Asistente y Condesa, cuando venian á visitarla, sintiendo igualmente á su enfermedad el no poder llevarla á su casa, para curarla y regalarla. La asistencia que la hacía toda la casa de el Jurado era igual al tierno afecto con que la querian. Estuvo tres dias sin habla, y en un rapto tan profundo, que ni á las voces que la daban respondia, ni á cosa que la decian daba señas algunas. Despues de los tres dias, se levantó de la cama buena y sana. Era esta sa-

lud en la Venerable Madre tan milagrosa, como eran sin reglas humanas sus enfermedades. Visitóla su Confesor, y la preguntó que qué habia de nuevo? Y le respondió, que en el modo posible habia estado en presencia de Ntro. Señor, y su Magestad la habia reprehendido sus culpas, y en particular, que habia excedido en el mucho de ver cumplido el fin de la fundacion de su Convento, que moriría presto, y no lo vería ella en este mundo: mas que se fundaría despues, para que no á ella, sino á Dios se le diese la honra y gloria, y ella quedó muy conforme con la voluntad Divina.

Con estas nuevas, ni le faltó el ánimo, ni desistió del fervor de diligenciar las licencias para el Convento: porque quien siempre habia deseado verse libre de la cárcel del cuerpo, para que su espíritu gozase de aquella amada libertad de la patria, sabía que en este mundo todo es prision, todo cuidados, y todo fatigas, hasta que en aquella bienaventuranza gocemos del eterno descanso. En esta conformidad habló por este tiempo á Doña Maria Terria de Mena, muger de Don Gerónimo Ladron de Zegama, Factor, Juez oficial de la casa de la Contratacion, era muy virtuosa, y por las noticias que tenia de la Venerable Madre tuvo estrecha amistad con ella. Cayó en la cama con la enfermedad de que murió. Padecia grandes dolores en el cuerpo, y á ese compás eran grandes las fatigas y desconsuelos que tenia en el espíritu. Fué á verla la Venerable Madre, á quien la enferma hizo relacion de lo que la atormentaba, y ahora mucho mas, por verse á las puertas de la muerte: fuéle revelado, que moriría presto la enferma, y la respondió: Ea Doña María, tenga V. mucho consuelo, que presto la sacará Ntro. Señor de esos ahogos, y la dará perfecto gozo. Las criadas que oyeron la respuesta, repararon en las palabras. Murió dentro de pocos dias, y acordándose de lo que la Madre Trinidad habia dicho, conocieron lo dijo, porque habia de morir, y mediante la muerte, la habia Ntro. Señor de sacar de aquellas pasiones, y llevarla á su gloria, donde no llegan los desconsuelos que se padecen en este valle de lágrimas.

Cualquiera imágen que veia la llevaba el corazon, y si era de la pasion de Cristo Señor nuestro ó de los Dolores y Soledad de nuestra Señora, alli era donde perdia su juicio de compasion. Viniendo un dia de casa del Asistente con su hermana, fueron á ver al Licenciado Pedro Calvo, que era grande ami-

go de la Venerable Madre. Al entrar en la sala, puso la vista en un cuadro de Cristo Señor nuestro en los brazos de la Virgen, cuando le bajaron de la Cruz. Cogióle el corazon un dolor tan vehemente, que se puso de rodillas, puesta la vista en el cuadro, y dando gritos de dolor. Llegó á ella su hermana á tenerla y procurar volverla en sí: y como el que ama no repara en quien le mira, no oyó ahora las voces de su hermana, que la llamaba. Quedóse transportada, de suerte, que por mas de una hora no volvió en sí. Lo mismo fué empezar á padecer esta dulce enfermedad, que ponerse su hermana avergonzada y corrida de verla, y prosiguiendo en el rapto, no sabía qué hacerse, ni decirse: porque sucediendo en parte que no conocia, pudiera ladearse al viso de la hipocresía. Reparó el Clérigo en el desconsuelo, y la dijo: Madre Santo Domingo, qué tiene? Por qué se aflige? Señor, le dijo: Pues usted no vé esto? Qué se dirá de mi hermana, si esto le sucede en cada casa que entra? Esto no es para que nos echen del mundo? Qué dirán de nosotras sino que queremos comprar el crédito de Santa con moneda de embustes? Señor, no sé qué hacerme; estoy corrida. Consoló el buen Sacerdote á Sor Ana de Santo Domingo. Calle, le decia, estoy gozosísimo de que en mi casa le haya sucedido esto, y ahora tendré especial devocion á aquel cuadro, pues estos efectos causa. Le doy á nuestro Señor muchas gracias, porque ha querido favorecer mi casa con esta maravilla. Madre, no se desconsuele, que cualquiera que sea cristiano estimará á su hermana como se debe estimar: pues esto no es para reirse, sino para llorar lágrimas de gozo: dándole á Dios la gloria de que así favorece á sus criaturas. Pasó una hora la sierva de Dios en este rapto, y volvió de él con unos suspiros, que se le arrancaba el corazon. Quedó el cuerpo tan dolorido, y tan descoyuntada, que no podia tenerse en pie, y estando en su acuerdo, quedó tan avergonzada, como lo estuvo su hermana por verla en aquel lance, y se vió ahora el Clérigo en buscar razones para consolar á la una como se vió en consolar á la otra, quedando de allí adelante con mayor veneracion á la sierva de Dios, por quien ya conocia con la experiencia los favores que nuestro Señor la hacia, aunque eran muchos los que habia oido decir.

Concluye la Venerable Madre el cuaderno que la mandó escribir de su vida el Reverendísimo Padre Provincial, hacien-

do un epílogo de todas las mercedes que nuestro Señor, y su Santísima Madre la hicieron, aunque muchas mas se quedan ocultas en su humilde silencio, y dice:

«En muchas Pascuas y dias de Fiesta de mi devocion, he »recibido de nuestro Señor muchas misericordias, y de mi gran »Señora en Fiestas suyas, y en las de muchos Santos y Santas »que se han dado por amigos, y no ha sido en vano su amis- »tad: mas en mí se han despreciado estos favores. Dia de la »Santa Cruz, dia de la Corona de nuestro Señor, he sido rega- »lada de sus frutos. Ojalá y con ellos hubiera acabado la vida, »para no volver á perderlos de vista. Con algunas almas del »Purgatorio he tenido en que entender, por haberles sido de- »vota. Quiera nuestro Señor que yo les haya hecho algun bien, »y que todas estas mis cosas hayan sido puras y verdaderas, y »buenas para Dios.»

Los prodigios que abrevia en estas palabras, tenemos por cierto, que son mas que cuantos se leen en este libro. Lo que en estas cifras oculta, es mucho mas, que lo que hemos alcanzado á saber. Cumplió solo el mandato de su Prelado, y nos privó de darnos noticias, que recibió de Ntro. Señor grandísimas mercedes. Algunas cosas de estas comunicaba con el Jurado Cristóbal Lopez, y su hermana oyéndola, y pareciendo que desabrochaba mucho el pecho de su silencio la reprendia algunas veces, diciendo. Hermana, hermana, cómo dices estas cosas: Por qué no callas? Quien hay en el mundo que diga eso de sí? Calla tú, le respondia. Si en mi casa no hablo, donde tenglo de hablar? *Algun dia te holgarás de haberlo sabido, algun dia me agradecerás haberlo oido.* Y segun hemos visto, esta respuesta fué una de las profecias mas notables de la Sierva de Dios: pues fué prevenir el tiempo en que si nos duráran las personas que oyeron estas cosas, sin duda perecieran en el silencio, como las demás cosas que la Venerable Madre no dejó dicho: pues estas solo se saben, por haberlas avisado: las demas se ignoran, porque no tuvo testigos.

Muchos dias festivos, Pascuas, fiestas de Cristo S. N., de su Santísima Madre, y algunos Santos, era tanto el gozo que tenia, que ponia admiracion á su Madre, y hermana: Parecia quererse salir el alma de la cárcel del cuerpo, y ir á gozar de Dios, que tan enamorada la traia. Perdia el acuerdo, y la atencion de suerte, que ni veia lo que hacia, ni atendia á lo que

hablaba: y en aquella dulcísima rapsodia con Dios, esa solo le llevaba el alma, y tiraba á sí las potencias. Sentábase á la mesa á comer, y olvidada de lo que hacia, con aquel gozo, ni comia, ni dejaba comer. Solia su Madre, hermana, y familia levantarse sin gustar un bocado, enternecidas de verlo así. Decíanla, que se reprimiese, y que no diese á entender á aquellos afectos tan ardientes. Procuraba hacerlo, violentábase en ello, y no pudiendo irse á la mano, el volcan de fuego que habia reprimido, salia tan impetuoso, cuanto habia sido la violencia con que habia estado, y se veia del corazon salir dos elementos contrarios, uno de fuego en suspiros, y otro de lágrimas por los ojos. Lloraba, y se reprimia, suspiraba con disimulo, por lo que la habian dicho y reprehendido, y porque el aire no supiera sus suspiros, se bebia el aliento. Hablaba y se elevaba, y estando en aquella contrariedad de afectos, padecia un tormento dulce, y una fatiga gustosa. Criaban una niña en casa, y aunque de poca edad, tenia esperiencia de lo que pasaba en los dias festivos, y solia decir a sus amas: Señoras, vamos á comer, antes que venga mi señora, porque rie, y llora, y ninguna comemos. Conocieron que la muchacha decia bien, y desde entonces tomaron ese medio, de comer antes que viniese de la Iglesia, y no esperarla, reservándola su comida, para que no padeciese contingencia la de todas. Con el sustento de su Dios, que ya traia en el cuerpo, ni se acordaba de la comida, ni tampoco la hacia falta, y cuando mas aquejada se sentia de la hambre, y al cuerpo con mas necesidad, mojaba el pan en agua caliente, y le echaba por condimento un poco de aceite, sal y vinagre, y en esto cifraba todos los regalos y manjares de la tierra, y esto era su ordinaria comida.

Víspera de San Juan Bautista mostraron los Santos sus devotos el amor que la tenian. Fué á ver á la Condesa Asistenta, y á su hermana la señora Doña Antonia, y teniéndola mucha lástima de ver lo fatigada que andaba, la dijeron, que se quedasen en casa, porque la familia queria alegrarse aquella noche, por ser víspera de San Juan, y tendrian un poco de divertimiento. Quedáronse, y á poco rato le dió una calentura bien grande, y con ella unos accidentes penosísimos. Pasó así toda la tarde, y á la noche, se fueron todos al festejo, quedándose sola en su cuarto, sin mas compañía que su enfermedad. Lo ardiente de la calentura no la divertia de su recogimiento

interior, que como era mayor el fuego que tenia en su alma, que el ardor que abrasaba á su cuerpo, con aquel templaba á este, y este le servia de alivio á aquel. Empezó su discurso, por hallarse sola, todos allá divertidos, ser víspera de S. Juan, lo que allí y todos en todas partes se festejan aquella noche, las maravillas que se dice, que aquella noche suceden. Acordóse del motivo de su venida á Sevilla, y que quizá estos cuidados la tenian en aquel estado. La caridad que recibia de casa de el Jurado Cristóbal Lopez; la devocion que tenian, él y su muger á la fundacion, y juntándose todos estos cabos á la amistad que el Sagrado Precursor la tenia y los favores que la habia hecho, le hizo una breve oracion, diciéndole: que supuesto, que en aquella noche decian todos, que obraba muchas maravillas, hiciese alguna, para que el Jurado, y su muger quedasen certificados que era agradable á los ojos de Dios la fundacion del Convento, y el gastar su hacienda en esto. No se tardó mucho el Santo en oirla, y Ntro. Señor, á cuyo cargo está la fundacion, luego hizo que la naturaleza saliese de sus límites, para confirmar, que la obra es de su agrado. Por la mañana dijo Doña Antonia de Ontiveros á la esclava, que mirase si en las macetas habia algunos jazmines, se los trajese. Halló la esclava un ramo tan desusado, que le causó admiracion, y como cuando Dios dispensa en el órden natural de las cosas, dispone á los corazones, para que sepan, que aquella es obra fuera del curso ordinario, y en ellas mismas pone el motivo, ó representacion de lo que se intenta, y para que fueron criadas, como sabe mover los corazones de los Magos, para que entiendan, que ha nacido su Dios verdadero, anunciándolos con una estrella nunca vista: ahora que la esclava miró los jazmines, los admiró, diciendo: Ay, señora, qué ramo de jazmines tan particular! Esto jamás se ha visto! Púsolos en manos de su Señora, y juntóse toda la familia á verlo, y advirtieron en él, que de una flor grande del jazmin, salian tres ramos, cada uno con cinco flores pegadas, y consecutivas una á otra. Miraron bien si eran postizas una en otra, y vieron, que naturalmente estaban unidas una flor con otra, todas cinco en una rama, y tres ramas en una flor grande. Considerándola bien, y al punto alumbró Dios sus entendimientos, y levantaron la consideracion al lado de lo que queria significar aquel prodigio. Considerando quince flores en una, dijeron

unos. Esto es, los quince misterios del Rosario, cinco gozosos, cinco dolorosos, y cinco gloriosos. Los tres ramos que componen un ramillete, son las tres partes que componen un Rosario. Todo el Rosario en una flor, como los tres tercios que le componen. Otros dijeron, estos jazmines ó estas quince flores en una, son las quince Religiosas que se han de juntar en un Convento, y han de ser tan del agrado de Dios, como el jazmin lo es á la vista, y al olfato. Cualquiera interpretacion era al intento, y la que Ntro. Señor queria que se entendiese. Al punto enviaron el ramo á casa del Asistente, para que le diese á la Madre Trinidad, diciendo, que notase como habia querido Ntro. Señor prefigurar el Convento en aquellos jazmines, señalando, ó los quince Misterios de su Rosario, ó las quince Religiosas del Convento, ó lo uno, y lo otro. Fué increible el gozo de la sierva de Dios en esta ocasion. Vióle el Asistente, las señoras y toda la familia, admiraron aquel prodigio, y dieron gracias á su Magestad, que así queria manifestar su voluntad, y calificar los deseos de su Sierva. Quedaron los Condes nuevamente consolados, con que su Patrocinio á la Venerable Madre era agradable á los ojos de Dios, pues sus intentos los calificaba de aquel modo. La Sierva de Dios gozosa, de que así entendiesen ser la voluntad de Dios, y de su Madre, y que ya se gozasen aquellos jazmines del jardin de Ntra. Señora, y el Jurado, y su muger nuevamente confirmados en su devocion, y propósitos.

El Apóstol San Pablo su gran devoto, y amigo, habia sido su Maestro, y la habia enseñado, segun hemos visto, y le imitaba en muchas cosas. Aprisionado estaba el Apóstol, y sin que las cadenas, cepos, ni calabozos le aprisionáran sus deseos de acudir á todos: ya que personalmente no podia, lo hacia por cartas, por medio de amigios, por visitas ó avisos, y estos suplian lo que le faltaba de su amable presencia. Continuábase la enfermedad de la Sierva de Dios, y ya que ella la tenia en prisiones, lo que por sí no podia, en acudir al remedio de los necesitados, rogaba á alguna amiga lo supliese.

Habia enfermado en casa del Asistente un criado de escalera abajo, que se llamaba Santiago: padecia unas tercianas tan penosas, que ya se desconfiaba de su vida. Tenia la Venerable Madre cuidado de preguntar por él, cómo estaba? Qué habia ordenado el Médico? Y así á su hermana, como á todos

los criados, los traia tambien con este cuidado. Sabia que los señores habian dado órden, que á Santiago le acudiesen con todo lo necesario para el sustento, regalo, y medicina. Solo le faltaba la asistencia. Alguna vez padecia descuidos, que en casas donde cada uno tiene su oficio, á que ha de asistir, es fuerza que alguna vez se padezcan, y por esto cuidaba la Venerable Madre desde su cama, de la asistencia del enfermo, y para que su hermana ganase gracias con Dios, la hacia que fuese á visitar á Santiago. Una noche muy tarde, se acordó del enfermo, y díjole á su hermana, que fuese á verle, y á saber si tenia necesidad de alguna cosa: pero aunque de dia iba gustosa á ver á Santiago, ahora se hizo largo el camino, por ser de noche, díjola: Hermana, cómo he de ir ahora? Esta casa es tan grande como media Sevilla: la gente está toda recogida en sus cuartos, los pasos están solos, yo tengo mucho miedo, no me atrevo á ir ahora, por la mañana le veré. Habia de llamar al Capellan para que Comulgase á la Venerable Madre, y para ir á su cuarto, habia de pasar por el del enfermo. Luego que amaneció, fué á avisarle. Entró á verle, y preguntóle como le iba? Y respondió: Madre Santo Domingo, ya estoy bueno, porque la Madre Trinidad vino anoche, y me dijo: ¿Qué hay, Santiago, como estás? Yo la dije, que me sentia muy malo: Preguntóme si queria alguna cosa? Dije que un poco de agua, porque me estaba abrasando. Llenó un vidrio de agua, y me la dió con dos vizcochos, que por fuerza me hizo tomar, y luego al punto me sentí mejor. Esta noche he dormido bien, ya gracias á Dios estoy bueno. Bien conoció Sor Ana de Santo Domingo, que su hermana no podia ser, y como ya sabia sus cosas, presumió que á alguna amiga suya habria encomendado el cuidado del enfermo, díjola: Hermana, ya está bueno Santiago, dígame: á quien envió anoche á que le acudiese? A qué amiga lo encargó? A que le respondió: Bendito sea Dios. Has de saber, que fué Ntra. Madre Santa Catalina de Sena, que como tú estuviste tan medrosa, me dió lástima el considerarle solo, y dije á la Santa: Madre mia, bien veis que esta tontilla de mi hermana está tan medrosa, que no se atreve á ir á ver aquel enfermo. Pues estando en esta vida tuvísteis tanta caridad con ellos, y en vuestras enfermedades supísteis cuanto necesita un enfermo de que le acudan: hacedme merced de ir, y acudid á Santiago, y ved si necesita de algo. Esto dije, y la Santa Madre como es

tan caritativa, ha ido. Por la mañana luego corrió voz, que Santiago estaba bueno, y que la Madre Trinidad le habia alcanzado salud, y aunque conocian el milagro, ignoraban el secreto. Solo por entonces lo supieron los Condes, y el Capellan, aunque lo público, lo supo la familia sin estas circunstancias. Amábanla tiernamente, viendo que por ella así obraba Dios estas maravillas, y los señores daban nuevamente gracias á Dios, viendo que así favorecia á su casa, por la compañía de aquella Esposa suya.

Convaleció de su enfermedad, y volvió á casa del Jurado Cristóbal Lopez, donde ya todos cobraron en gozo con su vista, cuanto habian padecido de tristeza por su ausencia. Sacó de la enfermedad tan buenas ganas de comer aquel pan vivo, que bajó del Cielo, que quisiera cada instante recibirle por el provecho que la hacia, y por el sabor de la gloria, que la dejaba en habiéndole gustado. Desde casa del Jurado iba á la Parroquia de San Pedro, el dia que no podia ir á Regina, donde era su ordinaria asistencia: y cuando se le ofrecia ocupacion, madrugaba como verdadera Israelita, á coger aquel pan de los Angeles, con mas amor, y afecto, que ellos cogian el Maná, que por las madrugadas les llovia del Cielo. Habia en la Parroquia un Cura, que se llamaba el Licenciado Coronado, era algo áspero de condicion, y tenia su poquita de impaciencia. Confesábase con él la Venerable Madre, cuando allí habia de Comulgar, y ya no podia llevar con sufrimiento tantas Comuniones. Estas Beatas embusteras, decia, que no pueda yo con ellas echarlas de aquí? Que son unas hipocritonas. No hay que creer en ellas. Un dia llegó á él la Sierva de Dios á que la confesase. Antes que se sentase en el confesonario, riñó mucho y desahogó su pecho, tanto, que aun le caia en gracia á la Venerable Madre, y aunque la decia aquellas pesadumbres, gustaba de oirle, por el modo con que reñia: porque hay hombres, que aun sus riñas son gracias, como hay hombres, que cada gracia suya es una riña, y cada palabra una pesadumbre: confesóla, y despues dijo la Sierva de Dios, si queria hacerle caridad de Comulgarla? A que respondió: pues qué? Eso tenemos mas? Señor, le dijo, tengo que hacer, y por eso enfado á V. merced, que si no esperara á otro Sacerdote, para que me diera á Ntro. Señor. Ea, venga Madre, le dijo: que si quiera porque se vaya de la Iglesia, iré de buena gana. Su hermana Sor Ana de San-

to Domingo, avergonzada de lo que le sufria al Cura, la dijo: Es posible hermana, que quieras esto, y que gustes de oir tantas afrentas? Pues está cerca el Colegio de Regina, vamos allá, y no gustes de oir este hombre cada dia. A que le dijo con mucha gracia: mira, no seas necia, él es buen hombre, y aunque nos llama embusteras, sí lo somos, pero no en el modo que él presume, y él en esta impaciencia no peca.

Quiso Ntro. Señor corregir la cólera del Clérigo, y darle á entender quien era la con quien reñia, y cuán agradables eran á su Magestad las Comuniones, porque él tenia aquellas impaciencias. Otro dia se sentó en un banco de la Capilla Mayor para confesarla, y en el Altar Mayor estaban poniendo el retablo nuevo. La Capilla del Comulgatorio tiene una puerta al lado de la Epístola de la Capilla Mayor. Acabando de confesar, se entró antes la Venerable Madre, y al punto que el Clérigo se levantó, se cayó un banco del retablo, y vino á tierra con tan gran golpe, y tan milagroso, que al tiempo de entrar, cayó por sus espaldas tan ajustado á no hacerle daño, que si se detiene cuatro dedos, le hiciera pedazos. Quedóse turbado de ver el suceso, y dióle en el corazon, que aquel habia sido aviso del Cielo, en que la misericordia de Dios le prevenia para adelante. Refirió el caso al Jurado Cristóbal Lopez, teniéndole por milagroso y volviendo la Venerable Madre á caer en la cama enferma, venia muy solícito á visitarla, y á decir, si queria que en el pecho le trajese á Ntro. Señor Sacramentado. Caíales en gracia á toda la gente de casa, ver ahora tan devoto, y tan solícito, á quien pocos dias antes le veian tan impaciente, y oian tan colérico.

CAPÍTULO XXVIII.

Ultima enfermedad de la Sierva de Dios. Quiere llevarla á su gloria: y en esta ocasion la regala mucho su Magestad.

Llegóse el tiempo en que habia de dar el Esposo Sagrado el premio de sus trabajos á su querida Esposa. Llegóse la hora en que la habia de introducir á los desposorios, pues prevenida con la luz toda su vida le habia estado esperando. Empezó la naturaleza á dar muestras de querer desatar la union de su cuerpo y alma, y la Venerable Madre, al mis-

mo tiempo á desear con mas vivos deseos verse libre de aquellas cadenas, para gozar de su amado Esposo en su gloria. Habia deseado grandísimamente dar la vida por el Señor, que tan liberal la dió por nosotros. Suplicábaselo cada instante, la sed que padecia de este tormento, era como la de su glorioso P. Sto. Domingo, de quien canta la Iglesia, que su sed del Martirio, era semejante á la que padece el siervo, deseándola apagar en las fuentes de aguas mas caudalosas, y como hija heredera del espíritu del gran Padre, le heredó los deseos, como le sucedió en el hábito. Pedia á Ntro. Señor que le diese forma para morir por su Santo nombre, pues su Magestad habia querido morir por ella, y por los pecadores. Este era su contínuo deseo, estas sus peticiones: y viendo que su Magestad no se le cumplia, le pidió pactos en su peticion, diciéndole, que pues no merecia morir por su Santa Fé Católica, la concediese modo para dar toda la sangre de su cuerpo, conformándola con la que su Magestad derramó por nosotros, y que la hiciese merced de que no la quedase gota de sangre que no derramase en su servicio. Lo acepta que fué esta peticion á su Magestad, lo reveló en Aracena á una persona virtuosa, la cual me dijo á mí, que le habia su Magestad concedido á su amiga esa peticion, de que no la quedaria gota de sangre en su cuerpo, que no derramase en servicio suyo, lo cual se cumplió como veremos.

A último de Setiembre del cincuenta y nueve, venia de casa del Asistente, y para haber de ir por calles sin rodeo, y entrar á la del Jurado, pasó por la plaza del Convento de Monjas de la Encarnacion, que con otro nombre se llama el barrio de Don Pedro Ponce. Al entrar en la calle, para ir á San Pedro, vió á Cristo Señor Ntro. con la Cruz acuestas, que venia hácia ella, y dió tres caidas. Cuando no la rasgára el corazon el ver á su Dios en aquel doloroso espectáculo, la moviera á grandísima compasion ver á un hombre en aquella lastimosa representacion. Arrojóse á sus pies, pidiéndole la diese aquella Cruz, que ella la llevaría para aliviar en cuanto pudiera á su Magestad de sus dolores, y que se los diera á sentir, y derramar su sangre por su amor. Dióle Ntro. Señor la Cruz, y púsosela sobre los hombros. Sintió luego el peso de ella, y empezó á moverse de un lado á otro, para caer oprimida de tan escesivo peso. Desde la esquina, hasta la puerta de el Jurado,

cayó otras tres veces, siendo la última caida á la puerta de la casa, donde con el golpe grande que dió, empezó á echar sangre por la boca, con tanta abundancia, que parecia un arroyo. Tomó el Señor su Cruz y desapareció, y quedó la Venerable Madre con la suya. Son indecibles los gozos que en esta ocasion tenia su alma, al paso que mas padecia su cuerpo. Encendióse en una calentura ardentísima, y continuóse el vómito de sangre, que puso en cuidado á los médicos. Cogíanla en una bacía de plata, y viendo la sangre tan pura, tan roja y sin mezcla de mal humor, admiraba así la abundancia, como la calidad. A vueltas de esto, lanzaba unos pedazos de carne, los cuales miraban despacio los médicos, para hacer juicio de ellos, y lo que sacaban era admirarse, que con tanta cantidad de ellos, le hubiesen quedado entrañas, como que al salir por las fauces no se ahogase. Estudiaban reglas á que reducir aquel género de enfermedad, y sus estudios sacaban por conclusion, que la enfermedad era irregular, que aquel padecer era insólito á la naturaleza, no conocido á la medicina, que se sujetaba aquel accidente al Médico Soberano, que vino á curar nuestras enfermedades, y no á los aforismos de Galeno, ni Hipócrates, y que mas se debia atender con admiracion, que curar con medicina; pues solo las podria dar el que dispensando las leyes ordinarias de la naturaleza la llevaba por aquel camino tan estraño. Duró algunos dias en este padecer, y como era camino de Cruz, como si fuera pequeña la que tenia, estaba deseosísima de otra mas sensible. Esta la pedía á su Confesor, que era una que se solia poner, y habiendo muchos dias que carecía de ella, ahora la pedia con mas instancia.

El caso fué que usaba la Ven. Madre de una Cruz de madera, de una cuarta de largo, y en ella treinta y tres puntas, en memoria de los treinta y tres años de vida de Cruz, que nuestro redentor vivió, padeciendo por nosotros. Esta es la que siempre habia usado, poniéndosela, ya en las espaldas, ya en el pecho. Esta la tenia su confesor desde el año cincuenta y uno; y es la misma que su hermana Sto. Domingo la escondió, y se la trajo Santa Catalina de Sena, y otras veces milagrosamente supo donde estaba, la cual le habia quitado su confesor, porque no se maltratase mas con ella, y habia retenido todo este tiempo, y ahora desde que cayó en la cama se la pedia cada instante sin cesar, rogándole con grandes afec-

tos se la trajese, porque queria consolarse con ella. Queria mucho la sierva de Dios á esta Cruz; porque con esta llave de Cruz se abria las carnes, y á ese compás se le franqueaban las puertas del Cielo. Su confesor la estimaba mucho, asi por ser prenda de su Santa hija, como por haber merecido el cuidado de Santa Catalina de Sena y otros Santos. Siempre que iba á verla, se olvidaba de llevarla, y parece lo dispuso así Ntro. Señor para darla por sí mismo este consuelo á su Esposa. Una noche por sentirse mas agravada que otras, se quedó su hermana asistiéndola, y la dijo: Hermana, he deseado con todo mi corazon derramar mi sangre por Jesucristo, y ya que no me ha concedido, sea por su fé, me ha consolado que la derrame en buena guerra por su servicio en esta pretension. Y conocíase ser así, pues como decian los médicos, el cansancio de las cosas de Sevilla, el cuidado y malos ratos en una muger tan atenuada, la habian traido aquella enfermedad. Con estas palabras se quedó extática. Volvió del rapto y le dieron unas bascas, como frenesi. Desde la oracion hasta pasada la media noche, estuvo tan inquieta, que ni su hermana, ni la gente de casa la podian tener en la cama, porque cada instante queria arrojarse al suelo. De media noche adelante pudo sosegar un poco. Luego que amaneció, vino su confesor, y al punto hizo que despejáran la sala, porque queria confesar. Revelóle la causa de su inquietud la noche pasada: Díjole que habia estado Cristo Señor Ntro. con la Cruz acuestas, paseándose por la sala, y lo que su hermana y las demás mugeres habian juzgado frenesí, era querer arrojarse de la cama, á ponerse á sus pies, y pedirle la Cruz. Llegóse su Magestad á la cama, y puso su Cruz en la cabecera, y la dijo: Esta Cruz te dejo aquí, arrímate á ella, en premio de la que tú te has puesto por mí. Ay Señor, le dijo: que la he pedido, y no me la quieren dar. Pues la quieres ahora? Le dijo su Magestad. Si Señor, le respondió. Pues vesla ahí, le dijo: Confórtate con ella. Entróla su Magestad en la llaga de su costado, y se la dió. Gozosa tomó su Cruz, y al punto se le ofreció, que el Confesor volveria á hacer instancias por ella, y le dijo: Señor, y si me la volverá á llevar? Si tu Confesor por obediencia te la pidiere, dijo el Señor, se la puedes dar. Con esto desapareció su Magestad. Y acabando de hacerle esta relacion al Confesor, le dijo: Ve aquí V. Paternidad mi Cruz. Muchas veces se la he pedido, para consolarme con ella:

no ha querido dármela, ya mi Esposo me la ha traido. Deseaba el Confesor volver á su celda, para comprobar aquel prodigio, que le veia, y aun no le creia. Tenia la Cruz en una gaveta de un escritorio, cerrado con llave y envuelta en un tafetan. Vino á su celda, abrió el escritorio, como antes lo estaba, y halló el tafetan desenvuelto en la gaveta, y faltaba la Cruz. Entonces acabó de confirmarse en ello: volvió allá luego al punto, y se acordó de lo que la habia oido: que le dijo Cristo Señor Ntro., que si por obediencia se la pedia, se la diese. Díjola, que estaba muy de peligro, que bastante Cruz tenia con su enfermedad, que le diese la Cruz, que por obediencia se la pedia. Entonces se la volvió á dar, quedando á consolarse solo con el mérito de la obediencia, del gozo que le faltaba en su amada Cruz. Encargóle á su Confesor el secreto, y la tuviese guardada en su poder sin darla á nadie: y que cuando fuese la voluntad de Ntro. Señor, que se fundase el Convento de Monjas en Aracena, que la entregáran á la Priora, y Comunidad, para que la pusieran en el Sagrario, por ser reliquia que Cristo Ntro. Redentor habia tenido en su mano, y tocado al costado. Guardóla el Confesor con la veneracion posible. Y hoy lo está hasta que quiera Ntro. Señor se llegue la hora en que se vean cumplidos los deseos y profecias de su sierva, á que desde el Cielo está ayudando con sus intercesiones.

En estos dias que estaba en la cama se llegó el del Serafin humano, y retrato de Jesucristo en la tierra mi Padre San Francisco. Oyó las campanas de la casa grande, que tocaban á la procesion, y encendióse en un fervoroso deseo de querer ir á rezar al Santo Patriarca, y hacer la diligencia del Jubileo. Ya que por su enfermedad no pudo ir, recibió el Santo sus afectos, y mostrósele agradecido, que lo es mucho el Seráfico Padre con sus devotos, y en especial á los hijos de Santo Domingo, que como verdaderos hijos de tan gran Padre, son devotos de quien su Padre fué tan amigo, y hermano, y de quien dejó á su Religion tan encargado el amor, y hermandad, á sí y á su penitente y Seráfica Orden. Gózanse en el Cielo de ver que así cumplan sus hijos sus mandatos en la tierra. No le dá gusto al demonio de ver estas hermandades, porque como enemigo de la paz y sosiego, solo quiere la discordia. Es su alegria la division, y no gusta él de que haya concordia entre quien tantos siglos antes empezó Dios á dar anuncios: entre quien

sus hijos canonizados, y beatificados tanto la han ejecutado con créditos de sus virtudes, y provechos de sus Santísimas almas. Los verdaderos hijos de Santo Domingo quieren, y estiman á los de San Francisco: y los verdaderos hijos de San Francisco, aman, y quieren á los de Santo Domingo: y cuando no fuera por el amor que se tuvieron los Patriarcas, y se han tenido las Religiones, se debieran estimar por el ejemplo al pueblo: pues no se edifican tanto de verlos hermanados, como se escandalizan de verlos divididos: porque entre hermanos, no es maravilla que haya concordia, y es escándalo que entre hermanos haya division. Queria la Venerable Madre ternísimamente al glorioso Padre San Francisco, érale muy devota, y aficionada al Santo, y á su Religion. Y el Santísimo Patriarca quiso pagarla á su hija y devota este amor y devocion. Apareciósele muy amistoso y afable, estando con estos deseos de ir á la fiesta, y en este ínterin juzgando que reposaba se habian salido todas las mugeres de casa al corredor. Subióse la familia á las azoteas, y quedáronse junto á la sala, Sor Ana de Santo Domingo, y Doña Antonia de Ontiveros. De repente les vino un olor á rosas tan estraordinario, que les causó admiracion. El olor era tan suave, que como á Sor Ana de Santo Domingo le habia sucedido aquel caso, cuando Santa Catilina de Sena se las dió á oler, y con ellas sanó de su tabardillo, se acordó que esta fragancia era como aquella: y dióle en el corazon, que aquello era algun misterio. Calló y disimuló el caso. Doña Antonia no paraba de hacer admiraciones, porque en su vida habia sentido fragancia de rosas como aquella. Llegaron á la ventana de la calle, por si pasaban algunas de donde aquel olor procediese. No vieron nada. Duró este olor por espacio de una hora. Bajaron las criadas. Preguntáronlas y respondieron, no habian sentido tal cosa. Entró su hermana á ver á la Venerable Madre, y díjola lo que habia pasado: y con la esperiencia que tenia, la dijo: Hermana, qué olor es este? Ha habido algo? Díme qué ha sido esto? A que la respondió: Ya sabes que es hoy dia de Ntro. Padre San Francisco. Como no puedo ir á su casa á verle, me puse á rezarle, y vino á visitarme: traia una rosa en la mano, y me la aplicó al olfato, diciendo: que la oliese y me confortase. Y añadió, diciendo: esta es la rosa del jardin de los deleites de Ntra. Señora, que tú solicitas. Entonces le dije: Padre mio, pues Dios há querido hacerme es-

ta merced, y vos habeis querido darme este consuelo, dadme esa rosa para dársela á Doña Antonia para confortarla, pues ella es el fundamento en quien estriba este jardin, que se ha de plantar para Ntra. Señora. A que dijo el Santo: no te la daré, porque no tengo órden para eso: pero porque no falte tu deseo, yo se la daré á oler. Y entonces pasó el Santo por junto á donde estabas tú y Doña Antonia, y os dió á oler la rosa. Con estos favores regalaba Dios á su Esposa, y el glorioso Patriarca á su querida hija: y con tantos avisos del Cielo declaró el Señor su voluntad á esta gente, para que así le sirvieran en esta obra, de que su Magestad tantos años antes se dió por agradado, y mostró su gusto, en que se edificase el jardin de sus deleites.

Mucho desconsuelo tuvieron el Conde, y las señoras con la enfermedad de la sierva de Dios, y aunque la regalaban, no descansaban sus nobilísimos corazones con verla tan forastera de sí. Quisiéranla tener en su casa. Convaleció un poco, y al punto que estuvo para poder ir, se la llevaron consigo. No olvidaba la correspondencia con el Reverendísimo Padre Provincial. Y aunque vocalmente le habia hecho muchas consultas tocantes á su conciencia, y por cartas le comunicaba muchos negocios, no dejaba de preguntarle en los casos que necesitaba de su Magisterio y gobierno. En estos dias tuvo una notable revelacion, la cual le comunicó por mano de la Excelentísima Señora Doña Antonia, Marquesa de Villesca. Ayudó á esta confianza, el estar no bien convalecida, y no poder escribir de mano propia: y conociendo el silencio, y el favor que la hacia, le escribió esta carta.

REVERENDÍSIMO PADRE Y SEÑOR.

Escribo *á V. Reverendísima, por no dejar de darle noticia del estado de enfermedad en que Ntro. Señor me ha puesto, pues hé llegado al de la muerte, como ya mi Señora la Condesa habrá avisado. Mas ya por su misericordia me ha vuelto á este mundo, despues de haber estado cuatro dias sin habla, ni sentidos naturales, aunque en otra region diferente de la de acá, donde me fueron dadas á entender algunas cosas: y aunque echo de ver, no nos podrémos ver tan presto, me ha parecido enviárselas á decir aunque con brevedad.*

Sabrá V. Reverendísima, como en aquella suspension me ví en la presencia de Ntro. Padre Santo Domingo y de otras personas, muchas y muy graves, Religiosos y Seglares. Todos estaban sentados, pero Ntro. Padre era el que presidía. Conocíle en que tenia el perro á los pies con su hacha encendida, y en la mano un ramo de tres azucenas blancas. Llamóme, y yo fuí con harta vergüenza, así de su presencia como de la de los demás, porque me hallé muy desnuda de todo merecimiento: y así me dijo Ntro. Gran Padre, que estaba muy llena de tibiezas, en lo que era solicitar la voluntad de Dios y de la Vírgen, en materia de la fundacion: pues siendo yo la misma nada, habia querido su Magestad tomarme por instrumento para hacer su voluntad, y la de su Santísima Madre, pues al mejor tiempo entibiaba y sentia las dificultades, deseando solo verme en la quietud y no andar dependiendo de las voluntades agenas, y que eso era el padecer, que aquellos varones que allí estaban, me los habia Dios dado para que me ayudasen para esta solicitud solamente. Entre los Seglares, conocí al Sr. Asistente, pero por estas razones conocí, que son los que me ayudan en Madrid. Tambien á otro lado estaban Cristóbal Lopez y su muger de rodillas, ofreciendo á Ntro. Señor su hacienda para el intento, por lo cual les dará grandes premios, y á todos los que ayudáren. Entre los Religiosos que allí estaban, solo conocí á V. Reverendísima, que tambien me le dieron por amigo, como en otras ocasiones se lo hé dicho. Díjome Ntro. Padre, que queria que viese el Hábito que habíamos de traer en esta reforma. Entonces mandó á un Religioso que lo tragese, era de jerga blanca y lo negro del mismo modo. Llegóme hácia sí, y vistiómele, yo me postré en el suelo á sus pies, deseando me echára su bendicion, lo cual hizo: y todos aquellos Padres que allí estaban, se levantaron y me alzaron del suelo donde estaba postrada, diciendo que siempre procedería como hija suya. Díjome Ntro. Padre, que enseñára á las demas Religiosas este modo de reforma, que así era la voluntad de Dios.

El ramo de las azucenas, me dijo me tendria guardado en premio de los trabajos. Otro ramo de flores varias que estaba con las azucenas, me dijo le repartiría entre todos aquellos que me ayudasen. Con esto se fueron todos: yo quedé en aquella admiracion, y en esto se desapareció aquella vision, aunque yo no volviese en mi sentido, porque se siguió otra luego.

Y fué: que en aquel mismo lugar se puso otro Trono, aun de

mayor grandeza, donde se mostraron los cinco Doctores de la Iglesia, escribiendo sobre un bufete en un libro grande, y enmedio del bufete estaba la Custodia, con un gran Sol que la cercaba, y N. P. Sto. Tomás tambien escribiendo muy resplandeciente en otro Libro del misterio. Digéronme aquellos Santos Doctores, que en aquel Libro grande se escribian los trabajos y premios de los justos, y que el Señor era el premiador de todos los que por su amor trabajaban. Díjome N. P. Sto. Tomás, que me habia sido de grande importancia la devocion que habia yo tenido siempre á su Magestad Sacramentado: Que dádiva habia sido de su Magestad, á quien siempre estuviese muy reconocida. Estas y otras cosas se me ofrecieron, que por no sentirme con disposicion de referirlas (aunque la escribiente es muy segura, y de satisfaccion) no las digo, porque en la letra la conocerá. Vea V. RR. si aquí puede haber alguna cosa engañosa, envíemela á decir por mano de mi Sra. la Condesa, porque yo estoy de partida para Aracena. Mi hermana besa á V. RR. las manos, y ambas quedamos con el cuidado de encomendarle á Dios que guarde á V. RR., y dé la vida que deseamos. Sevilla 21 de Octubre de 1659.

Humilde hija de V. RR., q. s. m. b.,

Sor Maria de la Santísima Trinidad.

En esta carta hizo la Venerable Madre una abreviatura de profecias, y cosas admirables. Dice, *que estuvo cuatro dias sin sentidos y en otra region diferente.* Fué rapto prodigioso, y en él al mismo tiempo que estaba el cuerpo padeciendo los rigores de la enfermedad, estaba el alma gozando de estos favores y revelaciones. Cuatro dias pasó así sin comer, ni beber, y despues se verá que obró Ntro. Señor mas maravillas en esta materia.

Dice *que vió un trono en el cual presidia Santo Domingo á muchas personas que estaban sentadas.* Dábase el Santo Patriarca por servido, y desde el Cielo estaba con sus oraciones ayudando á la disposicion de la fundacion, y amparando á todos los que intervinieron en ella. Pues como cabeza de la Religion es fuerza se diera por agradado de los que trabajan en su aumento.

Entre los que estaban en aquella junta, dice que *uno á quien conoció fué al Asistente su gran Protector.* La verificacion

de esto, y el cumplimiento de su profecia lo veremos en su propio lugar. Siempre dijo la Venerable Madre, que el Asistente habia de firmar en Madrid la última licencia. Entonces estaba en Sevilla. Fué cosa rara que hasta que estuvo en Madrid, y estando en Madrid hasta que fué al Consejo, jamás tuvo efecto se diese, como se verá adelante.

Dice *que vió á muchos Religiosos, y entre ellos solo conoció al Reverendísimo Padre Provincial á quien se le dieron por amigo.* No los conoció á todos, porque aunque muchos han ayudado á la fundacion, como ellos no alcanzaron á conocer á la Sierva de Dios, tampoco ella los vió. Viólos alli, que pertenecian á aquella junta, porque en esto han trabajado, no los conoció, porque jamás los habia visto.

Diéronle por amigo al Reverendísimo Padre Provincial. Obró con la fineza de amigo. Bien cumplida estaba su profecia desde el dia en que se vió religioso. En lo que despues obró, hizo mayores finezas, no solo como amigo, sino como Padre.

Dice *que Santo Domingo la dijo que enseñase á las Religiosas este modo de reforma que así era la voluntad de Dios. Que los hábitos blanco y negro eran de jerga.* Y juntando esto con lo que escribe mas abajo, de que otras cosas que vió no las escribe, por no estar para eso, sale la consecuencia infalible, que la forma que ha de haber en el Convento, se la reveló Ntro. Señor, así en los ayunos, Coro, y otras obligaciones, como le reveló la forma estrecha, y la materia basta del hábito. Bien claro lo dice, pues dice *que la mandó Santo Domingo de parte de Ntro. Señor enseñase á las Religiosas este modo de reforma.* El sitio del Convento, los ejercicios de rezar el Rosario todo entero todos los dias, el número de las Religiosas, los nombres y apellidos que han de tener. Aun á una Religion entera no han precedido tantos prodigios, tantos avisos, tantas revelaciones, como á este Convento, por medio de la Venerable Madre. Y de que el Señor haya revelado esta regla á su esposa, no lo tengo por dificultoso, pues vemos que un Angel trae del Cielo la regla á Ntro. Padre San Francisco, para que la guardase su Orden Seráfica: Y vemos que á San Pacomio Abad otro Angel le revela la regla dividida en Capítulos que habia de dar á cinco mil Monjes que tenia por súbditos: Y vemos que el mismo Cristo le revela á Santa Brígida de Suecia la regla, con tantas particularidades, que es admiracion leerla, la cual

le llaman: *Regula Sancti Salvatoris*, la cual guardan los Frailes y Monjas de su Orden. Lo primero que la Venerable Madre dice, es, *que á las Monjas se les haya de dar calzado*. Para que no se entienda que esta voz reforma, suena voz de Descalzas. Pues Santo Domingo no lo fué, y su Religion ha procurado siempre vivir con la forma que él la dejó. Debiendo este espíritu á sus oraciones con que desde el Cielo la favorece, como á la hora de su muerte lo prometió.

REGLA QUE ESCRIBIÓ LA VENERABLE MADRE.

Escribe al Reverendísimo Padre Provincial, y despues de otras cosas le dice:

1. En *cuanto á nuestra Regla es, que hemos de vivir de Comunidad sin que ninguna Religiosa adquiera para sí cosa alguna, dándoles la Comunidad desde la toca y velo hasta el calzado, y todo lo demás que necesitare, y en el sustento, sin que haya falta ninguna que la obligue á distraccion y cuidado de adonde me vendrá, que para eso se añadirá toda la renta necesaria, segun su ajuste.*

2. *No haya criadas que sirvan á Monjas en particular, sino tres legas de velo blanco, que sirvan en Comunidad.*

3. *Las Religiosas del Coro han de ser quince, ó los quince Misterios del Santísimo Rosario, hanse de llamar Marías, por sobrenombre uno de los Misterios, las cuales Religiosas han de tener obligacion despues de rezar sus horas, de rezar el Rosario entero á Coros, dividido en tres tiempos del dia, con sus ofrecimientos y contemplacion de los divinos Misterios de la vida, muerte y Resurreccion de Ntro. Redentor Jesucristo, aplicados á lo que mas viere que conviene.*

4. *Las Religiosas han de andar vestidas muy modestamente, con hábitos de jerga blanca ó paño basto, angosto, y mortificadas lo mas que se pudiere. Túnicas de lana y lino ó lienzo basto, como lo hay en la sierra, las que no tuvieren buena salud para vestir lana. Las tocas sin pliegues, ni repulgos curiosos, antes de las mas ordinarias que se usan en la sierra. Sin color amarillo ni compuesto. Las medias de estameña, y el calzado ancho, de suela conforme á lo Religioso.*

5. *En cuanto al comer pescado, me parece no se podrá co-*

mer contínuamente por no llegar á la sierra, y haber incomodidades.

6. Los ayunos serán los que á V. RR. le parecieren mas perseverantes, por ser los estómagos de las mugeres flacos, y haber de trabajar en algunos oficios recios que piden fuerzas. Antes se debe mandar que con caridad mande la Madre Priora á las Refitoleras les den algo con que se desayunen por las mañanas, supuesto que las Religiosas no han de tener nada de suyo en sus celdas y el dárselo sea con mucho agrado y voluntad.

7. Las horas de oracion y leccion, mi Padre Provincial las señale con su Santo Espíritu. Las Confesiones y Comuniones mande que nunca falten Jueves y Domingos, y para mas aumento de la gracia y amor de Ntro. Señor, mande á los Confesores que nos gobernaren, que nos animen á que sea mas á menudo. Si hubiere almas tan hambrientas y deseosas de este Soberano Pan de vida, y este vino que engendra Vírgenes, no se lo quiten, no se lo nieguen: Procuren que nos dispogamos para recibirle, que es la vida del alma. Búsquennos Confsores espirituales y que traten de nuestra reformacion. Esto suplico se les encargue á los Padres Priores, que pongan en esto cuidado para que vaya en aumento esta pequeñita manada de corderitas: Que no consientan que haya lobos, que con capa de corderos las procuren matar y destruir, y Dios les pagará este Santo celo.

8. Que no haya libranzas ordinarias con parientes ni bien querientes, de cualquier estado y condicion que sean, en particular con hombres, sino es en caso de necesidad, y con licencia de la Priora. Que no escriban billetes, ni cartas, aunque sea á sus Padres y hermanos, sin que los registre la Priora: y en esto se ponga censura, que así conviene al servicio de Dios. Que no haya agugero en el torno, y esté ajustado por todos lados. Que las rejas y libratorios tengan su velo que las cubra, y estén con puntas de hierro dentro y fuera. Que las Religiosas traigan cubiertos los rostros cuando vengan á librar, ó salgan al Coro: y no le descubran sin mucha necesidad. Que no haya devociones, ni invenciones con Seglares ni Eclesiásticos, ni vayan á tener ratos de conversacion y diversion con las Religiosas sino es á tratar cosas de edificacion y devocion. En esto se ponga gran cuidado, porque no entre la peste del alma, con el mal contagio de las conversaciones de mundo.

9. Y si á V. RR. le pareciere que las Religiosas que actualmente estamos con el hábito y Profesion si no gustaren de sujetarse á vivir debajo de esta sujecion, y regla que se les impusiere alegando algunos inconvenientes, ó comodidades que pierden en el siglo (que entiendo no habrá ninguna que no abrace esta vida Religiosa, y mas perfecta) que supuesto que por amor de Dios se les dan estos dotes y las entran con los pocos bienes que cada una tuviere (los cuales han de manifestar, y entregar á la Comunidad) que pierden el derecho que ahora tienen á entrar sin dote. Y si despues se les antojare, ó se arrepintieren, no les valga al entrar sin dote sino como á cualquiera Seglar les sea pedido, y pierdan el derecho que ahora tienen.

10. Los dotes nos parecen ni grandes, ni pequeños para ser los principios setecientos ducados, porque á las que tuvieren devocion de entrar, tengan con qué.

11. Tambien se ha de imponer la renta, ó Capellania que han de tener los Religiosos que nos asistan á decir Misa, y administrar los Sacramentos, porque vengan gustosos. Y juntamente se les ha de encargar á las Religiosas, que en sus necesidades ó enfermedades de los Santos Religiosos les acudan de Comunidad en el regalo que pudieren y que unos á otros se ayuden con caridad, para que así puedan llevar el trabajo, y no vivan desconsolados.

12. Bien conozco, Padre nuestro, que no necesito yo, miserable y ignorante, de estas advertencias, donde V. RR. nos ha de dar el modo que en todo debemos guardar y la regla llena de la luz y sabiduria del Espíritu Santo: Mas sírveme de consuelo el esplicar mi deseo en algo de lo mucho que hay que advertir. De todo resulte gloria, y honra de Dios y provecho de nuestras almas. Amen Jesus.

Resucitó Dios en esta su Esposa el espíritu de Santa Teresa, y como en su Libro de las fundaciones, se conoce aquella virtud, aquel celo, aquella discrecion, y en las palabras dá muestras de la virtud y discrecion que las dictaba, así se vé en estas de la Venerable Madre; pues no hay razon que no sea una sentencia. No hay rigor que no esté prevenido con la discrecion, ni hay aspereza á quien no haga espaldas la suavidad y consuelo: procurándole en lo temporal, para que lo espiritual no descaezca: y lo espitual, para que sea la fuente de donde

dimana lo temporal. Despues lo sujeta todo humilde, echando el rebozo, como en todo hace, para quitar los visos de ser cosa revelada.

CAPÍTULO XXIX.

Llévase Ntro. Señor á su Esposa á gozar de sí. Y en su muerte se ven circunstancias admirables.

Uno de los gozos, y mercedes que leemos, estimaron los antiguos por tales de la mano de Dios, es el que les concediese morir en su patria, y sepultar sus cenizas con las de sus Padres: porque como la naturaleza recibió de ellos el ser, quiere volverse á juntar al principio de donde salió. A muchos justos de ambos Testamentos vemos haberles concedido el Señor esta merced, y por tal la reconocieron. Otros no alcanzaron esta dicha: porque como la vida en el hombre, en tanto es buena, en cuanto vá encaminada al servicio de Dios, y se conforma con su voluntad, como dueño dispone de ella, segun conviene á su Santo servicio, y al fin para que la crió, y en el sitio que quiere que su siervo muera, en aquel es donde así conviene: y cuando no han muerto con este consuelo, procuran tenerle aun despues de muertos, con que sus cuerpos se lleven, ó sus huesos se transporten á sus patrias. Buenos suspiros le costó á José el morir en Egipto: Buenos deseos tuvo de volver á su amada Patria á descansar: pero ya que no lo consiguió, les rogó á sus hermanos, que no le dejasen allí sepultado, sino que llevasen sus huesos á enterrar con los de sus Padres: que esto les pedia por merced y por pago de las amistades que les habia hecho y buena hermandad con que los habia amparado.

Tenia consigo la Venerable Madre la enfermedad de la muerte, todavia no se habia llegado la hora de ejecutarse, y si tal vez le daba treguas, nunca la perdia de vista. Si la daba algun tanto de libertad, era con tanto cuidado que no la dejaba andar sin prisiones: y conociendo en sí, que la enfermedad que tenia le iba quitando la vida, á veinte de Noviembre de mil y seiscientos y cincuenta y nueve hizo testamento ante Hermenegildo de Pineda, Escribano Público de Sevilla, y ya que no la concedia el Señor, como ni á José el morir en su tierra,

mandó en su testamento como él, que sus huesos se llevasen á su Patria, que luego que hubiese Convento en Aracena, le llevasen allá, para que descansasen con sus Padres, y tener ese consuelo en la muerte, ya que su Magestad gustaba no le tuviese en la vida: y estuviese su cuerpo entre sus Religiosas y hermanas, á quien como Madre habia de estar favoreciendo perpétuamente desde el Cielo.

A primeros de Diciembre volvió á recaer, y quiso ya su Sagrado Esposo fuese la última vez, para que desde allí gozase el premio de tantos trabajos. Volvió á encenderse en calentura y volvieron los vómitos de sangre á fatigarla. Corrió la voz en Sevilla, de que la Venerable Madre habia recaido, y concurria infinita gente principal á visitarla, teniéndose por dichoso el que podia hablarla, segun el concepto en que la estimaban, y las maravillas que habian visto ú oido, obraba Dios por ella. En este tiempo era la frecuencia en las Comuniones cada dia, y las Confesiones cada hora. Quisiera gastarlas todas en dulce contemplacion con Dios, y que las visitas no la estorbasen. Pedia que la dejasen recogida. Querian darla este gusto, y viendo la gente que acudia, que los privaban de este consuelo, lo sentian: y se tuvo por menor inconveniente que la Venerable Madre no gozase de aquel reposo y consuelo, que no el que se faltase á la devocion de los que la visitaban y veneraban: pues se volvian con sentimiento, y quejas. Pedíanla que los encomendase á Dios, que se acordase de ellos, y no les faltase con sus oraciones. Volvia hácia sí los ojos de la consideracion, mirábase gran pecadora, y hallaba, que se engañaba la gente en tenerla en aquel crédito de virtuosa, y poniéndolos en sus pecados, le parecia poco castigo para sus culpas las penas del infierno. Decia á Ntro Señor: *Dios mio, no permitais que en esta vida tenga yo la paga de algun deseo de ser buena.* Que son las mismas voces que daba San Luis Beltran, pidiendo á Dios apretase en esta vida los cordeles del tormento, en órden á tener en la otra el descanso. Repetia esto con tantas lágrimas, que su Confesor le enternecia el oirla: Siéndole tanto mas ponderable su humildad, cuanto mas de cerca conocia sus virtudes. Volvia otras veces, diciendo: *Señor, acaben ya de salir de este engaño estas personas que me visitan y me tienen en algo. Señor mio, como permitis, que contra toda razon me traten de esta suerte? Señor, abrid los ojos, para que acaben de*

conocerme quien soy, y me traten como merezco. A Maria de la Trinidad! Ir tienes delante de aquel Soberano Juez, que conoce lo que cada uno es y merece. Allí se veran manifiestos tus pecados, y conocerá esta gente la ceguera en que ha vivido y verán el engaño en que han estado: Yo soy la nada: yo soy la nada, y una de las criaturas mas ingratas á Dios, de cuantas ha criado. Si hubiera de ser conforme á mis merecimientos, y fuera tenida por lo que soy. Supieran todos cuan gran pecadora soy, y he sido. Dejáranse de estas impertinentes estimaciones: y vieran, que mil infiernos son menester para castigar mis delitos. Volvia á causarle admiracion al Confesor oir sus razones, y ver el desconsuelo que tenia nacido de su humildad. Pues el que se tuviese por pecadora, atribúyalo á humildad profunda: pero el afligirse porque la veneraban, y desconsolarse porque la estimaban y no la despreciaban, son los fondos mayores del abatimiento.

Ya iba la muerte apretando el sitio para rendir la plaza: y aunque es verdad, que desde la Víspera de San Mateo le habia puesto, ahora echó el cordon, para que no tuviese lado por donde escaparse. Y porque la sangre es el foso en quien consiste la fortaleza de la vida, procuró desguazarle, ó desangrarla, con los vómitos, para poder con mas facilidad dar el asalto, y rendir la fortaleza. La continuacion de ellos tenia asombrados á los médicos. Estudiaban remedios esquisitos, para ver si podian estancarla, y solo servian de atormentarla, y no hacer provecho. Estos eran tan costosos, como estraordinarios, su comer era poco, ó nada: y de eso solo un pisto, ó sustancia en pequeña cantidad, porque volvia á lanzarla. Los gastos que á esto se crecian, eran infinitos. Pues si una enfermedad ligera no hay dinero bastante para costearla en Sevilla, mucho menos una tan larga, y tan penosa. Valia una polla doce reales, y á este compás todas las cosas. Mucho tenia afligida á Sor Ana de Santo Domingo la enfermedad de su buena hermana, y hacia su dolor mas sensible el ver el ruido que su curacion causaba en aquella casa, y la gran suma de dinero que se gastaban en Médicos, Botica y regalos. Un dia estando solas se lo dijo, y el desconsuelo de verla así padecer. A que la Venerable Madre la respondió: Hermana, no te desconsueles, antes debes dar muchas gracias á Dios, que como dá la llaga, dá la medicina. Esto no se hace en esta casa, ni por mí, ni por

tí, solo por Dios se hace: y esta buena gente quieren hacer esta obra de caridad con una pobre que llegó á su puerta: ellos lo hacen con gusto, y Dios se le dá en lo mismo que hacen. No te desconsueles tú, que yo, á quien un poco mas de cerca, que á tí te toca, estoy sin esa pena, y doy á Ntro. Señor mil alabanzas, porque así me favorece tanto, y á toda esta casa les dá materia de mucho merecimiento.

Casi todos los dias recibía á Ntro. Señor, porque el Licenciado Coronado, como quedó escarmentado, acudía ahora con puntualidad, y le traia á su Magestad oculto. Continuaba las confesiones, y todo el dia estaba con este perpétuo cuidado de adornar el tálamo para recibir al Esposo, y cebar su farol con vigilancia, con el olio de las buenas obras, para salir á recibirle dignamente. Obraba su Magestad ahora otro prodigio, pues como los vómitos eran tan contínuos, y tan copiosos, estancaban la sangre ántes de recibir á Ntro. Señor, y despues de haberle recibido, como si tal achaque padeciera. Pero no es mucho que ahora sucediera esto á vista del cuerpo. Pues para que pasára el Arca que era sombra de aquel cuerpo Santísimo, supo detener las corrientes del Jordan: y como allí hizo que no corriese mas agua al llegar la sombra, hacía aquí que no corriese mas sangre al llegar el cuerpo.

Recibió por Viático al Santísimo Sacramento. Provision que la Iglesia hace á sus hijos: porque como empiezan un viage tan largo, como desde un mundo á otro, y es camino con pasos tan peligrosos, dáles aquella comida Santísima, para que no desmayen, y que lo mismo que comen, les sea su guia, premio y sustento como es su Dios, su Redentor y su Esposo, y caminando seguros este viage, que empiezan en la muerte, le acaben en la vida eterna, cuyas jornadas prefiguró ántes Elías fatigado, que con el Viático de Pan subcinericio caminó cuarenta dias, hasta que llegó al monte de Dios, Oreb: Recibióle la Venerable Madre con notables lágrimas y dolor, viendo que la calentura iba cobrando grandes fuerzas, y que estas faltaban al sugeto, con la sangre que arrojaba, la dieron la Extremauncion, víspera de Pascua de Navidad, á las diez de la noche. Grande fué el desconsuelo que tuvieron el Jurado, su muger, y toda la familia. Lloraban grandes, y pequeños, como si vieran morir cada uno á su hija, madre ó hermana. Como á tal la querian, y como á Santa la estimaban, y juntándose estos

dos motivos, lloraba el corazon por los ojos lágrimas, que no admitian consuelo. Por ser noche del Nacimiento de Ntro. Redentor, y era tan devota de este Soberano Misterio, pidió que sobre el Altar que tenia á la vista, la pusiesen una lámina del Nacimiento. Era grandísimo su regocijo en esta ocasion, y se le quitaba por verlos á todos llorando, que no habia quien los pusiese en acuerdo. Cercábansele de la cama, mirábanla al rostro, cogíanla las manos, queríanla hablar y no podian, porque echando nudos el llanto á la lengua, les embargaba las palabras. Otros, con el dolor de sus corazones, y tristeza que sentian de su muerte, ya que no le explicaban con palabras, la decian con gritos y alaridos, que rompian el aire. Alegróse mucho, viendo presente la lámina con el Misterio de Ntro. Redentor recien nacido, y empezó á darle el bien venido al mundo. Habia sido toda su vida devotísima de aquellos tiernos Misterios, y ahora que era la última Navidad que habia de tener, explicó su mayor gozo. Díjoles á Doña Antonia, y á la familia que no llorasen, porque la daban pena: y que por qué habia de llorar? A que le respondió: Madre, no se admire V., que como se nos vá de esta vida, y nos vemos privados de su compañía, es fuerza que lloren nuestros ojos, porque no la han de ver mas. Diólas un consuelo, con dilatarles ó suspenderles por ahora la tristeza, y les dijo: Alégrense todos, que es Noche Buena: ea, no lloren, que ahora no me muero. Díjole al Jurado: Señor mio, una merced me han de hacer V. mercedes, que la noche que yo muera se han de holgar cuanto fuere posible. V. merced ha de hacer un convite, y echar aquel dia confites á los muchachos, para que se alegren. Queria la Venerable Madre, que ensordecidos con este regocijo no sintiesen la pena que les podia causar su muerte. Y bien decia, que se alegrasen: pues cuando los Cortesanos del Cielo hacen fiestas á un nuevo hermano, que entra con ellos á gozar de aquel descanso eterno, que tiene Dios prevenido á los que le han servido, justo es que tambien los hombres hagan fiestas, cuyos bosquejos predijo Cristo Señor Ntro. en el convite, y regocijos que hizo el Padre de familias, cuando á su pródigo hijo vió entrar en su casa reducido, y dejando la vida que habia vivido.

Como el amor que la tenian en Sevilla, no se cohartaba solo á la casa del Jurado, tampoco el dolor de perder á la Sierva de Dios. Su gran protector el Asistente, como la habia queri-

do, y favorecido en vida, mostró su amor en la muerte, y despues envió á visitarla muchas veces, dando en las honras con que la favorecia, muestras de lo que despues tanto há continuado y venerado. Su grande amiga la Condesa de la Torre como conocia que ya no habia de ver por sus puertas á la Venerable Madre, muchas veces vino á verla, sintiendo que con su muerte se privaba de una amiga, de una compañera, y una Santa.

Las lágrimas de Sor Ana de Santo Domingo eran tanto mayores que las de toda la casa, cuanto era mayor el amor de su hermana y amiga, al de solo conocida. Vióla la Venerable Madre y la llamó y la dijo: hermana, es posible que seas tan necia? Dónde está tu devocion? Dónde está el amor que solias tenerle á este misterio del Nacimiento de nuestro Dios? Tú y yo no soliamos celebrarle? Pues cómo se te acabó ya aquella buena costumbre? Pues porque me hayan oleado tal tristeza? Déjate de eso, y aunque estés con sentimiento por verme así, debes estar con mayor gozo, por ver el dia que hoy és: y debe ser este mas que tu tristeza, cuanto debe ser de mas estimacion para tí Dios, que tu hermana? Pidióla que cantase unas coplas del Nacimiento que sabia: y como dijo el Espíritu Santo, que es peticion importuna pedir música al que está llorando, así sintió era en sí la peticion de su buena hermana. Ea, la dijo, no seas necia: mira que esta noche no es para esas tristezas tan sin consideracion. Esta es noche para nuevas alegrias. Acuérdate de las que tuvieron los Angeles cantando gloria á Dios en los cielos, y paz á los hombres en la tierra: y pues no quieres cantar, hazme gusto de bailar un poquito. La misma dificultad que en la música sintió la hermana, y la dijo: hermana, ya sabes que yo jamás he sabido eso: cómo ahora me pides cosa semejante? Y aun por el tanto la respondió, te pido lo hagas. Pues Jesucristo hizo por nosotros lo que nunca habia hecho; y es fuerza que nosotros le correspondamos, haciendo lo que nunca hemos ejercitado. Alentó á los criados de casa, y á los niños á que bailasen en la sala á su vista: y en su cama, alentada con aquel amoroso espíritu, dió viveza á sus miembros, para querer tambien imitarles. Sacó los brazos para enseñarles como habia de moverlos, causando nuevas lágrimas ver aquel expectáculo, y considerarla tan gastada con la enfermedad, que solo le habia quedado el cútis pegado á los

huesos. Los regocijos que tenia en aquella cama, parece que se hacian del ojo con los del Santo Patriarca Jacob, que recogió los pies en el lecho para morir, como si muriera con alegría, y saltando: *Levans pedes suos, quasi cum voluptate egrederetur*, dice San Gerónimo, leyéndolo de la raiz Ebrea. Así duró todos estos dias, solemnizando su Fiesta del Nacimiento, San Esteban y su querido San Juan Evangelista, hasta el dia de San Silvestre Papa, en que todo fué Misterios. Acabábase el año, y se le acababa la vida. Por la mañana la dió su hermana un vizcocho, y aunque siempre habian sido malas las ganas de comer, ahora no pudo pasarle. Volvió de nuevo su hermana á afligirse, por ver que ya aquellas eran señales de la muerte. Conoció la sierva de Dios el desconsuelo, y como siempre habia tenido aquella gracia singular en la poesía, y fué poeta que supo aprovecharse del don y ordenarle al fin, para que Dios les comunica los suyos á sus criaturas, solia decir:

Si quereis mi Dios que yo muera,
Muérame en hora buena.

Con esta jaculatoria numerosa hablaba muchas veces á su Magestad, y ahora volvió á repetirla: con que intentó á su hermana desviarla de su dolor que sentia, con la consideracion, de que su muerte era voluntad de Dios, con quien estaba conforme.

Habló Sor Ana de Santo Domingo diversas cosas, ya para su instruccion, ya para su edificacion y para su consuelo, y entre ellas la dijo: hermana, yo me voy de esta vida, tu te quedas en ella, los riesgos en que vivimos, son muchos, y necesitamos mucho de nuestro buen Dios, para vencerlos. Las ocasiones que á tí se te han de ofrecer, han de ser muchas y muy fuertes, porque esta fundacion no está ajustada, tú eres muy tímida, es necesario que tengas valor en Dios, y resolucion animosa, fiada en su Magestad. Ya ves lo que yo he trabajado en ella. Quiere Dios que yo sea como Moisés, que vea la tierra de Promision, y no la goce. Yo estoy muy conforme con la voluntad de nuestro Señor, y por ello le doy muchas gracias. No sientas el que me muera; pues la muerte, si se considera bien, es el término adonde se encamina nuestra vida, y nos es tan natural el mo-

rir como el vivir. Lloren los infieles á sus difuntos, que no han de ver á Dios: pero los cristianos, fiados en su misericordia infinita, debemos regocijarnos, porque esperamos verle y gozarle. Confórmate en todo con la voluntad divina, que ese es el medio mas eficaz para no sentir los trabajos del mundo: y para que los que tuviéremos con esto se hagan mas suaves. Mira que ya mi vida es vida nueva, y la tuya lo ha de ser. Ya porque el año se acaba hoy: porque dejando yo este mundo, no he de vivir en él, y tu vivas en él como si no vivieras. Ya sabes hermana mia el gozo que siempre he tenido en oir cantar cosas de la Iglesia. Dame gusto en cantar el Salmo: *Cantate Domino canticum novum*. Cántamele, que se regocija mi alma en oirle. Yo voy á cantarle á la gloria. Tú mira que desde hoy empieces vida nueva en todo. Nueva para Dios, nueva para el alma, nueva en la mejora de las virtudes, pues gusta Dios tanto de que dejando el hombre viejo nos renovemos en nuevo hombre reformado segun Dios. En estos gozos perdió la habla quedándose con los ojos mirando al Cielo, y en un éxtasis tan notable, que jamás le habian conocido otro tal.

Once dias duró en este rapto con la vista mirando al Cielo, á donde caminaba. En todo este tiempo, ni comió, ni bebió, ni gustó cosa alguna. Era infinita la gente que venia á verla, y los gastos que en aquella casa hubo en aquellos dias, bien grandes. En que decian se habia cumplido la profecía de la sierva de Dios, en que hubiese fiesta en su muerte, pues aquellos dias parecian dias de bodas.

Dia de San Raimundo de Peñaforte, á siete de Enero, dadas las tres de la mañana, empezó á tener una alegría grandísima, de forma que el regocijo se le conocia en el rostro. Los ojos se le pusieron resplandecientes como dos luceros. Oíanla hablar como que preguntaba, y respondia, sin poderla entender palabla. A las cuatro de la mañana dió su alma á su Criador, quedándose en aquel dulce rapto, y suspension suave, que once dias habia estado: y entre aquellas dulzuras, y gozos fué á gozar de su amantísimo Esposo, muriendo: *Ex Osculo Geovah*, como de Moisés dice el Texto Ebreo. Pues la muerte no le quitó cruel la vida, sino le sirvió de litera suave para pasar al Cielo, siendo de cincuenta y seis años, menos catorce dias.

La estatura de su cuerpo era no pequeña, ni demasiada de alto, en un medio de linda proporcion, el rostro aguileño muy

hermoso, la frente espaciosa, las cejas negras y arqueadas, los ojos grandes, negros, muy graves, la nariz aquilina, ó aguileña que la deseaban los Romanos en sus Cónsules, como indicio de ser sugetos de mucha capacidad, á quien la naturaleza sobre escribe con esta nota, la téz muy blanca, aunque con las mortificaciones y ayunos tan macilenta y pálida, que estaba robado el color de su rostro, y las manos hermosísimas.

Es el sobre escrito que la naturaleza pone en los hombres, para que en ella se lean las pasiones del ánimo. Y anduvo tan próvido el Autor de ella, que con la buena, ó mala cara de un sugeto avisa á todos los de demás quienes son las personas, de quien se han de guardar; dicen todos los fisonómicos, porque él es quien avisa lo bueno, ó lo malo que hay en el corazon. De San Bernardo leemos haber sido hermosísimo: de Santo Domingo lo escriben el Maestro de los Historiadores, el Venerable Fray Fernando del Castillo, Fray Leonardo de Utino, Fray Serafino Razzi. Del Serafin humano San Francisco, lo escribe Fray Lúcas Uvadingo. De la hermosura de Santa Catalina de Sena lo escribe Castillo, Don F. Juan Lopez, Obispo de Monópoli. De la Vírgen Santísima escribe Eusebio Cesariense, y el Padre Alonso de Castro de la Compañía de Jesus, y otros muchos, cosas notables. Y de su hijo Santísimo, cita el Doctor Illescas en su Pontifical á muchos Autores, que escriben la hermosura de su cuerpo, y muchos siglos antes la habia profetizado David, ser mas hermoso que todos los nacidos, al compás de ser su Santidad mayor que la de todos. Sobreescribió la naturaleza en el rostro de la Sierva de Dios todas sus virtudes. No tuve la dicha de conocerla, pero hallo esta voz tan uniforme en todos los que la trataron así en Aracena, como en Sevilla, que en llegando á hablar de la Venerable Madre, lo primero que ponderan es la dulzura de su rostro, y modestia natural de sus sentidos. El Presentado Fray Antonio Ruiz de Cabrera, Prior tercera vez de mi Colegio de Regina Angelorum de Sevilla, el Gerónimo de estos tiempos, hablando cerca de la Venerable Madre, me dijo estas palabras. Yo soy poco crédulo en esta materia de visiones, y revelaciones, y camino muy despacio en calificar santidades de repente, porque por nuestros pecados hemos visto muchas cosas, que el vulgo ha aprobado, y los Prelados superiores se han necesitado á poner la mano en remediarlas: y en esta Sierva de Dios

veia que en su rostro traia la recomendacion de sus grandes virtudes, y me persuadí siempre, á que no podia dejar de ser insigne en virtud, muger á quien Dios habia dado aquella hermosura y modestia. El Maestro Fray Juan de Alzamora, Abad del Monasterio de San Benito de Sevilla, de quien ya hemos hecho relacion, dijo, que para haber de acertar un Pintor á idear como seria el rostro de Santa Ana, Madre de la Vírgen Santísima, le parace no pudiera pintarse mas al propósito, que copiando el de la Sierva de Dios. El Canónigo Don Juan de Salvatierra, su grande amigo, y devoto, aunque tan íntimamente la conocia, y sabia sus virtudes, no las ponderaba tanto, como su hermosura, gravedad, honestidad, dulzura en sus palabras, y estilo sin afectacion, tan distinto del comun de todos, cuanto sus virtudes eran mas particulares. La honestidad de sus ojos era grande: la modestia de sus palabras correspondiente á la prudencia de sus razones. El movimiento de su cuerpo, grave, y sin afectacion. La condicion de un Angel, pues jamás se enojó, ni se le oyó en su boca palabra destemplada, en medio de tantos trabajos, y adversidades como padeció. Solo cuando reprehendia algun vicio se veia, que toda la afabilidad suya la trocaba en cierta magestad, que pudiera á las piedras hacerlas compungir.

Quiso nuestro Señor revelar á muchas personas la gloria de que gozaba su sierva. En aquella misma hora en que murió dormian en el aposento de la Venerable Madre en Aracena Sor Juana de la Asuncion, Religiosa Tercera del mismo Hábito, y parienta suya, y una criada, y de repente vieron entre la oscuridad resplandecer una luz, que clarificó todo el aposento, y desapareció de repente. No sintieron turbacion alguna, ni miedo, con ser cosa tan particular, y á deshora, y hallarse dos mugeres solas. Pensaron que seria alguna cosa, que significaba á su buena Madre, y dentro de pocos dias tuvieron cartas de Sevilla, en que les daban noticia de la muerte de la sierva de Dios: y cotejando la hora de su muerte, con el suceso que habian visto, hallaron corresponder á aquel instante de tiempo, y conocieron, que asi queria el Señor darles á entender su muerte, y paso á la gloria: y hiciese eco el lugar donde habia muerto, al lugar en que habia nacido.

En aquel mismo instante se le apareció visible, acompañada de Angeles, y de inmensa gloria á una sierva de Dios, y

grande amiga suya espiritual, la cual me refirió estas cosas, que estando la Venerable Madre con el mal de la muerte, la habia revelado nuestro Señor, que no volveria, y ahora oia decir á muchas personas, que la sierva de Dios venia ya. Aseguraban esto con cartas que habian visto á su hermana, en que la decia estaba ya de viage. No dejaba de pensar cómo podia ser que viniese, cuando Cristo Señor nuestro la habia dicho no volveria. Estando un dia pensando en esto se puso en oracion, diciendo á nuestro Señor. Señor, vos sois verdad infalible, que ni podeis engañar, ni ser engañado. Si me habeis dicho, Señor, que mi hermana Trinidad no ha de volver, cómo me dicen, que viene ya? Entonces el Redentor de la vida la dijo: Ya te hé dicho que no volverá. Ella me ha pedido la conceda derramar su sangre por mi amor. Héle concedido, que ya que no sea en Martirio, será por mi servicio: y con los vómitos que padece, no le quedará sangre en su cuerpo, ella la derrama por mi amor, porque yo la derramé por el linage humano. Con esto quedó nuevamente certificada de su duda, y gozosa del favor que nuestro Señor la concedió á su buena amiga. Díjome, que segun la certeza que tenia de su gloria, habiéndola visto en aquel gozo con que se le apareció acompañada de Angeles, no podia dudar de su buenaventuranza, y que cuando la rezaba, no podia consigo el rogar por ella, como por cualquier otro difunto, sino decirla: goza en buen hora de Dios. Bendito sea mi Dios y mi Esposo, que así favorece á sus Santos. Santa amiga mia, ruega por mí. Santa María de la Trinidad, ruega por mí.

En la misma hora tuvo otra vision Sor Beatriz de S. Raimundo, Religiosa del mismo Hábito, de quien hemos hecho relacion. Soñó al mismo punto que la Venerable Madre murió, que la veia muy alegre, y la miraba con la vista muy agradable, muy acompañada de luz. Habia sabido la noche antes, que estaba muy al cabo y oyendo la campana del Colegio de Regina, que doblaba, confirmó ser verdad su sueño.

Son los juicios de Dios tan incomprensibles á nuestra corta capacidad, que no alcanza á sondarlos nuestro discurso, pues vemos, que de aquello que mas repugnancia hace, sabe su Magestad sacar mayor provecho: ya se vió en los capítulos antecedentes como las Beatas de Sevilla dieron en qué entender á la Venerable Madre: quiso ahora nuestro Señor, que una

persona que asistia á uno de ellos, tuviese en sueños una vision, en la cual al mismo tiempo que el Señor la daba á entender la gloria con que su Esposa era recibida en el Cielo, corregirlas de su incredulidad á sus virtudes con el sueño. El cual escribió de su mano, y trasladé, y dice:

Soñé en San Agustin á Santo Tomás de Villanueva, que estaba componiendo un Trono para la Madre Trinidad, y reparé que el Santo le adornaba con muchas flores. Al Santo no le conocí, pregunté á un Religioso del mismo Convento, quién era aquel Padre, que andaba tan solícito? A que me respondió, era Santo Tomás de Villanueva, que como recien Canonizado, le tocaba ahora la celebracion de aquella Santa. Luego ví que entraban en hombros de cuatro Religiosos de Santo Domingo, la misma caja en que la ví difunta, y llegados al Trono, la pusieron en él. Abrieron la caja, y pusieron sus luces. Estando presentes los que la habian traido, se levantó de su caja, y salió á donde estábamos sentadas, y abrazó á la Madre Santo Tomás, y á la Madre San Jacinto: y la dicha Madre se asombró, y se retiraba: á que la Madre Trinidad volvió riéndose á todas y dijo: Miren por amor de Dios, y cómo se asombra la Madre! como si por ser difunta dejára yo de ser gloriosa! Yo entonces la pregunté: Madre, cómo le ha ido? Y ella me abrazó: y pidiéndola que me encomendase á Dios, dijo, que lo haria como lo veria. Y á lo que la pregunté, viendo á todas, dijo: Madres mias, si vieran lo que pasó cuando salí de este mudo? aquel bellaco, así que salí me dijo, que me habia de llevar, diciéndole: Traidor, por qué? me respondió que él lo sabia. Y estando en esto vinieron muchos niños, y me llevaron delante de mi Señor Jesucristo, donde estoy gozando de aquella gloria y bienaventuranza. Miren Madres, cuándo esta miserable pobrecilla mereció esto? si no fuera por las misericordias grandes de mi Dios que tanto me honra y favorece. El sea bendito. Esto me dijo la difunta: y viéndola yo con una toca sola, y no mas de un pedazo de manto sobre la cabeza, la dije: Madre mia, cómo está así con esa toca sola, y ese pedacito de manto? á que me respondió: Mis padres y mis hijos me quitaron lo demás. A Dios la gloria de todo. Y prosiguió: ea hermanas, quedaos con Dios, que ya es hora de volverme á mi asiento: levantéme, y díjela segunda vez: Mire Madre que me encomiende á Dios. A que segunda vez me dijo:

Yo lo haré, y tú lo verás. Y abrazándome con aquel amor que cuando vivia, se despidió de todas, y se volvió á su casa. Desperté alegre del sueño, por haber visto á la Santa. Y volviéndome á dormir la volví á soñar, que estaba en su caja, y cantándola las honras los Religiosos.

Dijo la Venerable Madre que Satanás habia querido hacer presa en ella á la salida de este mundo. Vencióle en la muerte, como le habia vencido, y burlado en la vida. Y ya que no se pudo vengar, no se fué con su rabia sin darla á entender. Bajó á donde estaban las mulas del coche del Jurado, y metiéndolas en asombro, fué tal el que padecieron, que no habia quien las pudiera sujetar. La inquietud, y alboroto que tenian, no solo causaba en la casa ruido, sino temor: y el estrépito que allí se oia tan confuso herizaba el pelo. Perdió sus brios Satanás y cesó la inquietud.

Luego que espiró empezó á quitarse el rebozo la devocion de los circunstantes, que mientras tuvo vida estuvo algo, aunque no muy reprimida. Quitáronla la toca, con que habia estado en la cama, y á pedazos se la llevaron para reliquias. Quitáronla la túnica de lana, y sucedió lo mismo que con la toca. Y hallaron en su delicado cuerpo el cilicio tan pegado á las carnes por la cintura, que casi estaba incorporado en ellas. Acudieron todos á porfía, por si podian alcanzar alguna cosa por reliquia de aquellas, que habian llegado á su cuerpo. Que este es el premio que dá Dios en esta vida á los que le sirven, que la ropa que vistieron, el báculo á que se arrimaron, el calzado que trajeron, todo se estime aun siendo de un pobre abatido, mas que el oro de mayores quilates, y la joya de mas valor para los que habitan el mundo.

CAPITULO XXX.

Dan sepultura al cuerpo de la Venerable Madre, y honra Dios su entierro con singulares favores.

Al punto que sonó la campana de el Colegio de Regina, avisó con su lengua á todos la muerte de la Sierva de Dios: y fué tal el concurso de la gente que concurrió á ver su cuerpo y venerarle, que no podian en la casa valerse.

A porfia fueron llegando, y sin poderla defender los Religiosos, ni seglares que la asistian, la despojaron de su hábito, llevándole á pedazos por reliquias, y el que no podia alcanzarlo, se tenia por dichoso en tocarle su Rosario, ó besarle las manos, ó pies. El amor grande que siempre tuvo á la pobreza, hizo que aborreciese siempre las vanidades que el mundo há introducido en los entierros. Solia decir á su hermana: Mira, si Dios me llevâre, no consientas vanidades ningunas en mi entierro. Hay en Aracena un hospital, que tiene por advocacion la Misericordia, donde se curan los pobres enfermos. Y decia: en las andas de los pobres quiero que me entierren. Mira que en esto tendrá mucho consuelo mi alma. Con esta prevencion humilde vivió siempre la Sierva de Dios. Ahora para enterrarla, trajo el Jurado una caja forrada en tela encarnada riquísima, y tres llaves con las cerraduras doradas. Y pareciéndole á Sor Ana de Santo Domingo, que su buena hermana lo habia de sentir, avisó al Jurado de estas peticiones de su hermana, y que aquel gasto era contra su dictámen y pobreza. Afligióse por ello, á que el Jurado la dijo: Madre, no me hable V. mas palabra, que esto lo hago por mi devocion: con que cesó en su sentimiento, considerando seria aquella disposicion del Cielo.

Fué necesario bajar el cuerpo á una sala baja, la cual cargaron de sedas, con mucho adorno, y en aquella ocasion D. José Campero, del Hábito de Santiago, teniendo noticia de la muerte de la Sierva de Dios, á quien solo por relaciones conocia, y por la grande opinion de su virtud, habia comprado una cama riquísima, no la habia estrenado, y pidió al Jurado le diese gusto en que la Venerable Madre la estrenase. Teniéndola despues con el esmalte, y adornos de devocion, por haber estado en ella el cuerpo de la Sierva de Dios. Moviéronse los ánimos á querer retratarla, para que su memoria no pereciese en olvido. Vino un pintor, y para haber de poder coger los perfiles al rostro, anduvieron pensando cómo pondrian la caja, y por juzgar que el cuerpo estaria inflexible despues de helado, quisieron ponerla en pié. Probaron á sentarla, y hallaron el cuerpo tan flexible, y en los movimientos del cuerpo tan tratable, como si nó hubiera espirado, causando admiracion y lágrimas á los que la asistian, y á que en vida tanto se resistió á un retrato, ahora quiso Dios pagarla su humildad, para honrarla, pues se hicieron siete ú ocho, teniéndolos sus dueños

con la veneracion, que si estuviera puesta en el catálogo de los Santos.

Quedó el rostro tan hermoso, y con el color tan claro, que causó nuevas admiraciones: pues estando pálido y macilento, con la falta de la sangre, ahora difunto estaba tan blanco y tan alegre, que daba en sí señales de la gloria de que gozaba su alma.

Entre las cosas que en su última enfermedad solia conferir con su hermana, era el que estaba tan pobre, que no tenia para poder decir una Misa por su alma, y como Dios movió el ánimo de Don José Campero, para que diese la cama, sin haberla conocido, aumentó su devocion, y repartió limosna de trescientas Misas que se le digeron, y muchas de ellas en la sala donde estaba el cuerpo, estrenándose aquel dia un Buleto, que el Jurado tenia para hacer un Oratorio en su casa, y no habiéndole antes puesto en ejecucion, ahora la tuvo.

La devocion del pueblo, era tanta, y tal el concurso, que no pudiendo valerse los Religiosos que guardaban el cuerpo, se temieron les habian de despojar de él, como lo hacian de los hábitos. Dieron aviso al Asistente, su gran protector, que á esta hora, él, y las señoras Condesa, y Marquesa de Villesca, y toda la familia, mostraron la tristeza de sus corazones, asistiendo con capas de luto todos los caballeros, sus criados por todos los ocho dias del entierro: con que honró Dios así á su Sierva, haciendo que los Príncipes del mundo llorasen tiernas lágrimas, y hiciesen aquellas demostraciones de su dolor, y se viese una muger pobre, nacida en Aracena, causar en Sevilla estos efectos. Tanto quiere Dios premiar la virtud: y así honra en la tierra á quien le sirve, haciendo que los Príncipes del mundo le veneren, al tiempo que su alma la enzalsa con los Príncipes de su Córte, y la premia entre los Cortesanos de su gloria.

Avisáronle de la multitud de gente que habia, y iba concurriendo por instantes, y que se podia temer algun desconcierto, ó no poderse enterrar en muchos dias, y dió órden á D. Juan de Pineda y Salinas, Sargento Mayor de Sevilla, que viniese con dos compañías de soldados á guardar el cuerpo, y desembarazar la casa. Él y los cabos tomaron la sala, y los soldados los repartieron en puestos, para que fuesen impidiendo el concurso.

Aquel dia, se pasó sin poder tomar forma en el entierro. El siguiente, que es de San Fulgencio, se empezó á disponer, y querian fuese por la plaza de la Encarnacion, á la Casa Profesa de la Compañía, á la Venera, y á Regina. Quedó así dispuesto para el dia siguiente, y como la Orden de Santo Domingo procede con pasos tan lentos en plazear sus cosas, por no dar á entender era ambicion la solemnidad que se prevenia, y previniendo el infinito número de gente que se habia de convocar, y dar corte á algunos inconvenientes que se ofrecian. El Maestro Fray Luis de Espinosa, Provincial de la Andalucía. El Maestro Fray Alonso de Carmona, Prior del Convento de San Pablo. El Maestro Fray Felipe de Acosta, Prior del Colegio de Regina, y otros Religiosos de puesto, consultaron el modo con que se podian evitar aquellos inconvenientes. Resolvieron, que luego al punto se avisasen á los seis Conventos que la Religion tiene en Sevilla, que son: San Pablo, el Colegio de Santo Tomás, Colegio de Regina, Colegio de Monte Sion, Santo Domingo, y San Jacinto, para que á la tarde asistiesen. Al ponerse el Sol, se juntaron al responso. Cuanta prevencion se hizo para hacer el entierro con menos gente, y cortar por medio del bullicio, no fué bastante. Habíase echado voz que se habia de hacer al dia siguiente, para que la gente se quietase, y dejándolos descuidados enterrar el cuerpo: así para que el concurso no impidiese, como para que no sonase á ambicion esta solemnidad, y con todo no se pudo evitar, porque como es Dios á cuya cuenta corria el honrar á su Sierva, pudo mas que los juicios de los hombres, con toda su prudencia humana. Concurrió tal número, que parecia haberse pregonado el entierro en las plazas de Sevilla. Concurrieron tambien la mayor parte de los caballeros sevillanos á llevarla en hombros. Al sacarla de la casa á la calle, fué tal el grito de la gente, tal la apretura por verla, tales las voces, llamándola Santa Madre Trinidad, Santa María, Santa Madre Trinidad, que no hubo corazon por duro que fuese, que no pronunciase en lágrimas su devocion. Fué cosa para admirar la competencia que hubo entre los Caballeros para llevarla, y con estar el tiempo lluvioso, y las calles con mucho lodo, echaban por medio, no reparando en el mejor paso, ni cuidaban del aseo de los pies, porque los hombros y las manos gozasen la dicha de arrimarlas á la caja en que iba el cuerpo. La familia del Asistente asistió de luto,

que como mas amante, mostró su mayor tristeza, á quien toda Sevilla acompañaba con su devocion.

Llevároníla por la calle del Ayre al Colegio de Regina, y en la plaza, y en la Iglesia habia crecido la gente con notable multitud. Hechos los oficios de sepultura por el M. Fr. Felipe de Acosta, Prior al tiempo de llevar el cuerpo á enterrarle, y abriendo la caja, para registrarle, fué tal la devocion, que volvieron otra vez á quitarla el hábito á pedazos, y á no apartar con mucho trabajo á la gente, la dejaron totalmente desnuda. Enterráronla en depósito en la Capilla de Santa Catalina de Sena: colocaron el cuerpo debajo del altar de su Santa Madre, que hasta en esto quiso Dios hubiese entre las dos correspondencia: y que la Santa honrase con su casa á su hija, pues ella la habia procurado tanto servir, y imitar como á Madre. Allí estuvo el cuerpo, hasta que se trasladó á aquella capilla de Ntra. Señora del Rosario, y entonces le pusieron debajo del altar de Santo Tomás. El dia siguiente se empezó el Novenario, haciendo la parte el Jurado Cristobal Lopez de Vergara, que como tan propio, y tener la dicha de que hubiese vivido y muerto en su casa, se le concedió el primer dia. El segundo hizo el Conde Asistente, asistiendo su familia, el tercero la Condesa de la Torre, y así fueron prosiguiendo hasta el último lo mas noble de aquella Ciudad.

Luego que la sierva de Dios murió, se le dió noticia al Reverendísimo Padre Provincial, que visitando la Provincia, se hallaba en el Convento de la ciudad de Chinchilla. No pudo su Católico pecho disimular el sentimiento que tuvo en la muerte de su Santa hija. Escribióle á la Madre Sor Ana de Santo Domingo, dándola el pésame, y dando á entender le debia por sí recibir, pues la lloraba como á hija, cuando su hermana la lloraba como á hermana. Su carta merece mas ponderaciones que tiene letras. La pongo aquí para que se vea el concepto grande en que la tuvo, y el argumento grande que confirma y autoriza la santidad de esta Esposa de Cristo, dice así:

REVERENDA MADRE.

PROMETO *á V. R. hija mia, que hé menester yo mas consuelo en la muerte de su buena hermana que aun V. R. Pues la estimaba*

con tanta ternura, por haberla conocido que no sé si me excede V. R. en el afecto, y solo me puede consolar, el que fuera temeridad imagimar no goza de Dios. Espero en su bondad, que el encomendarla á Dios, es darlo á logro: porque ella nos pague en su presencia. Y fie V. R. de la Divina Magestad, que el negocio de su fundacion tendrá todo progreso. Y cuanto en mí fuere la ayudaré con deseo de la consecucion. Ntro. Señor guarde á V. R. en su santa gracia, etc. De nuestro Convento de San Juan Bautista de Chinchilla 31 de Enero de 1660.

Fr. Alonso de Sto. Tomás,
Prior Provincial.

Escribió su vida la sierva de Dios, por la obediencia de el Reverendísimo Padre Provincial, como dejamos dicho, y como el fin de este mandato fué para que no quedase olvidada, quiso nuestro Señor, que luego que murió se divulgase de mano en mano. Habiendo llegado á Aracena un traslado, estaba acuartelado en ella un Capitan de Caballos, que se llamaba Don Juan Capela, italiano de nacion. Toda su vida habia sido herege calvinista, era hombre de buen entendimiento y corazon, no obstinado como herege, sino deseoso de acertar en materia de Religion. Con los deseos que tenia, habia procurado diversas veces saber los fundamentos de la Iglesia Católica Romana, para asentir á ellos si le convenciesen, y de una vez acabar con aquellas dudas. En Milan habia abjurado la heregía, y se habia reconciliado con la Iglesia. Vino á Badajoz, y como la heregia es peste, con el comercio de otros protestantes, volvió, si no á apostatar, por lo menos á vacilar en esta materia. Siendo uno de los artículos que su infernal secta dá por sentados el negar los Santos, y renegar de los milagros que Dios obra por ellos, diciendo son todos mentira, y deseaba ver alguno para confirmarse mas en la Fé. Con las noticias de la Venerable Madre se enternecia muchas veces, y diciéndole los prodigios que en aquella Villa habia obrado Dios por su intercesion, se quedaba admirado, teniéndose por infeliz en no conocer al sugeto de quien tantas cosas le referian. Decíanle la salud milagrosa, que este ó aquel sugeto habian recibido por sus méritos: Preguntaba á los mismos sugetos, comprobaba la verdad, y cada instante se iba corroborando

mas en la Fé Católica. Una persona le dió á que leyese el cuaderno de la vida de la sierva de Dios, y habiendo visto los favores tan grandes que nuestro Señor, su Santísima Madre, y otros Santos la hicieron, y ponderando los favores que una criatura llega á merecer de Dios, y los méritos de su sierva, pues tantas finezas obraron con ella ambas Magestades de Madre y Hijo, se enterneció tanto, y se confirmó en la Fé y Religion de la Iglesia Romana, que lo que pudiera obrar la Venerable Madre estando viva, y predicándole y persuadiéndole, eso obraron sus escritos leyéndolos.

Mucha parte de lo que la Venerable Madre habia profetizado acerca del provecho que el Reverendísimo Padre Provincial le habia de ser, se habia verificado. Pues además de las diligencias que quedan referidas para la fundacion del Convento, otras muchas hizo en silencio, que no son de este lugar. Habiendo muerto la sierva de Dios, parece que su celo y animo á este fin le habia heredado el Reverendísimo: pero como le fué mostrado en la revelacion que tuvo en casa del Asistente, y habiéndosele dado el Cielo para que le ayudase, era fuerza, que como le eligió el Señor para este efecto, ayudase á él con todas sus fuerzas. Al año siguiente llegó á Aracena. Regocijóse mucho su espíritu, viendo los lugares y sitios donde la Venerable Madre estuvo. Ya como la conocia tanto por las confesiones que la oyó, como por lo que escribió por su mandato, veneró con devocion todos los puestos en que sabia habia nuestro Señor obrado tantos favores con su Esposa. La primera vez que entró en la Iglesia, despues de haber adorado y visitado al Santísimo Sacramento, se fué á ver á nuestra Señora del Rosario. Y mirando la Capilla, y conociendo el sitio donde la Venerable Madre solia ponerse en oracion, dijo mirando á todos: *Bendito sea Dios que me ha dejado ver el lugar donde su Magestad ha obrado tantas maravillas.* Bien dió á conocer en este afecto el deseo grande que siempre tuvo de verle: el concepto que habia formado de su Santa hija, y el respeto y veneracion en que la tenia. Miró y admiró la peregrina hermosura de nuestra Señora del Rosario, y halló con cuanta razon era la Venerable Madre devotísima de aquella gran Señora, y pisando con ternura y devocion los ladrillos de su Capilla, puesto de rodillas en el sitio donde se solia la Venerable Madre poner, hizo memoria de ella, y adoró á nues-

tra Señora desde el mismo lugar que está arrimado á la columna, desde donde tantas veces habia adorado á su Magestad la sierva de Dios y donde sabia que tantas veces la habia favorecido. Con la misma veneracion y afecto visitó su casa, oyendo con ternura las maravillas que en cada rincon de ella se habian obrado, venerando la casa, por caja donde la poderosa mano del Señor crió tal perla, para gloria de su Pátria, honra de la Orden de Predicadores, y nueva alegria del Cielo.

Para haberse de fundar el Convento, señaló por sitio todo aquel espacio que está en contorno de la casa de la Venerable Madre, la cual habia de coger dentro de sí, para que sitio donde habia vivido la Santa Sor Maria de la Concepcion, y Sor Ana Valera de Cárdenas y la Venerable Madre, y paredes que habian sido testigos de tanto prodigio como Dios y sus Santos habian obrado allí dentro, y casa que habia sido Relicario de tales prendas, ni estuviese habitado de personas de menos virtudes que las suyas, ni en otra gente que en sus hijas, y que estas le heredasen la casa, como le heredan el Hábito y forma de vida, guardando en esto la costumbre tan anticuada en los Fieles, en consagrar á Dios por casas suyas todos los sitios donde su Magestad ó sus Santos obraron algun prodigio, ó santificaron con su presencia: y habiendo favorecido tanto á esta casa, y obrado en ella tanto y tan esquisito, con resolucion digna de su grande entendimiento, señaló el Reverendísimo para Convento de las Religiosas la Casa de la sierva de Dios. Conseguidas ya las licencias de el Reino en Córtes, faltaban de el Consejo, del Duque de Medina las Torres, como señor de Aracena. Tomó el empeño por suyo, y le escribió, cuyo traslado es este.

JESUS *MARIA* *DOMINICUS.*

EXCMO. SEÑOR.

HABIENDO *llegado en prosecucion de la visita de esta provincia á esta villa de V. E., me es preciso hacerle representacion, de cuanto se servirá Ntro. Señor en que fomente, y ampare la fundacion del Convento de Religiosas de la Orden de Ntro. Padre Santo Domingo, en que V. E. tiene empezado á interponer su favor y autoridad. Solo resta, Señor, la licencia de el Consejo.*

Y cierto, que siendo esta obra tan ajustada al servicio de Ntro. Señor, y útil de la República, y sin perjuicio de nadie, por ser muy copiosa la dotacion, y no agravar con pedir limosna á los vecinos, imagino que ha de ser motivo este para facilitar cualquiera resolucion que la materia pueda tener. Yo confieso á V. E. que soy poco devoto de estas fundaciones, porque experimento lo que padecen las antiguas: pero no sé que impulso gobierna á esta, que ha allanado las dificultades que puedan ocurrir, y satisfecho con gran superabundancia las dudas que puede haber en las necesidades por venir. Así suplico á V. E. tome á su amparo esta materia, para que á su sombra crezca, como lo fio en Ntro. Señor, que guarde á V. E. en su Divina Gracia. Aracena 22 de Diciembre de 1660.

EXCMO. SEÑOR.

B. L. M. de V. E. su mayor servidor,

FR. ALONSO DE STO. TOMÁS.

Esta carta fué tan eficáz, que ayudada con las oraciones de la Venerable Madre desde el Cielo, al punto movió el corazon de el Duque. Y tomando la materia con todo empeño para ayudarla en Madrid, hizo por su parte en Aracena cuanto podia. Escribió al Gobernador y Cabildo, que se daría por agradado, en que todos ayudasen á una cosa tan de el servicio de Dios como esta. Y que en cuanto al sitio que las Religiosas y su Religion pidiesen para fundar el Convento, se les diese, sin que en esto hubiese embarazo alguno. Prosiguió el Reverendísimo su empeño, y escribióle á Don Antonio Ruiz de Contreras.

JESUS MARIA DOMINICUS.

En prosecucion de la visita de esta provincia de la Andalucía, hé llegado á este convento de San Sebastian de Aracena: y me ha traido mas el deseo de lograr una fundacion de Religiosas, que el curso corriente de la visita. Porque há muchos años que la Madre Maria de la Trinidad, Beata nuestra, y muger esclarecida en virtudes, de que son testigos las maravillas que ha obrado en todas estas comarcas, me comunicó, como por especial inspiracion sería Ntro. Señor agradado, en que se fundase un Convento de invocacion de el Rosario, y en él hubiese Oracion perenne.

Ayudó nuestros intentos, y calificó ser voluntad suya: pues estando destituida de todos medios humanos, inspiró á una persona, que no la conocia, que se llama Cristóbal Lopez de Vergara, Jurado y vecino de Sevilla, á que le diese lo necesario para la fundacion, edificio, y dotacion, que serán mas de cuarenta mil ducados. Porque dá de renta mil y quinientos, labra la casa, y adorna la Iglesia. Hánse hecho diligencias en órden á esto: porque tenemos licencia de el Reino en Córtes, de el Señor Arzobispo de Sevilla, cuya Diócesis es esta, de la Villa, y su Señor Duque de Medina de las Torres. Solo Señor nos falta la del Consejo. Y teniendo noticia por la notoriedad, de el piadoso ánimo de V. S., y de lo que favorece semejantes deseos, le suplico en nombre de esta provincia, se sirva de ayudar á facilitar esta materia, pues en ella no se defrauda nada á la Real Hacienda: sí se ayuda mucho á las personas de esta República, en darles casa á donde lo pasen con alivio: y se añade un nuevo Coro de Capellanas, que rueguen á Ntro. Señor por la salud de S. M., (que Dios guarde,) en cuyas oraciones no será V. S. el que menos participe. A quien Ntro. Señor guarde muchos años en su Santa Gracia. Aracena 22 de Diciembre de 1660.

B. L. M. de V. S. su mayor servidor,

Fr. Alonso de Sto. Tomás.

En esta carta hace el Reverendísimo Padre un epílogo de las virtudes de la sierva de Dios, y no hay palabra en ella, que no sea una abreviatura de todo cuanto hemos escrito, pues en ella dice sus revelaciones, espíritu de Profecía, milagros: toma el empeño por sí, y suplica en nombre de toda la Provincia, como cabeza suya: y confiesa que el deseo de ver lograda aquella fundacion le llevó á Aracena: pues solo esto pudo dar eficacia á un viage por montañas, y en el rigor de el invierno, que si en todas partes se tiene en aquel tiempo, allí es rigorosísimo. Tambien escribió al Jurado Cristóbal Lopez, para no dejar diligencia que hacer, ni medio alguno, que no intentase para adelantar esta obra, cuyo tenor de la carta es este.

JESUS MARIA DOMINICUS.

Señor mio, sepa V. que hé estado muy depacio viendo el Convento que ha de ser de nuestras Religiosas, y digo que le estuve

viendo, porque me persuado á que se ha de lograr con gran presteza: porque los deseos en que estas Santas Religiosas están, y las ánsias con que lo piden á Ntro. Señor, es preciso que tengan el efecto que tienen todas las cosas que son de su servicio, y con buen corazon se le piden. Héme aquí enternecido con las buenas memorias de mi buena hija Trinidad, y con ver su retrato. Quiera Ntro. Señor mover los corazones, como ha movido el mio para este buen efecto. Todo es en confianzas de V., y no puede tener finca mas segura esta buena obra, y las oraciones de estos ángeles, que cierto lo son. Guarde Ntro. Señor á V. muchos años en su Santa Gracia. Aracena 22 de Diciembre de 1660.

B. L. M. de V. su Siervo,

Fr. Alonso de Sto. Tomás.

Señaló el sitio para el Convento el Reverendísimo, y le pareció que le veia ya hecho. Es verdad que el suelo es algo áspero, y por ser falda de un monte está sin agua, y esa ha sido la causa de intentar mudar la fundacion á otra parte: y este año de setenta ha habido no pocas controversias sobre ello. Queriendo el Jurado que no se funde allí, y toda la Villa moviendo Dios sus corazones de grandes y pequeños á una voz, han clamado, porque sea el Convento en el sitio que nuestra Señora bendijo. Trazas son de Satanás, que como presume la batería que desde él le han de dar, procura, ya que no pueda impedirlo, el dilatarlo. Ha ponderado Satanás mucho la falta de agua para pozos. Como si estuvieran lejos muchas y copiosísimas fuentes que tiene dentro de sí aquella Villa, ó como si faltasen arbitrios para hacer algibes ó cisternas: ó como si no fueran mas secos los arenales del desierto, y en medio de ellos supo Dios producir de las entrañas de una piedra una fuente de donde todos bebieron: y no supiera, que aunque el sitio es áspero, en llegando la hora de Dios, dice Isaias se verán levantados los valles, llenos y encimados: allanados los montes, se enderezarán los caminos torcidos, y se verán hechas llanadas las asperezas, y todo viviente verá, que ha enviado Dios la salud á su pueblo.

Todas estas diligencias hizo el Reverendísimo Padre, que fueron las que el negocio permitía, cumpliéndose tan á la letra la Profecía de la sierva de Dios en el provecho que le habia de ser, y habérsele señalado el Cielo por amigo para este efec-

to, quedando su corazon dispuesto para mayores ocasiones, si hubiere en que emplear su favor.

Mediando el tiempo de su Provincialato á diez y ocho de Abril de mil y seiscientos y sesenta, se juntó Capítulo intermedio en el Convento de Santo Domingo el Real de Málaga. Y en él, segun tiene por estilo la Orden de Predicadores, en las Actas de el Capítulo, á todos los Conventos de la Provincia se dá noticia de todos los difuntos que ha habido desde el Capítulo antecedente á aquel. Pónense los nombres de los religiosos, y escríbense sus virtudes, así para que se sepan quienes son, para encomendarlos á Dios, y hacer nuevamente sufragios por ellos, como que sus virtudes se sepan para imitarlas, siendo cada palabra una recomendacion especial, con que se encarga la estimacion que se les debe por haber así vivido: como la consecuencia, de que se tomen por dechado para imitarlos: y hablando de los difuntos que murieron en el Colegio de Regina, dice así con estas ponderables y elegantísimas palabras.

Item in eadem Civitate Hispalensi obit Venerab. Mater Sor Maria de la Trinidad, nostri Ordinis Tertiaria: quæ ab infantia speciali semita viam mandatorum Domini, virtutum gresibus terens, admirabili sanctitatis opinione relicta, vitæ cursum fæliciter sibi, novis fortiter terminavit. Cælestibus visionibus sæpissime (Confesoribus id testantibus) roborata: æternitatis dulcedinem in hoc amaro sæculo prægustavit. Sæpius á Beatíssima Vírgine, Parente nostro Dominico, Beato Hyacinto speciali actenerrimo ejusdem auxilio, & singularissime ab Apóstolo Paulo sibi visibiliter apparentibus, ad asumptum perfectionis iter mirifice excitabatur, & fovebatur. Sanctæ Catherinæ Virginis Senensis æmula, pietatis officia mirifice exercens, meruit multoties ad amicabilia ejusdem Vírginis colloquia asumpta ab ipsa placide commendari. Multa silentium præmit, opportuno tempote, Deo auspice referanda. Tandem ardore spiritus, potius quam febri correpta, & ad extaticum fomnum triduano spatio productum leniter vocata. Virgineo candore nitida, rubro insupercolore mir abiliter perfussa. Beatitudinis januas, pia, ut creditur, securitate salutans, die septima Januarii anno Domini millesimo sexcentesimo, sexagesimo Beatisimo Raimundo de Penafort dicata, non tam obit, cuam abijt, cujus corpus semel, & iterum side-

lium devotione habitu spoliatum in Reginæ Angelorum Collegio, sub Sanctíssima Rosarii ara conditum, & triplici Clave, obseratum, veluti tantarum virtutum organum, acunctis fidelibus colitur visitur, & veneratur.

Las cuales palabras traducidas en nuestro vulgar, dicen así: y demás de estos, en la misma Ciudad de Sevilla murió la Ven. Madre Sor Maria de la Trinidad, Religiosa Tercera de nuestra Orden, que desde niña empezó á mover los pies con pasos de virtudes admirables en el camino de los Mandamientos divinos: y dejando una opinion admirable de santidad, puso á su vida término tan feliz para sí, cuanto para nosotros triste. Muchas veces la Beatísima Vírgen nuestra Señora, nuestro Padre Santo Domingo, el Bienaventurado San Jacinto, que con ternísimo amor, y socorros la favorecia, y singularmente el Apóstol San Pablo la animaron, y formentaron á proseguir en el camino de Dios, en que habia empezado. Fué grande imitadora de Santa Catalina de Sena, y emulando sus ejercicios, se ejercitaba en oficios de piedad, y misericordia varonilmente, y muchas veces la mereció, así en sus coloquios, y pláticas, como sus visitas, y favores. Muchas cosas quedan en el silencio, que se manifestarán en el tiempo que Ntro Señor inspirare se publiquen, y dé á ello su divino auxilio. Fué su enfermedad mas fuego de espíritu en que se abrasaba, que calentura que la consumia, dulcemente entretenida en un rapto, ó éxtasis por tres (ha de decir once) dias, hermoseada con el candor de la Virginidad, y sonrosada admirablemente de un color rojo hermosísimo, saludó (segun piadosamente fiamos en Dios) las puertas de la bienaventuranza el dia siete de Enero, que es dedicado á nuestro glorioso San Raymundo de Peñaforte, y no tanto murió, como se ausentó de nosotros año de mil y seiscientos y sesenta. Su cuerpo habiéndole despojado de los hábitos por dos veces la devocion de los Fieles, fué sepultado debajo del Altar de Ntra. Señora del Rosario, y cerrado con tres llaves, donde como á instrumento de tantas virtudes, y por quien Dios obró tantas maravillas, le atienden los Fieles, y con toda estimacion la veneran.

Con este Epitafio de las virtudes de la sierva de Dios, que el Reverendísimo Padre Provincial, y su Capítulo, pusieron á la Venerable Madre, cláusula, que encierra felizmente todo lo

que hemos escrito, y abrevia en sí todas las gloriosas obras de su vida, y favores que le hizo Ntro. Señor, se dió noticia á la Religion de las virtudes de su hija, para que dé gracias á Ntro. Señor que en todos tiempos la favorece y honra, enriqueciéndola de sugetos, que en letras y santidad, no son inferiores á los que veneramos por antiguos, quedándonos el consuelo de haber alcanzado tiempos tan dichosos, que en ellos se vió: y ya que no todos la vieron, todos universalmente participamos sus oraciones que hacia por todos.

CAPITULO XXXI.

Descubren el cuerpo de la Venerable Madre. Hállanle incorrupto, y se vuelve á renovar la devocion de los Fieles.

Dos años se pasaron, que la Venerable Madre estaba sepultada, y el Rey Ntro. Señor, que está en la gloria, con el cuidado grande que su Católico pecho tuvo siempre de proveer los puestos de Ministros, segun la necesidad de sus sugetos, hizo Obispo de Osma al Reverendísimo Padre Provincial, de allí le promovió á Plasencia, y de allí á Málaga, donde hoy está: y como su Ilustrísima estando en la Religion, y súbdito, y Prelado habia favorecido esta causa, aun con las ocupaciones de Obispo, no se ha olvidado de ayudarla.

Habiendo gobernado á Sevilla diez años el Conde de Villaumbrosa, y siendo del Consejo Real de Castilla, le promovió Ntro. Señor al Consejo de Cámara. Los suspiros que le costó á Sevilla su ausencia, publicaron lo amable que le fué su gobierno. Dispuso su viage para Madrid por Noviembre de sesenta y dos y la señora Condesa su muger, y la señora Doña Antonia Niño Enriquez de Guzman, antes de irse de Sevilla, quisieron ir y despedirse de su buena amiga la Venerable Madre. Avisaron al Prior del Colegio de Regina, que lo era el Maestro Fray Domingo de Molina, procurando fuese con todo silencio, y sin que se hallasen muchas personas. Por mas que se procuró no se pudo conseguir: porque queria Dios hubiese muchos testigos, para que sus ojos registrasen la incorruptibilidad del cuerpo, y viesen como á sus siervos premia, por lo que le sirven en esta vida. Sacaron la caja de debajo del Altar de Santo Tomás, donde la pasaron. Pusiéronla en medio

de la Iglesia. Vióse en ella un prodigio, tal, cual no se lee de otro. Que crió por cima de toda ella una tela tan blanca, tan cerrada, y tan tersa como tafetan doble, blanquísimo, que para abrir la tapa, fué necesario rasgarla: y como de cosa sobrenatural anduvo la devocion tan codiciosa, como lo habia estado en los hábitos de la Venerable Madre. He tenido un pedacito en mis manos, que venerándole como merece, le estuve considerando, y solo pude hallar salida á mi confusion con dar gracias á Dios, que es admirable en sus Santos. Antes de partir de Sevilla la señora Condesa, y la Señora Doña Antonia escribieron á la Madre Sor Ana de Santo Domingo á Aracena todo el caso: y por referirle en las cartas tan copiosamente, y ser testigos estas señoras de tanto crédito, y que juntamente publican el gran concepto en que tuvieron á la Venerable Madre, y el amor á la Religion de Santo Domingo, como quien tiene en sus venas la sangre del Santo Patriarca, por eso las pongo á la letra.

CARTA DE LA SEÑORA CONDESA.

MADRE *mia: los embarazos que he tenido no me han dado lugar á escribir á Vd., harto lo he sentido, &c. Tambien me despedí de mi buena amiga y Santa Madre Trinidad. Hice abrir la caja y la hallamos tan entera, como el dia en que la enterraron, y tan hermosa que era pasmo. Esto no es pasion ni encarecimiento. Del vestido y demas ropa, habia pocos pedazos (que estaban consumidos) para mas calificacion de la incorruptibilidad de su cuerpo. Parece lo dispuso Ntro. Señor. Él sea bendito, que así honra á sus Santos y que tan buen dia me dió. Quitéle un dedo, y le tengo con suma veneracion. Mortificacion fué para mí, que V. no se hallase allí en aquella ocasion. Y hubiera enviado por V. á no ser el tiempo tan corto, que no me dá lugar para esperarla. Dios lo ha dispuesto de manera que hasta el Viérnes no nos vamos, por haberle dado un catarro grande á mi tio, de que ha estado dos veces sangrado: pero ya está bueno, y me ha dicho, que por no tener la cabeza para escribir, no responde á su carta de V. Que tiene muy en la memoria la fundacion y hará todo cuanto estuviere en su mano con sumo gusto, y yo ofrezco lo mismo de muy buena gana, y lo haré con la fineza que*

debo. V. me escribirá lo que tengo de hacer: y fie de mí, que por diligencia ninguna no ha de quedar. Mucho consuelo he tenido con un cuaderno que tengo, de algunas cosas raras de la Santa Madre Trinidad, que me le dió un Religioso Cartujo, pariente de V. Y dicen falta mucho. Y aunque á mi Primo (es el Señor Obispo de Málaga) *le he enviado á pedir la vida, me valdré de la que tiene el Canónigo* (este es Don Juan de Salvatierra) *por no poner en contingencia una cosa que tanto estimo. El Viérnes salgo de aquí. V. me encomiende á Ntro. Señor, que me la guarde muchos años, como deseo. Martin y Garcia están muy lindos. A Garcia le tengo con un hábito de mi Padre Santo Domingo, estále muy bien. Y yo estoy muy contenta de tener un hijo de esta Orden, etc. Sevilla 22 de Noviembre de 1662.*

De V. amiga.

LA CONDESA DE VILLAUMBROSA Y DE CASTRONUEVO, MARQUESA DE QUINTANA.

Su hermana la Señora Doña Antonia, que murió Marquesa de Villesca, Condesa de Asumar y Arbey, escribió tambien haciendo relacion mas por estenso, en esta forma:

MADRE, y señora mia. Ruego á Ntro. Señor esta halle á V. con la salud que deseo, mis hermanos, y sobrinos y yo, la tenemos para servir á V. muy tiernas, de que se acerque tanto nuestro viage, que juzgo será el Sábado. Un consuelo llevo, que es el mayor que he deseado, y es haber visto á mi querida Madre Trinidad, que aseguro á V. no he tenido dia de mas ternura. Fué con todo secreto Viérnes á la una del dia. No hubo mas personas, que la muger de Cristóbal Lopez, su gente y nosotras con las criadas. Quitaron las tablas del altar donde estaba, estando presente el Padre Prior de Regina, y todos los Religiosos. Sacaron el ataud todo cubierto de tela blanca, cosa que causa admiracion, pues estaba tan tejida, que parecia blanco el ataud, siendo encarnado. Habia tanta priesa á quitarla los que estábamos allí, que no me cupo mas que esta que vá ahí, que para reliquia basta. Descubrieron el cuerpo de mi amada Santa, el cual estaba sin corrupcion alguna, y tan entero, que parecia no estar difunta. Yo estuve tan cerca, que me hinqué de rodillas

junto al mismo ataud y la estuve mirando á la caja, que estaba como un alabastro, y tan perfecta, que parecia estar dormida. Don Nicolás el Capellan de casa, que bien se acordará V. de él, estuvo junto á mí, y llegó á tocar el pico de la nariz, para ver si estaba hecho tierra: y estaba tan entero como todos le tenemos, y de este mismo modo todo su cuerpo. Sus manos cruzadas, y sus muñecas tan perfectas, que daba gusto el mirarlas. Mi hermana pidió al Padre Prior la diese un dedo de la mano: y fué menester muchísimo para quitársele. Porque despues de haberle desencajado con harta fuerza, fué menester cortar el nervio con un cuchillo, sin que bastasen diligencias (que se hicieron hartas) por no llegar cuchillo, para mas veneracion: despues de cortado está tan jugoso, que envolviéndole en un papel está pasado del mismo modo que si le hubieran echado un poco de manteca. Yo como tan afecta á mi Santa Madre pleiteé con el Prior me diera otro: hízolo así. La muger de Cristóbal Lopez pidió otro. Don Nicolás, que fué el que se los cortó, trajo otro. Al Prior le encargamos le enviase á V. alguna reliquia grande de la Santa. Yo, y todos los que la vimos, fueron muchas las lágrimas que derramamos de devocion, sin cansarnos de dar gracias á Dios por habernos dejado ver y tratar á su sierva. Pues cada vez que me acuerdo de las noches que durmió conmigo y otras en mi cuarto, y los buenos ratos que pasaba, me enternezco ahora de ver que poco me duró la dicha de gozarla. Y lo que puedo asegurar á V. es, que todas las tenemos con la devocion y reverencia que merece tan gran reliquia. Pues cualquiera dará primero un dedo de su mano, que una pieza del de la Santa. Ahí envío á V. un poco del hábito que se pudo sacar: y el otro pedazo dará V. al Padre Prior de Santo Domingo. Y dirá si tiene algun cuaderno de la vida de la Santa, que por amor de Dios me haga merced de enviármele: que yo prometo de no enseñarle á nadie. Y si quisiere que le lea y se le devuelva, que tambien lo haré, y se lo pagaré ahora que voy á Madrid en lo que gustare. Y lo mismo haré con V. si la solicita. Y si no me tengo de enojar muchísimo, porque tanto tiempo la confesó, no puede dejar de tener escrita su vida. Mire, Madre, que la encargo mucho esto, y que me diga si ha menester algo. Así como reciba V. esta carta me responda luego. Olvidábaseme decir como á Garcia le echó el P. M. Espinosa un hábito de Santo Domingo el dia de S. Luis Beltran, que le está bellísimo. Dios me

guarde á V. como deseo. Sevilla 11 de Noviembre de 1662.
Amiga y servidora de V. que mas la quiere,

DOÑA ANTONIA NIÑO ENRIQUEZ DE GUZMAN.

Desde el año de mil y seiscientos y sesenta y dos, hasta el de sesenta y nueve, se puso el tiempo sin conseguir la última licencia, para la fundacion del Convento, la cual habia de dar el Rey Ntro. Señor, y su Consejo. Habia de votarla el Conde de Villaumbrosa. El Senado, ó Tribunal, en que la Venerable Madre le vió, firmando la licencia no habia tenido su cumplimiento. Y cuando no tuviera su profecia mas argumento que este, era fortísimo para acreditarla. Despues de haber dado la licencia el Arzobispo de Sevilla, como Juez ordinario, la Villa de Aracena, el Duque de Medina de las Torres como dueño de la Villa, el Reino en Córtes, ahora se esperaba la diese el Rey Ntro. Señor, y su Consejo. Hizo viaje desde Sevilla á Madrid el Jurado Cristóbal Lopez á conseguirla. Muchas veces se juntó el Consejo, los votos estaban poco conformes. A ninguna junta asistió el Conde, que con su voto estaba asegurado. Todo se disponia para el cumplimiento de que el Conde habia de ser el voto en quien consistia la consecucion: y que hasta que se hallase en el Consejo no se habia de despachar.

Para escribir esto con mas certeza escribí á la señora Condesa me hiciera merced de avisarme las noticias que tenia: y despues de otras que ya quedan insertas, dice: *En cuanto á la licencia, tambien afirmo, que se cumplió la profecía de la Santa en mi entender, por las circunstancias, que todas corrieron por mi mano. Pues habiendo venido Cristóbal Lopez diferentes veces á la solicitud de que mi tio fuera al Consejo y con su voto se afianzára el buen suceso, no lo pudo conseguir, por no darle lugar su salud, y ser el invierno rigoroso. Últimamente, despechado, me propuso escribiese papeles á todos los señores de la Cámara, para facilitar el negocio: y por olvido despues de escritos, los dejé mucho tiempo sin firmar: hasta que él, viendo que se continuaba el rigor del invierno, por instancias volvió á pedirlos, y se resolvió en que aunque mi tio no se hallase en el Consejo, se viese en él, con el riesgo de perderle, por hallarse congojado con la dilacion. Y estando ya todo dispuesto, no sé que embarazo tuvo, que lo impidió. Y de estos accidentes sucedieron algunos,*

hasta que mi tio fué al Consejo donde se votó el negocio, y se confirmó la profecía de la Santa Madre, siendo así que todos los medios que á lo último puso nuestra confianza, fueron en contrario. Quiso Dios que entrando en el Consejo el Conde tuvo efecto. Cumpliéndose aquí la revelacion, que tuvo la Sierva de Dios cuando vió el Senado, y en él al Conde despachando la licencia. Dióse á diez y ocho de Mayo de sesenta y nueve. El gozo que estos Señores tuvieron, correspondió á las solicitudes grandes en que habian interpuesto su autoridad: y como si de conseguirse sacáran intereses, así se congratularon por el feliz suceso, que como tenian tan á su cargo el buen despacho, y el Cielo le habia señalado para eso, así ya conseguido, tuvieron el gozo. Diéronla noticia, y el pláceme á Sor Ana de Santo Domingo, diciendo:

CARTA DEL CONDE.

Ya, gracias á Dios, puedo dar á V. la enhorabuena de haberse logrado la licencia del Consejo para la fundacion de el Convento, de que quedo gustoso, y de la parte que hé tenido en este despacho. Y espero que V. y las demás Madres, me encomendarán á Dios, por lo que hé deseado y solicitado por la gloria accidental que habrá tenido la Madre Trinidad, remitiéndome en todo lo demás á lo que V. entenderá del Jurado Cristóbal Lopez de Vergara, en las cosas de por acá. Mi sobrina queda muy gustosa con este suceso, y dá á V. muchos recados, y yo quedo deseando muchas cosas en que hacer demostracion de mi afecto, en cuanto tocare á V., cuya vida guarde Dios como deseo. Madrid 11 de Febrero de 1669.

El Conde de Villaumbrosa.

CARTA DE LA SEÑORA CONDESA.

Madre mia: doy á V. millones de enhorabuenas de haber salido ya la licencia, y que V. coja el fruto de tantos trabajos en su santo convento, que yo sé que mi Santa Madre Trinidad habrá tenido gloria accidental en el Cielo. Ahora se ha confirmado lo que le dijo á mi tio, pues cuando juzgábamos tener la li-

cencia estando en Sevilla, dijo que le parecia haber visto á unos hombres en forma de Senado, y entre ellos á mi tio, concediéndole la licencia. Y para que esto sea puedo afirmar á V. ha tenido sumas disposiciones: que todo hace mayor abono de lo cierto que era su virtud y mi fé está muy ardiente con tantas esperiencias como tengo de ella. V. me encomiende á Dios, que lo necesito, y la guarde muchos años. Madrid 11 de Febrero de 1669.

De V. amiga, que mas la estima y quiere,

La Condesa de villaumbrosa y Castronuevo,
Marquesa de Quintana.

El Rey Don Cárlos Segundo nuestro Señor, que Dios guarde, dió la licencia: Y como para haberla de despachar el Conde en el Consejo, subió al de la Cámara, habiendo su Magestad hecho Presidente de Castilla al Conde, fiamos de Dios será para que tenga progreso la Canonizacion de la Venerable Madre, pues así merecia sus favores en vida, y en muerte, como en vida les asistió con sus oraciones, concediéndole Ntro. Señor la sucesion á la casa, como desde el Cielo con su intercesion es fuerza no los olvide.

CAPÍTULO XXXII.

Dá Ntro. Señor milagrosa salud á muchos enfermos al contacto de las Reliquias de la Venerable Madre.

La amistad que Dios tiene á sus amigos, como no es amor al uso de nuestro valle de lágrimas, ni espira con la muerte, ni se termina con la vida, y anda su misericordia tan próvida en esto, que ya que nos priva de la compañía de aquel, ó el otro Santo, llevándoselos consigo á gozar de aquella bienaventuranza interminable: en sus huesos, en sus vestidos, y en lo que á su cuerpo se arrimó, nos deja aquel consuelo de que nos sirvan de defensa, y compañía, al paso que ellos están con sus oraciones aplacando su divina justicia, y intercediendo por sus devotos, para volvernos á Dios piadoso, y afable. No espiró con la muerte de la Sierva de Dios el remedio de las necesidades, porque subiendo á lo alto, de allá

nos alcanza á sus devotos la intercesion, y el remedio que pudiera estando en el mundo.

Doña Gracia de Villavicencio, hija del Capitan Juan Gutierrez Roman, vecino de Sevilla, enfermó de un dolor de un oido, tan grande, que en mas de veinte dias no dormia, ni podia descansar. Los remedios que se le hicieron fueron grandes, y por postre se quedaba sin mejoría. Fué á visitarla Doña Nicolasa de Leon, y viéndola en aquel aprieto, le pareció, que consigo llevaba el medicamento, en un pedazo de hábito de la Venerable Madre. Diósele, y que le tuviese con fé y devocion. Púsole junto al oido, y se acostó sobre él, y al punto se quedó dormida. Descansó así por mucho espacio, y despertando, halló se le habia reventado una postema, y quedó buena y sana, sin que jamás volviese el dolor, y dando gracias á Dios y á su sierva, conoció, que por sus méritos la habia así remediado.

Viernes diez de Noviembre de sesenta y dos, Doña Isabel de Arroyo, muger del Licenciado Don Vicente Pacheco, Abogado de la Real Audiencia de Sevilla, comiendo un poco de pescado se le atravesó una espina en la garganta, y estuvo mas de cuatro horas con ella, sin poderla sacar con cuantos remedios la aplicaron. Asistíala su marido, y otras mugeres, temiendo su muerte. Dijéronla se encomendase á la Madre Trinidad, y poniéndole un pedazo del hábito sobre la garganta, al punto echó la espina sin mas remedio.

Lúnes trece del mismo mes, un niño, llamado Antonio, hijo de Don Cárlos de Santa Maria, estaba enfermo: y haciendo su oficio el achaque, le habia quitado las ganas de comer: su abuela Doña Juana de Luna le encomendó á la Venerable Madre, y acabando su oracion, pidió el niño de comer, y luego convaleció de su enfermedad.

Sor Juliana Maria de Mendoza, Religiosa Profesa del Convento de la Victoria de Triana habia enfermado de unos empeines, que por sus accidentes llaman Caballunos. Estos habian crecido tanto, que la cogian todo el pecho: las fatigas que la causaban, eran grandísimas. No habia remedio en la medicina, que no le hubiese aplicado, y se venia á reducir á padecer, sin esperanza de mejoría. En un pecho era donde sentia toda la bateria de dolores, estos habian madurado las carnes de forma, que todo él era una llaga, y al compás de esta, eran sus dolores intolerables. Don Mateo Gabriel Monte, de quien

ya hemos hecho relacion, grandemente devoto de la Venerable Madre, la dió un pedacito de la túnica de la Venerable Madre, que veneraba por muy grande reliquia. Aplicósela al pecho, y púsola la enferma sobre la llaga, con mucha confianza en Dios, que la daria salud por los méritos de su Esposa. No la engañó su esperanza. Dentro de cuatro dias se sintió buena, la llaga curada, el pecho sin dolores, y tan convalecida, que ni aun señal le ha quedado de su achaque, que tan afligida la traia.

En el mismo Convento vive este año de 1671. Sor Fulgencia Margarita de Narbona, muy aficionada y devota de la sierva de Dios. Las noticias que tenia de sus virtudes estando viva, la trajeron á que se encomendase en sus oraciones, como si la pudiera estando difunta venerar por Santa. Habia enfermado de unas parótidas, que la daban mucho tormento, y causaban mucha fealdad en el cuello. En esta ocasion se hallaba en Arecena Don Mateo Gabriel Monte, y le escribió representase á la Venerable Madre su pena, y la encargase suplicara á Ntro. Señor su salud. Hizo la encomienda tan vivos efectos en su piadoso corazon, como si á la enferma la hubiera conocido, ó la debiera algun deudo, ó comunicacion. Hizo por este fin una romería, que sin duda fué á la Aldea de las Granadas á visitar á su grande amigo, y devoto Santiago, y al punto se sintió la enferma con salud: y cotejando el tiempo, halló haber empezado á mejorar, cuando la Venerable Madre empezó á caminar por este fin.

Habiendo ya impreso todo lo antecedente á este Libro, llegó á mis manos este suceso, el cual no pudo entrar en el sitio que pedia su relacion, y por no omitirle, vá puesto en el que ha sido posible. Doña Ana Josefa de Córdova y Figueroa, hija de Don Alonso de Córdova y Figueroa habia muchos dias que estaba enferma de peligro, y uno de los accidentes que mas le agravaban, era un dolor en una mano, que por ser tan grande, y haber mucho tiempo que le padecia, la tenia contraida, y casi sin movimiento. Entró á visitarla la sierva de Dios, y concibiendo la enferma firme esperanza de que si la tocaba cobraba salud, se lo rogó, y la dijo, que rezase una Salve á Ntra. Señora. A que respondió, sí haré: pero tenga V. mucha confianza en Ntro. Señor, que su dolor se le quitará. Tocóla la Sierva de Dios, y acabando de rezar la Salve, se le

acabó el dolor, y quedó la mano con el juego, tan libre, como si no hubiera padecido tal, y sin que el dolor hasta hoy haya vuelto á molestarla.

Despues de esto confiesa de si esta Religiosa, que en cuantas necesidades la ha invocado, la ha hallado muy propicia: y con una carta que tiene escrita de la sierva de Dios, en varios accidentes de enfermedad que se han ofrecido á algunas Religiosas de aquel Convento, luego que se les ha aplicado la carta al lugar en que sentian el dolor, han tenido conocido alivio en él.

Doña Magdalena de Salcedo y Peralta, Camarera de la Condesa de Castañeda y muger de Don Estevan de Luna y Leon, residentes en la villa de Aguilar del Campo, de la Diócesis de Búrgos, ante Juan Rodriguez Palacios, Escribano del número y Ayuntamiento de dicha Villa, depuso en ocho de Octubre de mil y seiscientos y setenta, que este mismo año habia padecido una enfermedad de tercianas dobles, muy larga, y penosa: la cual la puso á las puertas de la muerte. En este aprieto invocó á la Venerable Madre intercediese con Ntro. Señor por su salud, y á Maria Lopez su criada la dijo echase en un vaso de agua los polvos que cayesen de un pedacito del hábito de la Venerable Madre, que conservaba por reliquia con toda veneracion. Al punto que la bebió, empezó á sentir mejoria, y dentro de breve tiempo se halló con perfecta salud. La cual declaracion hizo asimismo la criada, y remitieron á Sevilla para insertarla en la informacion de la vida, virtudes y milagros, que se está haciendo por comision de el Ilustrísimo Señor Don Ambrosio Espinola, Arzobispo de aquella ciudad.

Este es, lector amigo, el dibujo mas parecido, que el tosco pincel de mi pluma ha podido bosquejar de esta Esposa de Jesucristo, y hija regalada de la Vírgen Santísima. No repares en los borrones de la pintura, sino atiende á las virtudes del sugeto que representa. El dolor que me queda, es, que no pueda llegar mi mano adonde se enciman mis deseos, y quisiera, que de los colores retóricos de San Gerónimo, San Juan Crisóstomo, San Pedro Crisólogo, y San Leon Papa, dieran luces á estas sombras: pues ellas solas podrán explicar bastantemen-

te tan Soberano asunto, y yo siempre quedaré corto: *Etiam si omnia membra corporis mei verterentur in linguas*, y será disdisculpa de mi insuficiencia el deseo de que el Orbe conozca la preciosa mina que la poderosa mano del Señor crió entre las montañas de la Sierra-Morena. Gócese la Sagrada Religion de Predicadores, por haberla Ntro. Señor enriquecido con tal hija: alégrese la dichosa villa de Aracena, por haberla criado: regocíjese la gran ciudad de Sevilla, porque desde sus brazos subió á los Alcázares Soberanos á coronarse de inmensos gozos, y el Ilustre Colegio de Regina Angelorum, con duplicados consuelos, pues tiene la dicha de tener su cuerpo en depósito, y ser caja donde se guarda tan preciosa perla. Quiera Ntro. Señor, que como ha de recrear á España con sus noticias, veamos el dichoso tiempo en que su Vicario el Romano Pontífice, dando canónica aprobacion á las virtudes que en este libro se escriben, la declare reinar en el Cielo con Dios, donde piadosamente creemos que le acompaña. Y tú, Venerable Madre, pues tan piadosa fuiste con todos en esta vida, no te olvides de tu piedad en la otra dichosa que gozas; acuérdate de este corto servicio que hé procurado hacer en tu agrado, alcánzame de Dios, y tu Esposo, la imitacion de tus virtudes, merezca yo á la hora de mi muerte tu consuelo, y tu compañía, para que por tu intercesion perdone la Justicia Divina mis culpas, y su misericordia me haga participante de sus premios. Amen.

El Convento de Jusus Maria y José de Religiosas Domínicas, fué fundado por la Venerable María de la Trinidad, y con caudal de Cristóbal Lopez, Jurado de Sevilla, y Doña Antonia de Ontiveros su muger. Previno la Real Cédula de S. A. el Real Consejo, fuese creado en el sitio señalado por la Religiosa, y que se le diese el mas capaz y cómodo lugar, lo que así fué ejecutado en 12 de Marzo de 1672. Se empezó á operar en 13 de Junio de dicho año por el Maestro mayor de Se-

villa. Fué bendito el Domingo 13 de Mayo de 1674 por el Obispo de Biserta, que se hallaba en aquella ocasion confirmando de órden del Excmo. Sr. D. Ambrosio Ignacio Espínola y Guzman, Arzobispo de Sevilla, y en dicho dia dijo misa Pontifical; y el Mártes 22 de Mayo de 1674 entró en este Pueblo el Prior de Regina con otros Religiosos, el espresado Cristóbal Lopez de Vergara y la Doña Antonia su muger con D. Antonio Monsalves, Caballero del Orden de Calatrava, D. Francisco de Flores Manrique y otros muchos Caballeros de dicha ciudad que venian acompañando á las Religiosas que habian de fundar el nuevo Convento, á saber: Doña Yomar de Acosta y Portugal, Religiosa del de Madre de Dios de Sevilla, que venia en la clase de Priora, y en la que la habia de subseguir en empleo de dicha casa á Doña Juana de Villavicencio, y por Maestra de Novicias á Sor Maria de San Felipe de el de Jerez de la Frontera; hubo en este dia un concurso muy grande de gentes de todas partes, á lo que se agregó unas funciones muy lucidas que duraron ocho dias, dispuestas por los Padrinos de las Madres que habian de recibir el hábito, que fueron doce de la tercera Orden de dicha Religion, como por los Mayordomos los Señores fundadores Cristóbal Lopez y su muger Doña Antonia. Fué muy plausible el dia de la colocacion del Sacramento, siendo la funcion de todo la mas completa, recibiendo el innumerable gentío el mayor regocijo. Siguieron unas bien determinadas máscaras con otras fiestas de diversion, grandes y artificiales fuegos con grandes castillos que con su grande artillería y preciosa obra atraia todo el gusto. Coronó estas funciones los juegos de cañas y sortija, que ejercieron los señores Sevillanos con sus caballos bien enseñados, á los que acompañaban algunos del Pueblo, practicando en las varias evoluciones, carreras y demas que estos juegos ofrecen, la diversion mas distinguida. El Domingo de la Infra octava del Señor, en que la religion Dominicana tiene privilegio para llevar por las calles procesionalmente á su Magestad Sacramentado, salió la procesion del nuevo Convento, y no se podia romper con el grande concurso, siendo la mas cumplida; acompañaban á la Custodia las tres religiosas y las doce novicias, por ser la fundacion solo de quince, en representacion de los quince misterios del Santísimo Rosario; y acabada, despues de quedar en el Sagrario nuestro Dios, pasaron

con todo el acompañamiento las religiosas y novicias á la puerta reglar que se hallaba abierta de dicho Convento, y entraron dentro despidiéndose de todos, y todos de todas; se enterneció el Pueblo en esta ocasion, y fueron copiosas las lágrimas que se derramaron. Al dia siguiente Lúnes, pasó el concurso con el Clero, Comunidades y Cabildo, al Convento de San Sebastian, el cual se hallaba cercado con una compañia de Soldados; y abiertas las puertas de la Iglesia la hallaron colgada de seda, y en el altar mayor en medio de la Capilla un bufete vestido de damasco, en el cual se hallaba un ataud forrado en tela de color con tres cerraduras de plata, y en él la Venerable Madre Maria de la Trinidad, que por dos religiosos del Convento de Regina de la Ciudad de Sevilla, donde se hallaba sepultada se habia trasladado á dicha casa en 13 de Mayo, Domingo á las 5 de la tarde de 1674, y de su recibo y entrega habian recogido el competente testimonio. Tomó posesion del cadáver la tropa, y recibido con el ataud cerrado en los hombros de los Caballeros Sacerdotes Sevillanos, fué llevado procesionalmente dirigiendo la cruz de la Parroquia á dicha su casa, y estando en dicha Iglesia mayor, y colocado el cuerpo en las gradas del presbiterio de la Capilla mayor, en el sitio que tenian determinado, cercado de tropa, cantaron el oficio de difuntos, y misa con la mayor solemnidad, y acabado pasaron á la dicha Capilla el Prior de San Sebastian, el Vicario y Gobernador, abrieron el ataud con tres llaves, sacaron el cuerpo de la Venerable Madre, lo pusieron en pié derecho en lo alto de las Gradas manifiesto á todo el Pueblo, de suerte que todos lo viesen; aquí fué el alboroto del Pueblo, todos querian tocar el cuerpo, y viendo que aun la tropa no podia impedir el bullicio, la gente no cabia en la Iglesia por ser mucha la que habia concurrido de todas partes, determinaron bajar el cuerpo á la Iglesia, y que entrasen por una puerta y saliesen por la otra. Ejecutado, todos tocaron sus rosarios, y cada uno á ver lo que podia percibir, ya del hábito ó hueso, de suerte que á no haber sido por la tropa, no hubieran dejado nada; siendo de advertir, que cuando se sacó del ataud, ya le faltaba un brazo entero, y en la otra mano y pies, todos los dedos, todo lo cual se habia quedado en Sevilla: la volvieron á la caja, y echadas sus correspondientes llaves, volvió á salir la procesion para el nue-

vo Convento, marchando al son de cajas, pífanos y clarines, que mostraban en los ecos militares, la santidad de la que guiaban, y la gloria y alegría tan completa que aquel dia habian conseguido. La entregaron á las Reverendas Madres, de lo que se recogió recibo testimoniado. Estas, algunos dias la tuvieron manifiesta en el Coro, de suerte que por la reja, por los muchos forasteros que concurrian, pudiese verse; y despues, cerrado el ataud, le dieron nuevo sepultamiento: se asegura lo tienen entre las dos rejas del Coro de dicho Convento, como lo tiene, segun dicen en el mismo sitio la Venerable Catalina de S. José. Al dia siguiente, Mártes, pasaron al Convento de S. Sebastian, los Caballeros Sevillanos, los Religiosos que acompañaron á las Madres para la fundacion, y deseando ver el cuerpo Venerable de la dicha Catalina, junto el Prior de dicha casa con el Vicario y Gobernador, sacaron el ataud que se hallaba en el hueco del altar de San Jacinto, y abierto con tres llaves, sacaron el cadáver, lo pusieron de pié derecho, arrimado á la pared, y se mantuvo largo rato: lo halláron manejable y tratable, como si en aquella hora hubiera espirado: limpiaron la caja, le pusieron otro hábito para repartir aquel por reliquias, y puesta en ella y cerrada con sus llaves, la volvieron á poner en su sitio. Ignoro cuándo se haría la traslacion al nuevo Convento.

Este apunte es sacado de un libro de antigüedades de esta villa de Aracena.

FIN.

TABLA DE LOS CAPÍTULOS DE ESTE LIBRO, Y COSAS NOTABLES QUE EN CADA UNO SE CONTIENEN.

CAPÍTULO I.

Descripcion de la Villa de Aracena, Patria, y Padres de la Niña.—Sor Maria de la Concepcion su tia, la visita el Rey Don Felipe Segundo.—Empieza la Niña en el vientre de su Madre á dar muestras de lo que habia de ser.—Caso prodigioso en su Nacimiento. Página 5.

CAP. II.

Los niños la festejan como á Santa.—Llévasela consigo la Duquesa de Bejar.—Acorta Dios la vida de Sor Maria de la Concepcion, y la dá al Duque.—En la muerte de esta sierva de Dios habla un mudo, para denotar su santidad. Idem 9.

CAP. III.

Mientras el Duque iba á rondar, se ponia en ejercicios de penitencia.=La primera vez que Comulgó distiló sangre en sus lábios la forma. Id. 15.

CAP. IV.

Dispone Ntro. Señor se vuelva á Aracena, tratan los Duques sea Religiosa.—Muere el Duque, y la Duquesa toma en Sevilla el hábito de Carmelita Descalza.—Hace la Niña voto de castidad de siete á ocho años de edad. Id. 22.

CAP. V.

Reparte todas sus galas en imágenes, y pobres, y se resiste á los casamientos.—Dia de la Santísima Trinidad viste el hábito de Religiosa Tercera de Santo Domingo.—La habla una hechura de un Santo Cristo, para que la coloque con decencia. Id. 27.

CAP. VI.

Adorna de vestidos á la Imágen de Ntra. Señora del Rosario: y reedifica la Iglesia de Santo Domingo.—A la Venerable Madre, y á su tia Sor Maria de Jesus, en ocasion de necesidad las socorre Ntro. Señor. Id. 34.

CAP. VII.

De edad de veinte y cuatro años le aparece Ntra. Señora, y la manda le solicite la fundacion de un Convento de 15 Re-

ligiosas á los 15 misterios del Rosario.—Dásele á entender en esta vision el modo de rezarle á Coros.—Dispone Ntra. Señora los recados para unas andas de plata.—Aparécesele San Jacinto, y la exhorta á la reformacion en el hábito. Id. 39.

CAP. VIII.

Penitencias, y abstinencia extraordinaria de la Venerable Madre.—Pide á Ntro. Señor le maltrate el mundo, y concede su deseo.—Quiere un pintor retratarla: conoce por revelacion el intento, y le desvanece. Id. 48.

CAP. IX.

A los 33 años el rapto que tiene, y revelacion de lo que pasó en Belen. – Forma con que anima muchas personas á celebrar el Nacimiento del hijo de Dios, y cuan agradable á su Madre Santísima.—Profecía suya, de que no les faltaria chocolate el dia que vistiesen á Ntra. Señora. Id. 59.

CAP. X.

Desea padecer los tormentos, y azotes de Cristo, y siente que se los dan en su cuerpo. – En la boca, y cabeza siente los mismos dolores. Id. 68.

CAP. XI.

Devocion grande al Santísimo Sacramento.—Aparécesele Ntra. Señora como estuvo en su soledad, y Cristo Señor Ntro. segun resucitó.—Su Magestad la lleva milagrosamente á la Iglesia, para que le reciba.—Sálese Sacramentado de las manos del Sacerdote de Comulgarla, y otro caso como este.—Muéstrale Ntro. Señor en una vision las discordias del Convento.—Persecuciones que padece por las Comuniones.—Ruega por una persona, y Ntro. Señor se le aparece, para que ame á sus enemigos.—Aparécesele San Juan Evangelista, y la comulga.—El Santo Apóstol reprende al M. Fr. Pedro Mártir, y enmienda la vida.—Sta. Maria Magdalena de Pazzi se le dá por amiga, y le trae quien la Comulgue.—La Santa la dá un pellizco, para que no se olvide de su amistad.—Santa Catalina de Sena, y Santa Maria Magdalena de Pazzi la llevan á Comulgar. Id. 75.

CAP. XII.

Mejora el Señor los tiempos, y dále á entender, que Frai

Juan de las Cuevas habia de favorecerla mucho.—Yendo á la Kalenda al Convento, procura el Demonio despeñarla, y Ntra. Señora la libra. Id. 94.

CAP. XIII.

Devocion que tiene con Santiago Apóstol.—Vá á visitar á una Iglesia suya, y en medio de una tormenta no se moja.—Otros milagros con que el Santo la favorece.—Santa Catalina de Sena la asiste en muchas ocasiones, y la trae una Cruz de puntas que la habian escondido.—En muchas ocasiones la visita, y el Angel de su Guarda la defiende.—San Juan Bautista, y Santa Catalina la tienen en sus brazos, y S. Agustin le rompe el pecho con una saeta. Id. 103.

CAP. XIV.

Caridad grande con los enfermos.—Por sus oraciones cobra salud Fr. Pedro Mártir.—El, y otros dos Religiosos le sirven de tres Cruces, y notable vision en esto.—Dá milagrosa salud á Don Sebastian de Rioja.—Estando ausente asiste á su Madre.—Sana á otros muchos enfermos. Id. 113.

CAP. XV.

Persigue el Demonio á Maria Sanchez, y casos prodigiosos en esto.—Don Benito Arias Montano se retira junto á Aracena á escribir. Id. 127.

CAP. XVI.

Devocion á las Animas del Purgatorio.—Muchas se le aparecen á pedirla sus oraciones, y casos prodigiosos en esto. Id. 138.

CAP. XVII.

Estando ausente acude en muchos casos á quien la llama.—Cerradas las puertas del Convento del Carmen, se hallaba dentro. Otras veces se abrian por sí mismas.—Asiste á la muerte de la Duquesa de Béjar en Ecija.—Y á su primo el Capitan Valera en el ejército. Id. 152.

CAP. XVIII.

Gracia de la Poesía, y prodigios Celestiales que á ello la excitan. Id. 163.

CAP. XIX.

Amor grande á la castidad, y á quien padecia contra ella, remedia con avisos del Cielo. Id. 170.

CAP. XX.

Ejercítase en muchas obras del servicio de Dios, y persecuciones que por ello se le ofrecen. Id. 175.

CAP. XXI.

Tiene revelacion de la peste de Sevilla. Aparécesele San Blas avisándola, y las Once mil Vírgenes.—Dále el contagio á su hermana, y sana milagrosamente. Id. 188.

CAP. XXII.

Aparécese Ntra. Señora en hábito de Peregrina, y revela la fundacion del Convento.—Entra en Aracena el Jurado Cristóbal Lopez de Vergara, y empieza á tratar de la fundacion del Convento.—Con sus oraciones evita muchas ofensas de Dios en los convites de Carnestolendas.—Admirable vision que en esto hubo.—Toma el hábito de Santo Domingo el Marqués de Quintana, y Profecias en esto. Id. 196.

CAP. XXIII Y XXIV.

Mándale el Provincial venga á Sevilla á tratar la fundacion.—Aparécesele el Apóstol San Pablo, y la enseña cómo se ha de portar.—Conócenla los señores Conde, y Condesa de Villaumbrosa, y estimacion grande en que la tienen.—Don Fray Pedro de Tapia, Arzobispo de aquella ciudad la estima mucho.—En la Capilla de Ntra. Señora de los Reyes, siente los dolores de la Pasion de Cristo.—Aparécesele Santa Catalina de Sena, y le muestra un Jardin, y en él su Convento. Id. 210.

CAP. XXV.

Conclúyense las licencias para la fundacion.—Dá milagrosa salud á muchas personas en Sevilla.—Vuelve á Aracena, y concluye las licencias para la fundacion.—Cumplimiento de muchas de sus Profecias, y en especial el ser Provincial de Andalucia el Reverendísimo Don Fray Alonso de Santo Tomás.—Vuelve de Aracena á Sevilla.—Mandóle el Provincial por obediencia escribiese su vida.—Rezando el Rosario se le aparecen los Demonios, y quieren quitarla la vida.—Desprendese de un cuadro la Imágen de Cristo Señor Ntro. y la defiende. Id. 229.

CAP. XXVI.

Es muy amistosa con los niños, y muchos de ellos salen de esta vida, y por sus oraciones se libran, siendo grandes, de las ocasiones de pecar.—Aparécesele el alma de una docella, que murió en casa del Asistente.—Señálale á la Condesa de Villaumbrosa por devota á Santa Catalina de Sena, y la Santa la libra de muchas tristezas que padecia.—Con sus oraciones reduce á Don Francisco de Contreras, del hábito de Calatrava. —Por su instancia dan á Santa Catalina de Sena una toca, y la Santa intercede por la persona á la hora de la muerte.—Persíguenla en Sevilla las Beatas, y la Condesa de la Torre la defiende.—Dále salud milagrosa á Fr. Juan de Alzamora, Abad de San Benito, y á su sobrino.—Reduce á un hombre, que queria matar á otro. Id. 240.

CAP. XXVII.

Tiene revelacion de su muerte.—Rapto prodigioso, y revelaciones que tiene en él.—A Doña Maria Teria le predice su muerte.—Quédase extática viendo un Santo Cristo.—Víspera de San Juan obra Dios un prodigio en un jazmin, que representaba á su Convento, y Religiosas.—Viene Santa Catalina de Sena por sus oraciones, y dá salud á un criado del Asistente.—Permite Ntro. Señor que el Licenciado Coronado, Cura de San Pedro, conozca su error en reñirla las Comuniones. Id. 251.

CAP. XXVIII.

Pídele á Ntro. Señor le conceda derramar su sangre por su servicio.—Aparécesele Cristo Con la Cruz acuestas. Dásela su Magestad, y se halla, con los vómitos de sangre.—Extraordinarios accidentes de su enfermedad.—Tráele Cristo la Cruz, y caso prodigioso que con ella sucede. —Aparécesele San Francisco, y la dá á oler una rosa.—Escribe al Provincial una revelacion admirable que tuvo.—Escribe la regla reformada para su Convento. Id. 260.

CAP. XXIX.

Ultima enfermedad.—Su humildad, y palabras de desconsuelo porque la estimaban.—Hace testamento, y ordena se lleve su cuerpo á su tierra.—Alegrias que tiene porque llega su muerte.—Muere dia de San Raymundo á siete de Enero á las tres de la mañana.—Hermosura de su cuerpo.—Aparécese despues de muerta á muchas personas. Id. 273.

CAP. XXX.

Devocion de los Fieles á su entierro.—Carta del Provincial, en que muestra su sentimiento en la muerte de la sierva de Dios.—Leyendo un cuaderno de su admirable vida, se convierte un herege.—Cartas del Provincial á diversas personas, que cumplen sus Profecias.—El Capítulo con palabras elegantísimas, y de ponderacion dá noticia de sus virtudes á la Religion. Id. 285.

CAP. XXXI.

Descubren el cuerpo de la Venerable Madre, y le hallan incorrupto.—Hallan la caja cubierta de una tela blanca maravillosa.—Carta de la Señora Condesa, y de su hermana, que dán relacion de todas las circunstancias.—Palabras de la señora Condesa, en comprobacion de sus Profecias. Id. 298.

CAP. XXXII.

Milagros que suceden con las Reliquias de la Venerable Madre á diversas personas. Id. 304.

PROTESTACION DEL AUTOR.

En cumplimiento de los Decretos Apostólicos de nuestro Santísimo Padre Urbano VIII, que hablan en razon del estilo que se ha de tener en escribir las vidas de las personas que murieron con opinion de virtud, la cual no está aprobada por la Iglesia, y su Cabeza el Romano Pontífice; el primero á trece de Marzo de 1625, en que manda no se forme mas juicio de sus acciones, que lo que la fé humana permite; el segundo á cinco de Junio de 1631, confirmando el antecedente, prohibiendo los elogios de Santo ó Santa que cayeren sobre las mismas personas; el tercero año de 1634, en que confirma ambos Decretos.

En esta conformidad protesto, que en todo cuanto escribo en este libro, asi hablando de la persona y virtudes de la Venerable Madre Sor Maria de la Santísima Trinidad, como de cualquiera otra persona, de quien, y de cuya virtud se ofrezca hacer relacion; no es mi intento, que por él haya de tener su virtud el crédito que si el Romano Pontífice la hubiera canonizado ó beatificado, sino que por él no tenga mas que lo que la fé humana permite, y á este libro solo se dé la autoridad que su Santidad intenta, reservando el título de Santa, asi en la Venerable Madre, como de cualquiera á quien incidentemente se le haya dado, ó el título de milagro, profecía &c. para cuando el Espíritu Santo inspire se califiquen por tales, y el Romano Pontífice, como Cabeza de esta Iglesia visible, y Vicario de Cristo, lo declare por tal. A cuyos mandatos obediente, como hijo de la Iglesia, asi lo protesto, y á sus pies sujeto la obra, y á su censura mi dictámen, en todo y por todo, ahora y siempre.

Fr. Antonio de Lorea,

De la Orden de Predicadores.

PROTESTACION DEL AUTOR.

En cumplimiento de los Decretos Apostólicos de nuestro Santísimo Padre Urbano VIII, que hablan en razon del estilo que se ha de tener en escribir las vidas de las personas que mueren con opinion de virtud, la cual no está aprobada por la Iglesia, y su Cabeza el Romano Pontífice; el primero á treze de Marzo de 1625, en que mandó no se formen mas juicio de sus acciones, que lo que la fé humana persuade: el segundo á cinco de Junio de 1631, confirmando el antecedente, prohibiendo los elogios de Santo ó Santa que carezcan sobre las mismas personas; el tercero año de 1634, en que confirma ambos Decretos.

En esta conformidad protesto, que en todo cuanto escribo en este libro, así hablando de la persona y virtudes de la Venerable Madre Sor María de la Santísima Trinidad, como de cualquiera otra persona, de quien, y de cuya virtud se ofrezca hacer relacion; no es mi intento, que por él haya de tener en virtud el crédito que si el Romano Pontífice la hubiera canonizado ó beatificado, sino que por él no tenga mas que lo que la fé humana permite, y á este libro solo se dé la autoridad que su Santidad intenta, reservando el título de Santa, así en la Venerable Madre, como de cualquiera á quien indevotamente se haya dado, ó el título de milagro, profecía &c. para cuando el Espíritu Santo inspire se califiquen por tales, y el Romano Pontífice, como Cabeza de esta Iglesia visible, y Vicario de Cristo, lo declare por tal. A cuyos mandatos obediente, como hijo de la Iglesia, así lo protesto, y á sus pies sujeto la obra, y á su censura mi dictámen, en todo y por todo, ahora y siempre.

Fr. Antonio de Loaisa,

De la Orden de Predicadores.